



EL OTRO MUNDO

O LOS ESTADOS E IMPERIOS
DE LA LUNA / LOS ESTADOS
E IMPERIOS DEL SOL

CYRANO DE BERGERAC

El otro mundo es sin duda uno de los libros más sorprendentes de todos los tiempos, fruto de la imaginación de Cyrano de Bergerac, el comediógrafo, poeta, filósofo, espadachín y libertino francés del siglo XVII al que dio fama mundial la obra de Edmond Rostand. A través de la utopía, el viaje fantástico y la ciencia ficción, Cyrano fustiga los vicios de su época y toma partido por las concepciones entonces más avanzadas en la ciencia y la filosofía. Tras permanecer la obra censurada por la Iglesia durante doscientos años, a principios del siglo XX se descubrió un manuscrito completo del viaje a la Luna, gracias al cual ha llegado hasta nosotros uno de los mejores y más audaces escritores franceses del «Gran siglo» y de todos los tiempos; en esta ocasión por primera vez en español en edición crítica.

Lectulandia

Savinien de Cyrano de Bergerac

El otro mundo

O Los estados e imperios de la Luna / Los estados e imperios del Sol

ePub r1.1

Titivillus 10.08.15

Título original: *L'Autre Monde*
Savinien de Cyrano de Bergerac, 1657
Traducción, estudio preliminar y notas: Ramón Cotarelo
Diseño de cubierta: Sergio Ramírez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Estudio preliminar

El hombre

¿Quién no conoce la figura de este estafalario espadachín matasiete, delicado poeta, dotado de una prodigiosa nariz que lo forzaba a batirse en duelo con frecuencia y le impedía declarar abiertamente su amor al amor de su vida, viéndose obligado a hacerlo a través de un tercero más afortunado que él? En resumen, éste es el meollo del drama que estrenó Edmond Rostand en París en 1897 con un clamoroso éxito que lo catapultó a la fama. Hasta cuarenta y dos veces hubo de alzarse el telón aquella noche hasta que director y autor lo dejaron por imposible (Luján, 1984, p. 38). De la historia se han hecho varias versiones cinematográficas, las más conocidas la de Michael Gordon en 1950, con José Ferrer, y la de Jean Paul Rappenu en 1990, con Gérard Depardieu. Pero en lo esencial todas reproducen el modelo forjado por Rostand que, sin embargo, tiene poco que ver con la realidad. Hasta tal punto es así que cabe decir que bajo el nombre de Cyrano de Bergerac conviven dos personajes muy distintos: el legendario, un héroe romántico al estilo de Vigny, Dumas o Gautier, y el real, un escritor vanguardista, erudito, sagaz polemista, bohemio antes de tiempo y nada adaptado a las convenciones y miserias de su época. Un hombre de una personalidad tan fascinante como el personaje teatral, pero de muy otro calado.

Rostand dio forma a un personaje que ha encontrado un eco fabuloso, muy superior al que jamás alcanzó el Cyrano real, quien sin embargo lo buscó precisamente como autor dramático; igual que Rostand, aunque de más calidad a mi entender. Edmond Rostand escribió mucho teatro, pero de él sólo se recuerda el *Cyrano de Bergerac*, en tanto que este último sólo escribió dos obras, una de juventud, *Le pédant joué* y la otra de relativa madurez, *La mort d'Agrippina*. Relativa madurez porque Cyrano murió con treinta y seis años, que no es una edad a la que de ordinario se adjudique una madurez plena. Rostand era un autor de éxito en su tiempo mientras que, de las dos obras de Cyrano, sólo tenemos constancia de que se estrenara una de ellas en vida suya, *La muerte de Agripina*, y fue preciso retirarla rápidamente de cartel bajo la acusación de blasfemia. Eso mismo, sin embargo, hizo que el texto se agotara en las librerías porque todo el mundo estaba deseoso de adquirir un ejemplar tentado por las «monstruosidades que contenía» (Lefèvre, 1929, p. 206).

A partir de su muerte en 1655, Cyrano, «que fue todo y no fue nada», según el epitafio de la obra de Rostand, cayó en el olvido y las obras que se reeditaron de él, especialmente *Los estados e imperios de la Luna* y *Los estados e imperios del Sol* (ambas por lo demás póstumas) fueron ediciones expurgadas, censuradas,

incompletas. Y ello sin contar con que *Los estados e imperios del Sol* se juzga obra inacabada, aunque con Cyrano nunca se sabe y hasta es posible que el truncamiento final haya sido un efecto buscado a propósito para dar idea de viaje inacabado.

El autor Cyrano de Bergerac pasó a ser conocido gracias a la fama que alcanzó su personaje. Pero más tarde, a comienzos del siglo xx, habrá un resurgir sorprendente del Cyrano histórico, sobre todo a raíz de que en 1910 y 1921 se publicaran, en Dresde por un lado y en París por el otro, los dos manuscritos de *Los estados e imperios de la Luna* (de ahora en adelante, *Luna*) íntegros, sin expurgar, que se habían encontrado en las bibliotecas de Múnich y Nacional de Francia, en París. De *Los estados e imperios del Sol* (de ahora en adelante, *Sol*) no hay manuscrito alguno, de forma que viene dándose por buena la edición llamada de Sercy de 1662, atribuida a los cuidados de su hermano.

La censura que sufrió la primera obra, de la *Luna*, lo fue por mano de Henri Lebret, clérigo y amigo íntimo de Cyrano —quizá su mejor amigo y, desde luego, de toda la vida— y a quien el autor encomendó la edición de la obra. Debe decirse que Lebret, que era hombre leal, hubiera publicado el texto íntegro de Cyrano por mucho que algunos pasajes lo escandalizaran. Pero como contemporáneo sabía que, en el estado en que el autor dejó la obra, no pasaría la censura y debió de considerar preferible que su amigo fuera conocido, aunque desfigurado, a que quedara sin publicar. Por ello censuró los pasajes ateos y más claramente libertinos y adjudicó al título el adjetivo «cómico» (*Historia cómica de los estados e imperios de la Luna* fue el primer título), tratando de encajarla en la moda de historias livianas, «cómic», como la célebre *Historia cómica de Francion*, de Sorel, que tanto influyó sobre Cyrano.

El prólogo que puso Lebret al libro de la *Luna*, en el que da noticia de la vida de su amigo, ha sido hasta la fecha la fuente principal de información sobre la biografía de Cyrano y muy utilizada a medida que la figura de nuestro autor ha ido emergiendo del olvido y perfilándose como la de uno de los más interesantes escritores franceses del *Grand Siècle*, autor de raro ingenio, dramaturgo, utopista y filósofo libertino, esto es, librepensador, hombre de insobornable independencia, que le hacía preferir una vida de estrecheces a la sumisión al mecenazgo de turno. Esa figura ha ido creciendo de tal modo que si cabe decir que Cyrano fue conocido gracias a Edmond Rostand, un siglo después Edmond Rostand es conocido gracias a Cyrano.

Por lo demás, todo en la vida de Cyrano de Bergerac aparece envuelto en controversia. Él mismo, que vivía en un mundo de fantasía, amaba los equívocos y jugaba con los pseudónimos, de los que usó varios; al hacerse llamar *de Bergerac* (por una propiedad que su padre había ya vendido), aunque había nacido en París, alimentó la leyenda de que era Gascón e incluso de origen español (Magy, 1927, p. 13). Actualmente, en el pueblo gascón de Bergerac luce un busto de Cyrano, quien jamás estuvo allí.

El joven Savinien de Cyrano, por el nombre del registro, siendo el Cyrano de

origen sardo, tuvo una educación rígida, propia de la época, primero con un cura de aldea y luego en un colegio mayor de París regido por un tieso pedagogo de nombre Grangier, a quien su alumno ridiculizó más tarde inmisericordemente en *Le pédant joué* bajo el nombre de Granger. En los años de la mocedad alternó sus estudios con frecuentes visitas al *Pré aux Clercs*, límite entonces entre St. Germain y el campo, en donde «nobles, burgueses, escolares [...] estudiantes o doctores, ladrones o gente togada podían asistir a duelos diarios a espada de gentes de todas condiciones» (Mourousy, 2000, p. 105).

Lebret insinúa que apartó a Cyrano de unas tendencias homosexuales y lo convenció para que se enrolaran juntos en la compañía de cadetes de Carbon Casteljalous, toda ella de gascones (Cardoze, 1994, p. 103), lo que vino a confirmar la leyenda. Era también la compañía en que sirvió el después legendario D'Artagnan, si bien Cyrano no llegó a tratar con él, que era diez años mayor (Addyman, 1988, p. 62). Ello no impidió que Paul Feval explotara con éxito una saga de literatura de cordel a fines del siglo XIX en la que se narraban las hazañas conjuntas de Cyrano y D'Artagnan.

La mala fortuna hizo que en junio de 1639 una bala de mosquete atravesara a Cyrano en el sitio de Mouzon y en agosto de 1640 un sablazo en el cuello estuviera a punto de matarlo en el sitio de Arras, contra los españoles. Por cierto, fue en ese sitio donde se decidió el destino del caballero Cinq-Mars, convertido luego en héroe romántico con algo de Cyrano (Vigny, 1970).

Con secuelas de por vida, Cyrano cambió las armas por las letras y es entonces cuando parece haber entrado en el círculo de Gassendi, filósofo epicúreo, libertino, antagonista de Descartes, «cura rabelaisiano» (Spens, 1985, p. 53), que tuvo una influencia determinante en su vida y su obra. Allí se hizo sus mejores amigos, con quienes hablaba «de todas las cosas cognoscibles y de algunas otras» (Mongrédien, 1964, p. 41): Lamothe Le Vayer, Tristan L'Hermite (a quien ensalza sobremanera en la *Luna*), Lignièrès, Dasoucy, etc., los principales libertinos de la época y con los que mantuvo relaciones tempestuosas que iban desde amores con alguno (Cardoze, 1994, p. 127) hasta «provocar la amenaza de las espadas unas contra otras de aquellos que se habían jurado amistad definitiva» (Mourousy, 2000, p. 326). Cuando en 1649 Cyrano hizo circular el manuscrito de la *Luna*, nadie se ofreció a escribir un prólogo, lo cual lo entristeció y lo enfureció al mismo tiempo (Lefèvre, 1929, p. 186).

De estos años son las más famosas aventuras de Cyrano, las que recoge y dramatiza Rostand: la prohibición de actuar al famoso cómico Montfleury y el enfrentamiento de Cyrano solo con cien matones a los que puso en fuga en la torre de Nesle por defender a su amigo Lignièrès. También de la época es el episodio bufo en que Cyrano ensarta por error un mono del titiritero Brioché (Cardoze, 1994, p. 46).

Su vida disoluta, su ausencia de medios, una sífilis que contrajo y tuvo que ver probablemente con su extraña muerte, le forzaron por imposición de sus amigos a

aceptar el mecenazgo del Duque d'Arpajon, a cuyo cargo se imprimieron (con una dedicatoria impropia del orgullo ciranESCO) unas *Oeuvres diverses* (Mongrédien, 1964, p. 95), así como *Le pédant joué*, del que se sirvió Molière para sus *Fourberies de Scapin*, y se costeó el estreno de *La muerte de Agripina*. El escándalo que provocó la pieza enfrió las relaciones con d'Arpajon, que se interrumpieron del todo cuando Cyrano cayó víctima de un golpe que lo llevaría a la tumba catorce meses más tarde.

Así como su nacimiento fue motivo de controversia, su muerte aún lo fue más. Hasta hace poco se ha venido aceptando que Cyrano murió al caerle una viga sobre la cabeza. El debate era si el hecho fue accidental o intencionado. Le Bret sostiene que fue un accidente, pero el propio Cyrano creía que los jesuitas lo perseguían y pretendían asesinarlo. Una de sus cartas satíricas, *Contre un j... assassin et médisant* (Mourousy, 2000, p. 332) así permite verlo. Ciertamente parece que los jesuitas se la tenían jurada, cosa nada de extrañar si se tiene en cuenta que, además de sus propósitos libertinos, Cyrano tenía golpes que escocían, como sostener que la Compañía de Jesús había de ser la de los dos ladrones en la cruz (Spens, 1985, pp. 86-87). Otras versiones atribuyen la muerte a la locura producida por la sífilis. Voltaire les daba crédito y Tallemant des Réaux en sus *Historietas* decía: «Un loco llamado Cyrano escribió una obra de teatro titulada *La muerte de Agripina* en la que Sejano decía cosas horribles contra los dioses» (Réaux, 1961, II, p. 886). Pero otros biógrafos sostienen que se trató de un asesinato, entre ellos Paul Lacroix y Jacques Denys, quien considera a Cyrano un «mártir del libre pensamiento» (cit. en Magy, 1929, p. 47). El propio Magy (1927, p. 52) habla de asesinato. Y, según los datos más recientes, asesinato fue, si bien no a causa de la caída de una viga sino de un atentado con arma de fuego en principio contra el duque d'Arpajon y su séquito, en el que se encontraba Cyrano, quien recibió un tiro de mosquete en la cabeza, falleciendo de ello catorce meses después (Addyman, 1988, pp. 243-244). Madeleine Alcover, sin duda la mejor especialista en Cyrano, a quien ha dedicado toda una vida de minuciosa investigación, respalda la hipótesis del atentado en una calle de París, aduciendo como prueba que de él informa una publicación periódica de la época, *La Muze historique*, noticia en la que no se menciona específicamente a Cyrano, pero se da cuenta de la muerte de uno de los asaltantes y las graves heridas de uno del séquito del duque (Alcover, 1990, pp. 29-30).

La época

La vida de Cyrano (1619-1655) es casi coincidente con la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) en la que combatió. Ese turbulento periodo de la historia de

Europa es uno de los más característicos del continente. En la Paz de Westfalia (1648), con la que termina, muchos estudiosos ven el origen del Estado moderno (Sorensen, 2010, *passim*). Ciertamente, en la medida en que con dicha paz se consagra la máxima algo cínica del *cuius regio eius religio* y se plantean dos puntos esenciales en la modernidad posterior: por un lado, la supremacía del poder civil sobre el eclesiástico, especialmente en los países en alguno de los cuales, como Inglaterra, el rey es la cabeza de la Iglesia; por otro, la justificación de la razón de Estado, magníficamente teorizada por Friedrich Meinecke (Meinecke, 1925).

Se trata de una época de consolidación de las monarquías absolutas, que se organizan a base de validos, primeros ministros todopoderosos que gobiernan en nombre de los reyes, sobre todo si, como fue el caso en Francia con Luis XIII y Luis XIV, hubo largas minorías de edad del monarca. Personajes como el Conde-duque de Olivares en España, los cardenales Richelieu y Mazarino en Francia, Buckingham en Inglaterra responden a un tipo humano común: primero su propio poder y luego los intereses del Estado. Dice Vigny que Richelieu mandó redactar un decálogo sobre la monarquía que obligó al rey a memorizar y cuyo primer mandamiento era: «Un príncipe debe tener un primer ministro y este primer ministro tres cualidades: 1.^a) que no tenga otra pasión que su príncipe; 2.^a) que sea hábil y fiel; 3.^a) que sea eclesiástico» (Vigny, 1970, p. 113). La más típica exigencia en la época era que la razón de Estado estuviera por encima de las convicciones religiosas de los gobernantes. Con motivo de la guerra entre Francia y los Austrias por la sucesión mantuana, dice Wegwood que fue «el punto de inflexión de la Guerra de los Treinta Años porque aceleró la división de la Iglesia católica, enemistó al papa con los Austrias e hizo posible moralmente que las potencias católicas se aliaran con los protestantes para mantener el equilibrio» (Wegwood, 1961, p. 239).

Treinta años de guerra con alianzas cambiantes en la que se heredaba la contienda civil religiosa francesa del siglo XVI entre católicos y hugonotes, con episodios como la matanza de la noche de San Bartolomé en 1572. Este conflicto, pacificado por el Edicto de Nantes de 1598 se recrudeció a raíz de su revocación en 1626 (Luis XIII) y 1685 (Luis XIV). Todo el poder era del rey y la razón de Estado su único criterio. En 1639 se publican las *Consideraciones políticas sobre los golpes de Estado*, de Gabriel Naudé, bibliotecario de Mazarino, perfecto reflejo de la época, relativista para quien sólo cuenta el poder aquí y ahora ya que el tiempo todo lo arrasa: «las monarquías, las religiones, las sectas, las ciudades, los hombres, los animales, árboles, piedras y todo lo que se comprende y encierra en esta Gran Máquina» (Naudé, 1639, p. 140); el mismo espíritu con el que Cyrano ridiculiza en la *Luna* las guerras de su tiempo: «El asunto es importante ya que se trata de ser el vasallo de un rey que lleva gorguera o el de otro que lleva golilla». Treinta años también que ven el cenit del poderío español y el comienzo de su decadencia, así como el ascenso de Francia, que saldría de la guerra como potencia dominante en Europa.

El proceso de consolidación de las monarquías absolutas tropieza con resistencias

distintas según los países, especialmente la antigua nobleza territorial. En el Imperio alemán ese estamento, fragmentado en unas trescientas unidades políticas distintas, seculares o eclesiásticas, estaba acostumbrado a coexistir bajo la autoridad nominal del emperador. La Guerra de los Treinta Años vendría en parte porque tal estamento se fracturó en una parte católica, los Austrias, y otra protestante, los llamados «príncipes». En Francia, en cambio, la vieja nobleza territorial, también dividida, se sublevó contra la pretensión centralista de los Borbones en la Fronda. Una de las cuestiones interesantes es en qué medida fue Cyrano *frondeur*. Se le sigue atribuyendo la autoría de siete *Mazarinades* esto es, siete panfletos en contra de Mazarino de los que por entonces se publicaban a cientos. Lo desconcertante era que luego había que dar cuenta de una carta *Contre les frondeurs* de autoría tan cierta como incierta es la de las *Mazarinades*. Como siempre ha sido Madeleine Alcover la que ha puesto en claro, tras minuciosa investigación, que las tales *Mazarinades* son «paternidades putativas» (Alcover, 1990, pp. 94-114), pero parece que su posición no tiene mucho eco. Su lectura de la carta contra los *frondeurs* se basa en la ironía y afirma que cuando Cyrano habla de la «imagen de Dios» de Luis XIV, se está riendo (Alcover, 1990, p. 90). Es una observación que hace justicia al espíritu libertino, sobre todo al de Cyrano.

Por la Paz de Westfalia la religión pierde fuerza en el siglo pues con titubeos empieza a abrirse camino la separación de la Iglesia y el Estado. Pero eso no es óbice para que, tras centurias de poder omnímodo de la Iglesia, las gentes sigan recordando con terror las torturas, las ejecuciones por herejía, blasfemia, brujería. Estaba fresca la memoria de casos horripilantes como el de Giulio Vanini, a quien cortaron la lengua y quemaron vivo en 1619 por enseñar que el alma es mortal (Addyman, 1988, p. 172), justo lo mismo que decía Cyrano, o también, aun no tan recientes, los de Théophile de Veau o Geoffroy Vallée, ahorcado y quemado por orden del Parlamento de París en 1574 por blasfemia (Addyman, 1988, p. 181).

Es también la época que hereda el escepticismo de Montaigne (otra poderosa influencia en Cyrano) y que aprende a convivir con el relativismo y la fe en la razón merced a dos hechos que confluyen en una misma dirección: la sucesión de descubrimientos geográficos a partir del de América que amplía el mundo conocido hasta la fecha, y la lucha por imponer el giro copernicano frente a la astronomía ptolemaica. Es en ese contexto de lucha por la razón, contra la superstición, la escolástica aristotélica, los privilegios de la Iglesia en el que Cyrano escribe sus dos obras principales, tomando siempre partido, como por instinto por las teorías más avanzadas y las que únicamente se defendían ante los ojos de la razón.

Para ello recurre a la forma acrisolada desde la Antigüedad y muy frecuente en el Renacimiento de los diálogos, diálogos filosófico-teológicos. Pero utiliza un artificio literario con una venerable tradición recién refrescada con la publicación de dos obras decisivas, la de John Wilkins *The Discovery of a New World; Or, a Discourse Tending to Prove, That It Is Probable There May Be Another Habitable World in the*

Moon, de 1638, y la de Francis Godwin, *The Man in the Moone*, también de 1638, ambas traducidas al francés en el decenio de 1640. Es decir, se lleva los diálogos y la materia explosiva sobre la que se dialoga fuera de la Tierra, primero a la *Luna* y luego al *Sol* y, además, hace participar en ellos a personajes inverosímiles pero que demuestran gran cultura clásica y bíblica: el profeta Elías, el demonio socrático, el alma de Campanella, los árboles de Dodona o el pájaro rey de los pájaros, todo para impedir que su escrito pudiera utilizarse luego como un alegato en contra suya en un posible proceso inquisitorial.

Y el ardid literario funciona. Para poder reírse del paraíso terrenal y ridiculizar las leyendas del Génesis, Cyrano se lleva el Edén a la Luna y allí se encuentra con el anciano Elías quien acaba echándolo con cajas destempladas, como Dios hizo con Adán. Es más, el viaje a la *Luna* concluye cuando, siendo arrastrado por el diablo que lleva al blasfemo hijo del anfitrión a sepultarlo en el averno, se le ocurre invocar la jaculatoria ¡Jesús, María! y se encuentra sin solución de continuidad tumbado en un prado de Italia, en una escena pastoril y, sobre todo, «purificado». Lo que pasó en la *Luna*, en la *Luna* se quedó, y a él ya sólo le ladran los perros que son los únicos que saben de dónde viene porque siempre ladran a la Luna.

El escritor

Cyrano es un escritor barroco con un estilo abigarrado en el que abundan las figuras literarias, «la metonimia, la catacresis, la sinécdoque, la antítesis y el oxímoron» (Comparato, 1997, p. 26). Tiene especial afición por las figuras que llama *pointues*, esto es, por la *pointe*, muy del gusto de los escritores de la época y que viene a ser la agudeza de Baltasar Gracián, otra de las muchas influencias españolas en Cyrano, cuyos *Entretiens pointus*, obra de juventud y no de las mejores, revelan la influencia del jesuita español. De hecho, es el autor más citado en un ensayo sobre Cyrano y el arte de la agudeza (Goldin, 1973, *passim*).

Cyrano hace gala de ese estilo literario rebuscado y elegante en especial en sus Cartas (Cardoze, 1994, p. 64) de las que, por cierto, hay una magnífica traducción española reciente debida a Mauro Armiño (Bergerac, 2009), lo que tampoco le impide ridiculizarlo cuando lo encuentra exagerado, como se prueba por el hecho de que, en la provincia de los amantes en los reinos del *Sol*, se prohíbe a un personaje que recurra a la hipérbole bajo pena de muerte.

Cyrano hace muy frecuente uso de la ironía (Comparato, 1998, p. 54). *El otro mundo*, dice Prévot, «es una novela irónica por excelencia» (Prévot, 1977, p. 112). Una ironía que no siempre es fácil de detectar en mitad de un recurso permanente a artificios literarios, que juegan con la atribución de los puntos de vista para evitar

consecuencias desagradables con los guardianes de la fe. En la conversación de Cyrano con el hijo del anfitrión en la *Luna* es éste quien defiende los puntos de vista del Cyrano real (especialmente la inexistencia de Dios y la mortalidad del alma), mientras que el personaje Cyrano simula defender los puntos de vista ortodoxos de la Iglesia, aunque de modo rutinario y sin mucha esperanza.

En el aspecto literario, las influencias que se detectan en Cyrano son, entre otras, la de Rabelais, la de Sorel y las de los autores españoles, entonces en boga en Europa. Es cierto que Cyrano participa en una gran cantidad de duelos aunque, según aclarará él mismo como «padrino» o *second*, que se decía entonces, y cuyo cometido consistía en batirse con los *seconds* del enemigo. Para justificar sus frecuentes participaciones en duelos sostiene Cyrano que «el honor mancillado sólo se lava con sangre» (Spens, 1989, p. 58), lo mismo que dice el celoso don Gutierre al rey en *El médico de su honra* (1639), de Calderón de la Barca: «El honor, Señor, con sangre se lava». De la influencia de Gracián ya se ha hablado. De la de Lope de Vega basta con recordar cómo *Le pédant joué* está inspirada en *El rapto de Helena*, del Fénix de los ingenios. Quedaría por ver la de Cervantes; pero ésta no sería difícil, ya que el autor del *Quijote* influyó sobre todos los escritores de la época. Por ejemplo, el episodio de la hija del rey de la *Luna* que quiere escapar con Cyrano recuerda mucho la novela del cristiano cautivo que se narra en la primera parte del *Quijote*, salvando todas las distancias, por supuesto, pero en los dos casos aparece como una historia intercalada.

Igualmente es curioso averiguar quiénes acusaron a su vez la influencia de Cyrano. Los autores que más claramente han bebido en la obra ciranésca son Fontenelle (con su idea sobre la pluralidad de los mundos), Swift (algunos de cuyos viajes de Gulliver se parecen mucho a las aventuras en la *Luna*) y Voltaire (con su *Micromégas*). Igualmente defendible, aunque nunca mencionada, es la influencia en Laurence Sterne, cuyo *Tristram Shandy* comparte mentores intelectuales con Cyrano: Rabelais, Montaigne y Cervantes.

Resulta interesante calibrar en qué medida se valoró a Cyrano una vez que dejó de cubrirlo el injusto manto del olvido. Su rehabilitación como gran escritor y espíritu original e independiente se abre paso en 1831 con Charles Nodier quien, aun siendo legitimista y reaccionario, supo apreciar en Cyrano su profunda originalidad, quejándose de que no se valorara suficientemente a quien «ha abierto tantas vías al talento y que se ha adelantado a sí mismo en todos los caminos que ha hecho» (Calvié, 2004, p. 117). Definitivo fue Théophile Gautier, quien hace un semblante muy elogioso de nuestro autor en sus *Grotesques*, publicadas en 1844 y reconoce en Cyrano a su capitán Fracasse (Calvié, 2004, p. 134). De hecho, vuelve a mencionarlo en su obra principal, al hablar de la prodigiosa nariz de uno de sus personajes (Gautier, 1961, p. 318). La cuestión quedaría zanjada cuando Rémy de Gourmont publicó su semblanza de Cyrano en el *Mercure de France*, en 1908: «la audacia filosófica de Cyrano tiene algo de increíble. Sus ideas en el año 1650 están exactamente a la altura de las que quepa profesar hoy día» (Calvié, 2004, p. 212). Y,

añadimos nosotros, también hoy, siglo XXI, más de cien años después de que se escribiera lo anterior.

En cuanto a sus concepciones filosóficas, ya se ha señalado que Cyrano es discípulo de Gassendi, lo que quiere decir que bebe de Demócrito, Epicuro y muy especialmente Pirro el escéptico (Platow, 1902, p. 34). Todo ello orientado través de la obra de Lucrecio, *De rerum natura*, que tanto se leyó en su siglo y cuyos temas aparecen constantemente en la *Luna*, en la medida en que los de Campanella aparecen en el *Sol*. Basta recordar cómo Lucrecio se considera a sí mismo en repetidas ocasiones en lucha contra las supersticiones de la época y cómo insiste siempre en el razonamiento correcto orientado solamente a la búsqueda de la verdad racional, como también lo hacía Cyrano y, con él, todos los libertinos a los que cabe considerar los precursores de la Ilustración.

No obstante, aunque interesado en la filosofía y la ciencia, debe señalarse que Cyrano no es propiamente hablando un filósofo ni un científico, aunque esté al tanto de lo más avanzado en su época (Alcover, 1970, p. 9), participe en los debates eruditos y adopte una posición teórica nítida al suscribir el materialismo y el ateísmo (Alcover, 1970, p. 132). Cyrano es un poeta, un dramaturgo, un novelista; un escritor que hoy llamaríamos «comprometido» en lo que entiende es una lucha entre el viejo orden representado por la Iglesia, por la fe y el nuevo, representado por la ciencia, por la razón, por Copérnico, Gassendi, Galileo, Descartes, cuyo partido toma vehementemente, si bien tratando de que esta defensa no le cueste una de esas muertes horribles que la Iglesia deparaba por entonces a quienes contradecían sus dogmas o se apartaban de sus caminos.

Corresponde dar cuenta de la influencia que sobre nuestro autor ejerció Tommaso Campanella, de quien habla en la *Luna* y a quien dice haber encontrado en el *Sol*, en donde, por cierto, nos enteramos de súbito que el autor se ha rebautizado como Dyrcona, un anagrama evidente de Cyrano D(e Bergerac), beneficiándose del hecho de que el dominico le sirva de guía al modo que lo hizo Virgilio con Dante. Pero esa comparación no es muy afortunada. Sin duda Cyrano quería rendir tributo al heroísmo y capacidad de resistencia de Campanella, quien pasó veintisiete años en las mazmorras de la Inquisición, pero los dos hombres tienen pocas cosas en común, aunque algunas tienen. Campanella cree que el alma es inmortal y Cyrano piensa que es mortal. Tampoco *La Ciudad del Sol* del monje calabrés (una utopía metódica concebida como una teocracia) influyó mucho en la de Cyrano, igual que no lo hizo apreciablemente la de Tomás Moro, publicada en 1643. Hasta puede defenderse que, con toda la deferencia con que Dyrcona trata a Campanella, en realidad su diálogo muestra su rivalidad al extremo de que aquél, a título de venganza, al final, hace que Campanella no llegue a encontrarse con Descartes, a quien sólo ve aproximarse (Alcover, 1970, p. 140).

En las sociedades lunar y solar la política cuenta poco y los gobiernos menos. En la *Luna*, los habitantes son gigantescos cuadrúpedos racionales regidos por una

especie de monarquía benévola. Esos cuadrúpedos se niegan a reconocer en Cyrano a un hombre como ellos y lo consideran y lo tratan como un mono e, incluso, creyendo que es del género femenino, pretender aparearlo con otro hombre que tiene la reina como mascota y es un español que había llegado a la Luna antes que él y del que hablaremos luego. Todo el episodio permite a Cyrano hacer una parodia de los procesos inquisitoriales, incluidas esas profesiones públicas de fe (las llamadas *enmiendas deshonrosas*) que dejan intacta la convicción interna del profeso y que a su vez son la caricatura del proceso de Galileo.

En el *Sol*, en donde se expande el animismo ciranesco, hay una gran variedad de habitantes porque se cuentan muchas más provincias y reinos. Hay árboles que hablan griego porque son descendientes de los robles del bosque del santuario de Dodona, pájaros que cuentan historias y tienen un reino con tribunales e instituciones que es de organización ultrademocrática, porque el rey responde de sus actos hasta con su vida ante el menor de sus súbditos y animales primordiales, casi telúricos, de cuyos formidables combates depende luego el destino de los otros seres vivos.

Probablemente, lo que más atraía a Cyrano de Campanella era el decidido antiaristotelismo del monje, que éste había recogido de Bernardino Telesio (Comparato, 1997, p. 34) y que está muy presente en la obra del francés porque era asimismo uno de los *leitmotive* de Gassendi: acabar con el predominio de la autoridad en la búsqueda de la verdad y defender la primacía absoluta de la razón que tomaba de Descartes. Las dos obras de Cyrano son al respecto como dos elencos de los temas de discusión filosófica y científica de la época, en los cuales nuestro autor adopta siempre la actitud más avanzada. Su espíritu, en línea con Gassendi, está siempre empeñado en la lucha contra la escolástica y el aristotelismo e investigando las condiciones para el verdadero conocimiento científico sobre la base de los datos de la experiencia y en una concepción claramente materialista. En la obra de Cyrano, «no hay evolución alguna en el sentido del espiritualismo. Por el contrario, lo que en ella se encuentra es una tendencia, difícil pero constante, a explicar el universo exclusivamente a partir de la materia, rechazando cualquier espiritualismo» (Alcover, 1970, p. 132). Es este criterio el que lo lleva a presentir las teorías del transformismo y el evolucionismo, de Lamarck y de Darwin (Mongrédien, 1964, p. 165), cosa que se apunta en varias ocasiones en sus dos obras mayores.

El punto principal en entredicho entonces, a más de un siglo de la publicación de la obra de Copérnico, es el debate entre la hipótesis geocéntrica y la heliocéntrica. De hecho, *Los estados e imperios de la Luna* arranca precisamente con una especie de apuesta a favor de la hipótesis heliocéntrica. En este contexto Cyrano defiende asimismo la eternidad e infinitud del mundo (Alcover, 1970, pp. 32-33). Una idea ésta de los mundos infinitos que compartía con Giordano Bruno (Comparato, 1997, p. 33), cuyo fin no es preciso recordar ahora.

En contra de lo que enseña Descartes, Cyrano defiende arduamente la existencia del vacío de acuerdo con la tradición de la filosofía atomística, e

igualmente anticartesiana es su posición de que los animales no son meras máquinas sino que están dotados de razón y también de alma (Rossellini y Constantin, 2005, p. 188) en lo que es una defensa de una concepción vitalista (Comparato, 1997, p. 16). Asimismo sostiene que los animales poseen una especie de lenguaje originario que los hombres han olvidado ya y no comprenden, si bien él mismo se jactaba de entender el lenguaje de los pájaros e incluso de ser capaz de hipnotizarlos (Spens, 1989, p. 205). Estos aspectos son elementos esenciales de su concepción filosófica y artística o donde las dos vienen a unirse. La parodia en la *Luna* acerca del alma de las coles se complementa con la historia de la República de los Pájaros en el segundo volumen y que tanto muestra la influencia de Aristófanes y de Rabelais. Y ambos tienen un elemento en común decisivo: la relativización de la importancia del ser humano en el conjunto de la creación. El hombre, cuya existencia en el mundo es experimentada como una maldición por las otras especies animales y vegetales, no solamente no ocupa el centro de la creación, como pensaban los antiguos en su desmedido orgullo, sino que no tiene apenas relevancia alguna y su importancia es puramente casual, como la del oscuro patán iluminado por azar por la antorcha de la carroza del rey que pasa de largo.

La cuestión que más se ha discutido a propósito de la filosofía de la *Luna* y el *Sol* es en qué medida ambos textos son coherentes o se observa un cambio de perspectiva del autor, que pasa de ser gassendista en la *Luna* a admitir elementos cartesianos en el *Sol*. Quien de nuevo más ha hecho por esclarecer este asunto ha sido Madeleine Alcover, para quien está claro sin duda alguna que en los dos aspectos decisivos de la existencia del vacío y el ateísmo, Cyrano mantiene su anticartesianismo a lo largo de las dos obras (Alcover, 1970, p. 168). Esta seguridad de la estudiosa viene acompañada de otra que no nos parece tan defendible: la idea de que, en contra de las apariencias, Cyrano no fue nunca un escéptico, sino un defensor decidido de las posibilidades de la ciencia (Alcover, 1970, p. 154). Esto no solamente minimiza la importancia de Pirro en el pensamiento de nuestro autor, sino también su costumbre —que la misma Alcover señala— de valerse de posiciones filosóficas diversas, aunque no siempre sean enteramente congruentes, es decir, de hacer en filosofía lo que, según se cuenta, hacía Molière en el arte a la hora de servirse de los hallazgos ajenos: *prendre son bien là où il le trouve*.

A pesar de su falta de originalidad filosófica, la obra de Cyrano es tan compleja en su mezcla de factores que ha podido presentársela al mismo tiempo como la muestra de un pensador cabalístico, dado al esoterismo y el hermetismo, y como un ejemplo de modernidad en cuanto al uso de la razón y los criterios experimentales, es decir, un adelantado del método científico en la permanente querrela entre los antiguos y los modernos. La primera idea tiene ya cierta historia. Es conocida la interpretación que de la obra ciraniana hace Fulcanelli, el patriarca del esoterismo occidental en *Las moradas filosóficas*, en donde, entre otras cosas, cita extensamente el combate entre la salamandra y la rémora que se encuentra en el *Sol*, atribuyéndole

un valor iniciático (Fulcanelli, 1973, pp. 348-352), y esoteristas posteriores consideran a Cyrano como el gran pensador hermético de los tiempos modernos (Vledder, 1976, p. 61), esos tiempos científicos a los que tan bien se adaptan el escepticismo constructivo de Cyrano así como su relativismo que caracterizan su actitud «moderna» en lucha contra la autoridad y el dogmatismo (Harth, 1968, pp. 138-139). Aunque Alcover niegue tajantemente en su primera obra que Cyrano fuera ocultista y mucho menos alquimista (Alcover, 1970, p. 147), no debe sin embargo entenderse que haya en Cyrano una contradicción inexplicable o insalvable entre los intereses esotéricos y la preocupación por el método científico. Hay incluso quien sostiene que *El otro mundo* sólo es «una larga operación de alquimia» (Armand, 2005, p. 123). Conviene recordar que en el siglo XVII era habitual que los sabios dedicaran tanto esfuerzo a investigaciones experimentales que hoy consideraríamos indudablemente científicas como a la búsqueda de la piedra filosofal. ¿No compaginaba Newton sus estudios e investigaciones científicas con la alquimia?

La obra

Hay quien dice que la obra de Cyrano no es propiamente hablando una utopía, por cuanto faltan en ella algunos de los requisitos de este género literario, especialmente la idea de una sociedad perfecta situada en algún lugar ignoto del planeta, en un «no lugar», como falta la preocupación por los aspectos organizativos de la sociedad y la crítica a la de su tiempo. Es cierto que las dos obras de Cyrano apenas hacen referencia a las cuestiones políticas tanto en la *Luna* como en el *Sol* (Alcover, 1970, p. 174). Hay en esta última una vaga alusión a una comunidad de mujeres, de larga prosapia en la literatura utópica y al hecho de que en la República de los Pájaros no se escoja por rey al más fuerte sino, por el contrario, al más débil. Pero todos los demás elementos del viaje utópico están presentes aquí y con creces: las sociedades imaginadas no son perfectas (el pirronismo de Cyrano no le dejaría imaginar nada así), pero en muchos aspectos son mejores que la terrestre, y en cuanto a la crítica contemporánea, precisamente las dos aventuras no son otra cosa que diálogos que además de su carga filosófica abordan cuestiones culturales, morales, de creencias, en los que se ponen en solfa las ideas de la época. A título de ejemplo, algunas costumbres de la *Luna* le sirven para criticar decididamente los usos y creencias de su tiempo; por ejemplo, el trato que en la *Luna* reciben los ancianos a manos de los jóvenes y el que éstos consideren a aquéllos como criados, casi como esclavos, revela la inconveniencia de lo que juzga que es el respeto excesivo que su época tributaba a la vejez, etapa de la vida que, cuando se tienen los treinta años que tenía Cyrano al

escribir la *Luna*, casi resulta incomprensible, sobre todo si se tiene en cuenta que el joven Cyrano había experimentado siempre como una tortura las arbitrariedades de su anciano padre. Por otro lado, la reproducción en bronce del miembro viril que los selenitas lucen en la ingle también sirve el autor para lanzar un ataque crítico a la falsa moral sexual de su tiempo, que, con una actitud pacata, se avergüenza de los órganos de la generación, de los que debiera enorgullecerse.

En lo que hace a los viajes en sí mismos, el de Cyrano se incluye en una larga serie de viajes fantásticos y, más concretamente, en el subgénero de los «viajes filosóficos». El hecho de que sea a la Luna tiene un significado claramente filosófico, porque la Luna es el límite entre los dos mundos aristotélicos, el sublunar y el supralunar. Entre los viajes a la Luna más famosos de la literatura, y que, asimismo, sin duda el propio Cyrano conocía y cuya influencia se nota mucho en el suyo, caben destacar el muy primero y padre de todo el género, el de Luciano de Samosata, que en la *Historia verdadera* llega a la Luna en un barco arrastrado por una tormenta; el de Dante en *La divina comedia*, en el que la Luna es la primera escala del viaje al cielo, ya en compañía de Beatriz; el que hace Astolfo en el *Orlando furioso* montado sobre el hipogrifo para traer un brebaje que haga que Orlando recobre la cordura; el muy poco conocido pero extraordinario y temprano *Somnium*, de Juan Maldonado, escrito en 1532, cuando el de Astolfo, y publicado en 1542 (Avilés, 1981); el otro *Somnium* de Johannes Kepler, en el que figura un viaje a la Luna, llamada Lavania por arte de magia (1634), y unos años después, los ya mencionados de Francis Godwin, *The Man in the Moone*, y el de John Wilkins. Los dos fueron determinantes en el de Cyrano, pero el más visible es el de Godwin, puesto que Saviniano tiene la humorada de ir a encontrarse en la *Luna* con el héroe de Godwin, el español Dominique Gonzales, que ha llegado allí antes que él en una nave tirada por gansos. Este español, hartado, dice a Cyrano, de que en España lo persigan por sus opiniones científicas, ha decidido alcanzar la Luna, entre otras cosas para probar la certeza de la hipótesis copernicana (Godwin, 1996, p. 19). Igualmente, es en esta obra donde Cyrano ha tomado prestada la idea de que los selenitas hablen musicalmente (Godwin, 1996, p. 30).

A propósito de esta costumbre tan frecuente en el siglo XVII (y anteriores) de que unos autores tomaran inspiración y más que inspiración en otros, hay que notar que, aunque Cyrano se quejara a veces amargamente de que lo hubieran plagiado, lo cierto era que el plagio no estaba del todo mal visto, y Cyrano lo practicaba más o menos con los demás como los demás pudieron practicarlo con él. Además de la presencia de Gonzales en la Luna, Cyrano copia la idea de Sorel en *Francion* del «dinero poético» (Sorel, 1979, p. 196). Si bien generalmente al tratarse de préstamos, Cyrano cita la fuente o lo hace como una especie de homenaje. Es con referencia a otras partes de su obra en donde se da mayor intertextualidad en Cyrano, esto es, cuando Saviniano reproduce textualmente párrafos enteros de sus cartas o de alguna de sus obras de teatro.

Si por utopismo se entienden asimismo las curiosidades e invenciones que un autor acumule en su obra, raro será el que pueda decir que haya superado a Cyrano en audacia, fertilidad e imaginación. La lista de inventos y ocurrencias que adornan los dos viajes de la *Luna* y el *Sol* es prolongada y algunos artilugios realmente remiten a nuestra época. Solo en el viaje a la Luna encontramos cuatro máquinas para volar al satélite: una, la primera, que se basa en la idea de que la Luna atrae el rocío; una segunda que asciende gracias al supuesto de que la luna creciente absorbe el tuétano de los huesos de los que se ha impregnado Cyrano, la tercera, que se basa en el hecho de que el aire caliente asciende llevando a Enoch, y la cuarta mediante la cual Elías ha llegado a la Luna, se basa en el principio de la atracción magnética, aunque de una forma que recuerda bastante al barón de Munchhausen. Y eso sin contar con los famosos gansos de Gonzáles, sobre los que Cyrano se permite alguna ironía. Además de este verdadero parque de máquinas espaciales, en uno u otro momento del relato vemos que a Cyrano o a Elías les ocurren cosas que permiten pensar en que nuestro autor ha predicho los globos aerostáticos y hasta el paracaídas.

Igualmente encontramos en la obra ciudades ambulantes, que se desplazan cientos de kilómetros en busca de climas más benignos con un sistema de velas y fuelles, y otras que se protegen de las heladas hundiéndose en la tierra mediante un procedimiento de un gigantesco tornillo con su tuerca. Los selenitas no comen en el sentido terrestre del término, puesto que no mastican los alimentos sino que se limitan a olerlos, ya que la comida como tal consiste en los efluvios olfativos de los manjares, cosa que procede de la *Historia verdadera* de Luciano de Samosata. La iluminación nocturna está garantizada con luciérnagas encerradas en vasijas y, cuando éstas fallan, el demonio de Sócrates las sustituye por otras en las que ha encerrado sendos rayos de sol a los que primeramente ha hecho inofensivos a base de impedir que puedan abrasar, sólo lucir. La gente no lee, sino que escucha los libros. Algunos autores sostienen que Cyrano ha predicho aquí los audiolibros y, asimismo, los libros electrónicos. Cyrano es un utopista tecnológico y muchos lo consideran el fundador de la ciencia-ficción.

A su vez, en el viaje al *Sol* que se concentra más en los aspectos filosóficos y puramente fantasiosos y menos en el orden práctico de la peripecia ciranesca, encontramos una cuarta máquina para el viaje lunar, un icosaedro a base de espejos, un reloj de viento y un ojo de cristal para ver por la noche.

Por último, mención aparte merece el hecho de que en los dos viajes de Cyrano haya referencias frecuentes a otros libros, hasta el punto de que su obra casi no hace otra cosa que «hablar de otros libros por las boca de sus personajes» (Armand, 2005, p. 124), es decir, en definitiva, que se trata de un libro de libros o de un libro que remite a una larga serie de ellos. También este aspecto ha sido tratado con bastante fortuna por Prévot (1977, 1978) y, sobre todo, de modo sistemático por Armand (2005), quien da cumplida cuenta de todos los libros y referencias librescas que hay en la *Luna* y el *Sol*, de forma que su obra es casi una guía de libros de

Cyrano; desde el primero, con el que se abre la narración de la *Luna*, el tratado de Cardano sobre la Sutilidad, hasta aquel con el que se interrumpe la del *Sol*, esto es, la *Física* (es decir, el libro II de los *Principios de filosofía*) de Descartes, el lector los irá encontrando por el camino, expresa o tácitamente mencionados. Hay todo tipo de referencias.

La relación más curiosa es la que se mantiene entre las dos partes de la obra, porque la misión de la segunda, entre otras cosas, es la de dar cuenta de la primera que, según se nos informa al comienzo del *Sol* ya se ha vendido por pliegos en la ciudad de Tolosa. Es decir, sucede como con la segunda parte del *Quijote*, en la que ya se sabe que la primera anda rodando por ahí como libro. Sólo que en el caso de Cyrano, es una invención. Pero una invención que le sirve para fabular la historia de un proceso inquisitorial en la época: a cuenta de ese libro imaginario, Cyrano es denunciado por un clérigo ruin y mendaz, detenido y encerrado en un siniestro calabozo, de donde sólo le sacan primero sus amigos y lo libera luego su imaginación, el único elemento de la obra que permite «ir más allá de la duda» (Armand, 2005, p. 107).

La traducción

Para la versión al castellano nos hemos valido de la edición de las *Oeuvres complètes* preparada por Jacques Prévot y publicada en la Librairie Belin, París, 1977, que se considera la más fidedigna y sigue el texto del manuscrito de París. La edición Belin carece de aparato crítico. Para remediar esta carencia, hemos tenido a la vista diversas ediciones críticas, sobre todo de la *Luna* y a veces también del *Sol*, en especial la clásica de Paul Lacroix (P. L. Jacob, bibliophile), de 1858, que incluye ambos viajes, reeditada por las ediciones Galic en 1962 y que, además del estudio crítico introductorio del propio Lacroix, canónico durante mucho tiempo y hoy ya bastante superado, incluye el famoso prólogo biográfico de Henri Lebreton. Igualmente, la impresionante edición crítica de la *Luna*, hecha por Madeleine Alcover y publicada por la Librairie Honoré Champion, de París, en 1977, y la también valiosísima del *Sol*, hecha por B. Parmentier para Garnier-Flammarion, París, 2003, y algunas otras de menor valía, como la de Willy de Spens o de Maurice Laugaa, que trae una introducción y una cronología, pero no aparato crítico. Por descontado, cuando hemos recurrido a las notas críticas ajenas, especialmente las de Lacroix (que a veces dejan que desear) o las de Alcover, lo hemos señalado.

No son escasas las traducciones de la *Luna* al castellano, sí en cambio del *Sol* en correspondencia con lo que también sucede con los originales. Hemos manejado la de Aguilar de 1968, que trae la *Luna* y el *Sol*, si bien encomendados a traductores

distintos: Emilio Sempere la *Luna* y Juan Martín Ruiz-Werner el *Sol*; la de Fontamara de 1981 (debida a Emilio Olcina Aya) y la de Anaya de 1987 (debida a Pollux Hernández). Proponemos una traducción nueva, íntegra y fidedigna porque, por lo general, las existentes acusan el problema de la falta de investigación en el conjunto de la obra de Cyrano, y aunque todas ellas tengan elementos aprovechables, dan una impresión de dejadez e improvisación, como si, como dice Alcover de las ediciones de la obra en francés, con Cyrano se pudiera hacer cualquier cosa. No obstante, sí debe señalarse que si bien la edición de Fontamara afirma en «Nota a la edición» en la página 7 que «publicamos en este volumen, naturalmente, ambos textos en su versión íntegra», ello no es cierto, puesto que los dos textos (la *Luna* y el *Sol*) han sufrido cortes tan extensos que, en realidad, la edición representa menos de la mitad de la obra original. Y esos procedimientos no pueden quedar sin mención.

Las reglas de escritura en el siglo XVII eran bastante inseguras y así se recoge en la edición Balin. Hemos seguido el criterio de unificar según el estilo contemporáneo de organizar diálogos, parlamentos largos y descripciones. Sorprendentemente, la obra no tiene muchos arcaísmos aunque, en donde aparecen, hemos tratado de conservarlos. Los tratamientos personales también son erráticos e igualmente hemos considerado oportuno uniformarlos en torno a la forma castellana del voseo, propia de la época. Todas las notas a pie de página son del traductor.

Bibliografía

- ADDYMAN, I. (2009), *Cyrano: The Life and Legend of Cyrano de Bergerac*, Nueva York, Simon and Shuster.
- AGUSTÍN DE HIPONA (1988), *City of God*, Londres, Havard University Press y William Heinemann, Ltd.
- AKBAR, Y. (1980), *Science et Religion Chez Cyrano de Bergerac*, Montpellier, Université Paul Valery.
- ALCOVER, M. (1970), *La pensee philosophique et scientifique de Cyrano de Bergerac*, Ginebra, Droz.
- (1977), *L'autre monde ou les Estats et Empires de la Lune*, edición crítica, París, Librairie Honoré Champion.
- (1990), *Cyrano relu et corrigé (Lettres, Estats du Soleil, Fragment et Physique)*, Ginebra, Droz.
- APOSTOLIDÈS, J. M. (2006), *Cyrano, qui fut tout et qui ne fut rien*, París-Bruselas, Les Impressions nouvelles.
- ARMAND, G. (2005), *L'autre monde de Cyrano de Bergerac. Un voyage dans l'espace du livre*, París-Caen, Minard.
- AUGEARD, M. H. (1966), *Savinien II de Cyrano de Bergerac*, Dordogne, Le Relais de la Ribeyrie.
- AVILÉS, M. (1981), *Sueños ficticios y lucha ideológica en el Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional.
- AYERS, R. (1899), *Romance of Cyrano de Bergerac*, Nueva York, Neely's Vacation Library.
- BARGY, H. (ed.) (2009), *Cyrano de Bergerac, Cyrano de Sannois*, Les styles du savoir STSA 6, Brepols Verlag.
- BEDFORD—JONES, H. (1930), *Cyrano*, Nueva York, Putnam.
- BERGERAC, C. (2009), *Cartas satíricas y amorosas completas*, M. Armiño (ed.), Madrid, Páginas de espuma.
- BORJA—MONCAYO, L. A. de (1915), *Reencarnación de don Quijote y Cyrano de Bergerac*, Barcelona, Casa Editorial Maucci.
- BRUN, P. (1893), *Savinien de Cyrano Bergerac sa vie et ses oeuvres d'après des documents inédits*, París, Armand Colin et Cie.
- (1909), *Savinien de Cyrano de Bergerac, Gentilhomme parisien. L'histoire et la légende de Lebret à M. Rostand*, París, Daragon.
- CALVIÉ, L. (comp.) (2004), *Cyrano de Bergerac dans tous ses états*, Toulouse, Anacharsis.
- CAMPANELLA, T. (2006), *La Ciudad del Sol*, Madrid, Akal.

- CANSELIET, E. (1947), «Cyrano de Bergerac, philosophe hermétique», *Les Cahiers d'Hermès* 1, París, Éditions le vieux colombier, La Colombe.
- CARCIOPPOLO, J. L. (1998), *Lost Sonnets of Cyrano de Bergerac: A Poetic Fiction*, Benicia, California, Lost Sonnet Publishing.
- CARDOZE, M. (1994), *Cyrano de Bergerac. Libertin libertaire. 1619/1655*, París, Lattès.
- CASTETS, F. (1900), *Cyrano de Bergerac, conférence prononcée au Cercle Artistique de Montpellier le Mercredi 29 Mars 1900*, Montpellier, Imprimerie Gustave Firmin et Montane.
- COMPARATO, V. I. (1979), *Cyrano de Bergerac «politique»*, Perugia, Edizioni Scientifiche Italiane.
- COPÉRNICO, N. (1982), *Sobre las revoluciones (De los orbes celestes)*, Madrid, Editora Nacional.
- COURTILZ DE SANDRAS, G. (1955), *Mémoires de M. D'Artagnan*, París, Club Français du Livre.
- DALLAS, O. (1936), *Cyrano de Bergerac*, Londres, The Queensway Press.
- DARMON, J.-C. (2004), *Le songe libertin; Cyrano de Bergerac d'un monde à l'autre*, Klincksieck.
- DENIS, J.-F. (1970), *Sceptiques ou libertins de la première moitié du xviiie siècle: Gassendi, Gabriel Naudé, Guy-Patin, Lamoignon-Levayer, Cyrano de Bergerac*, Ginebra, Slatkine Reprints.
- EGGERS LAN, C. y JULIÁ, V. E. (1978), *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos, 3 vols.
- ELUARD, P. (1968), *La poésie du passé. De Philippe de Thaun (xiie siècle) à Cyrano de Bergerac (xviiie siècle)*, París, Seghers.
- ERBA, L. (1959), «L'incidenza della magia nell'opera di Cyrano de Bergerac», en *Contributi del Seminario di Filologia Moderna, Serie Francese*, vol. 1, Milán, Società editrice Vita e Pensiero, pp. 1—74.
- (2000), *Magia e invenzione. Studi su Cyrano de Bergerac e il primo Seicento francese*, Milán, Vita e pensiero.
- ESTRABÓN (1969), *The Geography of Strabo*, Cambridge (Mass.), Cambridge University Press, 8 vols.
- FÉVAL, P. (1929), *Dartagnan et Cyrano de Bergerac réconciliés, les noces de Cyrano*, París, Baudinière.
- (1932), *Les Exploits de Cyrano: Le démon de Bravoure*, París, Editions Baudinière. — (1958), *Les noces de Cyrano*, París, Librairie Arthème Fayard.
- FÉVAL, P. y LASSEZ, M. (1946), *D'Artagnan contre Cyrano I. Le chevalier mystère*, París, La technique du livre.
- FÉVAL, P. y LASSEZ, M. (1946), *D'Artagnan contre Cyrano III, Le secret de la Bastille*, París, La technique du livre.

- FÉVAL, P. y LASSEZ, M. (1946), *D'Artagnan contre Cyrano IV, L'Héritage de Buckingham*, París, Librairie Arthème Fayard.
- FÉVAL, P. y LASSEZ, M. (1956), *D'Artagnan contre Cyrano II, Martyre de reine*, París, Librairie Arthème Fayard.
- FILÓSTRATO (1989), *The Life of Apollonius of Tyana*, Londres, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- FONTENELLE, B. le Bouyer de (1998), *Entretiens sur la pluralité des mondes*, París, Garnier-Flammarion.
- FOURNEL, V. (1875), *Les contemporains de Molière*, París, Librairie de Firmin-Didot.
- FULCANELLI (1973), *Las moradas filosóficas*, Barcelona, Plaza y Janés.
- GALLET, L., *La capitaine Satan, aventures de Cyrano de Bergerac*, París, Juven.
- GARCÍA DE MENDOZA, L. (s. f.), *Cyrano de Bergerac. Novela*, Barcelona, Ramón Sopena.
- GAUTIER, T. (1856), *Les grotesques*, París, Michel Lévy frères.
- (1961), *Le capitaine Fracasse*, París, Le livre de poche/LGF.
- GERMAIN, A. (1996), *Monsieur de Cyrano-Bergerac*, París, éditions Maisonneuve & Larose.
- GIPPER, A. (2002), *Wunderbare Wissenschaft. Literarische Strategien naturwissenschaftlicher Vulgarisierung in Frankreich. Von Cyrano de Bergerac bis zur Encyclopédie*, Paderborn, Wilhelm Fink Verlag.
- GODWIN, F. (1996), *The Man in the Moone [1638]*, Trowbridge Logaston Press.
- GOLDIN, J. (1973), *Cyrano de Bergerac et l'art de la pointe*, Montreal, Presses de l'Université de Montreal.
- GORSSE, H. de y JACQUIN, J. (1904), *La jeunesse de Cyrano de Bergerac*, París, Hachette.
- GOURMONT, R. de (1908), «Cyrano de Bergerac», *Mercure de France*.
- GRACIÁN, B. (1957), *Agudeza y arte de ingenio*, Madrid, Espasa-Calpe.
- GUIBAL, G. (1898), *Cyrano de Bergerac, Vérité & Poésie*, Aix-en-Provence, Garcin.
- HARTH, E. (1970), *Cyrano de Bergerac and the Polemics of Modernity*, Nueva York, Columbia University Press.
- HASCHAK, P. G. (1994), *Utopian/Dystopian Literature: A Bibliography of Literary Criticism*, Metuen, Scarecrow Press.
- HERODOTO (1981), *Stories*, Londres, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- HESÍODO (1978), *Teogonía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- HODGSON, R. G. (2009), *Libertinism and Literature in Seventeenth Century France* Narr, Dr. Gunter.
- INGLIS, D. N. (2010), *A Comparison Between the Cyrano of Rostand's Drama*,

- Cyrano de Bergerac and the Real Cyrano, in Regard to Historical Data, General Characteristics*, Nabu Press.
- JAMET, F. y D. (s. f.), *Cyrano de Bergerac*, París, Comédie Française.
- JENOFONTE (1968), *Socrates' Defence to the Jury*, en *Obras de Jenofonte*, vol. IV, Cambridge/Mass, Cambridge University Press y Londres, Heinemann, 7 vols.
- JUPPONT, P. (1906), *L'Oeuvre scientifique de Savinien de Cyrano dit Cyrano de Bergerac d'après une causerie faite à l'amphithéâtre de l'école centrale des arts et manufactures le 22 mai 1906 à l'occasion des noces d'argent de la promotion 1881*, París.
- KIRK, G. S. y RAVEN, J. E. (1977), *The Presocratic Philosophers*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LACHÈVRE, F. (1922), *Les successeurs de Cyrano de Bergerac*, París, Librairie Ancienne Honoré Champion.
- (1928), «La réhabilitation de Cyrano de Bergerac», *Bulletin du bibliophile et du bibliothécaire* (julio).
- LANIUS, E. W. (1967), *Cyrano de Bergerac and the Universe of the Imagination*, Ginebra, Droz.
- LEFEVRE, L.-R. (1927), *La vie de Cyrano de Bergerac*, París, Librairie Gallimard.
- LUCRECIO, *De rerum natura*, Harvard, Harvard University Press.
- LUJÁN, N. (1984), «Los dos Cyranos», *Historia y vida* 190 (enero).
- MAGNE, É. (1898), *Les erreurs de documentation de Cyrano de Bergerac*, París, Éd. de la Revue Française.
- (1920), *Un Ami de Cyrano de Bergerac – Le chevalier de Lignières. Plaisante histoire d'un poète libertin d'après des documents inédits*, París, Editions E. Sansot.
- MAGY, H. (1927), *Le véritable Cyrano de Bergerac*, París, Le Rouge et le Noir.
- MASSEY, A. (2009), *Cyrano de Bergerac*, Caedmon (audiocassette).
- MCCAUGHREAN, G. (2006), *Cyrano*, Oxford, Oxford University Press.
- MEINECKE, F. (1925), *Die Idee der Staatsräson*, Berlín, R. Oldenbourg.
- MERILHOU, F. (1855), *Cyrano de Bergerac*, París, Imp. Dupont et Cie.
- MICHEL, L. (dir.) (2002), *Cyrano de Bergerac d'Edmond Rostand. Étude de l'oeuvre par Guy Boubonnais*, Beauchemin, Laval.
- MONGRÉDIEN, G. (1964), *Cyrano de Bergerac*, París, Éditions Berger-Levrault.
- MONTAIGNE, M. de (1962), *Essais*, París, Garnier, 2 vols.
- MOTTEVILLE, Mme. de (1982), *Mémoires*, París, Fontaine.
- MOUROUSY, P. (2000), *Cyrano de Bergerac. Illustre mais inconnu*, París, Éditions du Rocher.
- MURATORE, M. J. (1994), *Mimesis and Metatextuality in the French Neo-Classical Text: Reflexives Readings of La Fontaine, Molière, Racine, Guilleragues*,

- Madame de La Fayette, Scarron, Cyrano de Bergerac and Perrault*, Ginebra, Droz.
- NAUDÉ, G. (1639), *Considérations politiques sur les coups d'État*, Hildesheim, Zürich, Nueva York, Georg Olms Verlag (ed. facsimilar, 1993).
- PEMJEAN, L. (s. f.), *Cyrano de Bergerac*, París, France Édition.
- (1931), *Cyrano de Bergerac: Son premier amour*, París, Fayard.
- PLATÓN (1958), *Politeia*, en *Sämtliche Werke*, vol. III, Hamburgo, Rowohlt.
- (1997), *Apology of Socrates*, Warminster, Aris and Phillips.
- PLATOW, H. (1902), *Die Personen von Rostands Cyrano De Bergerac in der Geschichte und in der Dichtung*, Kessinger Publishing, LLC.
- PLUTARCO (1971), *Moralia*, Londres, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- PREVOT, J. (1978), *Cyrano de Bergerac poète et dramaturge*, París, Belin.
- (1977), *Cyrano de Bergerac romancier*, París, Belin.
- PUJOS, C. (1951), *Le double visage de Cyrano de Bergerac*, París, L'imprimerie moderne.
- QUINEL, C. y MONTGON, A. de (1939), *Cyrano de Bergerac et ses amis*, París, Ferdinand Nathan.
- RAPPENAU, J.-P. (1990), *Cyrano de Bergerac*, Ramsay.
- ROGERS, C. (1929), *Cyrano*, Nueva York, Doubleday, Doran & Co., Inc.
- ROSELLINI, M. y COSTENTIN, C. (2005), *Cyrano de Bergerac. Les États et Empires de la Lune et du Soleil*, Tournai, Atlante.
- ROSSAT—MIGNOD, S. (ed.) (1972), *Les Libertins du xviiè Siècle: Cyrano de Bergerac*, París, Editions rationalistes.
- RUIZ GARCÍA, C. (2009), «Cyrano de Bergerac y el relato de viajes», *Anuario de Letras Modernas* 14 (2007-2008), pp. 71-85.
- SCHENK, F. A. (1900), *Etudes Sur La Rime Dans Cyrano De Bergerac De M. Rostand*, Kessinger Publishing, LLC.
- SÈDE, G. de (1981-1982), «Cyrano de Bergerac ou la voix de la nature», *Le Fou Parle. Revue trimestrielle d'art et d'humeur*, 19 (diciembre-enero).
- SENESE, I. (1945), *Il romanzo di Cyrano de Bergerac*, Milán, Valsecchi.
- SOREL, C. (1979), *Histoire comique de Francion [1633]*, París, Garnier-Flammarion.
- SPENS, W. de (1989), *Cyrano de Bergerac, l'esprit de révolte*, París, Editions du Rocher.
- SPIERS, A. G. H. (1921), *Cyrano de Bergerac*, Oxford, Oxford French Series.
- SPINK, J. S. (1960), *French Free-Thought from Gassendi to Voltaire*, Londres, University of London, The Athlone Press.
- SUFFRAN, M. (2003), *Cyrano de Bergerac*, Doss Aquitanie.

- SWIFT, J. (1930), *Gulliver's Travels and Other works, Exactly Reprinted from the First Edition and Edited with Some Account of Cyrano De Bergerac of His Voyages to the Sun and Moon By the Late Henry Morley*, H. Morley y J. P. Gilson (eds.), Londres, George Routledge.
- TALLEMANT DE REAUX, N. (1961), *Historiettes*, París, Gallimard, «la Pléiade», 2 vols.
- TORERO IBAD, A. (2009), *Libertinage, science et philosophie dans le materialisme de Cyrano de Bergerac*, París, Honoré Champion.
- UNTERMAYER, L. (1954), *Cyrano de Bergerac*, Nueva York, Heritage Press (con ilustraciones de Pierre Brisaud).
- VIGNY, A. de (1970), *Cinq-Mars*, París, Le livre de poche/Gallimard.
- VLEDDER, W. H. van (1976), *Cyrano de Bergerac, philosophe ésotérique, étude de la structure et du symbolisme d'une oeuvre mystique («L'autre monde») de XVII siècle*, Ámsterdam, Holland Universiteits Pers.
- VOISÉ, W. (1973), *Histoire du copernicanisme en douze essais, A l'occasion du Ve centenaire de Nicolas Copernic, en Revue de Synthèse, 3.ª serie, 69, 94 (enero-marzo)*, París, Albin Michel, Centre International de Synthèse.
- VOLTAIRE (1961), *Dictionnaire philosophique*, París, Garnier.
- WEDGWOOD, C. V. (1961), *The Thirty Years War*, Nueva York, Doubleday/Anchor.
- WHITE, J. E. (1964), *Three Philosophical Voyages: Cyrano de Bergerac: Les Etats et Empires de la Lune (selections); Voltaire: Micromegas y Candide*, Nueva York, Dell.

Primera parte

El otro mundo o Los estados e imperios de la Luna

La luna estaba llena, el cielo sereno y habían sonado las nueve de la noche cuando cuatro amigos míos y yo regresábamos de una casa cercana a París.

Los diferentes pensamientos que nos inspiraba aquella bola azafranada nos entretuvieron por el camino. Con los ojos fijos en aquel gran astro, tan pronto uno de nosotros la tomaba por un tragaluz por el que se entreveía la gloria de los bienaventurados como otro sostenía que se trataba de la mesa sobre la que Diana plancha los cuellos de Apolo como otro, por fin, aducía que bien podría tratarse del mismo Sol que, habiéndose despojado de sus rayos por la noche, miraba por un agujero lo que sucedía en el mundo cuando él no estaba.

—Y yo —dije—, que deseo mezclar mis entusiasmos con los vuestros, sin distraerme con las agudezas fantásticas con que acariciáis el tiempo para que pase más deprisa, creo que la Luna es un mundo como éste al que el nuestro sirve de luna.

Mis compañeros soltaron grandes carcajadas.

—Puede que así mismo —les dije— estén ahora riéndose en la Luna de algún otro que sostiene que este globo es un mundo.

En vano alegué que Pitágoras, Epicuro, Demócrito y, en nuestra época, Copérnico y Kepler^[1] *eran de este parecer; sólo conseguí que se troncharan de risa.*

Este pensamiento, cuya audacia desafiaba mi ánimo templado por la contradicción, caló tan hondo en mí que durante el resto del camino me sentí henchido de mil definiciones de la Luna sin poder decidirme por una y, a fuerza de sostener esta creencia burlesca mediante razonamientos graves, casi llegué a darle crédito. Mas escucha, lector, el milagro o accidente de los que la Providencia o la fortuna se valieron para confirmármela:

Apenas hube llegado a casa, y cuando entraba en mi habitación con ánimo de descansar del paseo, reparé en que sobre la mesa había un libro abierto que yo no había puesto allí. Eran las obras de Cardano^[2] y, aunque no sintiera deseo de leerlo, mi vista se sintió atraída por una historia que narra este filósofo. Escribe que, encontrándose una noche estudiando a la luz de una vela, vio que a través de las puertas cerradas de su habitación entraban dos ancianos muy altos, quienes en respuesta a sus muchas preguntas le contestaron que eran habitantes de la Luna; dicho lo cual, desaparecieron. Me quedé tan sorprendido, tanto porque el libro se hubiera desplazado por su cuenta como por el momento y pasaje en el que estaba abierto, que tomé esta concatenación de incidentes por una inspiración divina que me impulsaba a dar a conocer a los hombres que la Luna es un mundo. «¡Cómo!» me dije a mí mismo

«después de haber estado hablando hoy mismo de un asunto, un libro que quizá sea el único en el mundo en que se trata tal materia vuela de la biblioteca a la mesa, muestra uso de razón al abrirse exactamente en el lugar de esta maravillosa aventura e insufla enseguida a mi fantasía las reflexiones y a mi voluntad los propósitos que me hago. Sin duda», continué, «los dos ancianos que se aparecieron a aquel grande hombre son los mismos que han sacado el libro y lo han abierto por esta página para ahorrarse la molestia de dirigirme el alegato que dirigieron a Cardano. Pero», añadí, «no podré salir de dudas si no subo hasta allí. Y ¿por qué no?» me respondí de inmediato. «Bien subió Prometeo^[3] a los cielos a robar el fuego».

A estas ocurrencias producidas por las calenturas sucedió la esperanza de tener éxito en un viaje tan hermoso.

Para llevar a cabo la empresa me encerré en una casa de campo bastante apartada en donde, tras haber satisfecho mis sueños con los medios más adecuados para llevarlos a cabo, he aquí cómo subí al cielo.

Me había ceñido a la cintura gran cantidad de redomas llenas de rocío y el calor del sol, que tiraba de ellas, me hizo elevarme a tal altura que acabé encontrándome por encima de las más altas montañas. Pero como esta atracción me hacía ascender con demasiada rapidez de forma que, en lugar de aproximarme a la Luna como pretendía, ésta me parecía más alejada que a mi partida, rompí algunas de las redomas hasta que sentí que mi peso vencía la fuerza de atracción y que descendía a tierra. Mi impresión no era errónea puesto que volví a caer sobre ella algo después y, a contar desde la hora en que salí, debían de ser las doce de la noche. No obstante, hube de reconocer que el Sol estaba en el cenit y que era mediodía. Podéis imaginar cuál fue mi asombro; tanto que, no sabiendo a qué atribuir este milagro, tuve el atrevimiento de imaginar que, favorable a mi osadía, Dios había vuelto a detener el Sol en los cielos para que alumbrara tan generosa empresa^[4]. Lo que aumentó mi estupefacción fue el no reconocer el país en que me encontraba, pues me parecía que, habiendo ascendido en línea recta, debería haber descendido en el mismo lugar desde el que había subido. Vestido como estaba me encaminé a una choza de la que salía humo y, cuando me encontraba apenas a un tiro de pistola, me vi rodeado de gran cantidad de salvajes. Parecieron sorprenderse mucho al encontrarme, ya que creo que debía de ser la primera persona que veían vestida de botellas. Y para contradecir más todas las interpretaciones que hubieran podido dar a este atavío, veían que al caminar apenas tocaba la tierra. No sabían que al primer impulso que daba a mi cuerpo, el ardor de los rayos del mediodía me levantaba con mi rocío. Y si hubiera tenido más redomas me hubiera elevado por los aires a su vista. Quise acercarme a ellos pero, como si el miedo los hubiera convertido en pájaros, en un instante los vi perderse en el bosque más cercano. No obstante, conseguí atrapar a uno cuyas piernas sin duda habían traicionado su corazón. Con gran esfuerzo, pues estaba sin aliento, le pregunté a qué distancia nos encontrábamos de París, desde cuándo las gentes en Francia andaban completamente desnudas y por qué huían de mí con tanto temor. Este

hombre a quien me dirigía era un viejo aceitunado que empezó por arrojarse a mis pies y, levantando las manos por detrás de la cabeza, abrió la boca y cerró los ojos. Aunque estuvo bastante tiempo farfullando algo, no percibí que articulase sonido alguno, de modo que tomé su lenguaje por el balbuceo ronco de un mudo.

A poco de aquello vi que se acercaba una compañía de soldados a tambor batiente y que dos de ellos se destacaban de los demás para reconocerme. Cuando se acercaron lo suficiente para oírme les pregunté en dónde estaba.

—Estáis en Francia —me respondieron—, pero ¿quién diablos os ha puesto en ese estado y cómo es que no os conocemos? ¿Han llegado los barcos? ¿Vais a dar noticia al señor gobernador? ¿Y por qué habéis distribuido vuestro aguardiente entre tantas botellas?

A todo lo cual repuse que ningún diablo me había puesto en aquel estado, que no me conocían porque no podían conocer a todos los hombres, que no sabía que el Sena fuera navegable, que no tenía noticia alguna que dar al señor de Montbazon y que no iba cargado de aguardiente.

—Hola, hola —me dijeron, tomándome por el brazo—. Atrevido os mostráis. El señor gobernador sabrá quién sois.

Mientras así me hablaban me conducían hacia sus filas y por ellos supe que estaba en Francia, pero no en Europa, ya que me encontraba en la Nueva Francia^[5].

Me presentaron al señor de Montmagnie^[6], que era el virrey. Me preguntó por mi país, mi nombre y mi condición y luego de satisfacer su curiosidad contándole el agradable episodio de mi viaje, sea porque lo creyese o porque fingiera creerlo, tuvo la bondad de hacer que me diesen una habitación en su residencia. Mi dicha fue grande al encontrar un hombre capaz de tener opiniones elevadas y que no se asombró cuando le dije que era preciso que la Tierra hubiera girado durante mi ascenso puesto que, habiendo comenzado a elevarme a dos leguas de París, había caído en línea casi perpendicular en el Canadá.

Por la noche, al ir a acostarme, vi que entraba en mi habitación.

—No hubiera venido —me dijo— a interrumpir vuestro descanso si no hubiera creído que una persona que ha hecho novecientas leguas en media jornada ha podido hacerlas sin cansarse. Mas ¿no sabéis —añadió— la graciosa querella que acabo de tener a causa vuestra con nuestros padres jesuitas? Están absolutamente convencidos de que sois un brujo y la mayor gracia que podéis obtener de ellos es la de no ser sino un impostor. Y en verdad, ese movimiento que atribuís a la Tierra ¿no es una curiosa paradoja? Lo que me impide ser de vuestra opinión es que, aunque ayer estuvierais en París, podéis haber llegado hoy a este país sin que la Tierra se haya movido, puesto que ¿acaso el Sol que os ha hecho ascender gracias a vuestras botellas no puede haberos traído hasta aquí ya que, según Ptolomeo, Ticobrae y los filósofos modernos^[7], sigue el curso que según vos sigue la Tierra? Y además, ¿qué pruebas convincentes tenéis para imaginaros que el Sol está inmóvil cuando lo vemos moverse y que la Tierra gire en torno a su eje cuando la sentimos firme bajo nuestras

plantas?

—Señor —le repliqué—, estas son las razones que nos obligan a pensar de tal modo:

En primer lugar es de sentido común creer que el Sol está situado en el centro del universo, puesto que todos los cuerpos de la naturaleza precisan de ese fuego radical que habita en el corazón del reino para estar en situación de satisfacer con diligencia sus necesidades y que la causa generatriz está también situada igualmente en medio de los cuerpos sobre los que actúa, así como la sabia naturaleza ha situado las partes genitales en el hombre, las pepitas en el centro de las manzanas, los huesos en medio de sus frutos e igual que la cebolla conserva su precioso germen al abrigo de cien hojas que lo envuelven, de donde otros diez millones extraerán su esencia. Puesto que este cogollo es un pequeño universo en sí mismo cuya semilla más cálida que las otras partes es el Sol, que expande en torno suyo el calor conservador de su globo. Y ese germen en esa cebolla es el pequeño sol de ese reducido mundo que calienta y nutre la sal vegetativa^[8] de esta masa. Supuesto lo anterior digo que, como la Tierra tiene necesidad de la luz, del calor y de la influencia de este gran fuego, gira en torno a él para recibir por igual en todas sus partes esa virtud que la conserva, ya que creer que esa gran masa luminosa gira en torno a un punto en el que no tiene nada que hacer es tan ridículo como si cuando vemos una alondra asada imagináramos que para guisarla, el horno hubiera girado en torno a ella. Por lo demás, si correspondiera al Sol realizar este trabajo, parecería como si la medicina tuviera necesidad del enfermo, como si el fuerte debiera plegarse ante el débil, el grande servir al pequeño y como si en vez de que un barco hiciera cabotaje a lo largo de las costas de una provincia, se forzara a la provincia a girar en torno al barco. Pues si os cuesta comprender cómo pueda moverse una masa tan pesada, decidme, os lo ruego, los astros y los cielos que suponéis tan sólidos ¿son más ligeros? Quienes estamos seguros de la redondez de la Tierra podemos deducir fácilmente su movimiento de su forma. Pero ¿por qué suponer, ya que no podéis saberlo, que el cielo es redondo y que ninguna de sus figuras puede moverse con excepción de ésta? No os reprocho vuestras excéntricas, concéntricas ni vuestros epiciclos^[9], que no sabríais explicar más que muy confusamente y que no tienen lugar en mi sistema. Hablemos tan solo de las causas naturales de este movimiento: de vuestro lado estáis obligados a recurrir a inteligencias que mueven y gobiernan vuestros mundos. Pero yo, sin interrumpir el reposo del Ser Supremo que sin duda ha creado la naturaleza en toda su perfección, y sin negar su sabiduría al haberla acabado de modo tal que habiéndola completado por un lado no la haya hecho defectuosa por otro, yo, digo, encuentro en la Tierra las virtudes que la mueven. Digo que los rayos del Sol, con su influencia al incidir por encima en su circulación, la hacen girar como nosotros lo hacemos con un globo al golpearlo con la mano, o que los vapores que exhala continuamente su seno del lado por el que el Sol la mira, al rebotar en el frío de la región media^[10], resbalan sobre ella y al no poder incidir en ella más que de refilón, la hacen dar vueltas. La

explicación de los otros movimientos es menos complicada. Considerad, os lo ruego...

Al llegar aquí el señor de Montmagnie me interrumpió diciendo:

—Prefiero dispensaros de este tarea, puesto que he leído algunos libros de Gassendi^[11] sobre la materia, a cambio de que escuchéis lo que me dijo un día uno de nuestros padres que sostenía vuestra opinión. «En efecto», decía aquél, «imagino que la Tierra gira no por las razones que aduce Copérnico^[12] sino porque estando el fuego del Infierno encerrado en el centro de la Tierra, según nos enseñan las Sagradas Escrituras, los condenados que quieren huir del ardor de las llamas trepan para alejarse hacia la bóveda y hacen así girar la Tierra al igual que un perro hace girar la rueda en la que está encerrado».

Alabamos por unos instantes el celo del buen padre y, habiendo hecho su panegírico, el señor de Montmagnie me dijo que le asombraba mucho que el sistema de Ptolomeo^[13] tuviera tan general acogida a pesar de ser tan poco verosímil.

—Señor —le contesté—, la mayor parte de los hombres, que sólo juzga por los sentidos, se deja convencer por lo que ve, e igual que aquel que navega a vista de tierra cree estar inmóvil y que es la costa la que se mueve, así los hombres, girando con la Tierra alrededor del cielo, creían que era el mismo cielo el que giraba en torno a ellos. Añadid a esto el orgullo insoportable de los seres humanos que los persuade de que la naturaleza no se ha hecho más que para ellos como si fuera verosímil que el Sol, una masa enorme cuatrocientas treinta y cuatro veces mayor que la Tierra^[14], no irradiara calor más que para madurar sus nísperos y acogollar sus coles. En cuanto a mí, lejos de incurrir en la insolencia de estos brutos, creo que los planetas son mundos alrededor del Sol y que las estrellas fijas son otros soles que tienen planetas en torno suyo, es decir, mundos que no vemos desde aquí a causa de su pequeñez y porque su luz refleja no llega hasta nosotros. Pues, ¿cómo es posible creer de buena fe que estos globos tan espaciosos no sean sino grandes campos desiertos y que el nuestro haya sido construido para mandar sobre los demás sólo porque por él nos arrastramos media docena de grandes tunantes? Pues ¿qué? Por el hecho de que el Sol acompañe nuestros días y nuestros años ¿hemos de creer que haya sido creado para que no nos rompamos la cabeza contra las paredes? No, no, si ese dios visible alumbra al hombre es por casualidad, como la antorcha del rey ilumina por casualidad al ganapán que pasa por la calle.

—Pero —me dijo— si, como aseguráis, las estrellas fijas son otros tantos soles, podría concluirse que el mundo sea infinito, ya que es verosímil que los pueblos de esos mundos que están en torno a una estrella fija que tomáis por otro sol descubran a su vez otras estrellas fijas por encima de ellos que no podríamos observar desde aquí y así seguiría eternamente.

—No tengáis duda alguna —repliqué yo— de que igual que Dios ha podido hacer el alma inmortal, ha podido hacer el mundo infinito, si es cierto que la eternidad no es otra cosa que una duración sin término y el infinito una extensión sin límites.

Además, el mismo Dios sería finito si el mundo no fuera infinito, ya que no podría estar en donde no hubiera nada y no podría acrecentar la grandeza del mundo sin añadir algo a su propia extensión, comenzando por estar en donde no estaba antes. Es preciso creer que así como vemos Saturno y Júpiter, si estuviéramos en el uno o en el otro, descubriríamos muchos mundos que no vemos desde aquí y que el universo está construido de este modo hasta el infinito.

—A fe mía —me replicó—, por mucho que me lo digáis no podré comprender en absoluto esta infinitud.

—¡Ah! Decidme —le repliqué—, ¿acaso comprendéis mejor la nada que hay más allá? En absoluto. Cuando pensáis en esa nada os la imagináis cuando menos como viento, como aire y eso es algo; pero el infinito, si no podéis comprenderlo en general, al menos lo concebís por partes, pues no es difícil figurarse la Tierra, el fuego, el agua, el aire, los astros, los cielos. El infinito no es más que un tejido sin límites de todo esto. Si me preguntáis de qué modo se han hecho estos mundos dado que las Sagradas Escrituras sólo hablan de que Dios haya creado uno, respondo que no habla más que del nuestro, porque es el único que Dios quiso molestarse en hacer por su propia mano; pero todos los otros, los veamos o no, suspendidos entre el azul del universo, no son otra cosa que la espuma de los soles que se purgan. Porque ¿cómo podrían sobrevivir esas grandes hogueras si no dependieran de una materia que las alimenta? Así que igual que el fuego expulsa de sí la ceniza que lo ahoga, el oro se refina en el crisol separándose de la piritita que disminuye sus quilates, y así como nuestro corazón se libera de los humores indigestos que lo atacan expulsándolos, el Sol vomita todos los días y se purga del resto de la materia que alimenta su fuego. Pero una vez que haya consumido esta materia que lo mantiene, no debéis dudar de que se expandirá por todos los costados para buscar otro pábulo y que se adjuntará a todos los mundos que hubiera construido antaño, en especial a los que encuentre más próximos, y entonces ese gran fuego, entrelazando de nuevo todos los cuerpos, los volverá a expulsar de cualquier modo de todas partes como antes y, habiéndose purificado poco a poco, comenzará a servir de sol a esos pequeños mundos que engendrará, impulsándolos fuera de su esfera. Y esto es lo que sin duda ha llevado a los pitagóricos a predecir el abrasamiento universal^[15]. No se trata de una fantasía ridícula: la Nueva Francia, en la que nos encontramos, nos proporciona un ejemplo convincente. Este vasto continente de América es la mitad de la Tierra que, a pesar de que nuestros antepasados habían surcado mil veces el océano, no se había descubierto. Por ello no existía, al igual que muchas islas, penínsulas y montañas que se han erigido en nuestro globo cuando, al asearse, el Sol se desprende de las máculas que quedan condensadas en grumos suficientemente pesados para que los atraiga el centro de nuestro mundo; puede que poco a poco en partículas menudas, pero también quizá de golpe como una sola masa. Esto no es tan disparatado que san Agustín no lo hubiera aplaudido si el descubrimiento de este continente se hubiera hecho en su tiempo, ya que este gran personaje, cuyo genio estaba iluminado por el

Espíritu Santo, asegura que en su tiempo la Tierra era plana como un horno y que flotaba sobre el agua como la mitad de una naranja^[16]. Pero si llego a tener el honor de veros alguna vez en Francia, os mostraré mediante una lente extraordinaria que tengo que ciertas oscuridades que parecen manchas vistas desde aquí son mundos en construcción.

Como al terminar mi alocución se me cerraran los ojos, el señor de Montmagnie se sintió obligado a desearme las buenas noches. Al día siguiente y en los posteriores tuvimos conversaciones de naturaleza similar pero, como algún tiempo después los asuntos propios de la provincia se mezclaran con nuestra filosofía, me volvió con más fuerza el deseo de subir a la Luna.

Desde que ésta se levantaba, yo me adentraba en los bosques soñando con la prosecución y el éxito de mi empresa. Por fin, un día en la víspera de San Juan en que se celebraba un consejo en el fuerte para decidir si se auxiliaba a los salvajes del país en contra de los iroqueses fui solo detrás de nuestra residencia, sobre la cima de una pequeña montaña y he aquí lo que puse en práctica.

Con una máquina que había construido me imaginaba que era capaz de elevarme tanto como quisiera. Me precipité, pues, en el aire desde la cresta de una roca pero, como no había tomado bien las medidas, me di una fuerte costalada en el valle. Regresé a mi habitación todo magullado pero sin desanimarme. Me unté todo el cuerpo con tuétano de buey, pues estaba dolorido de la cabeza a los pies, y tras haber fortificado mi corazón con una botella de esencia cordial, volví en busca de la máquina, pero no la encontré porque, habiéndola hallado por azar algunos soldados enviados a cortar leña al bosque para la hoguera de San Juan que se encendería por la noche, la habían llevado al fuerte. Después de cavilar mucho sobre su naturaleza, cuando se descubrió el invento del muelle, algunos dijeron que era preciso ceñirle una cantidad de cohetes voladores para que, al subir muy alto gracias a su rapidez y con el muelle agitando sus grandes alas, no hubiera nadie que no tomara la máquina por un dragón ígneo.

La busqué mucho tiempo y por fin la encontré en mitad de la plaza de Quebec en el momento en que iban a prenderle fuego. El dolor de encontrar la obra de mis manos en tan grande peligro me trastornó de tal modo que corrí a sujetar por el brazo al soldado que la encendía. Le arranqué la mecha y, lleno de furia, me abalancé sobre mi máquina para romper el artificio que la sujetaba. Pero llegué demasiado tarde, pues apenas hube puesto los pies en ella, me encontré ascendiendo en una nube. El espanto horrorizado que me invadió no alteró de tal modo las facultades de mi alma que no recuerde todo lo que me sucedió en aquel instante. Sabed que cada vez que la llama devoraba una fila de cohetes (pues los habían dispuesto de seis en seis por medio de un fulminante que liaba cada media docena), otra se ponía a arder y después otra, de forma que la pólvora, al quemarse, alejaba el peligro acrecentándolo. No obstante, al terminarse la pólvora se acabó el artificio y cuando ya sólo esperaba romperme la cabeza contra la cresta de alguna montaña, sentí que, sin moverme en

absoluto, seguía ascendiendo, mientras que la máquina se separaba de mí y vi cómo caía a tierra. Esta aventura extraordinaria me llenó de un gozo tan poco común que, fascinado por verme libre de un peligro cierto, tuve la impudicia de ponerme a filosofar sobre ello. Mientras indagaba con la mirada y el pensamiento cuál pudiera ser la causa de este milagro, me di cuenta de que tenía el cuerpo abotargado y todavía grasiento por el tuétano con que me había untado a causa de las magulladuras de mi caída. Me di cuenta de que, como la Luna estaba en cuarto menguante, durante el cual acostumbra a absorber el tuétano de los animales, bebía el que yo me había untado con tanta mayor intensidad cuanto más próximo estaba a ella, dado que no había nubes que debilitasen su vigor.

Cuando hube recorrido lo que, según un cálculo que hice después, juzgaba bastante más de los tres cuartos del camino que separa la Tierra de la Luna, me vi de pronto caer cabeza abajo sin haberme volteado en modo alguno. Y tampoco me habría dado cuenta si no hubiera sentido que el peso del cuerpo me gravitaba sobre la cabeza. Tuve por comprobado que no estaba cayendo de nuevo sobre nuestro mundo puesto que, aunque me encontraba entre dos lunas y veía con claridad que me alejaba de una a medida que me acercaba a la otra, estaba muy seguro de que la mayor era nuestra Tierra, porque al cabo de un día o dos de viaje^[17] en que las lejanas refracciones de los rayos solares confundían la diversidad de cuerpos y climas, ya no semejava más que una gran placa de oro, al igual que la otra. Esto me hizo suponer que descendía hacia la Luna y me afirmé en esta opinión cuando recordé que no había comenzado a caer más que a partir de los tres cuartos del camino. Puesto que, me decía a mí mismo, dado que esta masa es menor que la nuestra, es lógico que su actividad tenga también menor alcance y que, en consecuencia, yo haya sentido más tardíamente la fuerza de su centro^[18].

Después de una muy prolongada caída por lo que alcanzo a suponer, ya que la violencia de la precipitación debe de haberme impedido observarla mejor, todo lo que recuerdo es que me encontré bajo un árbol, entre tres o cuatro ramas bastante gruesas que se habían desgajado con mi caída y el rostro mojado a causa de una manzana contra la que di de frente.

Por fortuna ese lugar, como sabréis bien pronto, era el Paraíso terrenal y el árbol sobre el que había caído era precisamente el Árbol de la Vida. Por ello entenderéis que si no se hubiera producido una casualidad tan milagrosa, estaría mil veces muerto. Con frecuencia he reflexionado después acerca de esa opinión del vulgo según la cual cuando uno se precipita desde una gran altura, se asfixia en la caída antes de alcanzar al suelo, y he llegado a la conclusión de que el vulgo miente, o bien que el jugo enérgico de ese fruto, habiéndome entrado en la boca, haya llamado a mi alma, que no estaba aún lejos, a mi cadáver todavía tibio y preparado para las funciones de la vida. En efecto, tan pronto como me hallé en tierra, el dolor desapareció antes incluso de haberse implantado en la memoria, y el hambre, que me había atormentado mucho durante el viaje, no dejó en mí más que el ligero recuerdo

de haberla saciado.

Apenas me hube levantado y observado las riberas del más caudaloso de los cuatro grandes ríos que desembocan en un lago, cuando percibí el aroma que el espíritu o el alma de los bienaventurados que se exhalan en este lugar y las piedrecitas no eran ásperas ni duras sino a la vista, puesto que tenían cuidado de ablandarse cuando se las pisaba.

Encontré en primer lugar una glorieta con cinco avenidas y unos robles tan desmesuradamente altos que parecían elevar al cielo una plataforma arbórea. Midiéndolos con la vista desde las raíces a la copa y luego desde ésta hasta los pies, dudaba de si era la tierra la que los sostenía o si no serían ellos los que llevaran a la tierra colgada de sus raíces, mientras que sus frentes orgullosamente erguidas parecían doblegarse a la fuerza bajo el peso de los globos celestes cuya carga sostienen con gran fatiga. Sus ramas extendidas hacia el cielo parecen que, al abrazarlo, estuvieran solicitando toda la pura benevolencia de la influencia de los astros y la estuvieran recibiendo antes de haber perdido nada de su inocencia en el lecho de los elementos. Allí hay flores por doquier que, sin haber tenido otros jardineros que la naturaleza, traspiran un hálito tan silvestre que despierta y satisface el olfato. El rojo encendido de una rosa en el agavanzo y el estallido de azul de una violeta bajo las zarzas no permiten decidirse por una de ellas, pues cada una es más bella que la otra. Allí la primavera sustituye todas las estaciones. Allí no germina planta venenosa alguna que pueda conservarse. Allí los arroyos relatan sus viajes a los guijarros. Allí mil voces emplumadas hacen que resuene el bosque con la armonía de sus trinos y la aleteante asamblea de estos gorjeos melódicos es tan general que parece que cada hoja del bosque se haya convertido en la lengua y la forma de un ruiseñor. Eco se complace de tal modo en sus melodías que, al oír como las repite, se diría que quisiera aprenderlas. Próximos a este bosque hay dos prados cuyo verdegay ininterrumpido semeja una esmeralda que se perdiera de vista. La mezcla abigarrada de colores con que la primavera pinta cien florecillas mezcla los matices de unas con las otras y estas flores agitadas parecen correr detrás de ellas mismas para escapar a las caricias del viento. Se diría que esta pradera era un océano pero, al tratarse de un mar sin orillas, mis ojos, espantados de haber llegado tan lejos sin descubrir la ribera lanzaban hacia ella prestamente mi pensamiento y mi pensamiento, seguro de estar ante el fin del mundo quería convencerse de que unos lugares tan encantadores podrían haber forzado quizá al cielo a fundirse con la tierra. Por medio de un tapiz tan vasto y perfecto corre con borbotones argénteos el agua de una fuente rústica, que corona sus bordes con un césped esmaltado de margaritas, botones de oro, violetas, y esas flores, que se arraciman en torno suyo, parecerían apretarse por ver cuál se reflejará la primera. Todavía está en la cuna, ya que acaba de nacer, y su rostro joven y terso no muestra arruga alguna. Los grandes círculos que describe volviendo mil veces sobre sí misma muestran que sale de su país natal muy a su pesar y, como si sintiera vergüenza de verse acariciar cerca de su madre, rechaza murmurando mi

mano ligera que quiere tocarla. Los animales que llegaban a apagar la sed, más razonables que los de nuestro mundo, mostraban su sorpresa al ver que el día estaba avanzado en el horizonte en tanto que veían el Sol en las antípodas y apenas si osaban inclinarse sobre el borde por el temor que tenían de caer en el firmamento^[19].

Debo confesaros que a la vista de tanta belleza sentí el cosquilleo de esos dolores agradables que, según se dice, experimenta el embrión cuando se le insufla el alma. Se me cayó el pelo viejo para hacer lugar a otros cabellos más espesos y ondulantes; sentí que mi juventud reverdecía, que mi rostro tomaba un color vivo, que mi calor natural se mezclaba suavemente con mi humedad radical y que, en breves palabras, rejuvenecía unos catorce años.

Había caminado media legua a través de una floresta de jazmines y mirtos cuando descubrí algo que se movía echado en la sombra. Era un adolescente ante cuya majestuosa beldad sentí el impulso de adorarlo.

—¡No es ante mí —exclamó— sino ante Dios ante quien debéis prosternaros!

—Estáis ante una persona —le respondí— maravillada por tantos milagros que no sé por cual empezar a admirarlos. Viniendo de un mundo que vos tomaréis aquí sin duda por una luna, pensaba haber llegado a otro que los de mi país también llaman Luna, héteme aquí que me encuentro en el Paraíso a los pies de un dios que no quiere ser adorado y de un extranjero que habla mi lengua.

—Aparte de la cualidad de dios —me replicó—, lo que decís es verdad. Esta tierra es la luna que veis desde vuestro globo y este lugar en el que os encontráis es el Paraíso; pero el Paraíso terrestre en el que sólo han entrado seis personas: Adán y Eva, Enoch, yo, que soy el anciano Elías^[20], san Juan Evangelista y vos. Sabéis cómo fueron expulsados los dos primeros, pero no cómo llegaron a vuestro mundo. Sabed, pues, que luego de haber probado ambos la manzana prohibida, Adán, que temía que, irritado por su vista, Dios le incrementara el castigo, consideró la Luna, vuestra tierra, como el único refugio en que podría estar al abrigo de los requerimientos de su Creador. Así pues, como la imaginación del hombre en aquel tiempo era muy poderosa al no haberse corrompido por el desenfreno ni por la crudeza de los alimentos ni por las alteraciones causadas por las enfermedades y estando ésta excitada por el violento deseo de alcanzar aquel asilo, el fuego de su entusiasmo aligeró de tal modo su masa corporal, que ascendió al modo en que se ha visto como cuando la imaginación de algunos filósofos se orienta intensamente hacia algo, éstos se elevan en el aire en arrebatos a los que llamáis éxtasis. Eva, a quien la fragilidad de su sexo hacía más débil y menos cálida, sin duda hubiera carecido del vigor necesario en su imaginación para vencer el peso de la materia mediante el empeño de su voluntad pero, como hacía muy poco que había surgido del cuerpo de su marido, la simpatía con que esta mitad estaba aún unida a la totalidad la impulsaba hacia él a medida que ascendía, al igual que la paja sigue al ámbar y el imán se vuelve hacia el Septentrión de donde ha sido arrancado, y Adán atraía la obra de su costado al igual que la mar atrae los ríos que salieron de ella. Una vez que hubieron llegado a vuestra

tierra, se establecieron entre la Mesopotamia y la Arabia. Los hebreos lo conocían bajo el nombre de Adán y los idólatras bajo el de Prometeo, de quien sus poetas dijeron que había robado el fuego del cielo a causa de los descendientes que engendró, provistos de un alma tan perfecta como aquella de la que Dios lo había dotado. De este modo, el primer hombre dejó este mundo desierto para habitar el vuestro, pero el Omnisciente no consintió que una morada tan feliz estuviera deshabitada. Después de algunos siglos consintió que Enoch, disgustado por la compañía de los hombres cuya inocencia se corrompía, sintiera deseo de abandonarlos. Este santo personaje consideró que, si quería protegerse de las ambiciones de sus pares que ya habían comenzado a degollarse unos a otros a fin de repartirse el mundo, el único lugar seguro sería aquella tierra bienaventurada de la que tanto le había hablado antaño su abuelo Adán. Sin embargo, ¿cómo alcanzarla? Aún no se había inventado la escalera de Jacob^[21]. La gracia del Altísimo vino en su ayuda, pues reparó en que el fuego del Cielo descendía sobre el holocausto de los justos y de aquellos que eran agradables a los ojos del Señor, según sus palabras: «El aroma de los sacrificios del justo ha llegado hasta mí». Un día en que esta llama divina se concentraba en consumir una víctima que ofrecía al Eterno, relleno dos vasijas con los vapores que de ella se exhalaban, las cerró herméticamente y se las colocó debajo de las axilas. Como quiera que el humo tendía a elevarse hacia Dios, no pudiendo traspasar el metal salvo milagro, atrajo las vasijas hacia lo alto y de este modo hicieron que el hombre subiera con ellas. Cuando llegó a la Luna y puso sus ojos en este hermoso jardín, una alegría casi sobrenatural le hizo conocer que se trataba del Paraíso terrenal, habitado antaño por su abuelo. Se liberó con prontitud de las vasijas, que se había ceñido a sus hombros como si fueran alas, y lo hizo con tanta maña, que apenas llegado por el aire a unas cuatro toesas^[22] de la superficie de la Luna, se deshizo de sus flotadores. No obstante, la altura a que se encontraba era bastante para causarle gran daño de no ser por la amplitud de vuelo de su indumentaria, inflada por el viento, así como por el ardor del fuego del amor que también lo sostenía. En cuanto a las vasijas, continuaron ascendiendo hasta que Dios las engastó en el cielo, y son lo que hoy llamáis el signo de Libra, que nos muestra todos los días que está llena de aromas del sacrificio de algún justo, merced a las influencias favorables que impregnaron el horóscopo de Luis el Justo, que estaba bajo el ascendiente de Libra.

Sin embargo, aún no estaba en este jardín al que sólo llegó algún tiempo después. Fue entonces cuando irrumpió el diluvio, cuando las aguas que engulleron vuestro mundo alcanzaron una altura tan prodigiosa que el Arca bogaba por los cielos al costado de la Luna. Los seres humanos divisaban este globo por la ventana, pero como el reflejo de esta gran masa opaca se debilitaba a causa de su proximidad que mitigaba su luz, creyeron que se trataba de un rincón de la tierra que no se había sumergido. Sólo una hija de Noé, de nombre Achab, sostuvo a grito pelado que sin duda era la Luna, quizá por ser la única que se había percatado de que, a medida que

el navío ascendía, se acercaban a este astro. Fue inútil hacerle ver que la sonda sólo había encontrado quince codos^[23] de agua; respondía que el hierro había tropezado con el dorso de una ballena que habían confundido con la tierra. En cuanto a ella, estaba muy segura de que lo que iban a encontrar era la misma Luna. Por último, como todo el mundo sigue el parecer de otro, las demás mujeres se dejaron convencer en seguida por esta opinión. Y hete aquí que, a pesar de la prohibición de los hombres, botaron el esquife en la mar. Achab era la más osada, de forma que quiso ser la primera en afrontar el peligro. Abordó alegremente el bote y todas las de su sexo la hubieran seguido de no haber sido porque una ola separó la barca del navío. Fue inútil que la llamaran a gritos, que la llamaran lunática cien veces, que sería la causa de que un día se reprochara a todas las mujeres tener un cuarto de la luna en la cabeza. Achab se reía de ellos. Hela aquí navegando fuera del mundo. Los animales siguieron su ejemplo, pues la mayor parte de los pájaros, sintiendo que sus alas tenían fuerza suficiente para levantar el vuelo, impacientes por la prisión con que hasta entonces se había restringido su libertad, salieron de allí. Los más valientes de los cuadrúpedos se pusieron a nadar. Habían salido ya más de mil antes de que los hijos de Noé cerraran los establos que mantenía abiertos en su escapada la masa de animales. La mayor parte de ellos llegó a este mundo. En cuanto al esquife, fue a dar a una muy grata ribera en la que desembarcó la generosa Achab y, alegre por haber reconocido que, en efecto, esta tierra era la Luna, no quiso en modo alguno reembarcar para reunirse con sus hermanos. Se instaló por una temporada en una gruta y, cuando paseaba un día cavilando si estaba disgustada por haber perdido la compañía de los suyos o si bien se sentía muy a gusto, divisó un hombre que recogía bellotas. La alegría del encuentro la impulsó a darle de abrazos; recibió otros a cambio, ya que hacía aún más tiempo que el anciano no había visto rostro humano. Era Enoch el Justo. Unieron sus vidas y, de no haber sido porque el natural impío de sus hijos y el orgullo de su mujer obligaron al esposo a retirarse al bosque, hubieran terminado de desgranar sus días con toda la dulzura con que Dios bendice el matrimonio de los justos. En medio de aquellas retiros salvajes y aquella espantosa soledad, el buen anciano ofrendaba a Dios todos los días con espíritu puro su corazón en holocausto, hasta que un día, habiendo caído una manzana del Árbol de la Ciencia en el río en cuyo borde, como sabéis, está plantado, y trasportada a merced de las ondas fuera del Paraíso, fue a dar a un lugar en el que el pobre Enoch se procuraba peces por la pesca para sustentarse. Quedó la hermosa manzana atrapada en la red y Enoch la comió. Conoció de inmediato en dónde estaba el Paraíso terrestre y por caminos secretos que no podréis concebir si no habéis comido la manzana del Árbol de la Ciencia, vino a habitar en él.

Ahora es preciso que os cuente el modo en que yo llegué aquí: imagino que no habréis olvidado que me llamo Elías, pues os lo dije antes. Sabed que vivía en vuestro mundo y que habitaba con Eliseo^[24], un hebreo como yo, a orillas del Jordán, en donde llevaba una vida entre libros tan tranquila que no lamentaba el hecho de que

transcurriera y fuera pasando. No obstante, cuanto más crecían las luces de mi espíritu, más crecía asimismo el conocimiento de aquellas de las que carecía. Siempre que nuestros sacerdotes me recordaban a Adán, la memoria de aquella filosofía perfecta que fue la suya me arrancaba suspiros. Ya desesperaba de poder alcanzarla cuando un día, después de haber hecho un sacrificio por la expiación de las debilidades de mi ser mortal, caí dormido y un ángel del Señor se me apareció en sueños. Apenas me desperté me puse a trabajar en los asuntos que me había ordenado. Tomé un imán de unos dos pies^[25] cuadrados de extensión que puse en el horno. Una vez que se hubo purgado, precipitado y disuelto, extraje el principio atractivo de todo el amasijo calcinado y lo reduje a un trozo del grosor de una pelota mediana.

Tras estos preparativos hice construir un carro de fuego muy ligero y, al cabo de unos meses, habiendo terminado todos mis aparejos, entré en él. Quizá me preguntaréis a qué venía tanto aparato. Sabed que el ángel me había dicho en sueños que si quería adquirir la ciencia perfecta que deseaba, subiese al mundo de la Luna, en donde encontraría el Árbol de la Ciencia en el Paraíso de Adán ya que, una vez que hubiera probado su fruta, mi alma comprendería todas las verdades que puede comprender una criatura. Tal era el viaje para el que había construido mi carro. Por último entré en él y, una vez que hube cerrado bien y me hube recostado en el asiento, lancé muy alto al cielo la bola del imán. De este modo la máquina de hierro que había construido a propósito, más pesada en su mitad que en las extremidades, se elevó también en perfecto equilibrio, ya que la atracción se ejercía con mayor fuerza en el centro. Así pues, me acercaba a donde estaba el imán y una vez llegado a él, lo volvía a lanzar.

—Pero —le interrumpí— ¿cómo lanzabais la bola tan recta por encima de vuestro carro sin que jamás éste se ladease?

—No veo motivo de maravilla alguno en este asunto —me dijo— porque el imán, al ser lanzado al aire, atraía el hierro y, en consecuencia, era imposible que subiese jamás de lado. Os confieso que, cuando tenía la pelota en la mano, seguíamos ascendiendo puesto que el carro corría siempre hacia el imán que mantenía por encima de él. Pero el ímpetu que mostraba el hierro para tocar a la pelota era tan fuerte que me obligaba a doblar el cuerpo en cuatro pliegues, de forma que no me he atrevido a intentar esta experiencia nueva más que una vez. En verdad era un espectáculo asombroso de ver, puesto que el cuidado con el que había pulido el acero de esta casa volante reflejaba por todos los lados una luz del sol tan viva y aguda que yo mismo creía viajar en un carro de fuego. En fin, después de haber hecho muchos lanzamientos y de mucho volar tras la pelota, llegó un momento en que me sucedió como a vos, en que caía hacia este mundo. Y como en ese momento tenía la bola bien sujeta en mis manos, mi carro, cuyo asiento me empujaba para acercarse a su principio de atracción, no me dejaba en modo alguno. Sólo debía temer la posibilidad de romperme el cuello y, para protegerme, tiraba la pelota de vez en cuando para que

mi máquina, al sentirse frenada naturalmente, se tomara un respiro y mitigase la fuerza de mi caída. Finalmente, cuando me vi a doscientas o trescientas toesas de tierra, lancé la bola por todas partes a los lados del carro, tanto de uno como de otro, hasta que volvía a verla. Luego conseguí lanzarla a lo alto y cuando la máquina la seguía, me dejé caer a punto de estrellarme contra el suelo, y cuando volví a lanzarla sólo a un pie por encima de mi cabeza, este ligero movimiento eliminó de hecho toda la velocidad que había adquirido al precipitarse de modo que mi caída no fue más violenta que si la hubiese hecho desde mi altura. No os hablaré del asombro que me embargó al ver las maravillas que hay aquí porque es en verdad igual al que acabáis de experimentar.

Sabed tan sólo que al día siguiente encontré el Árbol de la Vida, gracias al cual he dejado de envejecer. Ese árbol consumió enseguida la serpiente a la que redujo a humo.

Al escuchar estas palabras dije:

—Venerable y sagrado patriarca, me sería muy agradable saber qué queréis decir con esa serpiente que se consumió.

Él me respondió mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro:

—Olvidaba, hijo mío, revelaros un secreto del que no se os habrá instruido. Sabed pues que luego de que Eva y su marido hubieron comido la manzana prohibida, para castigar a la serpiente que los había tentado, Dios la relegó en un cuerpo de hombre. Desde entonces no ha nacido criatura humana que en castigo por el crimen de su primer padre no alimente una serpiente en su vientre, salida de aquella otra primera. Las llamáis tripas y las creéis necesarias para las funciones de la vida, pero sabed que no son otra cosa que serpientes plegadas sobre sí mismas en muchas dobleces. Cuando sentís que gritan vuestras entrañas es la serpiente que silba y que, siguiendo esa natural glotonería con la que antaño incitó al hombre a comer demasiado, también pide de comer. Puesto que Dios que, para castigaros quería haceros mortales, como los otros animales os hizo estar obsesionados por esta insaciable a fin de que, si le dais mucho de comer, os ahogáis, o si, cuando esta criatura hambrienta muerde vuestro estómago con sus dientes invisibles, le negáis su pitanza, grita, brama y vomita ese veneno que vuestros doctores llaman bilis y os abrasa de tal modo mediante ponzoña que instila en vuestras arterias que os consumiríais en un instante. En fin, para demostraros que vuestras tripas son serpientes que tenéis en el cuerpo, recordad que se encontraron algunas en las tumbas de Esculapio, de Escipión, Alejandro, Carlos Martel y Eduardo de Inglaterra que aún se alimentaban con los cadáveres de sus ocupantes.

—En efecto —le dije, interrumpiéndole—, he observado que como esta serpiente trata siempre de escaparse del cuerpo del hombre, suele verse su cabeza y cuello saliendo de nuestro bajo vientre. Asimismo, Dios no ha permitido que sólo fuera el hombre quien padeciera este tormento, sino que quiso que se irguiera contra la mujer para lanzarle su veneno y que el abultamiento durara nueve meses después de haberla

picado. Y para mostraros que hablo según la palabra del Señor, Éste dijo a la serpiente para maldecirla que, aunque hiciera tropezar a la mujer irguiéndose contra ella, ella le haría bajar la cabeza.

Yo quería continuar con estos cuentos pero Elías me lo impidió:

—Pensad —dijo— que este lugar es santo. A continuación se calló por unos momentos como si quisiera recordar el lugar en el que estaba. Luego volvió a tomar la palabra:

No he probado el fruto de la vida más que de cien en cien años y su jugo tiene cierta relación con el gusto del vino. Yo creo que fue esta manzana que Adán comió la causa de que nuestros primeros padres viviesen tanto tiempo, porque parte de su energía penetró en su simiente hasta que se extinguió con las aguas del diluvio. El Árbol de la Ciencia se encuentra a la vista. Su fruto está cubierto por una corteza que produce ignorancia a quien lo haya gustado, pero que debajo del espesor de esta corteza conserva las virtudes espirituales de este docto manjar. En otra ocasión y tras haber expulsado a Adán de esta tierra bienaventurada, Dios le frotó las encías con esta corteza por miedo de que volviera a encontrar el camino. Desde entonces Adán estuvo más de quince años disparatando y olvidó de tal modo todas las cosas que ni él ni sus descendientes hasta Moisés volvieron a acordarse de la Creación. Pero los restos de la virtud de esta gruesa corteza acabaron de disiparse ante el calor y el genio de este gran profeta. Por fortuna cogí una de las manzanas a las que la madurez había despojado de la piel y apenas se había impregnado mi saliva cuando la filosofía universal me absorbió. Me pareció que una cantidad infinita de ojillos me tachonaban la cabeza y supe el medio de hablar al Señor. Cuando reflexioné con posterioridad acerca de este arrebatado milagroso, me he dicho que con un simple cuerpo natural no hubiera podido vencer los poderes ocultos de la vigilancia del serafín al que Dios ha encargado la guardia de este paraíso. Pero como le gusta servirse de causas secundarias, creo que me inspiró este medio para entrar en él como quiso servirse de la costilla de Adán para hacerle una mujer, aunque hubiera podido formarla de barro como hizo con él.

Pasé mucho tiempo en este jardín paseándome solo. Pero finalmente, como fuera que el ángel guardián del lugar era mi principal anfitrión, tuve el deseo de saludarlo. En una hora de camino completé el viaje porque al cabo de ese tiempo llegué a un lugar en el que mil relámpagos, fundidos en uno solo, convertían el día en algo tan deslumbrante que sólo servía para hacer visible la oscuridad.

Apenas me hube repuesto de esta aventura cuando divisé ante mí un hermoso adolescente que me dijo: «Soy el arcángel que buscas. Acabo de leer en Dios que te ha inspirado los medios de venir aquí y que quería que esperases aquí su voluntad». Me contó muchas cosas y me comunicó, entre otras, que esta luz de la que yo parecía haberme asustado no era nada extraordinario. Que se encendía casi todas las tardes cuando él hacía la ronda, porque para evitar las sorpresas de los brujos, que entran por doquier sin dejarse ver, estaba obligado a dar mandobles con su espada flamígera

en torno al Paraíso terrestre, y esa luz eran los relámpagos que producía su acero.

Los que veis desde vuestro mundo están producidos por mí. Si a veces los observáis desde muy lejos, se debe a que las nubes de una región apartada, al estar dispuestas a recibir esta impresión, reflejan hacia vosotros estas ligeras imágenes de fuego así como un vapor acumulado en otra parte resulta adecuado para formar un arcoíris. No os enseñaré más cosas puesto que la manzana de la ciencia no está lejos de aquí y tan pronto como hayáis comido de ella seréis docto como yo. Pero sobre todo guardaos de un error. La mayor parte de los frutos que penden de ese árbol están envueltos en una corteza que, si la probáis, os hará descender por debajo del hombre, mientras que la pulpa os hará subir tan alto como los ángeles.

Habiendo llegado Elías a este punto en sus instrucciones que le había dado el serafín se nos acercó un hombrecillo.

—He aquí este Enoch de quien os he hablado —me dijo en voz baja mi guía.

Al acabar éste de hablar, Enoch nos mostró un cesto lleno de no sé qué frutas semejantes a las granadas que acababa de descubrir aquel mismo día en un bosque retirado. Me metí varias en los bolsillos por recomendación de Elías cuando el otro preguntó quién era yo.

—Es una aventura que requiere un relato sosegado —respondió mi guía—; cuando nos retiremos esta noche, él mismo nos contará los maravillosos detalles de su viaje.

Mientras terminábamos esta conversación llegamos a una especie de ermita hecha de ramas de palmera ingeniosamente entrelazadas con mirtos y naranjos. Allí divisé en un pequeño reducto unos montones de cierta filadiz tan blanca y suelta que pudiera pasar por el alma de la nieve. También vi algunas rucas diseminadas aquí y allá. Pregunté a mi guía para qué servían.

—Para hilar —me respondió—. Cuando el buen Enoch quiere descansar de la meditación a veces hila esta estopa, a veces trenza el hilo, a veces teje la tela que sirve para hacer camisas a las once mil vírgenes. Es lo mismo que encontráis en vuestro mundo a veces, eso blanco que revolotea en el aire en otoño en la estación de la sementera y que los campesinos llaman «copos de la Virgen»^[26], es la borra que Enoch quita al lino cuando lo carda.

Apenas nos detuvimos a despedirnos de Enoch, que empleaba la cabaña como celda, y lo que nos obligó a dejarlo tan pronto fue que acostumbraba a rezar cada seis horas y ya hacía otras tantas que había terminado la última oración.

De camino supliqué a Elías que terminara la historia de las ascensiones que había comenzado y le dije que, según recordaba, se había quedado en la de san Juan Evangelista.

—Dado que carecéis de paciencia para esperar a que la manzana del saber os enseñe mejor que yo estas cosas —me dijo—, lo haré yo. Sabed, pues, que Dios...

En este momento no se cómo se mezcló el diablo, pues no pude evitar interrumpirlo para bromear:

—Ya me acuerdo —le dije—, Dios se dio cuenta un día de que el alma de este Evangelista estaba ya tan suelta que sólo la retenía a fuerza de apretar los dientes y, sin embargo, casi había expirado ya la hora en que estaba previsto que fuera ascendido aquí de modo que, no habiendo tiempo de prepararle una máquina, fue forzoso traerlo a toda prisa sin tener ocasión de hacerlo venir.

Durante mi parlamento, Elías me miraba con unos ojos capaces de matarme si yo me encontrara en estado de morir de otra cosa que de hambre.

—¡Es abominable! —dijo retrocediendo—. Tienes la impudicia de burlarte de las cosas santas. No quedarías impune de no ser porque el omnisciente quiere dejarte como ejemplo glorioso de su misericordia ante las naciones. Va, impío, fuera de aquí, va a predicar en este pequeño mundo y en el otro, al que estás predestinado a retornar, el odio inextinguible que Dios profesa a los ateos.

Apenas había acabado esta imprecación cuando me agarró y me empujó rudamente hacia la puerta. Cuando llegamos junto a un gran árbol cuyas ramas cargadas de fruto se combaban hacia tierra dijo:

—He aquí el Árbol de la Ciencia del que hubieras extraído luces inextinguibles de no ser por tu incredulidad.

No había acabado de hablar cuando, simulando languidecer de debilidad me dejé caer contra una rama de la que sustraje una manzana hábilmente. Todavía me quedaba un trecho antes de salir de este parque delicioso, sin embargo, el hambre me azuzaba con tanta violencia que me hizo olvidar que me encontraba en manos de un profeta iracundo. Saqué una de las manzanas de las que me había provisto y la mordí pero, en lugar de coger una de las que me había regalado Enoch, mi mano cogió la manzana que había sustraído en el Árbol de la Ciencia a la que, por desgracia, no había quitado la corteza.

No bien la había probado cuando en mi alma se hizo la más densa noche. Dejé de ver la manzana, dejé de ver a Elías cerca de mí, mis ojos no reconocieron en todo el hemisferio una sola traza del Paraíso terrenal y, sin embargo, no dejaba de recordar todo lo que me había sucedido.

Cada vez que he reflexionado después sobre este milagro me he imaginado que esta corteza no me había embrutecido por completo, dado que la había atravesado con los dientes a los que llegó algo del jugo que había debajo y cuya energía había disipado la malignidad de la piel.

Quedé sorprendido de verme solo en medio de un país del que no conocía nada. Ya podía pasear la mirada y escudriñar el campo que no aparecía criatura alguna para consolarme. Por último, decidí caminar hasta que la fortuna me deparara la compañía de alguna bestia o de la muerte.

Así lo hice porque al cabo de medio cuarto de legua encontré dos animales enormes de los que uno se detuvo ante mí y el otro huyó prestamente a su madriguera. Cuando menos así lo creí, puesto que al cabo de un tiempo lo vi volver acompañado de más de setecientos u ochocientos individuos de la misma especie que

me rodearon. Cuando pude verlos más de cerca, vi que tenían la estatura, el cuerpo y el semblante como nosotros. Esta aventura me trajo a la memoria lo que había oído contar antaño a mi ama de cría acerca de las sirenas, los faunos y los sátiros. De vez en cuando estas criaturas lanzaban gritos tan furiosos, sin duda causados por el asombro que les producía mi visión, que pensaba que me había convertido en un monstruo.

Uno de estos hombres animales, cogiéndome por el pescuezo, igual que hacen los lobos cuando roban una oveja, me echó sobre su espalda y me llevó a su ciudad. Al comprender que se trataba de hombres, mi admiración fue grande, pues no encontré ni uno, que no caminara a cuatro patas.

Cuando este pueblo me vio pasar, al observarme tan pequeño (ya que la mayor parte de entre ellos tienen doce codos de estatura^[27]), sosteniéndome sólo sobre dos pies, no podían creer que fuera un hombre, ya que estaban convencidos de que, entre otras cosas, si la naturaleza había dotado a los hombres, al igual que a los animales, de dos piernas y dos brazos, debían servirse de ellos como los animales. Efectivamente, reflexionando posteriormente sobre este asunto he pensado que esta posición del cuerpo no es muy extravagante, puesto que basta recordar que cuando nuestros niños aún no han sido instruidos más que por la naturaleza, caminan a cuatro pies y no se yerguen sobre dos más que gracias a los cuidados de sus amas de cría, que los adiestran en los cochecitos infantiles y los proveen de unas correas para impedir que se caigan y vuelvan a la posición de cuatro patas, que es la posición que nuestro cuerpo tiende a adoptar.

Por lo que posteriormente se me dio a entender, decían que tenía que ser necesariamente la hembra de la mascota de la reina. Así que, bien fuera por esta razón o por alguna otra, me condujeron directamente al Ayuntamiento, en donde por los murmullos y gestos de la gente y de los magistrados podía verse que deliberaban sobre quién fuera yo. Cuando hubieron conferenciado bastante tiempo, un ciudadano que se ocupaba de animales extraños suplicó a los magistrados municipales que me entregaran a él en tanto la reina no enviara a buscarme para convivir con mi macho. Nadie puso dificultad alguna. El titiritero me llevó a su domicilio y allí me enseñó a hacer de bufón, a darme costaladas, a hacer muecas y por la noche, después de cenar cobraba entrada por exhibirme.

Finalmente, ablandado el Cielo por mis dolores y enojado de ver cómo se profanaba el templo del Señor, quiso que un día en que estaba yo atado al cabo de una cuerda con la que el charlatán me hacía saltar para divertir a los mirones, uno de los que me contemplaban, tras haberme considerado muy atentamente, me preguntó en griego quién era. Me asombré mucho al escuchar que allí se hablaba como en nuestro mundo. Me interrogó un tiempo, le respondí y le conté en seguida aunque por encima toda mi aventura y el resultado de mi viaje. Me consoló y recuerdo que me dijo:

—¡Ah!, hijo mío, sufrís las consecuencias de las debilidades de vuestro mundo. Aquí como allí domina el vulgo, que no puede soportar la idea de que haya cosas a

las que no está acostumbrado; pero sabed que se os trata como lo haríais vosotros y que si algún habitante de esta tierra hubiera subido a la vuestra con la osadía de llamarse hombre, vuestros doctores lo harían estrangular como un monstruo o un mono poseído por el diablo.

Me prometió de seguido que avisaría a la Corte de mi desgracia y añadió que en cuanto me hubo divisado, el corazón le había dicho que yo era un hombre, porque él había viajado en otro tiempo al mundo del que yo venía, que mi país era la Luna, que yo era galo y que él había habitado antaño en Grecia, que se le conocía como el demonio de Sócrates^[28], que después de la muerte de este filósofo había gobernado e instruido en Tebas a Epaminondas^[29]. Igualmente dijo que, habiéndose trasladado a Roma, el sentido de la justicia le hizo tomar el partido de Catón el Joven^[30] y que, tras el fallecimiento de éste, se había pasado a Bruto^[31]; que no habiendo estos personajes dejado tras de sí otra cosa que la imagen de su virtud, se había retirado con sus compañeros a los templos y los desiertos.

—Por último —añadió—, el pueblo de vuestra tierra se volvió tan estúpido y grosero que mis compañeros y yo perdimos todo el placer que hasta entonces habíamos obtenido de instruirlo. Y no es que no hayáis oído hablar de nosotros; nos llamaban oráculos, ninfas, genios, hadas, dioses lares, lemures^[32], duendes, lamias^[33], trasgos, náyades, incubos, sombras, manes, espectros, fantasmas. Abandonamos vuestro mundo durante el reinado de Augusto, al poco tiempo de aparecerme a Druso, hijo de Livia^[34], que hacía la guerra en Alemania, prohibiéndole que fuera más allá. No hace mucho que he vuelto allí por segunda vez. Hace cien años que tengo el encargo de viajar a la Tierra: he viajado mucho por Europa y he conversado con personas que quizá hayáis conocido. Un buen día me aparecí a Cardano^[35] cuando estaba estudiando y le enseñé gran cantidad de cosas, y en recompensa me prometió que él daría testimonio a la posteridad de quién había aprendido los milagros que esperaba escribir. También vi a Agrippa^[36], al abate Triteme^[37], al doctor Fausto^[38], a La Brosse^[39], a César^[40] y a una cábala de jóvenes a quienes el vulgo conoce con el nombre de Caballeros Rosacruces^[41], a quienes he enseñado gran cantidad de artimañas y secretos naturales que sin duda harán que el pueblo los tenga por grandes magos. Conocí asimismo a Campanella^[42]. Fui yo quien, cuando estaba en la Inquisición en Roma, le aconsejó que imitara con su rostro y cuerpo las muecas y las posturas ordinarias de aquellos cuyo fuero interno tenía interés en conocer a fin de suscitar en sí de una sola vez los pensamientos que la misma situación había provocado en sus adversarios, de forma que así trataría mejor sus almas cuando los conociera. A mis instancias comenzó un libro que titulamos *De sensu rerum*^[43]. En Francia también he frecuentado a La Mothe Le Vayer^[44] y a Gassendi. El segundo es un hombre que escribe tanto de filosofía como el primero la practica. También he conocido a gran cantidad de gentes que vuestro siglo considera divinas, pero no he encontrado en ellas más que mucha cháchara y mucho orgullo.

Finalmente, cuando cruzaba vuestro país camino de Inglaterra para estudiar las costumbres de sus habitantes, conocí a un hombre que es la vergüenza de su país, puesto que, en efecto, es una vergüenza para los grandes de vuestro país reconocer la virtud que reina en él sin adorarla. A fin de abreviar su panegírico, diré que es todo espíritu y todo corazón y que si conceder a alguien estas dos cualidades de las que sólo una bastaba en el pasado para hacer un héroe, no fuera decir Tristan L’Hermitte [45], evitaría nombrarlo porque estoy seguro de que no me perdonará esta equivocación. Pero, dado que no espero regresar jamás a vuestro mundo, deseo rendir a la verdad este testimonio de mi conciencia. En verdad es preciso que os confiese que cuando vi una tan excelsa virtud y supe que no estaba reconocida, intenté hacerle aceptar tres redomas: la primera estaba llena de aceite de talco, la otra de una pólvora de proyección y la tercera de oro potable [46], es decir, de esa sal vegetativa mediante la que vuestros alquimistas prometen la eternidad. Pero las rechazó con un desdén más generoso que el de Diógenes con los cumplidos de Alejandro cuando fue a visitarlo a su tonel. Por último, no puedo añadir nada al elogio de este gran hombre si no es decir que es el único poeta, el único filósofo y el único hombre libre con el que contáis. Estas son las personalidades con las que he conversado. Todas las otras, al menos las que yo he conocido, están tan por debajo que he visto a algunos animales por encima de ellas.

Por lo demás, no soy originario de vuestro tierra y tampoco de ésta. He nacido en el Sol. Pero como algunas veces nuestro mundo tiene exceso de población debido a la larga duración de las vidas de sus habitantes y a que está casi exento de guerras y enfermedades, de vez en cuando nuestros magistrados envían colonias al mundo exterior. En cuanto a mí, se me ordenó ir al de la Tierra y se me declaró jefe de los colonos que allí se enviaban. Después vine a éste por las razones que os he comentado y lo que hace que me haya quedado aquí sin moverme es que los hombres son amantes de la verdad, que no hay pedantes, que los filósofos sólo se dejan convencer por la razón [47] y que ni la autoridad de un gran sabio ni la opinión de la mayoría se imponen sobre la opinión de un aventador de cereales, si el aventador de cereales razona consistentemente. En resumen, en este país sólo se considera insensatos a los sofistas y a los oradores.

Le pregunté cuánto tiempo vivían y me contestó que «tres o cuatro mil años», y continuó de esta guisa:

—Para hacerme visible como lo soy ahora, cuando siento que el cadáver al que animo está casi agotado o que los órganos no ejercen su función perfectamente, me introduzco en un cuerpo joven recientemente muerto. Aunque los habitantes del Sol no alcancen a ser tan numerosos como los de este mundo, el Sol suele expulsarlos con frecuencia debido a que el pueblo, al ser de un temperamento muy cálido, es inquieto, ambicioso y come mucho.

Que esto que os cuento no os parezca algo asombroso porque, aunque nuestro globo sea muy grande y el vuestro pequeño, aunque nosotros no muramos más que

pasados cuatro mil años y vosotros después de medio siglo, sabed no obstante que no hay tantos guijarros como tierra, ni tantos insectos como plantas, ni tantos animales como insectos, ni tantos hombres como animales y, por tanto, no debe de haber tantos demonios como hombres debido a las dificultades que se encuentran a la hora de generar un compuesto tan perfecto.

Le pregunté si tenían cuerpos como los nuestros. Me respondió que sí, que tenían cuerpos pero no como nosotros ni como nada que pudiéramos considerar tal, ya que nosotros sólo llamamos cuerpo de ordinario a lo que puede tocarse. Por lo demás, no hay nada en la naturaleza que no sea material^[48] y que, aunque ellos fueran siempre ellos mismos, cuando querían hacerse ver por nosotros, estaban obligados a tomar cuerpos proporcionados a lo que nuestros sentidos pueden conocer.

Le aseguré que lo que había hecho pensar a mucha gente que las historias que se contaban de ellos no eran otra cosa que efecto de las ensoñaciones de las fábulas venía del hecho de que no aparecieran más que de noche. Me replicó que, como estaban obligados a construir ellos mismos de prisa los cuerpos de que debían servirse, con frecuencia no tenían tiempo de limpiarlos más que para un solo sentido, a veces el oído, como las voces de los oráculos, a veces la vista, como los fuegos fatuos o los espectros, a veces el tacto, como los íncubos y las pesadillas, y que por medio del calor la luz destruye esta masa que no es otra cosa que aire condensado de un modo u otro así como vemos que disipa la niebla dilatándola.

Eran tan bellas las cosas que me explicaba que me entró la curiosidad de preguntarle por su nacimiento y su muerte, si en el país del Sol el individuo venía al mundo por medio de la generación y si moría por el desorden de su temperamento o la ruptura de sus órganos.

—Hay poquísima relación —dijo— entre vuestros sentidos y la explicación de estos misterios: os imagináis que lo que no llegáis a comprender es espiritual o no es en absoluto; la conclusión es falsa, pero es la prueba de que en el universo puede haber quizá un millón de cosas que requerirían que tuviéramos un millón de órganos diferentes para comprenderlas. Yo, por ejemplo, comprendo por mis sentidos la causa de la atracción del imán por el polo, la de las mareas marítimas y lo que sucede con los animales después de la muerte. Vosotros no alcanzaríais estos altos conceptos debido a que os faltan las proporciones de estos milagros al igual que un ciego de nacimiento no podrá imaginar qué sea la belleza de un paisaje, el colorido de un cuadro, los matices del arcoíris o bien se los imaginará ya como algo tangible, ya como un majar, ya como un sonido o como un olor. Asimismo, si pretendo explicaros lo que percibo por unos sentidos que os faltan, os lo representaréis como algo que se pueda oír, ver, tocar, oler o saborear y, sin embargo, no es nada de eso.

Había llegado a esta parte de su discurso cuando mi titiritero se dio cuenta de que el público comenzaba a aburrirse con nuestra jerigonza que no entendía y que tomaba por unos gruñidos inarticulados. Así pues, se puso a tirar de la cuerda con más intensidad para hacerme saltar hasta que los espectadores, borrachos de tanto reír, se

retiraron a sus casas asegurando que yo tenía tanto espíritu como las bestias de su pueblo.

De este modo, las visitas que me hacía este demonio oficioso dulcificaban algo la aspereza de los malos tratos de mi amo. Puesto que no había lugar a conversar con otros porque, aparte de que me tomaban por un animal de los más característicos de la categoría de los brutos, no sabía su lengua ni ellos entendían la mía. Juzgad cuál podría ser el resultado.

Habéis de saber que en este país se usan dos lenguas: una sirve para los grandes del lugar y la otra es característica del pueblo.

La de los grandes no es otra cosa que una escala de tonos no articulados y más o menos semejante a nuestra música cuando no se han ajustado las palabras. Ciertamente se trata de una invención muy agradable a la par que útil porque, cuando están cansados de hablar o no quieren prostituir su garganta en este menester, toman a veces un laúd, a veces otro instrumento de los que se sirven tan bien como de la voz a para comunicarse sus pensamientos de forma que a veces se reúnen hasta quince o veinte que tratan un asunto de Teología o las dificultades de un proceso mediante un concierto de los más armoniosos que puedan acariciar el oído.

La segunda lengua que emplea el pueblo se ejecuta mediante los movimientos de los miembros, pero no como cabe figurarse, ya que ciertas partes del cuerpo equivalen a un discurso completo: el movimiento de un dedo, por ejemplo, o de una mano, de una oreja, de un labio, de un brazo, de una mejilla significan cada uno de ellos una oración o un periodo con todos sus elementos. Otros no sirven más que para designar palabras, como una arruga en la frente, los diversos estremecimientos de los músculos, los giros de las manos, los golpes con los pies en el suelo, las contorsiones de los brazos, de forma que cuando hablan al tiempo que andan desnudos como tienen por costumbre, sus miembros acostumbrados a gesticular sus conceptos se remueven de tal modo que no parecen hombres que hablen sino cuerpos que tiemblan.

El demonio venía a visitarme casi todos los días y sus maravillosas conversaciones me hacían pasar sin fatiga las durezas de mi cautiverio. Finalmente, una mañana vi que entraba en mi cuarto un hombre al que no conocía, quien tras contemplarme largo rato en silencio, me agarró por la axila con suavidad y con una de las patas con la que me sostenía para que no me lastimara, me echó sobre su espalda en donde me encontré sentado con tanta comodidad y a mi gusto que, a pesar de la aflicción que me producía verme tratado como un animal, no sentí deseo alguno de escaparme. Eso sin contar con que los hombres de este mundo que van a cuatro pies caminan a una velocidad muy distinta de la nuestra, puesto que los más pesados alcanzan a los ciervos a la carrera.

Me afligía enormemente el hecho de no tener noticias de mi educado demonio y a la noche de la primera etapa, una vez llegados a la posada, me paseaba por la cocina del albergue en espera de que se sirviera la cena cuando he aquí que mi portador,

cuyo semblante era joven y bastante hermoso viene a reírme en la nariz y a echarme sus dos patas delanteras al cuello. Y al ver cómo lo contemplaba atentamente me dijo en francés:

—¿Qué, ya no reconocéis a vuestro amigo?

Podéis imaginaros cuáles fueron mis sentimientos. Ciertamente mi sorpresa fue tan grande que di en imaginarme que todo el globo de la Luna, todo lo que me había sucedido y todo cuanto veía no era sino encantamiento, mientras este hombre-bestia que me había servido de montura siguió hablándome de este modo:

—Me prometisteis que no olvidaríais jamás los buenos oficios que os prestara.

Yo le dije que no le había visto nunca antes.

—Soy el demonio de Sócrates que os ha entretenido durante el tiempo de vuestra prisión. Salí ayer, según os lo había prometido, para advertir al rey de vuestro infortunio y he hecho trescientas leguas en dieciocho horas^[49], puesto que he llegado aquí a mediodía para esperaros pero...

—Pero —le interrumpí—, ¿cómo puede ser todo esto si ayer erais de una gran corpulencia y hoy sois muy menudo? ¿Si ayer teníais una voz débil y cascada y hoy la tenéis clara y vigorosa? ¿Si ayer, en fin, erais un anciano canoso y hoy no sois más que un joven? ¿Qué sucede? ¿Así como en mi país se va del nacimiento a la muerte los animales de éste van de la muerte al nacimiento y rejuvenecen a fuerza de envejecer?

—Tan pronto como hube hablado al príncipe —me dijo—, tras recibir la orden de conducirnos hasta él, sentí que el cuerpo que informaba estaba tan débil por el cansancio que todos los órganos se negaban a realizar sus funciones. Pregunté por el camino del hospital y, en cuanto entré en él, en la primera sala encontré un joven que acababa de exhalar el espíritu. Me aproximé al cuerpo fingiendo haber observado un movimiento, aseguré a todos los asistentes que no estaba muerto, que su enfermedad ni siquiera era peligrosa y, con habilidad, sin que nadie lo percibiera, me introduje en él por medio de un suspiro. Mi cadáver viejo cayó de inmediato de espaldas y yo, convertido en este joven, me levanté. Todos clamaron milagro y yo, sin hablar con nadie, fui corriendo a casa de vuestro titiritero en la que os recogí.

Me hubiera contado más cosas si no hubieran venido a buscarnos para que fuéramos a almorzar. Mi guía me condujo a una sala magníficamente amueblada, pero no vi nada preparado para comer. Tan gran ausencia de manjares cuando yo perecía de hambre me obligó a preguntarle que en dónde estaba lo que se había cocinado. No pude escuchar lo que me respondía porque tres o cuatro jóvenes, hijos del anfitrión, se me acercaron en aquel momento y, con mucha educación, me despojaron hasta de la camisa. Esta nueva ceremonia me asombró tanto que no osé preguntar por la causa a mis hermosos fámulos. Y no se cómo respondí con dos palabras a la pregunta de mi guía, que quería saber por dónde empezaría:

—Una sopa.

De inmediato me llegó el aroma del más suculento guiso que haya sentido el

olfato del malvado rico. Quise incorporarme para ir al encuentro de la fuente de tan agradable olor, pero mi guía me lo impidió:

—¿A dónde queréis ir? —me dijo—. Enseguida saldremos de paseo, pero ahora es el momento de comer. Terminad vuestra sopa y pediremos algo más.

—¡Eh! ¿En dónde diantres está esa sopa? —le grité colérico—. ¿Habéis apostado que hoy os reiréis de mí?

—Pensaba —me replicó— que habríais visto a vuestro amo o a algún otro almorzar en la ciudad de la que venís. Por este motivo no os puse en antecedentes de la forma de alimentarse en este país. Dado que aún lo ignoráis, sabed que aquí sólo se vive de aromas. El arte de la cocina consiste en encerrar en grandes recipientes concebidos a este propósito los vapores que exhalan las viandas y, habiéndolos recogido de distintos tipos y diferentes gustos, según el apetito de aquellos a quienes se agasaja, se destapa el recipiente en el que este aroma se acumula, después se abre otro, enseguida otro y así hasta que la concurrencia queda ahíta. A menos que hayáis vivido de esta forma, jamás creeréis que la nariz sin dientes y sin gáznate cumpla la función de la boca para alimentar al hombre. Pero os lo haré ver por experiencia.

Apenas lo había prometido cuando sentí que penetraban en la sala tantos agradables vapores y tan nutricios que en menos de una media hora me di por enteramente satisfecho. Cuando nos hubimos levantado me dijo:

—Esto no es algo que deba causaros gran admiración, ya que no podéis haber vivido tanto sin observar que en vuestro mundo los cocineros y los pasteleros, que comen menos que las gentes de otra ocupación, están bastante más gruesos. ¿De dónde procede su obesidad si no es del aroma de las viandas de las que están siempre rodeados que penetra en sus cuerpos y los alimenta? Igualmente, las personas de este mundo gozan de una salud mucho menos insegura y más vigorosa debido a que la alimentación apenas produce excrementos, que suelen estar en el origen de casi todas las enfermedades. Seguramente os haya sorprendido el hecho de que antes de la comida os hayan desvestido, dado que esta costumbre, no existe en vuestro país, pero es la costumbre en éste, en donde sirve para que la piel del animal pueda absorber más cantidad de aroma.

—Señor —le respondí—, lo que decís tiene mucho sentido y yo mismo he podido convencerme de ello. Pero debo confesaros que, no pudiendo desembrutecerme tan rápidamente, me resultaría muy agradable sentir un trozo tangible entre los dientes.

Así me lo prometió pero en todo caso no antes del día siguiente, pues me dijo que ingerir alimento tan inmediatamente después de la comida me produciría una indigestión. Seguimos hablando un rato y luego subimos a nuestros aposentos a dormir.

En el rellano de la escalera se nos presentó un hombre que, habiéndonos observado atentamente, me llevó a un cuarto cuyo suelo estaba cubierto de flores de azahar hasta una altura de tres pies y a mi demonio a otro cubierto de claveles y jazmín. Viendo que yo parecía asombrado de tanta magnificencia, me dijo que era la

costumbre en cuanto a las camas del país. Finalmente, nos acostamos cada uno en nuestra celda y, apenas me tumbé sobre mis flores, pude ver al resplandor de una treintena de luciérnagas (puesto que aquí no se utiliza otra candela) a los tres o cuatro mozos que me habían desvestido antes de la cena, uno de los cuales se puso a cosquillearme los pies, el otro las caderas, el otro los costados y el último los brazos con tanto mimo y delicadeza que en un instante sentí que me adormecía.

A la mañana siguiente vi que mi demonio entraba con el Sol, diciéndome:

—Cumpliré mi palabra. Hoy desayunaréis más copiosamente de lo que cenasteis ayer.

A estas palabras me levanté y él me condujo de la mano detrás del jardín del aposento en donde uno de los hijos del anfitrión nos esperaba empuñando un arma, parecida a nuestros fusiles. Preguntó a mi guía si yo querría media docena de alondras porque los monos (me tomaba por uno de ellos) se alimentan de estos pájaros. Apenas respondí que sí cuando el cazador descargó su fusil al aire y veinte o treinta alondras asadas cayeron a nuestros pies. He aquí, me imaginaba yo, por qué en nuestro mundo se dice como proverbio de un país que en él las alondras caen asadas del cielo^[50]. Sin duda alguna quien lo dijo anduvo por aquí y volvió.

—Comed sin cuidado —me dijo mi demonio—. Los cazadores tienen la habilidad de mezclar con la composición que mata, despluma y asa la caza los ingredientes necesarios para sazónarla.

Recogí algunas alondras que me comí fiado en lo que decía y en verdad que nunca en mi vida he probado algo tan delicioso.

Después del desayuno nos preparamos para salir y con todas las cortesías de que se sirven allí cuando quieren mostrar afecto, el anfitrión recibió un papel de mi demonio. Le pregunté si era un pagaré por el importe de la cuenta y me respondió que no, que no le debíamos nada y que el papel eran versos.

—¿Cómo versos? —le contesté—. Los taberneros ¿se interesan por las rimas?

—Es —me dijo— la moneda del país y el gasto que acabamos de hacer asciende a una sextilla que acabo de darle. No temo quedarme corto porque, aunque estuviéramos aquí de francachela ocho días, no haríamos gasto por valor de un soneto y llevo cuatro en el bolsillo, con nueve epigramas, dos odas y una égloga.

«¡Ah, verdaderamente!», me dije a mí mismo, «he aquí la moneda de la que Sorel hace que se sirva Hortensius en *Francion*, ya me acuerdo^[51]. Sin duda que lo ha sacado de aquí. Pero ¿de quién diablos pueda haberla tomado? Debe de haber sido de su madre de la que tengo oído que era una lunática.»

Pregunté a mi demonio después si estos versos monetizados seguían en circulación siempre que se los transcribiera. Me respondió que no y continuó de esta forma:

—Cuando ha compuesto algunos versos, el autor los lleva a la corte de las monedas, en donde residen los poetas oficiales del reino. Los verificadores oficiales ponen a prueba las piezas y, si son de buena aleación, se las tasa no según su peso,

sino según su agudeza^[52], de forma que cuando alguien muere de hambre es que es un asno, en tanto que las personas de espíritu comen siempre en abundancia.

Admiré extasiado la sensata política del país y prosiguió como sigue:

—También hay otros que enfocan el negocio de forma distinta. Cuando salís de su hospedaje os piden un recibo para el Otro Mundo por la proporción de los gastos que habéis hecho y, cuando se lo entregáis, escriben en un gran libro de registro que llaman las cuentas de Dios poco más o menos algo así: «Item el valor de tantos versos entregados tal día a Fulano de tal que Dios debe reembolsarme en cuanto recibo del primer fondo que le llegue». Cuando se sienten enfermos y en peligro de muerte hacen trocear estos registros y se los tragan porque creen que si no los digieren, Dios no podrá leerlos.

Esta conversación no impedía que siguiéramos caminando, mi portador a cuatro patas conmigo encima y yo a horcajadas sobre él. No me entretendré más en las aventuras que nos aguardaban en el camino hasta que por fin llegamos al lugar en el que el rey tiene fijada su residencia. Se me condujo directamente al palacio. Los grandes me recibieron con signos de admiración más moderados que los del pueblo cuando me pasearon por las calles. No obstante, su conclusión fue parecida, a saber, que yo era sin duda la hembra del animalito de la reina. Mi guía me lo traducía así y, sin embargo, él mismo no entendía este enigma y no sabía cuál fuera el animalito de la reina. No obstante, se nos ilustró de inmediato, ya que poco después el rey ordenó que lo trajeran. A la media hora vi entrar un hombrecillo hecho casi como yo, porque caminaba sobre dos pies, en medio de una tropa de monos que llevaban gorgueras y calzas. Apenas me vio, se dirigió a mí con un «Criado de Vuestra Merced». Le devolví la ceremonia más o menos en los mismos términos. Pero, por desgracia, en cuanto nos vieron hablar creyeron todos que su prejuicio era cierto, lo cual no prometía nada bueno, puesto que aquel de los asistentes que mejor opinión tenía sobre nosotros sostenía que nuestra conversación era un gruñido que la alegría de vernos juntos nos hacía proferir por un instinto natural. El hombrecillo me contó que era europeo, natural de Castilla la Vieja, que había encontrado el medio de valerse de unos pájaros para llegar al mundo de la Luna en el que nos encontrábamos, que habiendo caído en manos de la reina, ésta lo había tomado por un mono debido a que, por azar, en este país visten a los monos a la española, y que al verlo ataviado de este modo, a su llegada no había tenido duda de que se trataba de un miembro de la especie^[53].

—Es preciso decir —contesté— que después de haber intentado todo tipo de indumentarias no habrán encontrado nada más ridículo y que por esto era por lo que los ataviaban de esta guisa, pues no conservaban estos animales más que por placer.

—Eso es desconocer —dijo— la dignidad de nuestra nación a favor de la cual el universo no produce hombres sino para proporcionarnos esclavos y por quien la naturaleza sólo sabe engendrar motivos de gozo.

A continuación me rogó que le explicara cómo me había atrevido a subir a la

Luna con la máquina que le había dicho. Le contesté que porque él se había llevado los pájaros con los que esperaba subir. Sonrió con la broma y cerca de un cuarto de hora después el rey ordenó a los cuidadores de monos que nos llevaran con orden expresa de que nos acostáramos juntos, el español y yo, para hacer que la especie se multiplicara en su reino. La voluntad del príncipe se ejecutó al pie de la letra, lo que me resultó muy agradable por el placer que obtenía del hecho de tener a alguien con quien conversar durante la soledad de mi embrutecimiento. Un día mi macho (ya que se suponía que yo era la hembra) me contó que lo que verdaderamente le había obligado a recorrer toda la Tierra y abandonarla finalmente por la Luna fue que no había podido encontrar un solo país en el que la imaginación fuera libre.

—Ved —me dijo—, a menos que llevéis birrete, muceta o sotana, aunque digáis cosas muy bellas, si van contra los principios de los doctores de toga, sois un idiota, un loco o un ateo. En mi país han querido entregarme a la Inquisición porque he sostenido ante las mismas barbas de unos pedantes horrorizados que existe el vacío^[54] en la naturaleza y que no conozco materia en el mundo que sea más pesada que otra.

Le pregunté en qué pruebas apoyaba una opinión tan poco frecuente.

—Para entenderlo —me dijo— es preciso suponer que no hay más que un elemento, puesto que aunque veamos por separado el agua, la tierra, el aire y el fuego, nunca se los encuentra tan perfectamente puros que no estén mezclados unos con otros. Por ejemplo, cuando observáis el fuego, no es fuego, no es más que aire muy extendido y el aire no es más que agua muy dilatada, el agua no es más que tierra que se funde y la misma tierra no es otra cosa que agua muy comprimida y así, al estudiar en mayor profundidad la materia, encontraréis que no es más que una que, como una excelente comediante, interpreta todo tipo de personajes bajo todo tipo de indumentarias. De otro modo sería necesario admitir la existencia de tantos elementos como cuerpos. Si me preguntáis por qué quema el fuego y refresca el agua siendo así que se trata de la misma materia, os respondo que esta materia actúa por simpatía, según la disposición en que se encuentra en el momento en que actúa. El fuego que no es más que la tierra aun más extendida de lo que es para constituir el aire intenta cambiar en ella por simpatía lo que en ella encuentra. Así el calor del carbón, que es el fuego más sutil y más apropiado para penetrar un cuerpo, se desliza entre los poros de nuestra masa, nos hace dilatarnos al comienzo al tratarse de una nueva materia que nos llena, nos hace exhalar sudor. Este sudor extendido por el fuego se convierte en humo y se hace aire. Este aire aún más fundido por el calor de la antiperístasis o de los astros que la rodean se llama fuego y la tierra abandonada por el frío y la humedad que ligan todas nuestras partes, cae a tierra. Por otra parte, el agua, aunque no difiere de la materia del fuego sino en que está más cerrada, no nos quema debido a que, estando cerrada, requiere por simpatía encerrar el cuerpo que encuentra y el frío que sentimos no es otra cosa que el efecto de nuestra carne que se repliega sobre ella misma por la vecindad de la tierra o del agua que la obliga a parecérsela. De aquí

viene que los hidrójicos, henchidos de agua, cambien en agua todos los alimentos que toman. De aquí viene también que los biliosos cambien en bilis toda la sangre que se forma en su hígado. Supuesto, pues, que no haya más que un único elemento, es cierto que todos los cuerpos, cada uno según sus cantidades, inclinan por igual hacia el centro de la Tierra.

Pero me preguntáis por qué pues el oro, el hierro, los metales, la tierra, la madera descienden más deprisa hacia el centro que una esponja de no ser porque ésta está llena de aire que tiende hacia lo alto naturalmente. Esta no es la razón y he aquí mi forma de argumentarlo: aunque una roca caiga a mayor velocidad que una pluma, la una y la otra tienen la misma inclinación a este viaje. Pero una bala de cañón, por ejemplo, que encontrara la tierra horadada de un extremo a otro se precipitaría con mayor rapidez hacia el centro que una vejiga llena de viento. Y la razón es que esta masa de metal es mucha tierra apelmazada en un pequeño trozo y que ese viento es muy poca tierra extendida en mucho espacio. Puesto que todas las partes de la materia que se encuentran en ese hierro, al estar interpenetradas, aumentan su fuerza por la unión y debido a que están estrechadas, vienen a encontrar que se trata de un mucho que combate contra poco, visto que una parte de aire, aunque iguala el grosor de una bala, no es igual en cantidad y de este modo, admitiendo el hecho de que hay gentes más numerosas y experimentadas que ella, se deja penetrar para que quede el camino libre.

Sin probar esto por un encadenamiento de razones, ¿cómo, a fe vuestra, nos hieren una pica, una espada, un puñal si no es a causa de que siendo el acero una materia cuyas partes son más próximas e interpenetradas unas en otras que vuestra carne, cuyos poros y cuya suavidad muestran que contiene muy poca tierra extendida en una amplia superficie y que la punta del acero que nos pincha, al ser una cantidad casi innumerable de materia contra muy poca carne, la obliga a ceder al más fuerte, igual que un escuadrón bien dirigido penetra un frente entero de la batalla que está muy extendida? ¿Por qué un aro de acero al rojo es más caliente que un trozo de madera ardiendo si no es porque hay más fuego en menos espacio en el aro e igualmente extendido por todas las partes del metal que en el palo que, al ser muy esponjoso, también contiene mucho vacío y porque el vacío, no siendo más que una forma de privación del Ser, no puede adoptar la forma del fuego? Pero, me objetareis, habláis del vacío como si hubierais probado su existencia y en eso es en lo que estamos en desacuerdo. Bien, os lo probaré y, aunque esta dificultad fuera la hermana del nudo gordiano, tengo fuerza suficiente en los brazos para ser su Alejandro.

Que me conteste, pues así se lo ruego, este vulgar estúpido que no cree ser hombre sino porque un doctor se lo ha dicho. Suponiendo que no haya más que una sola materia como creo haber demostrado suficientemente, ¿cómo es posible que se expanda o se contraiga según le parezca? ¿Cómo es posible que un trozo de tierra, a fuerza de condensarse, se convierta en guijarro? ¿Acaso las partículas de ese guijarro se han puesto unas sobre otras de modo tal que allí en donde había un grano de arena,

allí mismo, en ese mismo sitio, haya otro grano de arena? No, no puede ser de acuerdo con su mismo principio, ya que los cuerpos no se penetran unos a otros. Pero sí es preciso que esta materia se haya aproximado y, por así decirlo, se haya encogido, llenando el vacío de su lugar.

Decir que no es comprensible que haya nada en el mundo y que nosotros podamos estar en parte compuestos de nada, ¿por qué no? ¿Acaso el mundo entero no está rodeado de nada? Dado que estáis de acuerdo con esto, confesad igualmente que también es muy posible que haya dentro del mundo algo de la nada que hay en torno suyo.

Veo con claridad que me preguntaréis por qué el agua, comprimida por el hielo en una jarra, la hace reventar si no es para impedir que haga el vacío. Os respondo que eso sucede porque, a causa de que el aire de arriba, que tiende al centro, al igual que la tierra y el agua, encontrando en el camino recto del lugar una hostería vacante, quiere alojarse en ella. Si encuentra que los poros de esta vasija, es decir, los caminos que llevan a esta cámara de vacío son demasiado estrechos, largos o tortuosos, la revienta para satisfacer su impaciencia por llegar a su alojamiento.

Pero, para no entretenerme respondiendo a todas las objeciones me atrevo a decir que, si no hubiera vacío, no habría movimiento, o bien será necesario admitir que los cuerpos se penetran. Sería ridículo pensar que cuando una mosca empuja con las alas un volumen de aire, éste hace recular otro delante de él, este otro, otro más y, así, el movimiento del meñique de una pulga provoca un trastorno en el otro extremo del mundo^[55]. Cuando ya no tienen recursos se aferran a la rarefacción; pero, a fe suya, ¿cómo es posible que, cuando un cuerpo se rarifica, una partícula de la masa pueda alejarse de otra sin dejar un vacío en el medio? ¿No habría sido necesario que estos dos cuerpos que acaban de separarse hubieran estado al mismo tiempo en el mismo lugar en el que estaba aquel y que, de este modo, se hubieran penetrado los tres? Supongo que me preguntaréis por qué es posible hacer subir el agua en contra de su inclinación por medio de un canuto, una jeringa o una bomba. Pero os responderé que se le hace violencia y que no es el miedo que tiene del vacío el que la obliga a apartarse de su camino sino que, habiéndose unido al aire por un lazo imperceptible, se eleva a lo alto cuando se eleva el aire que la rodea.

Esto no es arduo de comprender para quien conoce el círculo perfecto y el delicado encadenamiento de los elementos, puesto que, si consideráis atentamente el limo que se forma con la unión de la tierra y el agua, veréis que no es tierra y tampoco agua, sino un intermediario en el contrato entre estos dos adversarios. De igual modo, el agua y el aire se envían una niebla recíproca que se inclina a los humores de la una y el otro para conseguir la paz, y el aire se reconcilia con el fuego por medio de una exhalación mediadora que los une.

Imagino que quería seguir hablando cuando nos trajeron la pitanza y, como estábamos hambrientos, yo cerré los oídos y él la boca para abrir el estómago.

Recuerdo que en otra ocasión, cuando estábamos filosofando, puesto que ninguno

de los dos éramos aficionados a conversar sobre asuntos frívolos o menores, me dijo:

—Mucho me irrita ver un espíritu del temple del vuestro infectado de los errores del vulgo. Es necesario que sepáis que, a pesar del pedantismo de Aristóteles que encuentra eco en todas las aulas de vuestra Francia, todo está en todo; es decir que en el agua, por ejemplo, hay fuego; en el fuego, agua; en el aire, tierra y en la tierra, aire. Si bien esta opinión deja perplejos a los escolásticos, es muy sencilla de probar, aunque no lo sea tanto convencer a aquéllos.

Les pregunto en primer lugar si el agua no engendra peces. Cuando me lo nieguen les diré que cavén un hoyo y lo rellenen con jarabe de un aguamanil que podrán pasar a través de un cedazo para evitar las objeciones de los ciegos y, en el caso de que, al cabo de algún tiempo, no encuentren peces^[56], me tragaré toda el agua que hayan vertido. Pero si hay peces, de lo que no tengo duda, será una prueba convincente de que hay sal y fuego. En consecuencia, encontrar agua en el fuego no es empresa difícil. Que escojan el fuego que quieran, incluso el más ajeno a la materia, como el de los cometas, siempre la habrá en él y en gran medida, porque si ese humor pegadizo que los engendra, reducido a azufre por el calor de la antiperístasis que los alumbra, no encontrase un obstáculo a su violencia en la frialdad húmeda que la tempera y la combate, se consumiría rápidamente como un relámpago. Por lo demás, no negarán que haya aire en la tierra a no ser que no hayan oído hablar jamás de los terribles estremecimientos que sacuden frecuentemente las montañas de Sicilia. Por otro lado, vemos que la tierra es porosa, incluidos los granos de arena que la componen. Sin embargo, nadie ha dicho aún que esos huecos estén rellenos de vacío. No habrá pues objeción a que el aire se refugie en ellos. Me queda por demostrar que hay tierra en el aire, pero apenas me parece que merezca la pena hacerlo, ya que vos mismo os convencéis cada vez que veis agitarse sobre vuestra cabeza esas legiones de átomos tan numerosas que ahogan la aritmética.

Pero pasemos de los cuerpos simples a los compuestos. Éstos me facilitarán muchas más ocasiones de demostrar que todas las cosas están en todas las cosas. No que cambien unas en otras como balbucean vuestros peripatéticos, ya que sostendré en sus mismas narices que los principios se mezclan, se separan y vuelven a mezclarse sin más de forma que aquello que nació como agua por obra del sabio creador será siempre agua. A diferencia de ellos, no postulo máximas que no puedo probar.

Tomad, os ruego, un leño o alguna otra materia combustible y prendedle fuego. Cuando el fuego la haya consumido, ellos dirán que lo que era madera se ha convertido en fuego. Pero yo sostengo que no, que no hay más fuego ahora que el leño está en llamas que antes de aplicarle la cerilla sino que el que estaba escondido en el leño, al que el frío y la humedad impedían que se extendiera y actuara, con el concurso del exterior, ha recuperado fuerzas contra la flema que lo ahogaba y se ha apoderado del campo de su enemigo; de este modo, sin obstáculo alguno, se muestra triunfante frente a su carcelero. ¿Acaso no veis cómo el agua huye por los dos

extremos del leño, caliente y humeante aún por el combate que ha librado? Esta llama que veis en lo alto es el fuego más sutil, el más desprendido de la materia y el más presto, en consecuencia, a volver a su hogar. No obstante, se congrega en forma de pirámide hasta cierta altura con el fin de penetrar en la espesa humedad del aire que le opone resistencia. Pero como, al subir, acaba por desprenderse poco a poco de la violenta compañía de sus anfitriones, toma velocidad porque ya no encuentra nada que se oponga a su marcha. Y esta negligencia es frecuentemente la causa de una segunda prisión. Porque quien camina solo a veces se perderá en una nube si encuentra en ella otros fuegos en cantidad suficientemente grande para hacer frente al vapor con lo que se unen, rugen, truenan, fulminan rayos y la muerte de inocentes es con frecuencia el efecto de la cólera animada de las cosas muertas. Si, cuando se encuentra obstaculizado por las inoportunas asperezas de la zona media no tiene fuerza suficiente para defenderse, se abandona a la discreción de la nube que, obligada a caer a tierra a causa de su peso, lleva con ella su prisionero y este desgraciado, encerrado en una gota de agua, se encontrará quizá al pie de un roble cuyo fuego animal invitará al pobre extraviado a alojarse con él. Así lo encontramos ahora devuelto a la condición de la que se había separado unos días antes.

Pero veamos la fortuna de los otros elementos que componían este leño. El aire se retira a su refugio, aunque todavía mezclado con el vapor debido a que, el fuego, en su cólera, los ha expulsado a los dos revueltos. Helo aquí que sirve de globo a los vientos, permite la respiración de los animales, rellena el vacío que hace la naturaleza y hasta es posible que, habiéndose envuelto en una gota de agua, sea absorbido y digerido por las hojas inquietas de ese árbol en el que se ha retirado nuestro fuego. El agua que la llama había expulsado del tronco elevado por el calor hasta la cuna de los meteoros volverá a caer en forma de lluvia sobre nuestro roble y sobre otros. Y la tierra convertida en ceniza, curada de su esterilidad por el calor alimenticio del estiércol en la que haya caído, por la sal vegetativa de algunas plantas aledañas, por el agua fecunda de los ríos, quizá se encuentre cerca del roble que, a causa del calor de su germen, la atraerá y hará de ella una parte del todo.

De este modo he aquí que los cuatro elementos recuperan la condición de la que se habían separado unos días antes. De este modo, en un hombre se encuentra todo lo que hace falta para componer un árbol, así como en un árbol se encuentra todo lo que hace falta para componer un hombre. Por último, asimismo todas las cosas se encuentran en todas las cosas pero nos hace falta un Prometeo para hacer el extracto.

Tales eran los asuntos en los que entreteníamos el tiempo y en verdad aquel españolito era de espíritu vivo. Nuestra conversación sólo se producía por la noche, ya que desde las seis de la mañana hasta la tarde la gran masa de gente que venía a contemplarnos nos hubiera distraído. Algunos nos tiraban piedras; otros, nueces y otros, hierba. Sólo se hablaba de los animales del rey. Todos los días se nos servía de comer a su hora y el rey y la reina venían con frecuencia y se preocupaban por tentarme el vientre a ver si ya iba creciendo, porque ardían con el extraordinario

deseo de tener una raza de estos animalitos. No sé si fue por haber estado más atento que mi macho a los gestos y entonaciones pero comenzaba a entender su lengua y hasta a chapurrearla. En poco tiempo se difundió por el reino la noticia de que se había encontrado a dos hombres salvajes más pequeños que los otros a causa de los pobres alimentos que la soledad nos había procurado y que, por un defecto de la simiente de sus padres, no tenían las patas delanteras suficientemente fuertes para apoyarse en ellas.

Esta creencia estaba a punto de echar raíces a fuerza de circular de no ser por los curas del país, que se opusieron a ella diciendo que era un impiedad espantosa creer que no solamente las bestias sino también unos monstruos fueran de su misma especie.

—Sería mucho más probable —añadían los menos apasionados— que nuestros animales domésticos compartieran con nosotros la humanidad y la inmortalidad, pues han nacido en nuestro país, que una bestia monstruosa que se dice nacida no se sabe dónde o en la Luna. Además, considerad las diferencias que hay entre nosotros y ellos. Nosotros caminamos sobre cuatro pies porque Dios no quiso confiar algo tan precioso a una base menos firme, pues tenía miedo de que le sucediera algo al hombre. Por este motivo se tomó el trabajo de asentarlos sobre cuatro pilares, para que no pudiera caerse, pero desdeñó ocuparse de la construcción de esos dos brutos. Antes bien, los abandonó al capricho de la naturaleza, la cual no los apoyó sobre cuatro patas, pues no temía la pérdida de tan poca cosa.

—Los mismos pájaros —decían—, no han sido tan maltratados porque, cuando menos, están dotados de plumas para compensar por la debilidad de sus pies y lanzarse al aire cuando las expulsamos de nuestra vera. En cambio, la naturaleza, al quitar dos pies a estos monstruos, los ha puesto en estado de no poder escapar a nuestra justicia.

Ved, además de ello, cómo tienen la cabeza vuelta hacia el cielo: es la escasez de todas las cosas a que los ha condenado Dios la que los ha puesto en esta situación, puesto que esta actitud suplicante prueba que buscan el cielo para quejarse a quien los ha creado y pedirle permiso para gozar de nuestras sobras. En cambio, nosotros tenemos la cabeza inclinada hacia abajo para contemplar los bienes de los que somos dueños y debido a que no hay nada en el cielo que podamos considerar con envidia en nuestra feliz condición.

Desde mi aposento escuchaba todos los días a los curas contar estos cuentos u otros similares. Por último, conquistaron de tal modo la conciencia de los pueblos a este respecto, que se decidió finalmente que yo no podría pasar de la condición de un loro desplumado. Y a los convencidos les hacían ver que, como sucedía con los pájaros, no tenía más que dos pies. De este modo se me enjauló por orden expresa del Consejo Supremo.

El pajarero de la reina venía todos los días a silbarme la lengua de los pájaros, como hacemos nosotros con los estorninos. Yo estaba contento en realidad de que no

faltara nunca la pitanza en mi jaula. Además, con las tonterías con que los mirones me torturaban los oídos, aprendí a hablar como ellos.

Cuando fui bastante competente en la lengua para expresar la mayoría de mis concepciones, conté todo tipo de historias. Los visitantes ya sólo venían a escuchar la elegancia de mis dichos y el aprecio en que se tenía mi espíritu llegó a ser tan alto, que el clero se sintió obligado a publicar una advertencia por la que se prohibía creer que yo poseyese razón con un mandato expreso dirigido a todas las personas, fuese cual fuese su calidad y condición, obligándolas a creer que hiciera lo que hiciera de espiritual, era el instinto el que me impulsaba a hacerlo.

No obstante, la definición acerca de lo que era yo dividió a la ciudad en dos facciones. El partido que hablaba en mi favor crecía día a día. Por último, a despecho del anatema y la excomunión de los profetas que intentaban así amedrentar al pueblo, mis partidarios reclamaron una asamblea de Estados para resolver este problema religioso. Tardose mucho tiempo en elegir a quiénes emitirían su juicio, pero los árbitros pacificaron la animosidad a base de igualar la cantidad de interesados.

Me condujeron a la fuerza a la Sala de la Justicia en donde los Examinadores me trataron con toda severidad. Entre otras cosas me interrogaron sobre filosofía. Les expuse de buena fe lo que mi maestro me enseñara en su día. Pero no necesitaron mucho tiempo para refutarme con muchas razones en verdad muy convincentes. Cuando me vi vencido, alegué como último recurso los principios de Aristóteles, que no me sirvieron más que los sofismas, ya que me descubrieron su falsedad en dos palabras.

—Aristóteles —me dijeron— adaptaba los principios a su filosofía en lugar de adaptar su filosofía a los principios. Además, también debió probar que aquellos principios eran por lo menos más razonables que los de otras escuelas, cosa que no pudo hacer. Razón por la cual el buen hombre no se tomará a mal que le besemos las manos.

Finalmente, como vieron que no balbuceaba otra cosa sino que no eran más sabios que Aristóteles y que se me había prohibido debatir con quienes niegan los principios, concluyeron de común acuerdo que no era un hombre sino posiblemente algún tipo de avestruz visto que, como ésta, llevaba la cabeza erguida, de forma que se ordenó al pajarero que me condujera de nuevo a la jaula. Allí pasaba el tiempo con bastante tranquilidad ya que, dado que hablaba correctamente su lengua, toda la corte se divertía haciéndome cotorrear. Las hijas de la reina, entre otros, echaban todos los días algunas migajas en mi comedero y la más linda de todas llegó a sentir cierta amistad hacia mí. Cuando estando a solas le descubría los misterios de nuestra religión, sentía tal arrebatado de alegría, especialmente cuando le hablaba de nuestras campanas y nuestras reliquias que, con los ojos llenos de lágrimas, declaraba que si alguna vez me encontraba en situación de regresar a nuestro mundo, me seguiría de buen grado.

Un día muy temprano por la mañana desperté sobresaltado y la vi tamborileando

en los barrotes de mi jaula.

—Alegraos —me dijo—, ayer el Consejo decidió ir a la guerra contra el gran rey . Con el zafarrancho de los preparativos y mientras nuestro Monarca y sus súbditos marchan al combate, espero que encontremos una ocasión para escaparnos.

—¿Cómo la guerra? —la interrumpí de inmediato—. ¿Hay querellas entre los príncipes de este mundo como las hay en el nuestro? ¿Sí? Contadme, os ruego, su forma de combatir.

—Cuando los árbitros —siguió diciendo— elegidos según criterio de las dos partes han señalado el tiempo acordado para armarse, el de la partida, la cantidad de combatientes, el día y lugar de la batalla y todo eso con tanta equidad que no hay en ninguno de los dos ejércitos un hombre de más respecto al otro, se encuadra a los soldados lisiados en una sola compañía y cuando comienza el combate, los mariscales de campo procuran oponerlos a los tullidos del otro bando, los gigantes se enfrentan a los colosos, los espadachines a los hábiles, los valientes a los osados, los débiles a los flojos, los indispuestos a los enfermos, los robustos a los fuertes y si alguien intenta atacar a otro que no sea su enemigo designado, es condenado como cobarde, a no ser que pueda probar que lo hizo por error. Terminada la batalla se cuentan los heridos, los muertos, los prisioneros, ya que no hay desertores. Si resulta que las bajas son iguales en una parte y la otra, la victoria se decide a cara o cruz.

Pero aunque un rey haya derrotado en buena lid a su enemigo, aún no está nada decidido, porque hay otros ejércitos poco numerosos de sabios y hombres de espíritu, de debates de los que depende por entero la verdadera victoria o la servidumbre de los Estados. Un sabio se opone a otro sabio, un hombre de ingenio a otro hombre de ingenio, un juicioso a otro juicioso. Por lo demás, la victoria que obtiene un Estado de este modo se cuenta por tres victorias en combate directo. Cuando una nación se proclama victoriosa, se disuelve la asamblea y el pueblo vencedor elige como rey al del enemigo o al suyo propio.

No pude evitar reírme de esta forma escrupulosa de librar batallas y, como ejemplo de una política más acertada, puse las costumbres de nuestra Europa, donde el monarca no tiene escrúpulos en valerse de sus ventajas para vencer y he aquí lo que me dijo:

—Explicadme —me dijo— si vuestros príncipes sólo tienen en cuenta a la hora de armarse la idea de que la fuerza es derecho.

—En absoluto —le repliqué—, también tienen en cuenta la justicia de su causa.

—¿Por qué entonces —continuó— no escogen árbitros no sospechosos para ponerse de acuerdo? Y si resulta que están igualados en derechos, que se queden como están o que se jueguen a las cartas la ciudad o la provincia que se disputen. En cambio hacen que más de cuatro millones de hombres que valen más que ellos se abran la cabeza recíprocamente mientras ellos están en sus aposentos burlándose de la masacre de esos ilusos. Pero cometo un error al atacar así el valor de vuestros bravos súbditos. Hacen bien en morir por su patria. El asunto es importante, ya que se

trata de ser el vasallo de un rey que lleva gorguera o el de otro que lleva golilla.

—¿Y vosotros? —respondí yo—, ¿por qué todos esos melindres en vuestra forma de combatir? ¿No es suficiente con que los ejércitos tengan parecida cantidad de hombres?

—Apenas si tenéis juicio —me contestó ella—. ¿Creeríais a fe vuestra que habiendo vencido a vuestro enemigo en el campo de batalla en lucha mano a mano, lo habríais vencido en buena lid estando vos cubierto con una cota de malla y él no? ¿Si él no tuviera más que un puñal y vos una espada? ¿Si él fuera manco y vos tuvierais los dos brazos? No obstante, a pesar de toda la igualdad que tanto recomendáis a vuestros combatientes, jamás luchan en igualdad de condiciones, puesto que uno será muy alto el otro muy pequeño, uno será hábil espadachín y el otro no habrá manejado jamás la espada, el uno será robusto y el otro débil. Y aun cuando se hayan equiparado estas desproporciones y ambos combatientes sean igualmente grandes, igualmente hábiles e igualmente fuertes el uno que el otro, seguirán sin ser parejos, puesto que uno de ellos quizá tenga más valor que el otro y más que, so pretexto de que un bruto no reparará en el peligro, será más bilioso, tendrá más sangre, el corazón más firme con todas las cualidades que constituyen el valor, como si todo esto no fuera un arma, igual que una espada, de la que su enemigo carece. Aquel se abalanza sobre el otro, lo asusta, arrebatada la vida a este pobre hombre que prevé el peligro, cuyo calor se ahoga en la flema y cuyo corazón es demasiado grande para reunir el espíritu necesario a fin de disipar ese hielo que se llama cobardía. De tal modo alabáis a este hombre por haber matado a su enemigo con ventaja y al alabar su temeridad, lo alabáis por un pecado contra la naturaleza dado que la temeridad tiende a su destrucción.

Sabed que hace unos años se presentó una petición en el Consejo de Guerra para establecer un reglamento más presentable y concienzudo de los combates y el filósofo al que se pidió consejo habló así:

Os imagináis, señores, haber igualado las ventajas de dos enemigos al haberlos escogido igualmente fornidos, grandes, hábiles, los dos valerosos, pero esto no es suficiente, puesto que por fuerza será necesario que el vencedor supere al otro por maña, fuerza o fortuna. Si ha sido por maña, sin duda ha atacado a su adversario en un lugar en el que éste no lo esperaba o con mayor rapidez de lo que parecía verosímil o fingiendo atacarlo por un lado y haciéndolo por el otro. Pero todo esto es disimular, engañar, traicionar y ni el disimulo, ni el engaño ni la traición pueden ser objetos de estima para una persona verdaderamente generosa. Si ha triunfado por la fuerza, ¿consideraréis a su enemigo vencido cuando ha sido violentado? Sin duda que no, igual que no diríais de un hombre sepultado por una montaña que se le haya escapado la victoria, puesto que nunca tuvo posibilidad de alcanzarla. Tampoco aquél habrá sido vencido porque no se haya encontrado en ese momento en situación de resistir a la violencia de su adversario. Si ha vencido a su enemigo por azar, es a la fortuna y no a él a quien hay que coronar puesto que él no ha hecho nada. Por último,

tampoco cabe vituperar al vencido igual que no cabe hacerlo con el jugador de dados que ve cómo otro obtiene dieciocho puntos y vence así sus diecisiete.

Le contestaron que tenía razón pero que, dada la condición humana, era imposible resolver la cuestión y que más valía sufrir un pequeño inconveniente que ceder ante mil de mayor envergadura.

No siguió hablando conmigo en esta ocasión porque temía que la encontrarán a solas en mi compañía, y tan temprano. Y no es que en este país la impudicia sea un delito. Al contrario, a excepción de los delincuentes convictos, todos los hombres tienen derechos sobre todas las mujeres, e igualmente una mujer puede llevar ante los tribunales a cualquier hombre que la haya rechazado. Pero, por lo que me dijo, no se atrevía a verse conmigo en público debido a que los curas en el último sacrificio habían predicado que eran sobre todo las mujeres las que decían que yo era un hombre a fin de ocultar bajo este pretexto el execrable deseo que las consumía de mezclarse con las bestias y de cometer conmigo sin vergüenza alguna pecados contra la naturaleza. Ésta fue la causa de que pasara bastante tiempo sin verla a ella ni a ninguna de su sexo.

Sin embargo, preciso era que alguien hubiera reavivado las querellas sobre la definición de mi ser puesto que, cuando ya pensaba que me moriría en la jaula, vinieron de nuevo a buscarme para darme audiencia. Así pues, me interrogaron en presencia de muchos cortesanos sobre algunas cuestiones de física y, según creo, mis respuestas no los satisficieron en modo alguno. El presidente expuso en tono coloquial y pormenorizadamente sus opiniones sobre la estructura del mundo. Me parecieron ingeniosas y si no hubiera abordado la cuestión del origen de éste, al que reputaba eterno^[57], hubiera encontrado su filosofía más razonable que la nuestra. Pero una vez le hube escuchado un delirio tan contrario a lo que nos enseña la fe, le pregunté qué podría responder a la autoridad de Moisés y al hecho de que este gran patriarca hubiera dejado dicho expresamente que Dios había creado el mundo en seis días. El ignorante se limitó a reír, sin contestarme. En consecuencia, no pude abstenerme de decirle que, pues estaba en esa tesitura, yo comenzaba a creer que su mundo no era más que una luna.

—Pero —me dijeron ellos—, bien veis la tierra, los bosques, los ríos, los mares, ¿qué sería todo esto?

—No importa —aseguré yo—, Aristóteles asegura que no es más que la Luna y si hubierais dicho lo contrario en las clases en las que yo estudié, os hubieran abucheado.

Al escuchar esto rompieron todos a reír, huelga decir que a causa de su ignorancia, y me devolvieron a la jaula.

No obstante, llegó a conocimiento de los curas que yo había osado decir que la Luna era un mundo del que yo venía y que su mundo no era más que una luna. Creyeron que esto les daba un pretexto suficiente para hacerme condenar al agua (era la forma de exterminar a los ateos). Acudió toda la compañía a presentar su queja al

rey, que les prometió justicia, y se dio orden de que se volviera a sentarme en el banquillo.

Heme pues desenjaulado por tercera vez. El gran pontífice tomó la palabra e hizo un alegato en mi contra. No me acuerdo de su discurso porque estaba demasiado asustado para entender los matices de su voz sin distorsiones y también porque se había servido para su alegato de un instrumento cuyo ruido me ensordecía. Era una trompeta que había escogido él mismo a fin de que la violencia de su tono marcial calentara los espíritus preparándolos para mi muerte y para impedir gracias a esta emoción que el razonamiento cumpliera su cometido, como sucede en nuestros ejércitos, en donde el estruendo de tambores y trompetas impide que el soldado reflexione sobre la importancia de su vida.

Cuando hubo acabado, me levanté para defender mi causa, pero no me fue necesario hablar debido a la aventura que paso a relataros. Iba a empezar a hablar cuando un hombre que se había abierto camino trabajosamente hasta nosotros a través de la muchedumbre vino a postrarse a los pies del rey y se arrastró un buen rato sobre la espalda. Esta forma de actuar no me sorprendió, porque ya sabía yo de hacía tiempo que era la posición que adoptaban cuando querían hablar en público. Guardé para otro momento mi discurso y he aquí el que escuchamos de él:

—¡Justos, escuchadme! No podéis condenar a este hombre, mono o loro por haber dicho que la Luna es un mundo del que él viene porque, si es hombre, aunque no venga de la Luna, como quiera que todo hombre es libre, ¿no será libre de imaginar lo que quiera? ¿Acaso podéis obligarlo a no tener más visión que la vuestra? Lo obligaréis a decir que cree que la Luna no es un mundo, pero no por ello lo creerá. Porque, para creer algo, es preciso que se presenten a su imaginación ciertas posibilidades más favorables al sí que al no de esa cosa. De forma que a menos que le proporcionéis esa verosimilitud o que ésta se le aparezca por sí misma a su espíritu, os dirá sin duda que cree, pero no por eso creerá. Ahora os probaré que tampoco debéis condenarlo si lo clasificáis como un animal. Suponed que sea un animal sin razón, ¿qué razón tenéis vosotros mismos para acusarlo de haber pecado en contra de ella? Ha dicho que la Luna es un mundo. Pero los brutos sólo actúan por instinto de naturaleza. En consecuencia, es la naturaleza la que lo ha dicho y no él. Creer que esta sabia naturaleza que ha hecho la Luna y este mundo no sepa lo que son y que vosotros, que no tenéis otro conocimiento que el que habéis recibido de ella, lo sabéis con mayor certidumbre, es ridículo. Pero incluso si las pasiones os hicieran renunciar a vuestros primeros principios y supusierais que la naturaleza no guía a los brutos, ruborizaos, cuando menos, de las inquietudes que os causan los caprichos de una bestia. En verdad, señores, si dierais con un hombre en edad madura que hiciera de policía de un hormiguero al punto de dar una bofetada a la hormiga que hubiera hecho caer a su compañera, o de encarcelar a otra que hubiera sustraído a su vecina un grano de trigo o incluso procesar en los tribunales a otra que hubiera abandonado sus huevos, ¿no lo tomaríais por un insensato por dedicarse a cosas muy por debajo

de él y por pretender someter a la razón a animales que no la tienen? ¿Cómo, pues, venerables pontífices llamaréis al interés que os tomáis en los caprichos de este animalito? He dicho, Justos.

Una vez que hubo terminado, la sala retumbó con una intensa música de aplausos y, después de debatir sobre las distintas opiniones durante más de un cuarto de hora, he aquí la decisión del rey: que, de ahora en adelante, se me tendría por hombre y, como tal, puesto en libertad. Que mi castigo de ser ahogado se conmutaría por una retractación deshonrosa (ya que en este país no la hay honrosa) en la que me desdiría públicamente de haber enseñado que la Luna es un mundo, y ello a causa del escándalo que la novedad de esta opinión hubiera podido causar en el alma de los débiles de espíritu.

Pronunciado el fallo, me sacan del palacio, me visten ignominiosamente, es decir, en toda magnificencia, me suben a una tribuna en un carro soberbio, tirado por cuatro príncipes uncidos al yugo y he aquí lo que me obligaron a pronunciar en todas las esquinas de la ciudad:

—Pueblo: declaro que esta luna de aquí no es una luna sino un mundo y que el mundo de allí no es un mundo sino una luna. Tal es lo que los curas consideran que debéis creer.

Después de haber gritado lo mismo en las cinco grandes plazas de la ciudad, vi a mi abogado que me tendía la mano para ayudarme a bajar. Mucho me asombró reconocer en él al verlo de cerca a mi viejo demonio. Estuvimos una hora abrazándonos y me dijo:

—Venid a mi casa, ya que volver a la corte después de una retractación pública no sería bien visto. Por lo demás debo deciros que aún estaríais con los monos, al igual que el español, vuestro compañero, si no hubiera yo dado a conocer por doquiera el vigor y la fuerza de vuestro espíritu y no hubiera impetrado a favor vuestro a los grandes en contra de los profetas.

Terminaba yo de agradecerle sus atenciones cuando entrábamos en su casa en donde, hasta la hora de cenar, estuvo contándome de qué medios se había valido para obligar a los sacerdotes a permitir que el pueblo me escuchara a pesar de las engañosas artimañas con que habían embaucado la conciencia de éste. Estábamos sentados ante un fuego vivo, dado que la estación era fría, y se disponía a seguir contándome (creo) lo que había hecho desde que no le había visto, pero vinieron a decirnos que la cena estaba lista.

—He rogado —me dijo— a dos profesores de la academia de esta ciudad que vengan a cenar con nosotros. Les haré hablar de la filosofía que se enseña en este mundo. De igual modo conoceréis al hijo de mi anfitrión, que es el joven más inteligente que he conocido y que sería un segundo Sócrates si pusiera orden en su cabeza, no ahogara en el vicio los dones que le ha prodigado Dios y no quisiera afectar impiedad por ostentación. Yo mismo me alojo aquí para tener ocasión de instruirlo.

Se calló como si quisiera dejarme a mi vez libertad para discurrir. Finalmente, hizo señal de que me despojara de los vergonzosos atavíos que todavía me cubrían.

Los dos profesores a los que esperábamos llegaron casi de inmediato. Los cuatro pasamos, pues, al comedor, en donde encontramos al joven del que se me había hablado, que ya estaba comiendo. Lo saludaron con gran ceremonia y lo trataban con un respeto tan profundo como el esclavo al amo. Pregunté la causa de este proceder a mi demonio, quien me respondió que se debía a su edad, ya que en ese mundo los viejos tributaban todo tipo de honras y deferencias a los jóvenes al igual que los padres obedecían a los hijos cuando éstos, según criterio del Senado de los filósofos, hubieran alcanzado el uso de razón.

—¿Os asombráis —continuó— de una costumbre tan contraria a la de vuestro país? Sin embargo, no es contraria a la recta razón, porque decidme en conciencia si un hombre joven y ardoroso en situación de imaginar, juzgar y ejecutar sus propósitos no será más capaz de gobernar una familia que un sexagenario enfermo. Un pobre lelo al que la nieve de sesenta inviernos ha congelado la imaginación se guía por el ejemplo de los sucesos felices siendo así que es la Fortuna la que los ha producido en contra de todas las reglas y toda la economía de la prudencia humana. En cuanto al juicio, muestra bastante poco, aunque el vulgo en vuestro mundo crea que es un atributo de la vejez. Para convencerlo de lo contrario es preciso que sepa que lo que se llama prudencia en un viejo no es más que una aprensión de pánico, un miedo obsesivo y feroz a tomar cualquier decisión. Así pues, hijo mío, si no se atrevió a correr un peligro en el que un hombre joven se hubiera perdido no es porque previera la catástrofe, sino porque no tenía ardor suficiente para encender esos nobles impulsos que nos hacen aventurarnos y la audacia en aquel joven es como la prenda del éxito de su empresa, porque ese ardor que hace la presteza y la facilidad de una ejecución era la que lo impulsaría a emprenderla.

En lo que se refiere a la acción práctica, constituiría un insulto a vuestra inteligencia si me esforzara en convencerlos con pruebas. Sabéis que sólo la juventud es propensa a la acción y, si no estáis completamente convencido, decidme, os lo ruego, si cuando respetáis a un hombre valeroso acaso no es porque puede vengaros de vuestros enemigos o de vuestros opresores. ¿Por qué seguís respetándolos si no es por costumbre, cuando setenta inviernos les han helado la sangre y matado de frío todos aquellos nobles entusiasmos que encienden a los jóvenes en pro de la justicia? Cuando mostráis deferencia hacia el fuerte, ¿acaso no es para que os esté agradecido por una victoria que no podríais reñirle? ¿Por qué, pues, someterse a aquel a quien la pereza ha deshecho los músculos, debilitado las arterias, evaporado el ánimo y succionado el tuétano de los huesos?

Si adoráis a una mujer, ¿no es a causa de su belleza? ¿Por qué proseguir con vuestras genuflexiones luego que la vejez ha hecho de ella un fantasma que amenaza de muerte a los vivos? Finalmente, cuando honrabais a un hombre de talento se debía a que por la agudeza de su ingenio había entendido un asunto complejo y lo había

aclarado, porque cautivaba con su verbo a la asamblea más selecta, porque entendía las ciencias a la primera y porque las almas bellas no realizaban los mayores esfuerzos sino por parecersele y, sin embargo, continuáis rindiéndole homenaje cuando sus órganos gastados hacen que su cabeza esté imbécil y pesada y cuando, en compañía de otros, parezca por su silencio antes bien un dios que un hombre capaz de razón. De aquí se sigue, hijo mío, que más vale encomendar a los jóvenes el gobierno de las familias que a los viejos.

Cometeríais un error si creyeráis que Hércules, Aquiles, Epaminondas, Alejandro y César, todos muertos antes de los cuarenta años^[58], hubieran sido personas a quienes sólo se debían honores vulgares y que, en cambio, debéis tributar culto a un viejo chocho a quien el Sol ha madurado noventa veces la cosecha.

Pero, me diréis, todas las leyes de nuestro mundo prescriben celosamente ese respeto que se debe a los viejos. Es cierto, pero también lo es que los que han promulgado esas leyes han sido los viejos que temían que los jóvenes los desposeyeran justamente de la autoridad que habían usurpado y han hecho como los legisladores de las religiones falsas, un misterio de lo que no han podido probar. Sí, seguiréis diciendo, pero ese viejo es mi padre y el cielo me promete larga vida si lo honro. Os lo admito si vuestro padre, hijo mío, no os ordena nada contrario a los mandamientos del Altísimo. Pero si lo hace, pisad el vientre del padre que os engendró, patead el seno de la madre^[59] que os concibió, puesto que no hay la menor posibilidad de que el respeto cobarde que unos padres viciosos han arrancado a vuestra debilidad sea talmente agradable al cielo que éste prolongue vuestros días.

¡Qué! ¿Acaso ese saludo sombrero en mano con que halagáis y alimentáis la soberbia de vuestro padre hace reventar el absceso que tenéis en el costado, repara vuestra humedad radical, os cura de una estocada que os ha atravesado el estómago, desmenuza la piedra en la vesícula? Si es así, los médicos están muy equivocados y en lugar de las pociones infernales con que amargan la vida de los hombres, que ordenen tres reverencias en ayunas para la viruela, cuatro «muchísimas gracias» después de comer y doce «buenas noches señor padre, buenas noches señora madre» antes de dormir. Me replicaréis que sin él vos no seríais; es cierto, pero también lo es que, sin vuestro abuelo, tampoco él hubiera sido, ni vuestro abuelo sin vuestro bisabuelo y sin vos vuestro padre no podría tener nietos. Cuando la naturaleza le hizo ver la luz fue a condición de devolver lo que ésta le había prestado. Así que cuando os engendró, no os dio nada sino que pagó una deuda. Además, me gustaría saber si vuestros padres pensaban en vos cuando os hicieron. En modo alguno, desgraciadamente. Y, a pesar de todo, creéis estarles obligado por un presente que os han fabricado sin pensar en vos.

¡Cómo! Porque vuestro padre era tan lascivo que no pudo resistir a los hermosos ojos de no sé qué criatura, porque cambalacheó para satisfacer su pasión y porque fuisteis el resultado de sus escarceos, ¿reverenciáis a ese lujurioso como a uno de los siete sabios de Grecia? ¡Pues, qué! Porque este otro avaro compró los bienes de su

esposa a base de hacerle un hijo, este hijo ¿sólo puede hablarle de rodillas? Así vuestro padre hizo bien en ser lascivo y el otro en ser avaro, pues de otro modo vos no habríais existido. Pero me gustaría saber si hubiera disparado de haber estado seguro que fallaría el tiro. ¡Dios santo, qué cosas os hacen creer a la gente de vuestro mundo!

A vuestro arquitecto mortal sólo le debéis vuestro cuerpo, hijo mío; vuestra alma procede del cielo, que podría haberla engastado igualmente en otra funda. Y vuestro padre pudo haber sido vuestro hijo igual que vos sois el suyo. ¿Qué sabéis si no es posible que haya impedido que heredéis una corona? Suponed que vuestro espíritu hubiera partido del cielo con intención de dar vida al rey de los romanos en el vientre de la emperatriz. En el camino y por azar, se encuentra con vuestro embrión y, para abreviar el camino se aloja en él. No, no, Dios no os hubiera borrado de la lista de los hombres aunque vuestro padre hubiera muerto siendo niño. Pero ¿quién sabe si no seríais obra de algún valiente capitán que os hubiera hecho participar de su gloria y de sus bienes? De este modo no tenéis más obligación hacia vuestro padre por la vida que os ha dado de la que tenéis con el pirata que os ha encadenado por el hecho de que os alimente. Y tampoco aunque os hubiera engendrado rey. Un regalo pierde su valor cuando se hace sin que el que lo recibe tenga elección. Se dio muerte a César e igualmente a Casio; sin embargo, Casio^[60] está obligado hacia el esclavo a quien se la pidió y no así en cambio César hacia sus asesinos, ya que estos se la impusieron. ¿Acaso os preguntó vuestro parecer vuestro padre cuando se acostó con vuestra madre? ¿Os preguntó si os gustaría ver este siglo o preferiríais esperar a otro? ¿Si os conformaríais con ser el hijo de un necio o si tendríais la ambición de proceder de un hombre de valía? ¡Por desgracia fuisteis el único cuyo parecer no se consultó en un asunto que os incumbía tan sólo a vos! Es posible que si hubierais estado encerrado en un lugar distinto de la matriz de la naturaleza y que hubierais podido pronunciaros sobre vuestro nacimiento, habríais dicho a la parca: «Mi querida señorita, tomad el huso^[61] de otro; hace mucho tiempo que estoy en la nada y prefiero seguir sin ser durante otros cien años que ser hoy para arrepentirme mañana». No obstante, fue fuerza que pasarais por ello. Ya podíais berrear a fin de volver a la larga y negra morada de la que se os arrancaba. Fingían creer que pedíais de mamar.

Tales, hijo mío, son las razones del respeto que los padres tienen a sus hijos. Sé que me he puesto del lado de los hijos más de lo que pide la justicia y que he hablado en su favor un poco en contra de mi conciencia. Al querer corregir ese insolente orgullo con que los padres abusan de la debilidad de sus pequeños, me he visto obligado a hacer como los que quieren enderezar un árbol torcido: lo tuercen del otro lado para que quede igualmente recto entre las dos torsiones. De igual modo he restituido a los padres el tiránico respeto que habían usurpado y les he arrebatado mucho de lo que les pertenecía para que, en otra ocasión, se conformaran con lo que es suyo. Sé que con esta apología he indignado a todos los viejos, pero éstos deben recordar que fueron hijos antes de ser padres y que es imposible que no haya hablado

muy en su favor, ya que no han aparecido debajo de una higuera. Por último, pase lo que pase, si mis enemigos librarian batalla contra mis amigos, saldría ganando, porque he servido a la mitad de los hombres y sólo he contrariado a la otra mitad.

Al llegar aquí se calló y el hijo de nuestro anfitrión tomó la palabra:

—Dado —le dijo— que, gracias a vos, estoy informado sobre el origen, la historia, las costumbres y la filosofía del mundo de este hombrecillo, permitidme que añada algo a lo que habéis dicho y pruebe que los hijos no están obligados a los padres por haberlos engendrado, ya que los padres estaban en conciencia obligados a engendrarlos.

La filosofía más estricta de su mundo sostiene que es más de desear la muerte que el hecho de no haber nacido ya que, para morir, es preciso haber vivido. Así pues, como al no dar el ser a ésta nada, la dejo en una situación peor que la muerte, soy más culpable si no la produzco que si la mato. Tú, hombrecillo, creerías haber cometido un parricidio imperdonable si hubieras degollado a tu hijo y, en verdad, sería algo terrible. No obstante, es mucho más execrable no dar el ser a quien puede recibirlo, ya que ese niño al que privas de la luz habrá tenido siempre la satisfacción de gozar de ella por un tiempo^[62]. Además, sabemos que sólo le privas de ella unos pocos siglos. Pero impides maliciosamente que vean el día esas pobres cuarenta pequeñas nadas, de las que podrías hacer cuarenta buenos soldados de tu rey y dejas que se pudran en tus riñones, al albur de una apoplejía que te ahogará.

Que no se me objeten los bellos panegíricos de la virginidad, pues esa honra no es más que humo ya que, finalmente, todos los respetos con los que la idolatra el vulgo no son sino recomendaciones morales, incluso entre vosotros, mientras que la prohibición de matar, de no engendrar un hijo haciéndolo así más desgraciado que un muerto, es un mandamiento, razón por la que me asombra mucho, visto que en el mundo del que venís se prefiere la continencia a la propagación carnal, que Dios no os haya hecho nacer con el rocío del mes de mayo, como los hongos o como los cocodrilos del limo fértil de la tierra calentada por el Sol. Sin embargo, sólo por accidente hay eunucos entre vosotros y Dios no extirpa los órganos genitales a vuestros monjes, curas y obispos. Me diréis que se los ha dado la naturaleza; sí, pero Él es el amo de la naturaleza y, si hubiera reconocido que ese trozo de carne es perjudicial para su salvación, hubiera ordenado que lo cortaran, igual que el prepucio a los judíos en la Ley antigua. Pero se trata de fantasías ridículas. A fe vuestra, ¿hay algún punto de vuestro cuerpo más sagrado o más maldito que otro? ¿Por qué cometo un pecado cuando me acaricio la pieza del medio y no cuando me toco la oreja o el talón? ¿Es porque me hace gozar? Tampoco, pues, debo desahogarme en el bacín, porque al hacerlo se siente cierta voluptuosidad y los devotos no deben elevarse a la contemplación de Dios, ya que sienten un gran placer de la imaginación. En verdad, visto cuán contraria a la naturaleza es la religión en vuestro país y cuán celosa del contento de los hombres, me asombra que los curas no consideren un crimen el hecho de rascarse, debido al agradable dolorcillo que se siente. Asimismo, he observado que

la naturaleza previsora ha hecho que todos los grandes personajes, valientes y de elevado espíritu hayan probado las delicias del amor, testigos: Sansón, David, Hércules, César, Aníbal, Carlomagno. ¿Lo hicieron para rebanarse luego el órgano del placer con una hoz? Esa misma naturaleza descendió incluso a la cuba de Diógenes, flaco, feo y piojoso para pervertirlo y hacerle componer suspiros a Lais^[63] con el mismo aliento con que soplaba las zanahorias. No hay duda de que la naturaleza procedía así por el temor que la embargaba de que no hubiera suficiente gente honrada en el mundo. Se sigue de todo esto que vuestro padre estaba obligado en conciencia a haceros ver la luz del día y si piensa que le debéis mucho por haceros mientras disfrutaba, en el fondo no os ha dado más de lo que un toro común da diez veces a diario a las vacas para refocilarse.

—Estáis en un error —lo interrumpió entonces mi demonio— al interpretar la sabiduría de Dios. Es verdad que nos ha prohibido el exceso de ese placer pero ¿qué sabéis si acaso no lo ha querido así a fin de que las dificultades que encontremos el combatir esta pasión nos hagan merecer la gloria que nos prepara? ¿Qué sabéis si acaso no se trata de agudizar el apetito por la prohibición? ¿Qué sabéis si no preveía que, al abandonar la juventud a los ímpetus de la carne, el coito demasiado frecuente no degradaría su simiente y ocasionaría el fin del mundo para los descendientes del primer hombre? ¿Qué sabéis si no ha querido impedir que la fertilidad de la tierra no fuera suficiente para satisfacer las necesidades de tantos hambrientos? Y, por último, ¿qué sabéis si no ha querido hacerlo contra toda razón a fin de compensar a aquellos que, contra toda razón, han confiado en su palabra?

Creo que esta respuesta no debió de satisfacer al joven anfitrión, ya que movió la cabeza dos o tres veces, pero nuestro preceptor común se calló porque la comida estaba a punto de volatilizarse.

Nos reclinamos sobre mullidos colchones cubiertos por grandes tapices y nos llegaron los aromas como había sucedido la otra vez en la hospedería. Un sirviente joven se llevó al mayor de nuestros filósofos a una salita aparte.

—¡Volved —le gritó mi preceptor— en cuanto hayáis comido! Y el nos lo prometió.

Este capricho de comer aparte me despertó la curiosidad y pregunté por la causa.

—No le gusta —me dijeron— el olor de la carne, ni siquiera el de las verduras, si no han muerto por sí mismas debido a que las cree capaces de sufrir.

—No me parece sorprendente —contesté yo— que se abstenga de la carne y de todo aquello que tenga vida sensible, ya que en nuestro mundo los pitagóricos y algunos santos anacoretas han seguido ese régimen. Pero no atreverse, por ejemplo, a cortar una col por temor a herirla me parece completamente irrisorio.

—Pues yo —respondió el demonio— encuentro muy plausible su opinión. Porque, decidme, esa col de la que habláis ¿no es tan criatura de Dios como vos? ¿No tenéis los dos por padre y madre a Dios y la necesidad? ¿No ha tenido Dios ocupado su intelecto durante toda la eternidad con su nacimiento y con el vuestro? Hasta

parece que se haya ocupado más concienzudamente del vegetal que del racional, ya que ha confiado la generación del hombre al capricho de su padre, que puede engendrarlo o no según le plazca, rigor con el que, sin embargo, no ha querido tratar a la col ya que, en lugar de dejar a la discreción del padre la generación del hijo, como si temiera más por la preservación de la raza de las coles que de los hombres, las obligó quisieran o no a darse el ser las unas a las otras y no al modo de los hombres que, todo lo más, sólo consiguen engendrar una veintena de hijos en su vida mientras que ellas producen cuatrocientas mil por cabeza. Decir por tanto que Dios ama más al hombre que a la col es contarnos un chiste para reírnos ya que, no siendo capaz de sentir pasiones, no puede odiar ni amar a nadie y, si pudiera amar, antes sentiría más ternura por esa col que tenéis y no puede ofenderlo que por ese hombre de cuyas posteriores ofensas tiene ya conocimiento. Añadid a ello que el hombre no puede nacer impoluto, ya que tiene parte del primer hombre que lo hizo culpable, en tanto que sabemos que la primera col no ofendió a su creador en el Paraíso terrenal. Se dirá que nosotros estamos hechos a imagen y semejanza del Ser Supremo y las coles no. Si esto fuera cierto, al ensuciar nuestra alma, que es por donde nos parecemos a él, borramos esta semejanza, ya que nada hay más opuesto a Dios que el pecado. Y si nuestra alma no es su retrato, tampoco nos parecemos más a él por las manos, los pies, la boca, la frente o las orejas que la col por sus hojas, sus flores, sus pencas, su troncho o su cogollo. ¿No creéis, en verdad, que si esta pobre planta pudiera hablar, cuando la cortan diría: «Hombre, querido hermano mío, qué te he hecho para merecer la muerte? Sólo crezco en tus huertos y nunca se me encuentra en lugar silvestre en donde viviría más segura. Me niego a ser resultado de otras manos que no sean las tuyas pero, apenas he salido de ellas cuando, para regresar a tu poder, emerjo de la tierra, me abro, te tiendo los brazos, te ofrezco mis hijos granados y en pago a mi gentileza, ¡haces que me corten la cabeza!». Tal es el discurso que pronunciaría esta col si pudiera expresarse. Y, ¿cómo? Porque no sabe quejarse, ¿quiere decir que podemos hacerle todo el daño que no es capaz de impedir? Si encuentro a un pobre desgraciado maniatado, ¿puedo matarlo sin delito a causa de que no es capaz de defenderse? Al contrario, su indefensión haría más grave mi crueldad. Porque aunque esta desgraciada criatura sea pobre y privada de nuestras ventajas, no por ello merece la muerte. ¡Cómo! De todos los bienes del ser sólo tiene el de vegetar ¿y se lo arrancamos? El pecado de asesinar a un hombre no es tan grande como el de cortar una col y quitarle la vida, ya que aquel resucitará algún día, mientras que ésta no tiene nada que esperar. Al matar una col, aniquiláis su alma pero, al matar a un hombre, sólo la cambiáis de domicilio. Y todavía digo más: como quiera que Dios, padre común de todas las cosas, ama por igual sus obras, ¿no es razonable que reparta su benevolencia por igual entre las plantas y nosotros? Es cierto que nacimos los primeros, pero en la familia de Dios no se conoce el derecho de primogenitura. Si las coles no han recibido su parte correspondiente en el dominio de la inmortalidad, como nosotros, sin duda se les compensó con cualquier otro que, por su grandeza,

compense por su brevedad. Quizá sea una inteligencia universal, un conocimiento perfecto de todas las cosas en sus causas y quizá por ello el Sabio Motor no les ha otorgado órganos parecidos a los nuestros, cuyo único resultado es un simple y débil razonamiento frecuentemente engañoso, sino de otros más ingeniosamente hechos, más fuertes y numerosos que les sirven para sus conversaciones especulativas. Me preguntaréis, quizá, qué sea lo que nos han enseñado de estos grandes pensamientos. Pero decidme, ¿qué os han enseñado los ángeles más que ellas? Igual que no hay proporción, relación ni armonía entre las débiles facultades del hombre y las de estas divinas criaturas, estas coles intelectuales perderían el tiempo tratando de hacernos comprender la causa oculta de todos los acontecimientos maravillosos. Carecemos de los sentidos necesarios para entender tan altos conceptos.

Moisés, el más grande de los filósofos puesto que, como decís, bebía el conocimiento de la naturaleza en la fuente de la misma naturaleza, se refería a esta verdad cuando hablaba del Árbol de la Ciencia. Pretendía enseñarnos, valiéndose de este enigma, que las plantas poseen el monopolio de la filosofía perfecta. Recordad pues, vosotros, los más soberbios de todos los animales, que aunque la col a la que cortáis la cabeza no diga nada, no por ello deja de pensar. Pero el pobre vegetal carece de órganos adecuados para chillar, como nosotros, de órganos para agitarse o para llorar. Sí los tiene para quejarse de la faena que le hacéis y con los cuales atrae sobre vosotros la venganza del Cielo. Y si me preguntáis que cómo sé que las coles tienen estos bellos pensamientos, yo os pregunto cómo sabéis vos que no los tienen y que, por ejemplo, no hay una col que, a imitación vuestra, diga por la noche al cerrarse: «Queda de VE, señora Col Rizada, vuestra muy humilde servidora, la Col Repolluda».

Habiendo llegado a este punto en su discurso, el joven que había acompañado a nuestro filósofo lo trajo de vuelta.

—¡Cómo! ¿Ya habéis cenado? —exclamó mi demonio. Él respondió que sí, que casi todo en tanto que el fisiólogo le había permitido probar nuestra cena. El joven anfitrión no esperó a que le preguntase por la explicación de este misterio.

—Ya veo —dijo— que esta forma de vivir os asombra. Sabed sin embargo que, aunque en vuestro mundo se sea más negligente en asuntos de salud, el régimen de éste no es de despreciar. En todas las casas hay un fisiólogo, retribuido con cargo al erario público, que es más o menos lo que vos llamaríais en el vuestro un médico, con la excepción de que no se ocupa más que de los sanos y que no decide acerca de los distintos tratamientos que debemos seguir si no por la regla de la proporción, la forma y la simetría de nuestros miembros, por los rasgos faciales, el color de la carne, la suavidad del cutis, la agilidad del conjunto, el tono de voz, el color, la fuerza y la fortaleza del cabello. ¿No habéis reparado hace un instante en un hombre bastante bajo que os ha observado largo tiempo? Es el fisiólogo de esta casa: estad seguro de que ha diversificado la exhalación de vuestra cena de acuerdo con el reconocimiento que haya hecho de vuestra complexión. Observad que el colchón en el que os habéis

echado está alejado de nuestras camas. Sin duda os ha juzgado de un temperamento muy distinto al nuestro, ya que ha temido que el olor que se evapora de esos pequeños grifos por encima de vuestra nariz no se expandiera hasta nosotros o que el nuestro no os alcanzara a vos. Esta noche lo veréis cómo escoge las flores de vuestro lecho con igual cuidado.

Durante esta intervención yo hacía señales a mi anfitrión para que intentase obligar a los filósofos a abordar algún capítulo de la ciencia que profesaban. Él a su vez, al considerarse amigo mío no desaprovecharía la ocasión de hacerlo. No os describiré los discursos ni los ruegos que sirvieron de embajada a este trato. De igual modo, la sutil diferencia entre lo ridículo y lo serio fue demasiado imperceptible para que se la pudiera imitar. En resumen, después de otros asuntos, el último de los doctores en llegar continuó de esta manera:

—Me queda probaros que hay infinitos mundos en este mundo infinito^[64]. Representaos, pues, el universo como un enorme animal y las estrellas que son mundos como otros animales dentro de aquél y que sirven a su vez de mundos a otros pueblos como nosotros, los caballos y los elefantes, y nosotros, a nuestra vez, también somos los mundos de ciertas gentes todavía más pequeñas, como los chancros, los piojos, las lombrices o las cresas. Éstos también sirven como tierra a otros animales imperceptibles. Así de igual modo que nosotros parecemos un gran mundo a esta gente menuda, es posible que nuestra carne, nuestra sangre y nuestro espíritu no sean otra cosa que un tejido de animalitos que se entretienen, nos prestan movimiento con el suyo y dejándose conducir ciegamente por nuestra voluntad, que les sirve de cochero, en realidad nos conducen a nosotros y producen el conjunto de esa acción a la que llamamos vida. Pues, decidme, os lo ruego, ¿es desatinado creer que un piojo tome nuestro cuerpo por un mundo y que cuando alguno de ellos viaja de una de vuestras orejas a la otra sus compañeros digan de él que ha viajado al fin del mundo o que lo ha recorrido de un polo al otro? Sí, sin duda, esta gente minúscula toma vuestro pelo por los bosques de su país, los poros llenos de pituita por fuentes, las bubas y cresas por lagos y estanques, las apostemas por mares, las fluxiones por diluvios. Y cuando os peináis por delante y por detrás creen que esta agitación es la pleamar y bajamar del océano. ¿Acaso no prueba el prurito lo que digo? Ese ácaro que lo produce, ¿qué es sino uno de esos animalitos que se ha separado de la sociedad civil para establecerse como tirano en su país? Si me preguntáis cómo es que son más grandes que esos otros animales casi imperceptibles, yo os preguntaré cómo es que los elefantes son más grandes que nosotros y los irlandeses que los españoles. En cuanto a esa ampolla y esa costra cuya causa ignoráis, tienen que darse bien por la corrupción de las carroñas de sus enemigos que esos pequeños gigantes han masacrado, bien porque la peste producida por la necesidad de los alimentos de los que se han saciado los sediciosos han dejado pudrirse en el campo montones de cadáveres, bien finalmente porque ese tirano, luego de haber despejado su entorno de sus compañeros que taponaban con sus cuerpos los poros del nuestro, ha dado paso a

la pituita que, al haberse extravasado fuera de la esfera de circulación de nuestra sangre, se ha corrompido. Quizá se me pregunte por qué un ácaro produce otros cien. Esto no es difícil de concebir porque igual que una revuelta despierta otra, estos pequeños pueblos, impulsados por el mal ejemplo de sus sediciosos compañeros, aspiran al mando cada uno en particular, encendiendo la guerra por doquier, la masacre y el hambre. Pero, me diréis, unas personas padecen menos prurito que otras y sin embargo las dos están igualmente plagadas por estos animales, ya que son ellos, según decís, los que hacen la vida. También es verdad, es de señalar, que los flemáticos sufren menos los escozores que los biliosos debido a que, al simpatizar el pueblo con el clima que habita, es más lento en un cuerpo frío que en otro calentado por la temperatura de su región, que se estremece, se remueve y no es capaz de quedarse quieto en un lugar. Así, el bilioso es mucho más delicado que el flemático, puesto que al estar animado en muchas más partes y no siendo el alma más que la acción de estas bestezuelas, es capaz de sentir en todos los lugares en que se mueven estos animales, mientras que el flemático no abriga el calor suficiente para permitir la acción más que en algunas partes. Y para probar esta acaridad universal sólo tenéis que considerar cómo acude la sangre a la herida cuando estáis herido. Vuestros doctores dicen que está guiada por una naturaleza previsora que quiere socorrer las partes debilitadas, pero éstas son bellas quimeras: así pues, además del alma y el espíritu todavía hay una tercera sustancia intelectual que tiene sus funciones y sus órganos aparte. Es mucho más digno de crédito que, al sentirse atacados, estos animalillos acudan a sus vecinos en petición de socorro y que, habiendo llegado éste de todas partes y no pudiendo el país sostener a tantas gentes, éstas mueran en las apreturas o de inanición. Esta mortalidad se produce cuando el apostema está maduro puesto que, como prueba de que entonces estos animales de vida se han extinguido, la carne podrida se hace insensible y si suele suceder que la sangría que se ordena para desviar la fluxión da buen resultado es porque, habiéndose perdido mucha por la abertura que estos animalitos trataban de taponar, se niegan a ayudar a sus aliados, puesto que no tienen sino muy mermadas fuerzas para defenderse cada uno en su lugar.

Con esto terminó y cuando el segundo filósofo se dio cuenta de que nuestras miradas convergían sobre él exhortándole a hablar, dijo:

—Hombres: viéndoos deseosos de enseñar a este animalillo, nuestro semejante, parte de la ciencia que profesamos, dictaré ahora un tratado que tendría mucho gusto en enseñarle debido a la luz que arroja sobre la comprensión de nuestra física: es la explicación del origen eterno del mundo, pero como tengo prisa por hacer trabajar a mis fuelles, puesto que mañana la ciudad parte inexcusablemente, me perdonaréis la brevedad con la promesa en todo caso de que cuando aquélla se detenga os daré satisfacción.

Al escuchar esto, el hijo del anfitrión llamó a su padre y, al llegar éste, todos le preguntaron la hora y el buen hombre respondió que eran las ocho. Montando en

cólera su hijo dijo entonces:

—¡Ah! Venid aquí, pillastre. ¿No os había ordenado que nos avisarais a las siete? Sabéis que las casas se van mañana, que las murallas ya se han ido y la pereza os cierra hasta la boca.

—Señor —replicó el buen hombre—, acaba de conocerse, mientras estabais en la mesa, una prohibición expresa de salir antes de pasado mañana.

—No importa —replicó el hijo dándole un empujón—. Tenéis que obedecer ciegamente, no interpretar mis órdenes y acordaros solamente de lo que os he ordenado. Rápido, id por vuestra efigie.

Cuando el padre la hubo traído, el jovenzuelo la agarró por el brazo y estuvo un cuarto de hora largo azotándola.

—Y ahora, largo, golfo —continuó—. En castigo por vuestra desobediencia quiero que hoy seáis la irrisión de todo el mundo y para ello os ordeno que caminéis sobre dos pies todo el día.

El pobre viejo salió todo desconsolado y su hijo prosiguió:

—Señores, os ruego excuséis las bribonadas de este gandul; esperaba hacer algo bueno de él pero ha abusado de mi amistad. Creo que este granuja me buscará la muerte. En verdad ya son más de diez veces que he estado a punto de maldecirlo.

Aunque no llegué a morderme los labios, fue difícil para mí no reírme de este mundo invertido con lo que, para interrumpir aquella pedagogía burlesca que a la postre me hubiera hecho estallar en carcajadas, le supliqué que me dijera qué entendía por ese viaje de la ciudad del que acababa de hablar y si las casas y las murallas caminaban. Así me respondió:

—Nuestras ciudades, querido amigo, se dividen en móviles y sedentarias. Las móviles, por ejemplo, ésta en la que nos encontramos ahora, se construyen del modo siguiente: el arquitecto edifica cada palacio como éste que veis de una madera muy ligera y pone debajo cuatro ruedas. Dentro de uno de los muros coloca muchos fuelles grandes cuyos tubos pasan en línea horizontal a través del último paso de un aguilón al otro. De este modo, cuando se quiere llevar las ciudades a otra parte — puesto que se las cambia de aires en todas las estaciones—, cada cual despliega sobre un lateral de su casa gran cantidad de velas por delante de los fuelles. Luego, habiendo fijado un muelle para que funcionen, en menos de ocho días trasladan sus casas si quieren a más de cien leguas de distancia^[65] gracias a las bocanadas continuas que vomitan estos monstruos de viento y que empujan las velas.

La arquitectura del segundo tipo de casas, que llamamos sedentarias, es como sigue: las casas son casi iguales a vuestras torres de no ser porque están horadadas en el centro por un tornillo fuerte y grueso que va desde el sótano al tejado para poder bajarlas o subirlas a discreción. Bajo la casa la tierra está excavada hasta una profundidad equivalente a la altura del edificio y todo está construido de modo tal que tan pronto como las heladas comienzan a bajar del cielo, hacen descender las casas girándolas hasta el fondo de la fosa y por medio de unas pieles con las que

cubren el edificio y la excavación en su entorno, se mantienen al abrigo de la intemperie. Y tan pronto como el dulce hálito de la primavera suaviza el clima, vuelven a salir a la luz del día mediante ese gran tornillo del que he hablado.

Pienso que, llegado a este punto, hubiese querido recobrar aliento cuando tomé la palabra para decir:

—A fe mía, señor, jamás hubiera creído que un albañil tan experto pudiera ser filósofo de no teneros a vos como prueba. Por ello mismo y ya que no vamos a salir hoy, tenéis tiempo y ocasión de explicarnos ese origen eterno del mundo que celebrabais hace un momento. En recompensa os prometo que, en cuanto haya vuelto a la Luna, de donde mi preceptor (y señalaba a mi demonio) os certificará que he venido, difundiré vuestra gloria contando las cosas hermosas que nos hayáis relatado. Veo que os reís de mi promesa porque no creéis que la Luna sea un mundo y aun menos que yo sea habitante de ella. Pero puedo aseguraros asimismo que las gentes de aquel mundo que toman éste por una luna se burlarán de mí cuando les diga que su luna es un mundo, que los campos en ella son de tierra y que vos sois personas.

Se limitó a responderme con una sonrisa y comenzó su discurso de esta forma:

—Como sea que, cuando queremos remontarnos al origen de este gran todo, estamos obligados a incurrir en tres o cuatro absurdos, será muy razonable tomar el camino en el que menos tropecemos. El primer obstáculo con que topamos es la eternidad del mundo. Dado que el espíritu humano no es lo bastante fuerte para concebirla y dado que no puede imaginar que este gran universo tan hermoso, tan ordenado, pueda haberse hecho a sí mismo, ha recurrido a la creación. Pero a semejanza de aquel que se sumergió en un río para que la lluvia no lo mojara, se salva de los brazos de un enano encomendándose a la misericordia de un gigante. Con todo, tampoco se salvan, puesto que esa eternidad que niegan al mundo, por no poder comprenderla, se la atribuyen a Dios, como si les fuera más fácil imaginarla en el uno que en el otro. Este absurdo, pues, este gigante del que he hablado es la creación, porque decidme en verdad ¿comprende alguien cómo cabe hacer algo de la nada? Por desgracia, entre la nada y un átomo sólo hay tan infinitas desproporciones que el cerebro más agudo no es capaz de comprenderlas. Para escapar a este laberinto inexplicable tendréis que admitir una materia eterna junto a Dios y en tal caso, no será necesario admitir un Dios, puesto que el mundo ha podido ser sin él. Pero, me diréis, si os concedo que la materia sea eterna, ¿cómo se ha organizado por sí mismo este caos? ¡Ah! Os lo explicaré.

Después de haber separado mentalmente cada corpúsculo visible en una infinidad de corpúsculos invisibles es necesario, animalillo mío, imaginarse que el universo infinito no está compuesto de otra cosa que de esos átomos infinitos muy sólidos, muy incorruptibles y muy simples entre los cuales unos son cubos, otros paralelogramos, otros ángulos, otros redondos, otros puntiagudos, otros piramidales, otros hexágonos, otros óvalos y que todos se comportan de forma distinta cada uno según su forma. Si dudáis de que sea así, poned una bola de marfil muy redondeada

sobre una superficie muy lisa; al menor impulso que le deis, estará moviéndose medio cuarto de hora sin detenerse. Añado que si fuera tan perfectamente redonda como algunos de los átomos de que hablo, no se detendría jamás. Por tanto, si el artificio es capaz de poner un cuerpo en movimiento perpetuo, ¿por qué no hemos de creer que pueda hacerlo la naturaleza? Lo mismo sucede con las otras formas: una, como el cubo, requiere reposo perpetuo; otras, un movimiento de costado; otras, movimiento a medias, como una oscilación. Y la forma redonda, cuyo ser es moverse, al unirse a la pirámide puede formar lo que llamamos el fuego, no solamente porque éste se agita sin cesar, sino que horada y penetra fácilmente y, además, el fuego tiene efectos diferentes según los grados y la cantidad de los ángulos allí donde se junta con la forma redonda; así, el fuego de la pimienta es distinto del fuego del azúcar, el fuego del azúcar distinto del fuego de la canela, el de la canela distinto del fuego del clavo y éste distinto del fuego de leña. De este modo, el fuego que es el constructor y destructor de las partes y de todo el universo ha empujado y recogido en un roble la cantidad de formas necesarias para producir ese roble. Pero, me diréis, ¿cómo es posible que el azar haya reunido en un sitio todas las cosas necesarias para producir ese roble? Respondo que no es una maravilla el hecho de que la naturaleza así dispuesta haya formado un roble, sino que la maravilla hubiera sido mayor si, una vez dispuesta la materia, el roble no se hubiera formado. Algunas formas menos y hubiera sido un olmo, un álamo, un sauce, un saúco, brezo o musgo. Un poco más de otras formas y hubiera sido una planta sensible, una ostra con su concha, un gusano, una mosca, una rana, un gorrión, un mono, un hombre. Cuando al tirar tres dados sobre la mesa sale un trío de doses o una escalera de tres, cuatro, cinco o bien dos, seis y uno, diréis: «¡Oh milagro! En cada dado ha salido un único punto pudiendo haber salido tantos otros. ¡Milagro! En tres dados han salido tres puntos consecutivos. ¡Oh milagro! Han salido dos seises y la parte posterior del otro seis». Estoy seguro de que, al ser un hombre inteligente, no os asombraréis de este modo ya que, al no haber en los dados más que cierta cantidad de números, es imposible que no salga alguno. Os asombráis de cómo sea posible que esta materia mezcla de cualquier forma al azar puede haber constituido un hombre, puesto que eran necesarias tantas cosas para la constitución de su ser. Pero no sabéis que cien millones de veces, esta materia que se orientaba a la constitución de un hombre se detuvo para formar a veces una piedra, a veces plomo, coral, una flor, un cometa debido a que había falta o exceso de ciertas formas para hacer o no hacer un hombre. Igualmente, nada tiene de maravilloso que de una cantidad infinita de materia que cambia y se mueve de modo incesante ésta haya tenido la oportunidad de hacer la piel de los animales, los vegetales, los minerales que vemos; igual que tampoco es maravilla que de cien suertes de dados salga un trío. Igualmente es imposible que no salga algo de ese movimiento y ese algo despertará siempre la admiración del atolondrado que no sabrá qué poco ha faltado para que no se hubiera hecho. Cuando el gran río de  hace que trabaje un molino o mueve los resortes de un reloj y

el arroyuelo  se limita a fluir y desbordarse, a veces no diréis que este río tiene espíritu, ya que sabéis que ha encontrado las cosas dispuestas para hacer estas bellas obras maestras. Porque si no hubiera encontrado un molino en su curso, no hubiera molido el grano, si no hubiera encontrado un reloj, no hubiera marcado las horas y si el arroyuelo del que he hablado hubiera encontrado los mismos elementos, habría hecho los mismos milagros. Lo mismo sucede con ese fuego que se enciende por sí mismo puesto que, habiendo encontrado los órganos precisos a la agitación necesaria para razonar, razona, cuando encontró los propios para sentir, sintió, cuando los propios para vegetar, vegetó. Y si esto no es así, arracad los ojos a ese hombre al que el fuego y el alma permiten ver y dejará de ver de igual modo que nuestro gran río dejará de marcar las horas si se destruye el reloj.

Por último, estos átomos primeros e indivisibles hacen un círculo sobre el que ruedan sin dificultad las más embarazosas cuestiones de la física. No hay nada en el funcionamiento de los sentidos que nadie ha conseguido comprender bien hasta ahora que no pueda explicarlo yo con los corpúsculos. Comencemos con la vista que, por ser el sentido más incomprensible, merece los honores del estreno.

Ésta se produce, imagino, cuando las túnicas del ojo, cuyas aberturas son similares a las de vidrio, proyectan ese polvo ígneo que llamamos rayos visuales, los cuales, al tropezar con cualquier materia opaca, retornan al origen con lo que, al encontrar en su camino la imagen del objeto que los rechaza y no siendo tal imagen más que una cantidad infinita de corpúsculos que se exhalan continuamente en superficies iguales del objeto mirado, la empuja hasta nuestro ojo.

No dejaréis de objetarme que el vidrio es un cuerpo opaco y muy prieto que, sin embargo, en lugar de rechazar estos corpúsculos, se deja penetrar por ellos. Pero os respondo que los poros del vidrio están hechos de igual forma que esos átomos de fuego que los atraviesan y que igual que una criba de trigo no es adecuada para cribar la avena ni una de avena para cribar el trigo; así también, igual que una cajita de pino es tan tenue que deja pasar los sonidos pero no es penetrable a la vista, una pieza de cristal, al ser transparente, se deja penetrar por la vista pero no por el oído.

No pude evitar interrumpirlo:

—Pero ¿cómo, señor —le dije—, partiendo de esos principios, podéis explicar el modo en que nos reflejamos en un espejo?

—Muy sencillo —me contestó—. Figuraos que esos fuegos de nuestros ojos, habiendo atravesado el espejo y encontrado detrás un cuerpo no diáfano que los rechaza, vuelven a pasar por donde habían venido y encontrando esos corpúsculos que salieron de nosotros, caminando en superficies iguales, extendidos sobre el espejo, los llevan a nuestros ojos y nuestra imaginación, más cálida que las otras facultades del alma, atrae la más sutil, de la que hace un retrato reducido.

El modo de trabajar del oído no es el más difícil de entender. Para abreviar consideremos tan solo el aspecto de la armonía tomando por ejemplo un laúd tocado por las manos de un maestro del arte. Me preguntaréis cómo es posible que escuche

desde tan lejos algo que no veo. ¿Salen esponjas de mis oídos que absorben esa música y me la transmiten? ¿O ese laudista engendra en mi cabeza otro laudista pequeño con un pequeño laúd y con orden de interpretar los mismos aires? No, ese milagro proviene de que, al vibrar la cuerda, golpea los corpúsculos de que está compuesto el aire y los expulsa a mi cerebro en donde penetran suavemente con esas partículas corporales minúsculas. A medida que la cuerda se tensa, el sonido es más agudo, ya que empuja los átomos con mayor fuerza. Y el órgano en el que penetran proporciona materia suficiente a la fantasía para hacerse su composición. Si hay pocos, sucede que como nuestra memoria no ha acabado aún la imagen, estamos obligados a repetir el mismo sonido con el fin de que llegue a recoger materiales suficientes de los que se le proporcionan, por ejemplo, si se trata de una zarabanda, para acabar el retrato de dicha zarabanda. Pero esta operación no es casi nada. Lo maravilloso es que su efecto nos mueva tanto a la alegría como a la rabia, tanto a la piedad como a la ensoñación o al dolor. Eso sucede, supongo, cuando el movimiento que se imprime a estos corpúsculos tropieza en nuestro interior con otros corpúsculos que se mueven en el mismo sentido o a los que su misma forma inclina al mismo movimiento. Entonces los recién llegados impulsan a los anfitriones a moverse como ellos. De este modo, cuando un ritmo fuerte encuentra el fuego de nuestra sangre inclinado al mismo movimiento, incita a este fuego a exteriorizarse y es lo que llamamos un valor ardoroso. Si el sonido es más suave y carece de fuerza para levantar más que una pequeña llama más agitada debido a que la materia es más volátil, paseándola a lo largo de los nervios, de las membranas y de las aperturas de nuestra carne, despierta ese cosquilleo al que llamamos alegría. Lo mismo sucede con el hervidero de otras pasiones según que estos corpúsculos se lancen sobre nosotros con mayor o menor violencia, según el movimiento que reciben al encontrarse otros movimientos y según lo que se encuentren en movimiento en nosotros. Esto en cuanto al oído.

La demostración del tacto no es más difícil. Toda materia palpable emite corpúsculos a perpetuidad a medida que la tocamos y se evaporan de inmediato porque se desprenden del objeto que manejamos como el agua de una esponja cuando la estrujamos. Los corpúsculos duros informan al órgano de su solidez; los mullidos de su blandura; los rugosos de su aspereza; los ardientes de su calor; los helados de su frío. Si esto no fuera así, no somos tan delicados para discernir por el tacto con unas manos gastadas por el trabajo y a causa del grosor de nuestros callos que, al no ser porosos ni animados, sólo con dificultad transmiten esos efluvios de la materia. Algunos desearán saber en dónde está la sede del órgano del tacto. Entiendo que está extendido por todas las superficies del cuerpo, dado que éste está hecho por el entrecruzamiento de los nervios del que nuestra piel no es más que un tejido imperceptible y continuo. En todo caso imagino que cuando tanteamos con un miembro próximo a la cabeza, sabemos con mayor rapidez lo que es. Esto puede experimentarse cuando tocamos algo con las manos y con los ojos cerrados, puesto

que adivinamos rápidamente de qué se trata. Por el contrario, si la tocamos con el pie, trabajaremos mucho para reconocerla. Esto proviene del hecho de que nuestra piel está enteramente acribillada de agujeritos y los nervios (cuya materia no está más prieta) pierden en el camino muchos de estos átomos por las pequeñas aberturas de su textura antes de llegar al cerebro, en donde termina su viaje.

Réstame por probar que los sentidos del olfato y el gusto también funcionan por intermedio de estos mismos corpúsculos.

Decidme, pues, cuando degusto un fruto ¿no es a causa de la humedad de la boca que lo funde? Confesadme por tanto que habiendo otras sales en una pera y distribuyéndolas la solución en corpúsculos de forma distinta a la que componen el sabor de una ciruela, atravesarán nuestro paladar de forma distinta, igual que el desgarrón producido por el hierro de una pica que me atraviesa no es en absoluto igual al impacto de la bala de una pistola, igual que la bala de la pistola me infiere un dolor distinto a la punta de acero de una flecha^[66].

No tengo nada que decir del olfato, ya que vuestros mismos filósofos confiesan que se da gracias a una emisión continua de corpúsculos que se desprenden de su masa y, al expandirse, nos llegan a la nariz.

Apoyado en este principio voy a explicaros la creación, la armonía y la influencia de las esferas celestes así como la inmutable variedad de los meteoros.

Iba a continuar pero en ese momento entró el anfitrión viejo y nuestro filósofo hizo ademán de retirarse. Traía cristales llenos de luciérnagas, pero como quiera que estos diminutos insectos lucientes pierden casi todo su resplandor cuando no están recién capturados, los que él llevaba apenas daban luz, pues tenían ya diez días. Mi demonio no esperó a que los presentes protestaran, sino que subió a sus habitaciones y regresó de inmediato con dos bolas de fuego tan brillantes que todos se asombraron de cómo fuera posible que no se quemara los dedos.

Estos haces de luz incombustibles nos serán más útiles que vuestros amasijos de gusanos. Son rayos de sol que he purgado de su calor ya que, de no ser así, las características corrosivas de su fuego hubieran dañado vuestra vista al deslumbraros. He extraído la luz y la he encerrado en estas esferas transparentes. Esto no debe asombraros porque, como nací en el Sol, para mí no es más difícil condensar sus rayos, que son el polvo del mundo solar, que para vosotros amasar el polvo o los átomos, que son la tierra pulverizada de éste.

Una vez que este hijo del Sol hubo acabado su panegírico y como se hacía tarde, el anfitrión joven envió a su padre a acompañar a los dos filósofos con una docena de esferas de gusanos sujetas a sus cuatro pies. En cuanto a nosotros, esto es, el anfitrión joven, mi preceptor y yo, nos acostamos por orden del fisiónomo. Éste me adjudicó esta vez una habitación de violetas y lirios, hizo que me cosquillearan como era habitual para dormirme y, al día siguiente, vi entrar a mi demonio que me dijo que venía de Palacio, adondele había llamado  una de las damas de la reina, que se había interesado por mí e insistido en que se ratificaba en su deseo de cumplir su

palabra, esto es, que si quería llevarla conmigo al otro mundo, me seguiría de buena gana.

—Esto me ha confortado mucho —continuó— porque me he dado cuenta de que el motivo principal de su viaje no es otro que hacerse cristiana. Así le he prometido ayudarla en su propósito con todas mis fuerzas e inventar a este efecto una máquina capaz de contener tres o cuatro personas y en la que podréis viajar juntos: desde hoy voy a dedicarme seriamente a esta empresa. Por ello y a fin de que os divirtáis durante mi ausencia, tened un libro que os dejo y que traje en su día de mi país natal. Se titula *Los estados e imperios del Sol*. También os doy este otro que estimo mucho más, es *La gran obra de los filósofos*^[67] que ha compuesto uno de los espíritus más esclarecidos del Sol. En él prueba que todas las cosas son verdaderas y declara el modo de unir físicamente las verdades de cada contradicción como, por ejemplo, que lo blanco es negro, que se puede ser y no ser al mismo tiempo, que puede haber una montaña sin valle, que la nada es algo y que todas las cosas que son no son. Pero reparad en que prueba todas esas paradojas inauditas sin ninguna razón capciosa ni sofística. Cuando os canséis de leer, podéis pasear o bien conversar con nuestro joven anfitrión, vuestro compañero. Tiene un espíritu adornado de muchas virtudes. Lo que me disgusta de él es que es un impío. Pero si llega a escandalizaros o a conseguir que vuestra fe vacile merced a sus razonamientos, no os demoréis en venir a decírmelo. Yo resolveré las dificultades. Cualquier otro os ordenaría que interrumpierais la conversación cuando comience a filosofar sobre estos asuntos pero, como es extremadamente vanidoso, estoy seguro de que tomaría esta huida por una derrota y se imaginaría que vuestra creencia es contraria a la razón si os negáis a escuchar las suyas. Pensad en vivir en libertad.

Al decir esto se separó de mí, porque es la forma que hay en este país de despedirse, igual que el «buenos días» o el «soy, señor, vuestro servidor» se expresan con este cumplido: «Ámame, sabio, ya que yo te amo».

Apenas se hubo marchado me puse a considerar atentamente mis libros. Las cajitas, esto es, las cubiertas, me parecieron admirables por su riqueza. Una estaba tallada de un único diamante incomparablemente más brillante que los nuestros. La segunda parecía una perla enorme hendida en dos. Mi demonio los había traducido en la lengua de este mundo. Pero como todavía no he hablado de su forma de imprimir, explicaré las formas de estos dos volúmenes.

Al abrir la cajita encuentro dentro algo metálico muy parecido a nuestros relojes con una cantidad infinita de pequeños resortes y de máquinas imperceptibles. Es un libro en verdad, pero un libro milagroso que no tiene páginas ni caracteres. En fin es un libro para cuya lectura no se necesitan los ojos; basta con las orejas. Cuando alguien quiere leer, da cuerda a esta máquina con una serie de llaves de todo tipo y luego pone la aguja sobre el capítulo que desea escuchar y, al mismo tiempo, salen de esta nuez, como si fuera la boca de un hombre o un instrumento de música, todos los sonidos distintos y diferentes que entre los grandes lunares sirven como expresión del

lenguaje.

Una vez que hube reflexionado sobre este invento milagroso para hacer libros no me asombré de que los jóvenes de este país tuvieran mayores conocimientos a los dieciséis y diecisiete años que las barbas canas del nuestro puesto que, al aprender a leer al tiempo que a hablar, nunca carecen de lectura. Ya sea en su habitación o de paseo, en la ciudad, de viaje, a pie, a caballo pueden tener una treintena de estos libros en el bolsillo o colgados en el arzón de la silla, a los que solamente deben dar cuerda a un resorte para escuchar un capítulo o más si tienen ánimos para oír todo el libro. De este modo, puede uno vivir rodeado eternamente de todos los grandes hombres, muertos y vivos, que conversan con nosotros de viva voz.

Este regalo me tuvo entretenido más de una hora. Finalmente, tras colgármelos de las orejas como si fueran pendientes, salí a la ciudad de paseo. Apenas hube recorrido la calle que hay frente a nuestra casa cuando tropecé en el otro extremo con un grupo bastante nutrido de personas tristes.

Cuatro de ellas llevaban sobre los hombros una especie de ataúd forrado de negro. Pregunté a otro espectador qué quería decir esta procesión parecida a las pompas fúnebres de mi país. Me respondió que este malvado  designado por el pueblo con una palmada en la rodilla derecha, condenado por envidia e ingratitud, había muerto ayer y que el Parlamento lo había condenado hacia veinte años a morir de muerte natural en su cama y a ser enterrado después de su muerte.

Me eché a reír con esta respuesta y él me preguntó por qué lo hacía.

—Me asombráis —le contesté yo— al decir que lo que en nuestro mundo es una señal de bendición, esto es, una vida larga, una muerte apacible, un entierro pomposo, sirvan aquí como castigo ejemplar.

—¡Cómo! —me contestó el hombre—. ¡Tomáis la sepultura como una señal de bendición! Vaya, a fe vuestra ¿podéis concebir algo más espantoso que un cadáver que camina sobre los gusanos de los que rebosa, a merced de los sapos que le comen las mejillas, en fin, la peste revestida con el cuerpo de un hombre? ¡Santo Dios! La sola idea de tener, aunque sea muerto, la cara envuelta en una mortaja y una pica de tierra sobre la boca no me deja respirar. Este miserable a quien veis aquí transportar, además de la infamia de que lo tiren a una fosa, ha sido condenado a ir acompañado en su viaje por ciento cincuenta amigos suyos a los que, como castigo por haber amado a un envidioso y un ingrato, se les ha ordenado que comparezcan en el funeral con el semblante triste, y si no hubiera sido porque los jueces se han apiadado imputando en parte sus delitos a su falta de inteligencia, les hubieran ordenado que lloraran. Al margen de los delincuentes aquí incineramos a todo el mundo, la cual es una costumbre muy decente y razonable, pues creemos que el fuego separa lo puro de la impuro y merced a su calor atrae por simpatía ese calor natural que compone el alma y le da la fuerza necesaria para elevarse ascendiendo hacia algún astro, la tierra de ciertos pueblos menos materialistas que nosotros, más intelectuales, ya que su temperamento debe corresponderse y participar en la pureza del globo que habitan, y

dicha llama radical, habiendo mejorado por la sutileza de los elementos de ese mundo, viene a constituir un ciudadano de ese país ígneo.

No obstante, tampoco es nuestra mejor manera de inhumar. Cuando uno de nuestros filósofos alcanza una edad en la que siente que se le ablanda el espíritu y el hielo de los años entorpece los movimientos de su alma, reúne a sus amigos para un banquete suntuoso. Luego, una vez que ha expuesto los motivos que le han hecho decidir que se despide de la naturaleza y la escasa esperanza que tiene de añadir algo a sus acciones más hermosas, bien se le otorga gracia, es decir, se le ordena la muerte, o se le impone la severa condena de vivir. Cuando por mayoría de votos se ha puesto su aliento en sus manos, señala a sus seres queridos el lugar y la hora; éstos se purgan y se abstienen de comer durante veinticuatro horas. Luego, una vez llegados a la casa del sabio, tras haber sacrificado al Sol, entran en la habitación en la que esta alma generosa los espera reclinado sobre un lujoso lecho. Cada uno de los visitantes se le echa en los brazos. Y cuando llega a aquel a quien más ama, luego de haberlo besado tiernamente, lo apoya sobre el estómago y, juntando su boca a la boca del otro, con la mano derecha, que tiene libre, se hunde un puñal en el corazón. El amante no separa los labios de los de su amante hasta que no lo siente expirar. Entonces extrae el acero de su seno y cierra la llaga con su boca, tragando su sangre y chupando hasta que no puede beber más. De inmediato le sucede otro y se lleva al primero al lecho. Cuando el segundo está ahíto, se le lleva a acostar para hacer sitio a un tercero. Finalmente, cuando todo el grupo está lleno, se trae una joven de dieciséis o diecisiete años para cada uno de ellos y durante los tres o cuatro días que pasan degustando las delicias del amor, no se les alimenta más que con la carne del muerto, que se les hace comer cruda a fin de que, si ha de nacer algo de sus coyundas, se aseguren de que es su amigo que revive.

No di ocasión a este hombre de seguir discurriendo de esta guisa sino que lo dejé plantado para seguir mi paseo.

Aunque éste fue corto, el tiempo que empleé en las particularidades de estos espectáculos y en visitar algunos lugares de la ciudad fue la causa de que llegara con dos horas de retraso a la cena. Me preguntaron por qué llegaba tan tarde.

—No es culpa mía —contesté al cocinero que estaba quejoso—; he preguntado varias veces la hora en la calle pero sólo me respondían abriendo la boca, cerrando los dientes y ladeando el rostro.

—¡Cómo! —exclamaron los presentes—. ¿No sabéis que de esa forma os decían la hora?

—A fe mía —contesté—, hubieran todos expuesto sus narizotas al sol antes de que yo me enterara.

—Es una comodidad —me dijeron ellos— que les sirve para prescindir del reloj. Cuando quieren decirle a alguien la hora, abren los labios, hacen un cuadrante justo con los dientes y la sombra de la nariz, que viene a caer sobre ello, viene a dar la hora que el demandante quiere saber. Y ahora, para que sepáis por qué todo el mundo en

este país tiene la nariz grande, sabed que en cuanto una mujer da a luz, la comadrona lleva al niño ante el prior del Seminario y cuando pasa un año justo, se reúnen los expertos y si resulta que su nariz es más corta de una medida que tiene el síndico, se le declara chato y se le entrega a los sacerdotes, que lo castran. Es posible que me preguntéis la causa de esta barbaridad y cómo sea posible que nosotros, para quienes la virginidad es un delito, fabriquemos castos a la fuerza. Sabed que lo hacemos así después de haber observado hace ya treinta siglos que una nariz grande es como un letrero a la puerta que dice: en esta casa habita un hombre espiritual, prudente, cortés, afable, generoso y liberal, y que una nariz pequeña es símbolo de los vicios opuestos. Por este motivo hacemos eunucos de los ñatos, porque la República prefiere no tener hijos a tenerlos semejantes a ellos.

Mi interlocutor seguía hablando cuando vi que entraba un hombre completamente desnudo. Me senté de inmediato y me cubrí en su honor, ya que estas son las marcas del mayor respeto que pueda testimoniarse a alguien en este país.

—El Reino —dijo— desea que, antes de marcharos a vuestro país, aviséis a los magistrados debido a que un matemático acaba de prometer al Consejo que si cuando estéis de regreso en vuestro mundo queréis construir cierta máquina que él os enseñará, correspondiente con otra que él tendrá dispuesta en este mundo, él la atraerá y la juntará con nuestro globo.

Apenas hubo salido el hombre cuando dirigiéndome al joven anfitrión le dije:

—¡Ah! Os ruego me digáis qué quiere decir ese bronce que representa unas partes pudendas y pende de la cintura de ese hombre. Ya había visto gran cantidad de ellas cuando estaba en la jaula, pero como casi siempre estaba rodeado de las damas de la reina, me daba apuro violar el respeto que se debe a su sexo y condición si hubiese planteado en su presencia un asunto tan grosero.

Él me respondió:

—Aquí las mujeres, al igual que los hombres, no son tan ingratas que se ruboricen a la vista de aquel que las ha forjado. Y las vírgenes no se avergüenzan de amar en nosotros la memoria de su madre naturaleza, la única cosa que lleva su nombre. Sabed pues que la banda con la que se honra a ese hombre y de la que cuelga la forma de un miembro viril como si fuera una medalla es el símbolo de la hidalguía y la señal que distingue al noble del patán.

Confieso que esa paradoja me pareció tan extravagante que no pude dejar de reír.

—Esta costumbre me parece extraordinaria —dije a mi joven anfitrión— porque en nuestro mundo la señal de la nobleza es llevar espada.

Pero él, sin inmutarse, exclamó:

—¡Oh, hombrecillo! ¡Qué locos están los grandes de vuestro mundo al presumir de un instrumento que caracteriza al verdugo, que sólo se ha forjado para destruirnos, en fin, que es el enemigo jurado de todo lo que vive y al esconder, por el contrario, un miembro sin el cual estaríamos a nivel de lo que no es, el Prometeo de cada animal y el reparador infatigable de las debilidades de la naturaleza! ¡Desgraciado el lugar en

el que las marcas de la generación son ignominiosas y las de la aniquilación honorables! No obstante, vos llamáis a este miembro las partes pudendas como si hubiera algo más glorioso que dar la vida y algo más infame que quitarla.

Durante este discurso no cesamos de cenar y, en cuanto nos levantamos de nuestras camas, salimos al jardín a tomar el aire. Las ocurrencias y la belleza del lugar nos entretuvieron algún tiempo, pero como el deseo más noble que me animaba por entonces era convertir a nuestra religión un alma tan superior al nivel del vulgo, le exhorté mil veces a no permitir que la materia ensuciara aquel hermoso genio de que el cielo lo había provisto, que liberara del vínculo animal aquel espíritu capaz de la visión de Dios. En fin, que pensara seriamente en unir algún día su inmoralidad al placer antes que al dolor.

—¡Cómo! —me respondió estallando en carcajadas—. ¿Estimáis vuestra alma inmortal y la de los animales no? ¡En verdad, amigo mío, vuestro orgullo es muy insolente! ¿Y cómo demostráis, os lo ruego, esta inmortalidad en perjuicio de la de las bestias? ¿Será a causa de que nosotros estamos dotados de razón y ellas no? En primer lugar, lo niego y os probaré cuando os plazca que las bestias razonan como nosotros. Pero aunque fuera verdad que la razón nos ha sido dada en atributo y que es un privilegio reservado únicamente a nuestra especie, ¿es obligado creer que Dios haya enriquecido al hombre con la inmortalidad porque ya le ha atribuido la razón? ¿Así que tengo que dar a este pobre hoy una pistola porque ayer le di un escudo?^[68] Vos mismo veis la falsedad de esta consecuencia de modo que, al contrario, si soy justo, en lugar de dar una pistola a éste, debo dar un escudo a otro que aún no ha recibido nada de mí. De esto es necesario concluir, querido amigo, que Dios, mil veces más justo que nosotros, no habrá otorgado todo a unos para no dejar nada a los otros. Si se alega el ejemplo de los primogénitos de vuestro mundo que se llevan casi todos los bienes de la casa en la partición de las herencias, se trata de una debilidad de los padres que, queriendo perpetuar su nombre, han temido que se perdiera o desapareciera en la pobreza. Pero Dios, que no es capaz de error, tuvo buen cuidado de cometer uno tan grande y, además, no habiendo en la eternidad de Dios ni antes ni después, los segundogénitos no son más jóvenes que los primogénitos.

No le oculté que este razonamiento me desconcertó^[69].

—Permitiréis —le dije— que interrumpa aquí este asunto, pues no me siento con fuerzas suficientes para responderos. Voy a preguntar la solución de esta dificultad a nuestro preceptor común.

Sin esperar a que me respondiera, subí de inmediato a la habitación de aquel hábil demonio y, haciendo a un lado todo preámbulo, le expuse lo que se me acababa de objetar en lo tocante a la inmortalidad de nuestras almas y esto es lo que me respondió:

—Hijo mío, ese joven atolondrado trataba a toda costa de convenceros de que no es verosímil que el alma del hombre sea inmortal porque, en tal caso, Dios sería injusto, Él, que se dice padre común de todos los seres, por haber beneficiado a una

especie abandonando todas las demás a la nada o al infortunio, en verdad razones que tienen cierta fuerza. ¿Y si yo le preguntara cómo sabe que lo que es justo para nosotros también lo es para Dios? ¿Cómo sabe que Dios se mide por nuestro rasero? ¿Cómo que nuestras leyes y costumbres, que se han instituido para poner remedio a nuestros desórdenes, sirven asimismo para cuantificar las partes de la omnipotencia de Dios? Dejo de lado todas estas cosas con todo lo que han respondido tan divinamente sobre esta materia los padres de vuestra Iglesia y os descubriré un misterio que aún no se ha revelado.

Sabéis, hijo mío, que de la tierra se hace el árbol; del árbol, el cerdo; y del cerdo, el hombre, con lo que no cabe sino creer que, como todos los seres en la naturaleza tienden a lo más perfecto, aspiran a ser hombres, cuya esencia es el logro de la más hermosa combinación y el que mejor se haya imaginado en el mundo, puesto que es el único que sirve de puente entre la vida brutal y la angélica. Hay que ser pedante para negar que estas metamorfosis suceden; ¿acaso no vemos que un manzano absorbe y digiere la hierba que lo rodea como por una boca y con el calor de su germen? ¿No vemos que un cerdo devora el fruto y lo convierte en parte de sí mismo? ¿O que un hombre, al comer el cerdo recalienta su carne muerta, la une a sí y hace revivir al animal bajo la forma de una especie más noble? De este modo, ese gran pontífice que veis con la mitra sobre la cabeza hace sesenta años no era más que una mata de hierbas en mi jardín. Dios, que es el padre común de todas sus criaturas, las ama a todas por igual. ¿Acaso no es creíble que por esa metempsicosis, más razonada que la pitagórica, todo lo que siente, lo que vegeta, por último, que toda la materia habrá pasado por el hombre y ese gran día del juicio llegará en el que todos los profetas hacen coincidir los secretos de su filosofía?

Volví a bajar muy contento al jardín y comenzaba a recitar a mi contertulio lo que nuestro maestro nos había enseñado, cuando llegó el fisiónomo para llevarnos a la refacción y al dormitorio. Me callo las particularidades, dado que me alimentaron y me acostaron como el día anterior.

Al día siguiente, desde el momento en que desperté fui a hacer levantar a mi antagonista.

—Es tan milagroso —le dije al llegar— encontrar una inteligencia poderosa como la vuestra arrebujaada en el sueño como ver un fuego sin animación.

Este cumplido malévolo le arrancó una sonrisa.

—Pero —exclamó con una cólera entreverada de amor— ¿no dejaréis caer jamás tanto de vuestra boca como de vuestro corazón esos términos fabulosos de «milagros»? Sabed que esos nombres difaman el de filósofo. Dado que el sabio no ve nada en el mundo que no pueda concebir o que no juzgue que pueda ser concebido, debe abominar de todas esas expresiones de milagros, prodigios, acontecimientos contra la naturaleza que han inventado los estúpidos para excusar las debilidades de su entendimiento.

Creí entonces estar obligado en conciencia a tomar la palabra para desengañarle:

—Aunque no creáis en los milagros —le contesté—, no por eso deja de haberlos y muchos. Yo los he visto con mis ojos. He conocido a más de veinte enfermos curados milagrosamente.

—Vos decís —me interrumpió— que esas gentes se han curado por milagro, pero no sabéis que la fuerza de la imaginación es capaz de combatir todas las enfermedades a causa de cierto bálsamo natural extendido por todo el cuerpo que contiene todas las cualidades contrarias a aquellas de los distintos males que nos atacan, y nuestra imaginación, avisada por el dolor, va a escoger a su lugar el remedio específico que combate el veneno y nos cura. De aquí es de donde viene que el médico más hábil de nuestro mundo aconseje al paciente que elija antes un médico ignorante al que él cree hábil que uno hábil del que piense que es ignorante, ya que supone que nuestra imaginación está trabajando a favor de nuestra salud. A poco que se la ayude con algunos remedios, es capaz de curarnos. En cambio, los más poderosos son también los más débiles cuando no es la imaginación la que los aplica. ¿Os asombráis de que los primeros hombres de vuestro mundo vivieran tantos siglos sin tener conocimientos de medicina? Su naturaleza era robusta y el bálsamo natural no estaba disperso por las drogas con las que os consumen vuestros médicos. Para entrar en la convalecencia lo único que tenían que hacer era desear intensamente e imaginarse estar curados. De inmediato toda su fantasía limpia, vigorosa y tensa se sumergía en ese óleo vital, aplicaba lo activo a lo pasivo y, en un abrir y cerrar de ojos, helos aquí sanos como antes. Hoy día no dejan de producirse curaciones asombrosas, pero el pueblo las atribuye a milagros. En cuanto a mí, no creo en absoluto y mi razón para ello es que es más fácil que todos éstos que hablan se equivoquen a que algo así pueda suceder. Pues les pregunto: ese paciente febril que acaba de curarse ha deseado intensamente, como es verosímil, durante su enfermedad verse de nuevo con salud. Ha hecho votos. Por el hecho de estar enfermo era absolutamente necesario que el paciente muriera al agravarse su mal o que se curara. Si muere, se dirá que Dios ha querido recompensarlo por sus sufrimientos. También puede hacerse una interpretación equívoca al decir que, habiendo escuchado las oraciones del paciente, Dios lo ha curado de todos sus males. Si vive pero continúa con su enfermedad, se dice que no tenía fe suficiente. Pero si se cura, se trata evidentemente de un milagro. ¿Acaso no es más verosímil que sea su fantasía, excitada por sus ardientes deseos de salud, la que haya producido este cambio? Admito que muchas personas que han hecho votos se han salvado, pero ¿cuántos más no vemos que perecen miserablemente a pesar de sus votos?

—Pero cuando menos —le contesté yo— si es cierto lo que decís de ese bálsamo, se trata de una marca de la racionalidad propia del alma porque, sin valerse de los instrumentos de nuestra razón ni apoyarse en la ayuda de nuestra voluntad, sabe por sí misma, como si estuviera fuera de nosotros, aplicar lo activo a lo pasivo. Por tanto, si es racional cuando está fuera de nosotros, es necesario que sea espiritual. Y si admitís que es espiritual, hay que concluir que es inmortal, ya que la muerte no

alcanza a los animales sino por el cambio de formas del que sólo es capaz la materia.

Incorporándose sobre el lecho y haciéndome sentar de modo parecido, el joven discurrió poco más o menos como sigue:

—En cuanto al alma de los animales, que es corporal, no me asombra nada que muera, puesto que posiblemente no sea otra cosa que una armonía de los cuatro accidentes^[70], un impulso de la sangre, una proporción de los órganos bien concertados. Pero me asombra mucho que la nuestra, que se dice incorpórea, intelectual e inmortal esté obligada a abandonarnos por las mismas causas que hacen perecer la de un buey. ¿Acaso ha hecho un pacto con nuestro cuerpo de forma que, cuando una espada le atraviesa el corazón, una bala de plomo el cerebro o un disparo de mosquete el cuerpo, abandona de inmediato su alojamiento agujereado? Según esto incumpliría con frecuencia el contrato, puesto que algunos mueren a consecuencia de una herida de la que otros se curan. Sería preciso que cada alma hubiera hecho un acuerdo especial con su cuerpo. En verdad y a pesar de todo el espíritu que tiene, según se nos dice, el alma se pone furiosa al salir de su albergue cuando ve que en ese momento se le va a asignar un lugar en el Infierno. Y si esta alma fuera espiritual y por eso mismo racional, como se dice, capaz de inteligencia cuando está separada de nuestra masa corpórea como cuando está revestida de ella, ¿por qué los ciegos de nacimiento no pueden siquiera imaginarse qué sea el hecho de ver a pesar de todas las ventajas de esa alma intelectual? ¿Por qué los sordos no oyen nada? ¿Es porque la muerte aún no los ha despojado de todos los sentidos? ¡Cómo! ¿Acaso no podré valerme de la mano derecha porque ya tengo una izquierda? Para probar que el alma no podría actuar sin los sentidos y aunque sea espiritual, alegan el ejemplo de un pintor que no podría pintar un cuadro si no tuviera pinceles. Sí, pero eso no quiere decir que, aunque tuviera los pinceles, el pintor podría pintar si, en cambio, le faltaran los colores, los lápices, las telas o la paleta. Al contrario, cuantos más obstáculos se opongan a su trabajo, más difícil le será pintar. Y sin embargo pretenden que esta alma que no puede actuar si no imperfectamente en vida cuando ha perdido uno de sus utensilios pueda en cambio trabajar a la perfección cuando los haya perdido todos después de nuestra muerte. Si vienen a contarnos que no necesita sus instrumentos para realizar sus funciones, yo les contaré que es preciso azotar a los ciegos del hospicio que fingen no ver nada.

—Pero —le dije— si nuestra alma muriese, como veo que queréis concluir, la resurrección que esperamos no sería más que una quimera, ya que sería preciso que Dios volviese a crearlas y eso no sería ya una resurrección.

Me interrumpió denegando con la cabeza con una exclamación:

—¡Ah, a fe vuestra! ¿Quién os ha contado ese cuento? ¡Cómo! ¿Resucitar vos? ¿Yo? ¿Mi criada?

—No es un cuento de hadas —le contesté—; es una verdad indudable que os probaré.

—Y yo —me dijo— os probaré lo contrario. Para empezar supongamos que os

coméis a un mahometano. En consecuencia, lo convertís en sustancia vuestra. ¿No es cierto que, una vez digerido, ese mahometano se convierte parte en carne vuestra, parte en sangre y parte en esperma? A continuación os acostáis con vuestra esposa y de vuestro semen que viene íntegro del cadáver del mahometano, moldeáis un precioso cristianito. Pregunto: ¿tendrá su cuerpo el mahometano? Si la tierra se lo devuelve, el cristianito no tendrá el suyo ya que todo él no es más que una parte del mahometano. Si me decís que el cristianito tendrá su cuerpo, Dios sustraerá pues al mahometano aquello que el cristianito haya recibido del cuerpo de éste. De este modo, es preciso que uno o el otro carezca de cuerpo. Quizá me respondáis que Dios recreará la materia que necesite el que se haya quedado sin ella. Sí, pero surge otra dificultad en el camino y es que si el condenado mahometano resucita y Dios le proporciona un cuerpo nuevo en sustitución del que le ha robado el cristiano, como quiera que el cuerpo solo ni el alma sola no hacen al hombre sino el uno y la otra unidos en un solo sujeto y como el cuerpo y el alma son partes inseparables del hombre, si Dios prestase a este mahometano un cuerpo distinto del suyo, ya no sería el mismo individuo. De este modo, Dios condena a otra persona distinta de la que ha merecido el Infierno. Así pues, para castigar ese cuerpo depravado, ese cuerpo que ha abusado criminalmente de todos sus sentidos, Dios arroja al fuego a otro que es virgen, que es puro y que jamás ha prestado sus órganos para la comisión del menor delito. Y lo que aún es más ridículo es que ese cuerpo habrá merecido el Infierno y el Paraíso al mismo tiempo ya que, en tanto que mahometano, tiene que condenarse y en tanto que cristiano, ha de salvarse. De forma que si Dios lo admite en el Paraíso, será injusto al cambiar por la gloria la condenación que tiene merecida por mahometano y si lo arroja al Infierno, también es injusto por sustituir con la muerte eterna la beatitud que ha merecido como cristiano. Así que si quiere ser equitativo, es necesario que condene y salve eternamente a ese hombre.

Tomé entonces la palabra para responderle:

—No tengo nada que oponer a vuestros argumentos sofistas contra la resurrección, por cuanto es Dios quien lo ha dicho y Dios no puede mentir.

—No vayáis tan deprisa —me contestó—. Ya estáis en el «lo ha dicho Dios». Antes hay que probar que Dios exista, pues yo os lo niego en redondo.

—No me entretendré —le dije— en recitaros las demostraciones evidentes de que se han servido los filósofos para demostrar su existencia: sería preciso volver a contar todo lo que han escrito los hombres más razonables. Os pregunto solamente qué riesgos corréis al creer. Estoy seguro de que no podríais mencionarme ninguno. ¿Por qué no os convencéis cuando es claro que de la creencia sólo se obtienen beneficios? Porque si Dios existe, aparte de que se probará que estabais equivocado, habréis desobedecido el precepto que ordena creer. Y si Dios no existe, no estaréis mejor que nosotros^[71].

—Desde luego —me respondió— estaré mejor que vos porque si no hay Dios estaremos a la par, vos y yo. Pero, por el contrario, si hay Dios, no podré haber

ofendido una cosa que no creía que existiera, ya que para pecar es necesario saber o querer. ¿Acaso no veis que un hombre, aunque no sea muy prudente, no se ofendería porque un patán lo hubiera injuriado si el patán hubiera pensado que no estaba haciéndolo, si lo hubiera tomado por otro o si hablara al dictado del vino? Con mayor motivo Dios, que es incommovible, ¿se encolerizará contra nosotros por no haberlo conocido cuando es Él mismo quien nos ha negado los medios de conocerlo? A fe vuestra, mi animalillo, si la creencia en Dios nos resultara tan necesaria, si nos fuera en ella la eternidad ¿no nos habría el mismo Dios insuflado a todos luces tan claras como el sol, que no se oculta a nadie? Porque suponer que haya querido jugar al escondite con los hombres haciendo como los niños: «Cucú, ¿en dónde estoy?», ocultarse ahora y ahora descubrirse, disfrazarse frente a unos y manifestarse a otros, es suponer un Dios estúpido o malicioso, dado que si lo he conocido gracias a mi intelecto, el mérito es suyo y no mío, por cuanto podría haberme dado un alma u órganos débiles que no me hubieran dejado conocerlo. Y si, por el contrario, me hubiera dotado de una inteligencia incapaz de comprenderlo, no hubiera sido culpa mía sino suya porque podría haberme dotado de una tan viva que lo hubiera comprendido.

Estas opiniones diabólicas y ridículas me hicieron estremecer. Comencé entonces a contemplar a este hombre con algo más de atención y me quedé pasmado al observar en su semblante un no sé qué de espantoso que hasta entonces no había advertido: sus ojos eran pequeños y estaban hundidos, la tez tostada, la boca grande, poblada la barba, las uñas negras. «¡Oh, Dios mío!» me dije de inmediato, «este miserable es un réprobo en esta vida y hasta es posible que sea el Anticristo, del que tanto se habla en nuestro mundo».

No quise, sin embargo, revelarle mi pensamiento a causa de la estima en que tenía su inteligencia y en verdad el ánimo favorable con que la naturaleza había mirado su cuna me había hecho concebir cierta amistad por él. No obstante, no conseguí contenerme tanto que no rompiese en imprecaciones que le anunciaban un fin desgraciado.

Pero él, ignorando mi cólera exclamó:

—Si, por la muerte...

No sé qué pensaba decir, pues en esto alguien llamó a la puerta de nuestra habitación y vi entrar a un hombre alto, negro, velludo. Se aproximó a nosotros y agarrando al blasfemo por la cintura, se lo llevó por la chimenea.

La piedad que sentí por la suerte de este desdichado me obligó a abrazarme a él para arrancarlo de las garras del etíope, pero éste era tan fornido que nos levantó a los dos de forma que un momento después estábamos por las nubes. Ya no era el amor al prójimo el que me impulsaba a sujetarme fuertemente sino el miedo a caer. Luego de haber estado atravesando el cielo no sé cuántos días sin saber en dónde nos encontrábamos, reconocí que nos acercábamos a nuestro mundo. Ya distinguía Asia de Europa y Europa del África, ya mi mirada no alcanzaba más allá de Italia a causa

de nuestro descenso cuando mi corazón me dijo que este diablo sin duda llevaba a mi anfitrión al Infierno en cuerpo y alma y que por eso pasaba por nuestra tierra, ya que el Infierno está en el centro. No obstante, tanto esta reflexión como todo lo que nos había sucedido desde que el diablo era nuestro vehículo se me borraron ante el espanto que me produjo la vista de una montaña toda fuego que casi estaba tocando. La visión de este espectáculo ardiente me hizo exclamar: «¡Jesús, María!» Apenas había acabado de pronunciar la última letra cuando me encontré tumbado entre brezos en lo alto de una pequeña colina y dos o tres pastores a mi alrededor que rezaban letanías y me hablaban en italiano.

—¡Oh! —exclamé—. ¡Alabado sea Dios! Por fin he encontrado cristianos en el mundo de la Luna. ¡Eh! Decidme, amigos, ¿en qué provincia de vuestro mundo me encuentro?

—En Italia —me respondieron.

—¡Cómo! —interrumpí yo—. ¿También hay una Italia en el mundo de la Luna?

Había reflexionado tan poco sobre el accidente que no había advertido que me hablaban en italiano y yo les respondía en la misma lengua.

Cuando finalmente me desengañé y nada me impidió reconocer que estaba de vuelta en este mundo, me dejé llevar a donde aquellos campesinos quisieran. Pero no había llegado aún a las puertas de **** cuando todos los perros de la ciudad se precipitaron sobre mí, y si el miedo no me hubiera hecho refugiarme en una casa donde conseguí parapetarme de ellos, me hubieran devorado indefectiblemente.

Un cuarto de hora más tarde, mientras reposaba en este refugio, he aquí que se escucha un aquelarre de todos los perros del reino, creo. Allí se veía desde el dogo al perrito de lanas, aullando con furia más espantosa que si estuvieran celebrando el aniversario de su primer Adán.

Esta aventura causó no poca admiración en todos los que la vieron. Pero tan pronto desperté de mis ensoñaciones sobre este asunto comprendí de inmediato que aquellos animales se encarnizaban conmigo a causa del mundo del que venía, «porque», me decía a mi mismo, «como están acostumbrados a aullar a la Luna a causa del sufrimiento que ésta les inflige de tan lejos, sin duda han querido echarse sobre mí porque huelo a luna, un aroma que los enfurece».

Para librarme de aquel mal olor me tendí desnudo al sol sobre una terraza. Así estuve cuatro o cinco horas al cabo de las cuales bajé y, al no olfatear el olor que me había convertido en enemigo suyo, los perros se volvieron cada uno a su casa.

Pregunté en el puerto cuándo salía un barco para Francia y una vez embarcado, no pude hacer otra cosa que reflexionar sobre las maravillas de mi viaje. Admiré mil veces la Divina Providencia que había relegado a aquellos hombres, naturalmente impíos, a un lugar desde el que no pudieran corromper a sus bienamados y los había castigado por su orgullo abandonándolos a su presunción. Asimismo, comprendo por qué no ha querido hasta ahora enviar a predicar allí el Evangelio, porque sabía que no lo respetarían y esta resistencia sólo serviría para hacerlos merecedores de un castigo

aún más severo en el Otro Mundo.

Segunda parte

Los estados e imperios del Sol

Por fin nuestro barco atracó en el puerto de Tolón. De inmediato y tras haber dado gracias a los vientos y a las estrellas por el feliz término del viaje, nos abrazamos todos en el muelle y nos dijimos adiós. En cuanto a mi pasaje, como en el mundo de la Luna, del que acababa de llegar, el dinero está constituido por cuentos placenteros y casi había perdido su recuerdo, el patrón se contentó con el honor de haber llevado en su navío a un hombre caído del cielo. Nada nos impedía acercarnos a Tolosa, a casa de uno de mis amigos. Ardía en deseos de verlo por la alegría que esperaba producirle con el relato de mis aventuras. No os aburriré recitándoos todo lo que me sucedió en el camino. Me cansé, descansé, tuve sed, tuve hambre, bebí, comí en mitad de veinte o treinta perros que componían su jauría. Aunque me encontraba en estado lamentable, delgado y tostado por el sol y la intemperie, mi amigo me reconoció. Fuera de sí de alegría me saltó al cuello y, después de besarme más de cien veces y temblando de placer, me arrastró hasta su castillo en donde, una vez que las lágrimas dejaron paso a la voz, exclamó:

—Por fin. Vivimos y viviremos a pesar de todos los accidentes con los que la Fortuna ha baqueteado nuestra vida. Pero, Dios Santo, así que ¿no era cierto el rumor que corrió de que habíais muerto abrasado en el Canadá en aquel gran fuego artificial que inventasteis? Y sin embargo, dos o tres personas de mi confianza entre las que me comunicaron las tristes nuevas me han jurado haber visto y tocado ese pájaro de madera que os arrebató. Me contaron que entrasteis en él cuando, por desgracia, le prendían fuego y que la rapidez de los cohetes que ardían todo alrededor os elevó tan alto que los asistentes os perdieron de vista y, según lo que dicen, os consumisteis de tal modo que, al volver a caer la máquina, apenas se encontró algo de vuestras cenizas.

—Esas cenizas, señor —le respondí—, eran las del mismo artificio, pues el fuego no me lastimó en modo alguno. El artificio estaba acoplado al exterior y su calor no podía incomodarme.

Habéis de saber que tan pronto se agotó la pólvora, como la impetuosa ascensión de los cohetes ya no sostenía la máquina, ésta cayó a tierra. Yo la vi caer y cuando pensaba precipitarme con ella, me asombró ver que subía hacia la Luna. Pero es preciso explicaros la causa de un efecto que podríais tomar por un milagro.

El día del accidente me había frotado el cuerpo con tuétano a causa de ciertas magulladuras que había sufrido, pero como estábamos en cuarto menguante y en ese periodo la Luna atrae el tuétano, absorbió tan ávidamente el que impregnaba mi

cuerpo, en especial cuando la caja subió de la región media en la que no hay nubes interpuestas que puedan debilitar la influencia, que mi cuerpo siguió esta atracción. Y os aseguro que siguió absorbiéndome tanto tiempo que, por fin, llegué a ese mundo al que aquí llamamos la Luna.

Enseguida le conté detalladamente todas las particularidades de mi viaje y el señor de Colignac, fascinado al escuchar cosas tan extraordinarias, me instó a que las pusiera por escrito. Como soy amante de la tranquilidad, me resistí largo tiempo debido al ajetreo que probablemente me atraería esta publicación. No obstante, avergonzado por los reproches que me hacía de no escuchar sus ruegos, me decidí finalmente a satisfacerlo. Tomé pues la pluma y, a medida que acababa un cuaderno, impaciente por hacer mi gloria, que le importaba más que la suya, iba a Tolosa a pregonarla en los círculos más distinguidos. Como tenía reputación de ser uno de los más grandes genios de nuestra época, sus alabanzas, que repetía incansablemente, me hicieron familiar a todo el mundo. Sin conocerme los grabadores ya habían burilado mi efigie. En todas las esquinas de la ciudad retumbaban las voces roncadas de los buhoneros que gritaban a voz en cuello: «¡He aquí el retrato del autor de los estados e imperios de la Luna!». Entre las gentes que leyeron mi libro hubo muchos ignorantes que se limitaron a hojearlo. Para semejarse a los espíritus de altos vuelos, aplaudieron como los otros cada palabra hasta romperse las manos de miedo a equivocarse y todos gozosos exclamaban: «¡Qué bueno es!» en los pasajes que no entendían en absoluto. Pero la superstición, cuyos dientes son muy afilados, disfrazada de remordimientos bajo la camisa del necio, les roía de tal forma el corazón que preferían renunciar a la reputación de filósofo, hábito que les venía grande, antes que responder de ella el día del Juicio.

El péndulo oscilaba del otro lado y ahora se trataba de saber quién cantarían la palinodia. La obra a la que habían prestado tanta atención no era ahora más que una mezcla de cuentos ridículos, un amasijo de trozos sueltos, un repertorio de *Pieles de asno*^[72] para dormir a los niños. Y había quienes, sin tener idea de sintaxis, condenaban al autor a poner una vela a san Maturín^[73].

Esta oposición de pareceres entre los entendidos y los idiotas aumentó la fama de la obra. Poco después se vendían copias manuscritas bajo cuerda. Y todo el mundo, incluidos quienes están fuera del mundo, es decir, desde el gentilhomme hasta el monje, compró el relato. Hasta las mujeres tomaron partido y las pasiones en esta querrela llegaron tan lejos que la ciudad se dividió en dos facciones, la lunar y la antilunar^[74].

Estábamos en los prolegómenos de la batalla cuando una mañana vi que entraban nueve o diez luengas togas barbadas en el aposento de Colignac, a quien hablaron de esta guisa:

—Señor, sabéis que no hay uno solo entre nosotros que no sea bien aliado, bien pariente o amigo vuestro y, por tanto, cuanto os suceda de vergonzoso caerá sobre nuestras cabezas. Sin embargo, nos han informado de que albergáis a un brujo en

vuestro castillo.

—¡Un brujo! —exclamó Colignac—. ¡Dios mío! Señáládmelo que lo pondré en vuestras manos. Pero conviene estar en guardia no vaya a ser una calumnia.

—¡Cómo, señor! —interrumpió uno de los más venerables—. ¿Hay algún Parlamento^[75] que sepa más de brujos que el nuestro? En fin, mi querido sobrino, para no teneros más en la incertidumbre, el brujo al que acusamos es el autor de *Los estados e imperios de la Luna*. No puede negar que es el brujo mayor de Europa luego de lo que él mismo ha confesado. ¡Cómo! Haber subido a la Luna. ¿Puede hacerse eso sin la colaboración de...? No oso nombrar a la Bestia^[76] porque, finalmente, decidme: ¿qué iba a hacer a la Luna?

—Buena pregunta —interrumpió otro—. Iba a asistir al aquelarre que probablemente se celebraba aquel día y, efectivamente, veis que conoció al demonio de Sócrates. Luego de eso ¿os asombráis de que el diablo lo haya traído a este mundo como dice él? Pero sea como sea ved que tantas lunas, tantas chimeneas, tantos viajes por el aire, no son nada bueno; repito, nada de nada. Entre vos y nosotros (al llegar aquí puso la boca en la oreja de su interlocutor), jamás he conocido brujo alguno que no haya tenido tratos con la Luna.

Después de estos buenos consejos mantuvieron silencio y Colignac quedó tan pasmado de su común extravagancia que no pudo pronunciar una sola palabra. Viendo lo cual, un venerable cernícalo que no había abierto la boca todavía dijo:

—Ved, querido pariente, que nos hacemos cargo de vuestra situación. El brujo es una persona que amáis. Pero no os preocupéis. Por consideración hacia vos las cosas irán como la seda. Sólo tenéis que entregárnoslo y por el amor que os profesamos comprometemos nuestro honor en hacerlo quemar sin escándalo.

Al escuchar estas palabras, Colignac, que se había clavado los puños en los ijares, no pudo contenerse más. Tuvo un ataque de risa que ofendió grandemente a sus señores parientes, de forma que no pudo responder a ningún argumento de su alegato salvo con carcajadas de jajajaja o jojojo, de forma que nuestros señores se fueron muy escandalizados, corridos de vergüenza hasta Tolosa. Una vez que se fueron conduje a Colignac a su despacho y tan pronto cerré la puerta tras de nosotros, le dije:

—Conde, esos embajadores de luengas barbas me parecen cometas con sus cabelleras. Temo que el estampido que han producido no sea más que el trueno del rayo que se apresta a caer. Por muy ridícula que sea su acusación, posiblemente resultado de su estupidez yo no estaré menos muerto por el hecho de que una docena de gentes inteligentes que vieron como me achicharraban digan que mis jueces son unos necios. Todos los argumentos con los que probarían mi inocencia no conseguirían resucitarme. Y mis cenizas estarían igual de frías en una tumba que en un muladar. Por ello y sin perjuicio de vuestro mejor criterio, me alegraría mucho ceder a la tentación, que me aconseja no dejar en esta provincia más que mi retrato. Porque me enojaría doblemente si tuviera que morir por una causa en la que casi no creo.

Colignac tuvo apenas la paciencia para escucharme hasta el final antes de responderme. Empezó por burlarse de mí pero cuando vio que lo tomaba en serio exclamó con la alarma pintada en el semblante:

—¡Ah! ¡Por la muerte! Para tocaros el borde de vuestro manto tendrán que pasar por encima de mi cadáver, los de mis amigos, mis vasallos y todos aquellos que me tienen en consideración. Mi casa es inexpugnable sin cañones, está bien situada y defendida en los flancos. Pero soy un loco al preocuparme por los truenos de papel.

—A veces —repliqué— son más de temer que los de la región media.

A partir de entonces sólo hablamos de divertirnos. Un día íbamos de caza, otro de paseo, a veces recibíamos visita, a veces la hacíamos nosotros. En fin, dejábamos siempre las diversiones antes de que éstas pudieran aburrirnos.

El marqués de Cussan, vecino de Colignac, hombre entendido en cosas elevadas, estaba de ordinario en nuestra casa y nosotros en la suya. Y para hacer más agradable nuestra estancia en aquellos lugares, los cambiábamos e íbamos de Colignac a Cussan y de Cussan a Colignac. Los inocentes placeres de que el cuerpo es capaz eran sólo la menor parte de nuestros entretenimientos. No nos faltaba ninguno de los que el espíritu puede encontrar en el estudio y la conversación. Y nuestras bibliotecas, unidas como nuestros espíritus, acogían a todos los doctos de nuestra sociedad. Mezclábamos la lectura con la conversación, la conversación con la buena mesa y ésta con la pesca, la caza y los paseos. En una palabra gozábamos, por decirlo así, de nosotros mismos y de lo que la naturaleza ha producido de más dulce para nosotros y únicamente admitíamos la razón como límite a nuestros deseos. Sin embargo, mi reputación, enemiga de mi reposo, recorría las aldeas circunvecinas y las mismas ciudades de la provincia: atraídos por ese rumor, todos buscaban algún pretexto para venir a ver al señor y de paso al brujo. Cuando salía del castillo, no solamente los niños y las mujeres sino también los hombres me miraban como la Bestia, especialmente el pastor de Colignac que, por malicia o por ignorancia, era en secreto mi peor enemigo. Este hombre simple en apariencia y cuyo espíritu elemental y primitivo era infinitamente divertido en su ingenuidad era en realidad muy malvado: vengativo hasta el frenesí, más calumniador que un normando y tan encizañador que el amor a la cizaña era su pasión dominante. Habiéndose querellado largo tiempo contra su señor, a quien odiaba tanto más cuanto que lo había encontrado firme ante sus ataques, temía sus represalias y, para evitarlas, había querido permutar su beneficio pero, bien fuera porque hubiera cambiado de opinión, bien porque hubiera preferido aplazarlo para vengarse de Colignac en mi persona, se esforzaba en aparentar lo contrario mientras residía en sus tierras, aunque los frecuentes viajes que hacía a Tolosa levantaban sospechas. Contaba allí mil historias ridículas sobre mis encantamientos y la voz de este hombre malvado, unida a la de los necios y los ignorantes, hacían mi nombre execrable. No se hablaba de mí más que como de un nuevo Agripa^[77]. Supimos incluso que se había informado en contra de mí a instancias del cura, que había sido preceptor de los hijos del conde. Recibimos aviso

por diversas personas que se cuidaban de los intereses de Colignac y del marqués y aunque el parecer grosero de todo un país se nos antojara objeto de asombro e irrisión, no por ello dejaba de espantarme en secreto cuando consideraba más de cerca qué consecuencias desagradables podía tener este error. Mi buen genio sin duda me inspiró este espanto, dotó mi razón de todas las luces necesarias para hacerme ver el precipicio en el que iba a caer. Y no contento con aconsejarme así tácitamente, quiso manifestarse más expresamente en mi favor.

Una noche de las más funestas que haya pasado, tras uno de los días más agradables que hubimos en Colignac, me levanté con la aurora y, para disipar las inquietudes y nubarrones que aún ofuscaban mi espíritu, bajé al jardín en el que la vegetación, las flores y los frutos, el artificio y la naturaleza encantaban el alma a través de los ojos. En ese mismo instante divisé al marqués que se paseaba solo por una gran avenida que partía el prado por la mitad. Caminaba lentamente y tenía el semblante pensativo. Me sorprendió mucho verlo tan mañanero en contra de su costumbre y me apresuré a abordarlo para preguntarle por la causa. Me respondió que unos sueños fastidiosos que le habían asaltado le habían obligado a venir más temprano que de costumbre a curarse a la luz del día de un mal que le había causado la oscuridad. Le confesé que una dolencia similar me había impedido dormir e iba a contárselo con más detalle cuando observamos que Colignac caminaba a grandes zancadas en el rincón del seto que se cruzaba con el nuestro. Al divisarnos a lo lejos exclamó:

—Veis aquí a un hombre que acaba de escapar a unas visiones tan espantosas que obnubilan la mente. Apenas he tenido tiempo de ponerme el jubón para bajar a contároslas. Pero ninguno de los dos estabais en vuestros aposentos. Por ello me he apresurado a venir al jardín sabiendo que os encontraría aquí.

En efecto, el pobre hidalgo estaba sin aliento. Cuando lo recobró lo exhortamos a que se aligerara de una carga que no por ser muchas veces liviana deja de ser muy pesada.

—Esa es mi intención —nos replicó—, pero sentémonos antes.

Una azotea de jazmines nos ofrecía el frescor y los asientos a propósito. Nos retiramos en ella y, habiéndose acomodado cada cual, Colignac prosiguió de esta manera:

—Sabed que luego de dos o tres sueños en los que me he visto muy apurado, durante el que he tenido en el crepúsculo de la aurora me ha parecido que nuestro querido huésped, que, he aquí, estaba entre el marqués y yo que lo abrazábamos estrechamente, cuando un enorme monstruo negro todo él hecho de cabezas ha venido a arrancárnoslo de golpe. Pienso incluso que iba a arrojarlo a una hoguera encendida allí cercana porque ya lo tenía suspendido sobre las llamas, pero una joven parecida a esa musa que se llama Euterpe^[78] se postró a los pies de una dama a la que ha impetró que lo salvara (esta dama tenía el porte y las señales de que se sirven los pintores para representar a la naturaleza). Apenas había ésta escuchado los ruegos de

su doncella cuando, muy asombrada, exclamó: «¡Ay! Es uno de mis amigos». De inmediato se llevó a la boca una especie de cerbatana y sopló tanto por ella bajo los pies de mi querido huésped que lo hizo subir al cielo, poniéndolo a salvo de la crueldad del monstruo de cien cabezas. Yo fui gritando tras él bastante tiempo, pidiéndole que no se fuera sin mí, cuando una infinidad de angelitos rollizos que decían ser hijos de la Aurora me elevaron al mismo país hacia el que él parecía volar y me hicieron ver cosas que no os relataré porque me parecen demasiado ridículas.

Le suplicamos que no dejara de decírnoslas.

—Me figuré —continuó— estar en el Sol y que el Sol era un mundo. Y seguiría soñando de no ser por el relincho de mi caballo árabe, que me despertó, haciéndome ver que estaba en mi lecho.

Cuando el marqués vio que Colignac había acabado preguntó:

—Y vos, señor Dyrcona^[79], ¿cuál fue vuestro sueño?

—En cuanto al mío —respondí—, aunque no haya sido de los vulgares, lo tengo por poca cosa. Soy bilioso y melancólico y tal es el motivo por el que, desde que estoy en el mundo, en mis sueños he visto siempre cavernas y fuego. En lo mejor de mi juventud, al dormir me parecía que me volvía ligero y me elevaba hasta las nubes para sustraerme a la rabia de una tropa de asesinos que me perseguía. Pero luego de un esfuerzo sostenido y extenuante y tras haber volado por encima de incontables muros, siempre aparecía alguno a cuyo pie, agotado por la fatiga, acababa siendo arrestado. O bien cuando me imaginaba emprender el vuelo alto y directo y aunque llevase mucho tiempo nadando a braza en el cielo, no conseguía despegarme de la tierra y, sin que me pareciera estar cansado o sentirme pesado y contra toda razón, a mis enemigos les bastaba con estirar la mano para cogerme por un pie y arrastrarme hacia ellos. Desde que tengo memoria no recuerdo otros sueños distintos de éste. Esta noche, sin embargo, tras haber estado volando mucho tiempo, como de costumbre, y haberme escapado varias veces de mis perseguidores, me pareció que por fin los había perdido de vista y que en un cielo libre y muy luminoso con el cuerpo aliviado de toda pesantez, he proseguido mi viaje hasta un palacio en el que se combinan el calor y la luz. Sin duda hubiera podido observar muchas otras cosas, pero mi agitación al volar me acercó tanto al borde del lecho que me he caído al suelo con el vientre desnudo sobre el pavimento y los ojos abiertos.

Tal es, señores, mi sueño expuesto con detalle y que no supongo sea otra cosa que un mero efecto de las dos cualidades que predominan en mi temperamento. Porque aunque difiere un poco de los que tengo siempre desde que volé hasta el cielo sin caer, atribuyo este cambio a que, debido a la alegría de los placeres de ayer, la sangre se ha dilatado más que de ordinario, ha penetrado en la melancolía y, al elevarla, le ha quitado esa pesantez que me hacía caer. En todo caso se trata de una ciencia en la que hay mucho por adivinar.

—A fe mía —prosiguió Cussan— tenéis razón; se trata de una mezcla de todas las cosas en las que hemos pensado despiertos, una quimera monstruosa, una

conjunción de cuestiones confusas que nos presenta desordenadas la fantasía, que en el sueño no cuenta con la guía de la razón y de las que creemos conocer el verdadero sentido a base de retorcerlas, extrayendo de los sueños, como de los oráculos, una ciencia del porvenir. Pero voto a tal que no encuentro ninguna otra relación entre ellas salvo el hecho de que los sueños, como los oráculos, no pueden entenderse. En todo caso podéis juzgar del valor que tengan todos ellos considerando el mío, que no tiene nada de extraordinario. He soñado que estaba muy triste y por todas partes me encontraba con Dyrcona, que nos llamaba. Pero sin necesidad de devanarme más los sesos con la explicación de estos oscuros enigmas, os expondré en dos palabras su sentido místico, y es que a fe mía que en Colignac se tienen malos sueños y que, si me hacéis caso, debemos ir a tratar de que sean mejores a Cussan.

—Vayamos, pues —me dijo el conde—, ya que tanto lo desea este aguafiestas.

Decidimos salir aquel mismo día. Les supliqué que fueran por delante por cuanto, si habíamos de estar fuera un mes (como acababan de decidir), me vendría bien hacer que me llevaran algunos libros. Estuvieron de acuerdo e, inmediatamente después de comer pusieron las posaderas sobre sus monturas. A fe mía que entretanto hice un bulto con los volúmenes que suponía no se encontrarían en la biblioteca de Cussan y cargué con él un mulo. Salí por último cerca de las tres de la tarde jinete en un buen caballo corredor. Sin embargo, marchaba al paso con el fin de acompañar mi pequeña biblioteca y para que mi alma degustase a su antojo las bellezas que la vista ofrecía.

Pero escuchad una aventura que os sorprenderá.

Había avanzado más de cuatro leguas cuando me encontré en un lugar que no tenía duda de haber visto en otra parte. Efectivamente, busqué tanto en mi memoria preguntándole de dónde conocía yo aquel sitio, que la presencia de los objetos, al producir imágenes, me hizo recordar que era exactamente el lugar que había visto en el sueño de la noche pasada. Esta coincidencia sorprendente hubiera ocupado mi intención más tiempo del que lo hizo de no ser por una extraña aparición que me sobresaltó. Un espectro (por tal lo tomé cuando menos), saliéndome al paso en mitad del camino, sujetó el caballo por la brida. El fantasma era de muy alta estatura y por lo poco que se veía de sus ojos tenía la mirada triste y hosca. No obstante, no podría decir si era hermoso o feo porque un largo vestido hecho con hojas de un libro de canto llano lo tapaba hasta las uñas y su rostro se ocultaba tras un cartón en el figuraba escrito el *In Principio*^[80].

Las primeras palabras que profirió el fantasma fueron:

—¡*Satanus Diabolas*^[81] —exclamó espantado— yo te conjuro por el gran Dios vivo...!

Tras estas palabras vaciló, pero siguió repitiendo «el gran Dios vivo» y buscando con rostro espantado a su pastor para que le soplara el resto y cuando vio que mirara donde mirara su pastor no aparecía, lo asaltó tan formidable estremecimiento que a fuerza de castañetear los dientes se le cayó la mitad de ellos y dos tercios de la escala bajo la que se ocultaba se hicieron jirones. No obstante, se volvió hacia mí, y con una

mirada que no era dulce ni dura y en la que yo veía que su espíritu dudaba entre mostrarse irritado o suave, me dijo:

—¡Ah, bueno, *Satanus Diabolus*, voto a tal, te conjuro en nombre de Dios y del señor san Juan a que me dejes hacer porque si mueves un dedo, que el diablo me lleve si no te destripo!

Yo trataba de arrebatarle la brida del caballo pero las carcajadas que me sofocaban me quitaban toda la fuerza. Añadid a ello que detrás de un valla salió una cincuentena de aldeanos, marchando de rodillas y cantando a voz en grito el *Kyrie Eleison*. Cuando estuvieron bastante cerca cuatro de los más fornidos, tras mojar los dedos en un acetre con agua bendita que sostenía a propósito el siervo del presbiterio, me cogieron por el cuello. Apenas me habían sujeto cuando vi aparecer el señor Juan, que tiró devotamente de estola y con ella me amarró. De inmediato, un tropel de mujeres y niños me cosieron en una gran lona a pesar de mi resistencia. Quedé tan bien enfundado que sólo se me veía la cabeza. De esta guisa me llevaron a Tolosa como si me llevaran a un monumento. A veces uno gritaba que si no me hubieran detenido, habría habido hambruna, porque cuando me encontraron iba sin duda a echar un maleficio a los campos. Luego escuchaba a otro quejarse de que la peste empezó en su majada un domingo en que, al salir de vísperas, yo le había tocado el hombro. Pero lo que, a pesar de todos mis desastres, estuvo a punto de hacerme reír fue el grito lleno de espanto de una joven aldeana al lado de su novio, que era el fantasma que me había quitado el caballo (pues habéis de saber que el rústico lo llevaba montado) y lo aguijoneaba con ardor como si fuera suyo:

—¡Miserable! —aullaba su enamorada—. ¿Estás ciego? ¿No ves que el caballo del brujo es más negro que el carbón y que es el diablo en persona que te llevará al aquelarre?

Del susto el gañán cayó por encima de la grupa y mi caballo tuvo campo libre para escapar. Deliberaron si decomisarían el mulo y decidieron que sí. Pero cuando abrieron el fardo el primer volumen que encontraron fue la *Física*^[82] del señor des Cartes, y cuando vieron todos los círculos con que este filósofo ha designado el movimiento de cada planeta, todos al unísono aullaron que eran los anillos que yo trazaba para llamar a Belcebú. El que lo había cogido lo dejó caer de aprensión y, al caer, fue a abrirse por desgracia por una página en la que se explican las propiedades del imán. Digo por desgracia porque en el lugar del que hablo hay una imagen de esta piedra metálica en la que los corpúsculos que se desprenden de la masa para atraer el hierro se representan como brazos. En cuanto lo vio uno de aquellos bribones lo oí desgañitarse diciendo que se trataba del sapo que habían encontrado en el bebedero del establo de su primo Fiacre cuando murieron sus caballos. Al oír lo cual, todos los que habían parecido más exaltados ocultaron las manos o las metieron en los bolsillos. El señor Juan, por su lado, gritaba a voz en cuello que todos se guardaran de tocar nada, que todas aquellas obras eran libros de conjuros y el mulo, un Satán. Espantada la canalla, dejó ir en paz el mulo. No obstante, vi cómo Mathurine, la

criada del señor cura, lo arreaba camino del establo del presbiterio ante el temor de que fuera al cementerio a profanar la hierba de los difuntos.

Eran pasadas las siete de la tarde cuando llegamos a un caserío en el que, para refrescarme, me encerraron en una celda. Porque el lector no me creería si le dijese que me enterraron en un agujero. Y sin embargo es tan cierto que, con un solo movimiento, reconocí todo el lugar. En fin, nadie que me hubiera visto en aquel sitio hubiera dejado de tomarme por una vela encendida bajo una ventosa. Antes de que mi carcelero me precipitara en esta cueva, le dije:

—Si me dais este vestido de piedra como un traje, es demasiado grande, pero si me lo dais como una tumba, es demasiado pequeño. Aquí no cabe contar los días sino por noches. De los cinco sentidos sólo dos me son útiles, el olfato y el tacto. El uno para hacerme percibir las pestilencias de mi prisión y el otro para hacérmela tangible. En verdad os confieso que creería haberme condenado de no ser porque sé que no hay inocentes en el Infierno.

Al escuchar la palabra «inocente» el carcelero prorrumpió en carcajadas.

—¡A fe mía sois de los nuestros! —dijo—, porque nunca he tenido bajo mi guarda más que a gente inocente.

Luego de otros cumplidos de este tipo, el buen hombre se tomó el trabajo de registrarme, ignoro con qué intención pero, por la diligencia que puso en ello, juzgo que por mi bien. Sus pesquisas resultaron inútiles debido a que, durante la batalla de Diabolas, había ocultado mi oro en los zapatos. Cuando después de un minucioso recorrido se encontró con las manos tan vacías como al comienzo, faltó poco para que yo muriese de temor igual que él creyó hacerlo de dolor.

—¡Voto a bríos! —exclamó echando espuma por la boca—. Desde el principio vi que se trataba de un brujo. Es engañador como el mismo diablo. Venga, venga, compañero, piensa en hora buena en tu conciencia.

Apenas hubo dicho estas palabras cuando oí el tintineo de un manajo de llaves entre las que buscaba la de mi calabozo. Estaba de espalda, razón por la cual, temeroso de que quisiera vengarse por la inutilidad de su registro, saqué con habilidad tres pistolas de su escondite y le dije:

—Señor conserje, tened un doblón^[83]. Os suplico hagáis me traigan un bocado, pues llevo once horas sin comer.

Lo recibió con afabilidad y me confesó que mi desgracia lo afligía. Cuando supe que su corazón se había ablandado continué:

—Tomad otro en reconocimiento de la molestia que me avergüenza causaros.

Abrió el oído, el corazón y la mano y añadí, al tiempo que le daba tres en lugar de dos doblones, que por el tercero le rogaba que me dejara a uno de sus ayudantes para que me hiciera compañía, ya que los desgraciados deben temer la soledad.

Encantado de mi prodigalidad me lo prometió todo, me abrazó las rodillas, declamó contra la justicia, me dijo que ya veía que tenía amigos pero que recuperaría mi honra, que tuviese valor y que, por lo demás, él se encargaba de que antes de tres

días me quitaran los grilletes. Se lo agradecí muy gravemente y después de mil abrazos con los que pensé que me estrangularía, este querido amigo cerró la puerta con doble vuelta de llave.

Quedé completamente solo y sumido en la melancolía, acurrucado sobre un montón de paja en polvo que, sin embargo, no estaba lo suficientemente desmenuzada que cincuenta ratas no siguieran royéndola. La bóveda, los muros y el suelo estaban hechos con seis lápidas de forma que, al tener a la muerte encima, debajo y en torno, supiera que estaba enterrado. El rastro frío de las babosas y el veneno pegajoso de los sapos me corrían por el rostro. Los piojos tenían los dientes más largos que el cuerpo. Me atacaba el mal de la piedra que no por ser exterior me hacía menos daño. En fin, pienso que para ser Job sólo me faltaban una mujer y una jarra rota^[84].

Pude resistir sin embargo durante dos horas muy difíciles cuando el ruido de una gruesa^[85] de llaves así como de los cerrojos de mi puerta me distrajo de la atención que prestaba a mis sufrimientos. Cesado el estruendo, pude distinguir a la claridad de una lámpara a un robusto gañán, que me puso un lebrillo sobre las piernas.

—Bueno, bueno —dijo—. No os aflijáis. He aquí una sopa de coles que aunque fuera... En realidad es la misma sopa de nuestra ama y a fe mía, como decía el otro, que no le han quitado una gota de grasa.

Dicho lo cual hundió los cinco dedos en la sopa hasta el fondo para invitarme a hacer lo mismo. Lo imité por temor a desanimarlo y él exclamó con gesto de júbilo:

—¡Demonios, sois un buen cofrade! Dicen que tenéis enemigos que os envidian; juro que son traidores. Sí, testifico que son traidores. ¡Ah! Que vengan y verán. ¡Oh! Bueno, bueno ya veremos qué pasa.

Tanta ingenuidad hizo que me subiera un par de veces la risa a la garganta. No obstante, afortunadamente la evité. Veía que la fortuna parecía ofrecerme en este gañán una ocasión de liberarme. Por ello era muy importante para mí ganarme su buena disposición. Porque era imposible escapar por otras vías, ya que el arquitecto que había construido la prisión hizo varias entradas, pero no se había acordado de hacer una sola salida. Estas consideraciones fueron la causa de que, para sondearlo, le hablara así:

—Eres pobre, mi buen amigo, ¿verdad?

—¡Ah, señor! —respondió el rústico—. Si vinierais de casa del adivino, no hubierais dado más en el clavo.

—Toma, pues —continuó—. Aquí tienes un doblón.

Al ponérselo en la mano noté que ésta temblaba de tal forma que apenas pudo cerrarla. Tal comienzo me pareció de mal augurio. Sin embargo, por el fervor de sus agradecimientos supe que temblaba de alegría, lo que me hizo proseguir:

—Y si fueras hombre capaz de participar en el cumplimiento de un voto que he hecho, veinte doblones (además de la salvación de tu alma) serían tan tuyos como tu sombrero. Porque has de saber que no hace un cuarto de hora, en fin, un instante

antes de tu llegada, se me ha aparecido un ángel que me ha prometido dar a conocer la justicia de mi causa siempre que vaya mañana a hacer decir una misa al altar mayor de la iglesia de este pueblo. He tratado de excusarme por el hecho de encontrarme bajo riguroso encierro, pero me ha respondido que vendría un hombre enviado por el carcelero para hacerme compañía y al cual sólo tendría que ordenar de su parte que me llevara a la iglesia y me devolviera a la prisión, que le recomendase que lo mantuviese en secreto y obedeciera sin rechistar so pena de muerte en este año, y si éste dudaba de mi palabra, yo debía decirle, a modo de contraseña, que pertenecía a la Cofradía del Escapulario.

El lector debe saber que antes había podido entrever por la abertura de su camisa un escapulario que me hizo inventarme esta aparición.

—¡Ah, sí! ¡Vaya, mi buen señor! —dijo—. Haremos lo que el ángel nos ha ordenado, pero es necesario que sea a las nueve, porque mi amo estará a esa hora en Tolosa en los esponsales de su hijo con la hija del verdugo. ¡Caramba, escuchad! El verdugo no es un cualquiera. Se dice que la hija llevará en la dote escudos suficientes para rescatar a un rey. En fin, es hermosa y rica, pero las migajas no llegarán hasta un pobre mozo. ¡Ah, mi buen señor! Es preciso que sepáis...

No dejé de interrumpirlo en este momento ya que, con este comienzo, presentía el comienzo de una digresión, de una larga serie de patochadas. Luego de haber acordado los detalles de nuestra conspiración, el gañán se despidió de mí. Al día siguiente no dejó de venir puntualmente a desenterrarme. Dejé mi ropa en la prisión y me vestí de harapos con el fin de no ser reconocido, pues así lo habíamos acordado la víspera. En cuanto estuvimos a la luz del día le pagué sus veinte doblones. Los miró fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Son de oro de ley —le dije—. Tenéis mi palabra.

—¡Ah, señor! —me replicó—. No es en eso en lo que pienso, sino en que la casa del gran Macé está en venta, con su cercado y su viñedo. La conseguiré por doscientos francos y necesito ocho días para cerrar el trato. Quisiera rogaros, mi buen señor, que si lo tenéis a bien, en tanto el gran Macé no tenga muy contados los veinte doblones en su cofre, no se conviertan en hojas de árbol.

La ingenuidad de aquel pillastre me hizo reír. No obstante, continuamos camino a la iglesia en la que entramos. Poco después comenzó la misa mayor y en cuanto vi que mi guarda se ponía en fila para ir a la ofrenda, crucé la nave de tres zancadas y en otras tres me perdí rápidamente en una callejuela apartada. De todos los pensamientos que me asaltaron en aquel instante, el que seguí fue ganar Tolosa, de la que la aldea no distaba más que media legua, con intención de tomar allí un coche de posta. Llegué a las afueras a buena hora, pero me puse tan nervioso al ver cómo me miraba la gente, que me sentí en apuros. La causa de su asombro era mi indumentaria porque, como era bastante novato en materia de mendicidad, me había puesto los harapos de forma tan extraña que, con un resultado que no casaba en nada con el hábito, parecía menos un pobre que una máscara. Además, caminaba deprisa, con la

mirada en el suelo y sin pedir. Finalmente, considerando que una atención tan generalizada me amenazaba con alguna consecuencia peligrosa, me sobrepuse a mi vergüenza. En cuanto veía que alguien me miraba alargaba la mano. Incluso impetré la caridad de los que no me miraban. Pero admiraos de cómo con frecuencia, al tratar de acompañar con demasiada circunspección los designios en que la Fortuna participa, los destruimos e irritamos a esta diosa orgullosa. Hago esta reflexión a propósito de mi aventura porque, viendo a un hombre vestido de burgués medio con la espalda vuelta hacia mí, le dije, tirándole de la manga:

—Señor: si la compasión puede tocar...

No había comenzado la palabra siguiente cuando aquel hombre volvió la cabeza. ¡Dios, mío! ¿Quién resultó ser? Y aún más, ¡Dios mío! ¿Quién resulté ser yo? Aquel hombre era mi carcelero. Nos quedamos los dos pasmados de admiración de vernos en donde nos veíamos. Mi figura llenaba todo su campo de visión; y él ocupaba todo el mío. Finalmente, el interés común, aunque muy diferente en ambos, nos sacó a los dos del éxtasis en que habíamos caído.

—¡Ah, miserable de mí! —exclamó el carcelero—. ¡Estoy atrapado!

Esta palabra de significado ambiguo me inspiró la estratagema que paso a exponeros:

—¡Eh, señores, ayuda! ¡Ayuda a la justicia! —grité en cuanto pude chillar—: este ladrón ha robado las joyas de la condesa de Mosseaux. Hace un año que lo busco. ¡Señores! —proseguí todo exaltado—. ¡Cien doblones a quien lo arreste!

Apenas había pronunciado estas palabras cuando una chusma arrolló al pobre hombre desconcertado. El pasmo que mi extraordinaria impudicia le había producido unido a la idea que se había hecho de que no podía haberme escapado sin ser como un cuerpo glorioso, capaz de atravesar indemne los muros, lo anonadó de tal modo que estuvo largo tiempo fuera de sí. Finalmente, sin embargo, se recuperó y las primeras palabras que empleó para desengañar al populacho fueron que se guardaran de equivocarse, que era hombre de mucha honra. Sin duda se disponía a descubrir todo el misterio, pero una docena de verduleras, lacayos y porteadores, deseosos de servirme a cambio de mi dinero, le cerraron la boca a puñetazos. Y como quiera que creyeran que la recompensa sería proporcional a los ultrajes que infligieran a la debilidad de aquel pobre engañado, cada cual se apresuraba a darle con el pie o con la mano.

—¡Vaya con el hombre de mucha honra! —aullaba la canalla—. Sin embargo, no pudo evitar decir cuando reconoció al señor que estaba atrapado.

Lo bueno de la comedia era que, como mi carcelero vestía su mejor traje, le daba vergüenza confesar que era el compadre del verdugo y hasta temía que, si lo descubrían, le darían más palos. Por mi parte emprendí la huida en lo más caliente de la pendencia. Confié mi salvación a mis piernas, que me pusieron a salvo enseguida. Pero, para mi desdicha, las miradas que todos volvían a dirigirme, suscitaron de nuevo mis primeras alarmas. Si el espectáculo de cien harapos, que danzaban en

torno mío como pequeños mendigos, hacía que un bobalicón me mirase, temía que leyese en mi frente que era un prisionero fugado. Si un viandante sacaba la mano por debajo de su manto, me imaginaba que era un sargento que alargaba el brazo para arrestarme. Si observaba a otro dando zancadas por la calle y sin mirarme a los ojos, me convencía de que fingía no verme para agarrarme por detrás. Si divisaba a un comerciante entrando en su tienda, me decía: «Va a descolgar su alabarda». Si entraba en un barrio más concurrido que de costumbre pensaba: «Tanta gente no se reúne sin un motivo». Si lo hacía en otro casi vacío: «Aquí están vigilándome». Si un obstáculo se interponía en mi huida: «Han erigido barricadas en las calles para acorralarme». En fin, con la razón sobornada por el miedo cada hombre me parecía un alguacil; cada palabra un «¡Detenido!» y cada ruido el insoportable rechinar de los cerrojos en mi anterior prisión.

Abrumado así por este terror pánico resolví seguir mendigando para atravesar el resto de la ciudad hasta la posta sin despertar sospechas pero, por miedo de que se me reconociera en la voz, al disfraz de pedigüño añadí el ardid de fingirme mudo. Me dirigía así a quienes veía que me observaban, señalaba con el dedo bajo la barba, luego por encima de la boca y la abría balbuceando, con un sonido inarticulado, para dar a entender con muecas que un pobre mudo pedía limosna. Por caridad me daban a veces una palmada de compasión en la espalda, otras me deslizaban unas monedas en la mano y a veces escuchaba a unas mujeres murmurar que quizá me hubieran martirizado de esta forma en Turquía por defender la fe. Por último, aprendí que la mendicidad es un gran libro que nos muestra las costumbres de los pueblos de modo más económico que todos esos grandes viajes de Colón y Magallanes.

Sin embargo, esta estratagema no pudo vencer la obstinación de mi destino ni contrarrestar su animadversión pero ¿a qué otra invención podía recurrir? Pues, ¿no era verosímil que si hubiera querido cruzar una gran ciudad como Tolosa en la que mi retrato me había hecho familiar hasta para las pescaderas, ataviado de harapos tan variados como los de un arlequín, habría llamado la atención y se me hubiera reconocido al instante? ¿Y no lo era también que el antídoto frente a este peligro era el papel de mendigo, que se interpreta con multitud de rostros? Además, en el caso de no haber maquinado esta estratagema con todas las precauciones que con ella iban pienso que, en medio de circunstancias tan funestas, se necesitaba un juicio muy sano para no volverse loco.

Seguía pues mi camino cuando me vi obligado a retroceder de golpe, puesto que mi venerable carcelero y una docena de alguaciles conocidos suyos que lo habían rescatado de manos de la canalla, habiéndose amotinado y patrullando toda la ciudad para encontrarme, vinieron desgraciadamente a darse de bruces conmigo. Una vez me divisaron con sus ojos de lince, echarse a volar con todas sus fuerzas y echarme yo con todas las mías fue todo uno. Me perseguían con tal celeridad que a veces mi libertad sentía por detrás de mi cuello el aliento de los tiranos que querían oprimirla. Pero pareciera como si el aire que resoplaba al correr detrás de mí me impulsara

ante ellos. Finalmente, el Cielo o el miedo me hicieron ganar cuatro o cinco callejuelas de ventaja. Fue entonces cuando mis perseguidores perdieron el aliento y mis huellas y yo la vista y el alboroto de esta cacería inoportuna. Quien no haya experimentado personalmente similares angustias no podrá calibrar la alegría que me invadió cuando me vi a salvo. En todo caso, como mi salud me quería íntegro, decidí ahorrar con avaricia el tiempo que los otros derrochaban en buscarme. Me embadurné el rostro, me llené los cabellos de polvo, me quité el jubón, me bajé las calzas, tiré el sombrero por un tragaluz y, habiendo extendido mi pañuelo en el suelo, con cuatro pequeños guijarros uno en cada esquina, como hacen los apestados, me tumbé con el vientre contra la tierra y con una voz lastimera me puse a gemir lánguidamente. Apenas lo hice cuando escuché los gritos de aquel populacho turbulento, mucho antes que el ruido de sus pisadas. Tuve el buen juicio preciso para mantenerme en la misma posición en la esperanza de que no me reconocieran y no me engaÑé ya que, tomándome por un apestado, pasaron de largo a toda prisa tapándose de la nariz y la mayoría de ellos dejó un ochavo sobre el pañuelo.

Una vez pasada la tormenta, entré en una avenida, recuperé mi vestimenta y me abandoné de nuevo a la Fortuna pero, como había corrido tanto, se había cansado de seguirme. Así hay que creerlo porque a fuerza de cruzar plazas y esquinas, seguir y atravesar calles, esta gloriosa divinidad, falta de costumbre de caminar tan deprisa, para mejor perderme, me hizo caer ciegamente en manos de los alguaciles que me perseguían. Al encontrarme lanzaron un alarido tan horrísono que quedé ensordecido. Como creían no tener brazos bastantes para detenerme, emplearon los dientes, y aun así no estaban seguros de haberme cogido. Uno me arrastraba por los cabellos, otro por el cuello, mientras que los menos apasionados me cacheaban. La búsqueda fue más feliz que la de la prisión, pues encontraron el resto del oro.

Mientras estos médicos caritativos se ocupaban de curar la hidropesía de mi bolsa, se escuchó un gran ruido. Toda la plaza resonaba con estas palabras: ¡matadlos!, ¡matadlos! Y, al mismo tiempo, vi brillar el acero de las espadas. Los señores que me arrastraban gritaron que se trataba de los alguaciles del gran preboste^[86], que querían arrebatarles su presa.

—Pero guardaos de caer en sus manos —me dijeron arrastrándome con más fuerza que antes—, porque os condenarían en veinticuatro horas y ni el rey os salvaría.

Finalmente, sin embargo, asustados ellos mismos de la pelotera que se les venía encima, me dejaron todos y quedé solo en mitad de la calle mientras que los agresores destruían cuanto encontraban a su paso.

Podéis imaginaros si me di a la fuga, cuenta habida de que los dos partidos me eran igualmente temibles. En un instante me alejé del tumulto pero, cuando estaba preguntando el camino de la posta, un alud de gente que huía de la refriega abocó mi calle. Al no poder resistir a la muchedumbre la seguí, y fatigado de estar corriendo tanto tiempo, alcancé un portillo muy sombrío por el que me lancé en revoltijo con

otros fugitivos. La atrancamos detrás de nosotros y, cuando todo el mundo hubo recuperado el aliento, uno del grupo dijo:

—Compañeros, si confiáis en mí, pasemos los dos postigos y hagámonos fuertes en el patio.

Estas palabras espantosas golpearon mis oídos con un dolor tan sorprendente que pensé caer muerto sobre el mismo lugar. ¡Ay! De inmediato, aunque demasiado tarde, me percaté de que en lugar de refugiarme en un asilo, como creía, había venido a meterme yo mismo en la prisión, así de imposible es escapar a la vigilancia del propio sino. Observé a aquel hombre con mayor detenimiento y reconocí en él a uno de los alguaciles que me habían perseguido. La frente se me cubrió de sudor frío y empalidecí a punto de desvanecerme. Quienes me vieron tan débil, movidos a compasión, pidieron agua. Todos se aproximaron para socorrerme y, por desgracia, aquel maldito alguacil fue de los que más se apresuraron. Apenas puso los ojos sobre mí me reconoció. Hizo una señal a sus compañeros y al mismo tiempo me saludaron con un «¡Daos preso en nombre del rey!». No fue preciso ir lejos para encarcelarme.

Permanecí en la celda de ingreso hasta la noche mientras los carceleros venían uno tras otro a escudriñar mi rostro en todas sus facetas para pintar mi retrato en la tela de su memoria.

A las siete en punto el ruido de un manajo de llaves fue la señal de la retirada. Me preguntaron si quería ir a una celda de pago y respondí afirmando con la cabeza.

—Venga el dinero, pues —me replicó mi guía.

Supe entonces que estaba en un lugar en el que tendría que aguantar mucho. Por ello le rogué que, en caso de que su afabilidad no le permitiera concederme crédito hasta el día siguiente, dijera de mi parte al carcelero que me devolviera el dinero que me había arrebatado.

—Jo, jo, a fe mía —respondió este patán—. Nuestro señor tiene buen corazón. No devuelve nada. Así que vos, por vuestra nariz... ¡Bah! Vamos, vamos a las mazmorras.

Al concluir sus palabras me mostró el camino dándome un gran golpe con su manajo de llaves, cuyo peso me derribó y me hizo abrasarme mientras resbalaba de arriba abajo por una pendiente oscura hasta el pie de una puerta, que me detuvo y que no hubiera tomado por tal de no ser por el fragor del choque con que la golpeé, puesto que ya no tenía ojos, que se habían quedado en lo alto de la escalera bajo la imagen de un candelabro que tenía en la mano, ochenta escalones por encima de mí, el guardián verdugo. Por último, este hombre tigre descendió lentamente, abrió treinta gruesas cerraduras, liberó otras tantas barras y con el portillo abierto a medias, me arrojó de un rodillazo a un foso cuyo horror no pude apreciar de la prisa con la que cerró la puerta tras él. El légamo me llegaba a las rodillas. Si pretendía acercarme al borde, me hundía hasta la cintura. El gorgoteo terrible de los sapos que chapoteaban en el cieno me hacía desear ser sordo. Sentía que los lagartos me subían por los muslos y las culebras se me enrollaban al cuello. Divisé una a la lúgubre

claridad de sus pupilas brillantes que desde su boca negra de veneno proyectaba una lengua trífida, cuya brusca agitación parecía un rayo encendido por sus miradas.

No puedo seguir relatando el resto, ya que sobrepasa toda verosimilitud y, además, no me atrevo a recordarlo del temor que me produce que la certidumbre que tengo de haber salido de mi prisión no sea más que un sueño del que he de despertar. La aguja marcó las diez en el cuadrante de la torre principal del lugar antes de que alguien viniera a llamar a la puerta de mi tumba. En esos momentos, cuando el dolor de una amarga tristeza empezaba a oprimirme el corazón y a desordenar ese equilibrio armónico en que consiste la vida, escuché una voz que me advertía de agarrar la percha que se me ofrecía. Luego de haber tanteado bastante tiempo en mitad de la oscuridad encontré un cabo de ella, lo agarré muy emocionado y, tirando hacia sí desde el otro, mi carcelero me sacó del cenagal. No tuve duda de que mis asuntos habían tomado otro cariz, pues me hizo muchas reverencias, sólo me hablaba con la cabeza descubierta y me dijo que cinco o seis personas de calidad esperaban en el patio para verme. Y precisamente esta bestia salvaje que me había encerrado en la cueva que os he descrito tuvo la impudicia de dirigirse a mí. Con una rodilla en tierra me besó las manos, con una de sus patas me quitó gran cantidad de babosas que se me habían pegado a los cabellos y con la otra hizo caer un montón de sanguijuelas que me ocultaban el rostro. Después de estas admirables muestras de cortesía me dijo:

—Al menos, mi buen señor, os acordaréis de las fatigas y los cuidados que Nicolásón ha tenido para con vos. ¡Caray! Ni que hubierais sido el rey. Y no es por echároslo en cara.

Ofendido por la desfachatez del patán, le hice seña de que lo recordaría. Pasados mil recovecos espantosos pude ver por fin la luz del día y después el patio en donde, apenas entrado, me asieron dos hombres a los que no pude reconocer de entrada, porque se habían arrojado sobre mí al mismo tiempo y me tenían tanto uno como el otro con sus rostros pegados al mío. Estuve largo rato sin adivinar quiénes pudieran ser pero, cuando los trasportes de su amistad se mitigaron un tanto, reconocí a mi querido Colignac y al bravo marqués. Colignac tenía el brazo en cabestrillo y Cussan fue el primero en salir del éxtasis:

—¡Qué desgracia! —dijo—. Jamás hubiéramos sospechado tal desastre sin vuestro caballo corredor y el mulo que llegaron aquella noche a las puertas de mi castillo. Los antepechos, las cinchas, las gruperas, todo estaba roto, y eso nos hizo pensar que algo malo os hubiese sucedido. Montamos de inmediato a caballo y no habíamos cabalgado dos o tres leguas en dirección a Colignac cuando todos los paisanos, conmovidos por el incidente, nos dieron cuenta pormenorizada de las circunstancias. Nos dirigimos al galope a la aldea en la que estabais en prisión. Una vez allí nos enteramos de vuestra evasión y de que habíais tomado el camino de Tolosa, y hasta aquí hemos venido a rienda suelta con nuestras gentes. El primero a quien preguntamos por vos nos dijo que habían vuelto a deteneros. Al mismo tiempo

enfilamos los caballos hacia esta prisión, pero otra gente nos aseguró que os habíais esfumado de entre las manos de los alguaciles. Y según íbamos haciendo camino, corría la voz entre los habitantes del lugar de que os habíais vuelto invisible. Por último, a fuerza de preguntar, supimos que luego de haberos capturado, perdido y vuelto a capturar no sé cuántas veces, os llevaban a la prisión de la torre principal. Salimos al paso de los alguaciles y, por una dicha más aparente que real, nos los encontramos de frente, los atacamos, los combatimos y los pusimos en fuga, pero no conseguimos averiguar qué había sido de vos, ni siquiera de boca de los heridos que habíamos tomado, hasta que esta mañana han venido a decirnos que vos mismo os habíais metido a ciegas en la prisión. Colignac tiene varias heridas, aunque sin importancia. Por lo demás, acabamos de dar orden de que os alojen en el mejor aposento de aquí. Como os gusta el aire libre, hemos hecho amueblar un pequeño apartamento sólo para vos en lo alto de la torre principal, cuya terraza os servirá de balcón. Cuando menos vuestros ojos estarán en libertad, a pesar de que el cuerpo los retenga.

—¡Ah, mi querido Dyrcona! —exclamó el conde tomando entonces la palabra—. ¡Qué mal hicimos al no llevaros con nosotros cuando salimos de Colignac! Por una ciega tristeza cuya causa ignoraba mi corazón me predecía no sé de espantoso: pero no importa, tengo amigos, sois inocente y, en todo caso, sé bien cómo se muere con gloria. Sólo una cosa me desespera. El granuja sobre el que pretendía ensayar los primeros golpes de mi venganza (imaginaréis que estoy hablando del cura) ya no está en situación de experimentarla, pues el miserable ha entregado el alma. Éste es el relato de su muerte. Corría con su sirviente para atrapar vuestro caballo y llevarlo a su cuadra cuando el animal, con una fidelidad que quizá haya redoblado las luces secretas de su instinto, se puso a dar coces fogosamente con tanta furia y tanto éxito que en tres patadas contra las que se estrelló la cabeza de este cabestro, dejó vacante el beneficio. Sin duda no comprendéis las causas del odio de este insensato, pero voy a revelároslas. Sabed, pues, para empezar el relato desde el comienzo, que este santo varón, normando de nación y encizañador de oficio, que atendía una capilla abandonada con el dinero de los peregrinos, echó el ojo sobre el curato de Colignac y que, a pesar de mis esfuerzos por defender en su derecho al poseedor, el bribón se ganó de tal modo a los jueces que, por fin y a pesar nuestro, fue nuestro pastor.

Al cabo de un año pleiteó conmigo porque entendía que yo debía pagar el diezmo. Fue inútil hacerle ver que mis tierras eran francas desde tiempo inmemorial. No cejó en su intención de ir a un proceso que perdió. Pero durante el procedimiento, dio lugar a tantas incidencias que, al ir planteándose, han engendrado otros veinte procesos que ahora quedarán archivados gracias al caballo cuya pezuña ha resultado ser más dura que la cabeza del señor Jean. He aquí lo que puedo conjeturar del delirio de nuestro pastor. Mas admiraos con qué previsión administraba su rabia. Acaban de asegurarme que, habiéndosele metido en la cabeza el desgraciado proyecto de encarcelaros, había permutado en secreto el curato de Colignac con otro en su país,

adonde esperaba retirarse una vez que estuvierais en prisión. Su propio servidor ha dicho que, al ver vuestro caballo cerca de su cuadra, lo oyó murmurar que le serviría para llevarlo a donde no pudieran encontrarlo.

Seguidamente, Colignac me advirtió que desconfiara de las ofrendas y visitas que quizá me hiciera una persona muy poderosa cuyo nombre mencionó. Gracias a él había ganado el proceso del curato el señor Jean. Y que esta persona de calidad había decidido el asunto en su favor en pago de los servicios que el buen cura había prestado a su hijo en el colegio cuando no era más que un patán.

—Por tanto —continuó Colignac—, como es muy difícil pleitear sin acritud y sin que quede en el alma un poso de enemistad que ya no se borra, aunque las partes se reconcilien, desde entonces ha buscado secretamente todas las oportunidades de perjudicarme. Pero no importa: tengo más parientes que él en la judicatura y tengo muchos amigos, y en el peor de los casos sabremos invocar la autoridad real.

Después de lo dicho por Colignac, el uno y el otro intentaron consolarme, pero unas muestras de un dolor tan tierno no hicieron sino aumentar el mío.

En estos menesteres, mi carcelero vino a buscarnos para comunicarnos que la cámara estaba lista.

—Vamos a verla —respondió Cussan. Empezó la marcha y nosotros le seguimos. Yo la encontré muy conveniente.

—No me falta nada —les dije—, salvo los libros.

Colignac me prometió enviarme al día siguiente todos los que le pidiera en una lista. Una vez que hubimos considerado y reconocido que toda tentativa de evasión estaba fuera de las posibilidades humanas, debido a la altura de mi torre, la profundidad de los fosos que la rodeaban y a todas las disposiciones de mi cámara, mis dos amigos se miraron el uno al otro y, al poner los ojos sobre mí, rompieron a llorar. Pero como si, de repente, nuestro dolor hubiera suavizado la cólera del cielo, una alegría repentina se apoderó de mi alma. La alegría atrajo la esperanza y la esperanza abrió luces secretas que deslumbraron de tal modo mi razón que con un entusiasmo contra mi voluntad que a mí mismo me parecía ridículo les dije:

—Id, id a esperarme a Colignac, adonde llegaré en tres días, y enviadme todos los instrumentos de matemáticas con los que trabajo de ordinario. Por lo demás, encontraréis en una gran caja muchos cristales tallados de diversas formas. No los olvidéis. En todo caso, será mejor que especifique en una memoria las cosas que necesito.

Se encargaron de la lista que les di sin adivinar mi intención. Luego me despedí de ellos.

Cuando se fueron no hice más que reflexionar sobre la ejecución de las cosas que había premeditado y aún seguía reflexionando la mañana siguiente cuando me trajeron todo lo que había solicitado en el catálogo. Un criado de Colignac me dijo que no se había visto a su amo desde el día anterior y que no se sabía qué le hubiera sucedido. Este accidente no me preocupó porque de inmediato me vino a la cabeza la

idea de que posiblemente habría ido al tribunal a solicitar mi libertad. Por ello, y sin asombrarme, puse manos a la obra. Durante ocho días estuve escuadrando, cepillando, encolando hasta que construí la máquina que voy a describiros:

Era una gran caja muy ligera y que se cerraba herméticamente. Tenía una altura de unos seis pies y una longitud de tres en cuadrado. Estaba agujereada por abajo y, por encima de la bóveda, que también lo estaba, puse una vasija de cristal también horadada, formando un globo pero muy grande cuyo cuello terminaba y se ajustaba a la apertura que había abierto en el techo.

La vasija estaba hecha a propósito en varios ángulos y en forma de icosaedro, de modo que siendo cada faceta convexa y cóncava, mi bola producía el efecto de un espejo ardiente.

Ni el carcelero ni sus esbirros subieron jamás a mi aposento que no me encontraran ocupado en este trabajo, pero no se asombraban debido a la cantidad de artilugios mecánicos que veían en la habitación y de los que yo me decía el inventor. Entre otros había un reloj de viento, un ojo artificial con el cual se veía de noche, una esfera en la que los astros seguían el movimiento que tienen en el cielo. Todo ello los persuadió de que la máquina en la que trabajaba era una curiosidad semejante. Además, el dinero con el que Colignac los untaba los hacía tratarme con muchos miramientos. Así pues, eran las nueve de la mañana. Mi carcelero había descendido y el cielo se había oscurecido cuando expuse esta máquina en la parte superior de la torre, esto es, en el lugar más descubierto de la terraza. Estaba tan herméticamente cerrada que de no ser por las dos aberturas un soplo de aire no podía entrar en ella. Había metido también un pequeño taburete muy ligero que me servía para sentarme.

Todo dispuesto de esta forma, me encerré en la máquina y allí me quedé cerca de una hora, esperando que pluguiese a la Fortuna ordenar algo sobre mi persona.

Cuando el sol libre de nubes comenzó a iluminar mi máquina, este icosaedro transparente que recibía los tesoros del astro por medio de sus facetas difundía la luz en mi celda a través del bocal. Y como este esplendor se debilitaba a causa de los rayos que no podían replegarse hasta mí sin romperse muchas veces, esta fuerza de la claridad temperada convertía mi asiento en un pequeño cielo de púrpura esmaltado de oro.

Estaba admirando extasiado la belleza de un colorido tan mezclado, cuando he aquí que mis entrañas se mueven de golpe de la misma forma que se conmocionaría alguien que fuera elevado por una polea.

Iba a abrir la ventanilla para conocer la causa de esta emoción pero, conforme avanzaba la mano, vi por el agujero del suelo de mi caja la torre ya muy distanciada debajo de mí y mi pequeño castillo en el aire, empujando mis pies a contramano me permitió ver de una ojeada Tolosa que se hundía en la tierra. Este prodigio me asombró no a causa de un ascenso tan repentino, sino de ese tremendo arrebató de la razón humana ante el éxito de un proyecto del que la sola imaginación me había asustado. El resto no me sorprendió, pues había previsto que el vacío que se

produciría en el icosaedro a causa de los rayos del sol unidos por los cristales cóncavos atraería para rellenarlo una furiosa abundancia de aire que alzaría mi caja. Y a medida que yo subiera, el horrible viento que entraría por el agujero no podría elevarse hasta la bóveda más que penetrando con furia en la máquina y empujándola hacia arriba. Aunque había planeado cuidadosamente mi proyecto, me equivoqué en una circunstancia al no haber calculado bien las posibilidades de mis espejos. Había colocado en torno a la caja una pequeña vela fácil de manejar con una cuerda que pasaba por el bocal de la vasija y cuyo cabo sujetaba yo. Había supuesto que cuando estuviera en el aire podría recoger todo el viento que precisara para llegar a Colignac. Pero en un abrir y cerrar de ojos el sol que caía a plomo y oblicuamente sobre los espejos ardientes del icosaedro me elevó a tal altura que perdí de vista Tolosa. Ello me obligó a soltar la cuerda y poco después pude ver por una de las ventanillas que había abierto en los cuatro lados de la máquina cómo mi vela arrancada se alejaba volando impulsada por un torbellino que se había formado dentro de ella.

Recuerdo que en menos de media hora me encontraba por encima de la región media. Me di cuenta enseguida porque veía granizar y llover por debajo de mí. Quizá se me pregunte de dónde venía entonces ese viento sin el cual mi caja no podía subir en una región celeste exenta de meteoros. Pero si se me escucha, responderé a la objeción. Os he dicho que el sol que alumbraba vigorosamente mis espejos cóncavos, al unir los rayos en mitad de la vasija, expulsaba con su calor por el tubo de arriba el aire de que estaba llena. De este modo, manteniendo el vacío, como la naturaleza lo aborrece, hacía que por la abertura baja se absorbiera otro aire para llenarse. Si la vasija perdía mucho, recobraba otro tanto. De tal modo, no hay de qué asombrarse de que en una región por encima de la media en donde están los vientos siguiese subiendo, porque el éter se convertía en viento por la furiosa celeridad con la que se precipitaba para impedir el vacío y, en consecuencia, tenía que impulsar mi máquina sin cesar.

Apenas sentí hambre, excepto mientras atravesaba esta región media, ya que en verdad el frío del clima me la hizo sentir lejanamente. Digo lejanamente porque gracias a una botella de licor que siempre llevaba conmigo y de la que bebí varios tragos se mantuvo a distancia.

No volví a sentir su aguijón durante el resto del viaje. Al contrario, cuanto más avanzaba hacia aquel mundo inflamado, más robusto me sentía. Tenía el rostro algo acalorado y más alegre que de costumbre. Las manos aparecían coloreadas de un agradable tono bermejo y no sé qué alegría circulaba por mis venas que me hacía sentir fuera de mí.

Recuerdo que al reflexionar sobre esta aventura razonaba así en cierta ocasión: «No hay duda de que el hambre no me atormentará ya que, no siendo su sensación sino un instinto de la naturaleza por el que obliga a los animales a reparar mediante la alimentación lo que pierden de su sustancia, al ver hoy día que mediante su irradiación pura, continua y cercana, el sol me hace recuperar más calor radical del

que pierdo, ya no suscita en mí ese deseo que me sería inútil». No obstante, yo mismo objetaba a estas razones que, como el temperamento que hace la vida consiste no solamente en calor natural sino en humedad radical a la que este fuego debe adherirse como la llama al aceite de una lámpara, los rayos solos de este brasero vital no pueden hacer el alma a menos que encuentren alguna materia pegadiza que los fije. Pero vencí esta dificultad de inmediato tras observar que en nuestros cuerpos la humedad radical y el calor natural no son sino una misma cosa, ya que eso que llamamos humedad, tanto en los animales como en el sol, esa gran alma del mundo, no es más que un flujo de chispas más continuadas a causa de su movilidad. Y eso a lo que llamamos calor es una llovizna de átomos de fuego que parecen menos sueltos debido a su interrupción. Pero aunque la humedad y el calor radicales fueran dos cosas distintas, es seguro que lo húmedo no será necesario para vivir tan cerca del Sol, ya que esta humedad sólo sirve para que los seres vivos retengan el calor que se exhala con demasiada rapidez y no se repone con suficiente prontitud. No debía preocuparme por su insuficiencia en una región en la que esos corpúsculos ígneos que constituyen la vida se reunían en mi ser con mayor velocidad de la que se separaban.

Otra observación puede ser motivo de asombro, a saber: por qué la aproximación a este globo ardiente no me consumía ya que había alcanzado casi la actividad plena de su esfera. Pero he aquí el motivo: hablando con propiedad, no es el mismo fuego el que arde sino una materia más consistente a la que el fuego empuja de aquí para allá en los impulsos de su naturaleza móvil, y esta pólvora de chispas que llamo fuego, movable en sí misma, puede realizar su acción gracias a la redondez de sus átomos. Estos cosquillean, calientan o queman según sea la forma del cuerpo que arrastran con ellos. Así, la paja no arroja una llama tan ardiente como la madera; la madera arde con menos violencia que el hierro y esto se da porque el fuego del hierro, la madera y la paja, aunque sea el mismo fuego, actúa de formas distintas según la diversidad de los cuerpos que remueve. Por este motivo, en la paja el fuego (este polvo casi espiritual), al no tropezar más que con un cuerpo blando, es menos corrosivo. En la madera, cuya sustancia es más compacta, el fuego entra con mayor dureza. Y en el hierro, cuya masa es sólida por completo y trabada por partes angulares, penetra y consume lo que allí encuentra en un abrir y cerrar de ojos. Dado que estas observaciones son muy conocidas, no resultará asombroso que me aproximase al Sol sin quemarme, ya que lo que quema no es el fuego sino la materia a la que está adherido y el fuego del Sol no puede mezclarse con materia alguna. ¿Acaso no experimentamos que la alegría, que es un fuego, ya que sólo remueve una sangre aérea cuyas partículas muy sueltas resbalan dulcemente por las membranas de nuestra carne, la acaricia y hace nacer no sé qué ciega voluptuosidad? ¿Y que esta voluptuosidad o, mejor dicho, este primer atisbo de dolor, al no llegar a amenazar de muerte al animal sino sólo a hacerle sentir que está vivo, causa un movimiento en nuestros espíritus que llamamos alegría? No es que la fiebre no sea un fuego igual que la alegría, aunque tenga accidentes contrarios, sino que es un fuego envuelto en

un cuerpo cuyos granos son puntiagudos, como lo es la bilis negra o melancolía, que lanza sus puntas ganchudas allí por donde su naturaleza móvil la pasea y horada, corta, quema y por esta agitación violenta produce lo que se llama el ardor de la fiebre. Pero esta concatenación de pruebas es muy inútil, ya que los experimentos más vulgares bastarán para convencer a los obstinados. No tenía tiempo que perder, sino que debía pensar en mí. Al igual que Faetón^[87], me encontraba en mitad de un trayecto en el que no podía retroceder y en el que, si daba un paso en falso, toda la naturaleza sería incapaz de socorrerme.

Pude ver con claridad, como ya había supuesto antaño al subir a la Luna, que en efecto es la Tierra la que gira de Oriente a Occidente^[88] en torno al Sol y no el Sol el que lo hace en torno a ella. Veía cómo pasaban sucesivamente a la vista del agujero de mi recinto después de Francia la punta de la bota de Italia, después el mar Mediterráneo, después Grecia, el Bósforo, el Ponto Euxino, Persia, las Indias, la China y finalmente el Japón. Horas después de mi ascenso, habiendo pasado todo el mar del Sur, apareció el continente de América.

Distinguía claramente todas estas revoluciones y recuerdo incluso que, largo tiempo después, vi de nuevo Europa apareciendo en escena, pero no podía divisar los Estados por separado debido a que en mi ascenso había llegado demasiado alto. Fui dejando a lo largo de mi trayecto, tanto a izquierda como a derecha, muchas Tierras como la nuestra hacia donde me sentía atraído a poco que alcanzara sus esferas de actividad. En todo caso, la rápida fuerza de mi ascenso superaba la de estas atracciones.

Contorneé la Luna, que entonces se encontraba entre el Sol y la Tierra, y dejé Venus a mi derecha. A propósito de esta estrella la vieja astronomía lleva tanto tiempo predicando que los planetas son astros que giran en torno a la Tierra, que la moderna no parece atreverse a dudar de ello. Sin embargo, pude observar que durante todo el tiempo en que Venus estuvo más allá del Sol, en torno al cual gira, lo vi siempre en creciente. Pero, al acabar su trayectoria observé que, a medida que pasaba detrás, sus cuernos se aproximaban y su centro negro relumbraba. Esta cuestión de las luces y las sombras muestra claramente que los planetas son, como la Luna y la Tierra, globos sin claridad propia que sólo son capaces de reflejar la que reciben.

Efectivamente, según seguí subiendo pude hacer la misma observación con Mercurio. Además, vi cómo todos esos mundos tienen otros más pequeños que se mueven en derredor de ellos. Cavilando más tarde sobre las causas de la construcción de este gran universo, me imaginé que al desenmarañarse el caos, una vez que Dios creó la materia, los cuerpos semejantes se unieron por ese principio de amor desconocido gracias al cual sabemos que cada cosa busca su semejante. Unas partículas formadas de cierta forma se juntaron e hicieron el aire. Otras a las que su forma imponía un movimiento circular compusieron al juntarse los globos que llamamos astros que, no solamente por su inclinación a girar sobre sus polos a la que los obliga su forma han tenido que aglomerarse en formas redondas como los vemos

sino que, al evaporarse de la masa y caminar en su huida a una velocidad similar, hicieron girar las órbitas menores que se encontraban en la esfera de su actividad. Por este motivo Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno están obligados a girar sobre sí mismos y en torno al Sol al mismo tiempo. No es que no quepa imaginar que en otro tiempo todos estos globos hayan sido soles puesto que, a pesar de su estado de extinción actual, la Tierra conserva calor bastante para hacer girar la Luna en torno a ella, por el movimiento circular de los cuerpos que se desprenden de su masa y que también queda suficiente en Júpiter para hacer girar cuatro lunas. Con el paso del tiempo todos estos soles han sufrido una pérdida de luz y de fuego tan considerable a causa de la emisión continua de corpúsculos que hacen el ardor y la claridad que se han convertido en marcos fríos, tenebrosos y casi impotentes. Igualmente, descubrimos que esas manchas en el Sol, de las que los antiguos no habían advertido, crecen de día en día. Así ¿quién sabe si no es una costra que se forma en su superficie, habiéndose extinguido su masa a medida que se desprende la luz, y si no se convertirá en un globo opaco como la Tierra a medida que todos esos cuerpos móviles la hayan abandonado? Hay tiempos muy remotos en los que no aparece vestigio humano alguno. Puede ser que antes la Tierra hubiera sido un sol poblado de animales adecuados al clima que los había producido y puede ser que dichos animales fueran los demonios de los que la Antigüedad cuenta tantos ejemplos. ¿Por qué no? ¿Por qué no puede ser que, después de la extinción de la Tierra, siguieron habitándola algún tiempo y que la alteración de su globo no haya destruido aún todas sus especies? En efecto, duraron con vida hasta el reinado de Augusto, según testimonio de Plutarco^[89]. Incluso parece que el testamento profético y sagrado de nuestros primeros patriarcas haya querido llevarnos de la mano hacia esa verdad, porque antes de que se hable de los hombres se cuenta la rebelión de los ángeles^[90]. Este decurso del tiempo que observa la escritura, ¿no es como una semiprueba de que los ángeles habitaron la Tierra antes que nosotros? ¿Y que esos seres orgullosos que habitaban nuestro mundo cuando era sol, desdeñando quizá seguir habitándolo cuando se extinguió y sabiendo que Dios había llevado su trono al sol, osaron ocuparlo? Pero Dios, que quiso castigar su audacia, los expulsó de la misma Tierra y creó al hombre menos perfecto y, en consecuencia, menos soberbio, a fin de ocupar sus plazas vacantes.

A los cuatro meses de viaje más o menos por lo que se puede computar cuando no hay noche que permita distinguirla del día, llegué a una de las pequeñas tierras que giran en torno al Sol y que los matemáticos llaman máculas, donde a causa de la interposición de unas nubes, como mis espejos ya no reunían tanto calor y el aire no empujaba mi cabaña con tanto vigor, lo que quedaba del viento ya no era capaz más que de sostener mi caída y de depositarme sobre la cumbre de una alta montaña de la que descendí tranquilamente.

Dejo a vuestro ánimo imaginar la alegría que me invadió al sentir que mis pies se posaban sobre un suelo sólido después de haber estado tanto tiempo interpretando el

papel de pájaro. Ciertamente no tengo palabras adecuadas para expresar el desahogo que sentí cuando por fin vi mi cabeza coronada por la claridad de los cielos. Sin embargo, este éxtasis no me arrebató tanto que no pensara en salir de mi caja, en cubrir su capitel con mi camisa antes de alejarme porque temía que si el aire se serenaba y el sol volvía a alumbrar mis espejos, como era verosímil, quizá no volviera a encontrar mi casa.

Siguiendo unas grietas que restos de agua mostraban se produjeron antaño, desemboqué en una llanura en la que apenas podía andar a causa de una espesa capa de limo de la que estaba cubierta la tierra. En todo caso, habiendo caminado un trecho, llegué a una hondonada en la que encontré un hombrecillo desnudo que reposaba sentado sobre una piedra. No recuerdo si fui yo quien habló el primero o si fue él quien me interrogó, pero tengo recuerdos frescos, como si lo estuviera escuchando ahora, de que me habló durante tres horas en una lengua que sé bien no haber escuchado jamás y que no tiene relación alguna con ninguna de este mundo y que, sin embargo, comprendía más deprisa y de forma más inteligible que la de mi nodriza. Cuando le pregunté la razón de algo tan maravilloso me dijo que en las ciencias hay una verdad, fuera de la cual uno está siempre alejado de lo fácil y que cuanto más se alejaba esa lengua de la verdad, más difícil de concebir era y de menos fácil comprensión.

Por el mismo motivo —continuó—, en la música no se encuentra jamás esa verdad sin que el alma se eleve de inmediato hacia ella sin dudarlo. No la vemos, pero sentimos que la naturaleza la ve y, sin poder comprender de qué modo nos absorbe, no deja de fascinarnos, aunque no sepamos señalar en dónde está. Sucede lo mismo con las lenguas. Quien encuentra esta verdad de las letras, de las palabras y de su orden no puede jamás caer por debajo de su concepción al expresarse, sino que habla siempre conforme a su pensamiento. Al no conocer este idioma perfecto, os quedáis corto por no saber el orden ni las palabras que puedan explicar lo que imagináis.

Le dije que el primer hombre de nuestro mundo indudablemente se había servido de esta lengua porque cada nombre que había impuesto a cada cosa declaraba su esencia. Él me interrumpió y prosiguió:

—Esta lengua no es solamente necesaria para expresar todo lo que concibe el espíritu, sino que sin ella no es posible hacerse entender por todo el mundo. Dado que este idioma es el instinto o la voz de la naturaleza, debe ser inteligible a todo lo que vive al amparo de la naturaleza. Por ello, si tuvierais la inteligencia necesaria podríais comunicaros y hablar todos vuestros pensamientos con las bestias y las bestias con vos de todos los suyos, ya que es el lenguaje mismo de la naturaleza por el que se hacen entender de todos los animales. Que no os asombre más la facilidad con la que entendéis el sentido de una lengua que no ha sonado jamás a vuestros oídos. Cuando hablo, vuestra alma encuentra en cada una de mis palabras esa verdad que busca a tientas. Y aunque su razón no la entiende, tiene en su seno una naturaleza que no

puede dejar de entenderla.

—¡Ah! —exclamé yo—. Sin duda es por medio de este enérgico idioma por el que antaño nuestro primer padre conversaba con los animales que a su vez lo entendían. Porque como se le había dado el dominio sobre todas las especies, éstas lo obedecían, porque les hablaba en una lengua que les era conocida. Y dado que esta lengua matriz se ha perdido, ya no acuden cuando las llamamos como antes; porque no nos entienden.

El hombrecillo no hizo ademán de responderme sino que iba a continuar con el hilo de su discurso si no lo hubiera interrumpido yo una vez más. Le pregunté en qué mundo respirábamos, si estaba muy habitado y qué tipo de Gobierno regía en él.

—Voy a exponeros —replicó— secretos que no son conocidos en vuestra Tierra. Observad bien la tierra sobre la que caminamos. No hace mucho era una masa confusa y revuelta, un caos de materia desordenada, una porquería negra y viscosa de la que el sol se había purgado. Así, después de haber mezclado, comprimido y condensado estas numerosas nubes de átomos por medio de los rayos que lanzaba contra ellas; después, digo, de que hubiera separado en esta bola los cuerpos más contrarios y reunido los más semejantes mediante una larga y fuerte cocción, esta masa abrumada de calor sudó con tal abundancia que precipitó un diluvio de más de cuarenta días, ya que tanta agua precisaba mucho tiempo para penetrar en las regiones más inclinadas y más bajas de nuestro globo.

Al juntarse estos torrentes de humor se formó el mar que aún testifica por su sal que debe de ser una acumulación de sudor, ya que todo sudor es salado. A continuación de la retirada de las aguas quedó sobre la tierra un cieno graso y fértil del que, por efecto de los rayos del sol, se elevó como una burbuja que no había podido expulsar su germen a causa del frío. Por esta razón recibió otra cocción que la rectificó y perfeccionó por una mezcla más exacta, que hizo que dicho germen, que no era capaz más que de vegetar, pudiera sentir. Pero como las aguas que habían estado tanto tiempo acumuladas sobre el limo lo habían enfriado, la burbuja no se abrió, de forma que el Sol la recoció otra vez y, tras una tercera digestión, esta matriz se recalentó tanto que el frío ya no supuso un obstáculo a su parto, así que se abrió y dio a luz un hombre que retuvo en el hígado, que es el lugar del alma vegetativa y el de la primera cocción, la potencia del crecimiento; en el corazón, que es el sitio de la actividad y el lugar de la segunda cocción, la potencia vital; y en el cerebro, que es el sitio de lo intelectual y el lugar de la tercera cocción, la potencia de razonar. Si no fuera por esto, ¿para qué tendríamos que estar más tiempo en el vientre de nuestras madres que el resto de los animales si no fuera porque nuestro embrión recibe tres cocciones distintas para formar las tres potencias diferentes de nuestra alma y las bestias solamente dos para formar sus dos potencias? Ya sé que el caballo sólo se forma después de diez, doce o catorce meses en el vientre de la yegua. Pero como es de temperamento tan contrario al que nos hace hombres, nunca llega a la vida sino en los meses que, es de notar, son muy antipáticos a la nuestra cuando nos quedamos en

el seno materno después del curso natural de las cosas. No es extraño que el tiempo que precisa la naturaleza para hacer parir una yegua sea muy superior al que precisa para que una mujer dé a luz.

Sí, dirá alguno, pero a fin de cuentas el caballo está más tiempo que nosotros en el vientre de su madre y, por lo tanto, recibe cocciones más perfectas y numerosas.

Respondo que esto no es así. No preciso apoyarme en las observaciones que han hecho tantos doctos sobre la energía de los nombres cuando prueban que si bien toda materia está en movimiento, unos seres se consiguen en una cierta revolución de días y se destruyen en otra. Tampoco preciso tomar pie en las pruebas que extraen después de haber explicado la causa de todos estos movimientos, de que el número nueve es el más perfecto^[91]. Me contentaré con responder que al ser el germen del hombre más cálido, el Sol trabaja en él, y en nueve meses termina más órganos de los que inicia en diez meses en un potro. No obstante, no hay duda de que el caballo no es mucho más frío que el hombre, ya que esta bestia sólo muere de una inflamación del bazo o de otros males que proceden de la melancolía.

No obstante, me diréis, ¿no hay en nuestro mundo ningún hombre hecho de barro y así producido?

Ya lo creo. Vuestro mundo está hoy muy caldeado puesto que tan pronto como el sol atrae un germen de la tierra, al no encontrar ese frío húmedo o, mejor dicho, ese periodo seguro de un movimiento acabado que lo obliga a varias cocciones, forma así de inmediato un vegetal. Si hacen falta dos cocciones, dado que la segunda no tiene tiempo de acabarse a la perfección, no engendra más que un insecto. Así he observado que el mono que, como nosotros, lleva a sus pequeños en el seno materno nueve meses, se nos parece en tantos rasgos que muchos naturalistas no han diferenciado las especies^[92] y la razón es que su semen poco más o menos templado como el nuestro casi ha tenido tiempo en ese periodo de acabar tres digestiones.

Sin duda me preguntaréis de dónde saco la historia que os he contado. Me diréis que no puedo haberla sacado de quienes no existían. Es cierto que soy el único que estuvo presente y que, en consecuencia, no puedo dar fe de ella, pues sucedió antes de que yo naciese. Pero sabed también que en una región cercana al Sol como la nuestra, las almas plenas de fuego son más claras, más sutiles, más penetrantes que las de los otros animales en esferas más alejadas. Así pues, igual que en vuestro mundo se encontraron antaño profetas con el espíritu encendido por un entusiasmo vigoroso que tuvieron presentimientos de futuro, no es imposible que en este de aquí, mucho más cercano al Sol y, en consecuencia, mucho más luminoso que el vuestro, venga a algún genio poderoso algún aroma del pasado. Su razón inquisitiva se mueve igual hacia delante que hacia atrás y es capaz de establecer la causa a partir de los efectos como lo es de extraer los efectos de la causa.

Terminó de esta forma su relato y, después de una conferencia aun más especial sobre secretos muy ocultos que reveló y de los que quiero callar una parte mientras que la otra se me ha ido de la memoria, me dijo que no hacía tres semanas que una

mota de tierra fecundada por el sol lo había parido a él.

—Mirad bien este tumor.

Entonces me hizo observar una especie de hinchazón parecida a una topera sobre la burbuja.

—Es —me dijo— una apostema o, mejor dicho, una matriz que alberga hace nueve meses el embrión de uno de mis hermanos. Estoy aguardando el momento de servirle de comadrona.

Habría continuado de no haber observado que la tierra palpitaba en torno al brote de arcilla. Esto, juntamente con la hinchazón de la buba, le hizo suponer que la tierra estaba dando a luz y que aquella sacudida anunciaba ya los estremecimientos del parto. Me dejó de inmediato para acudir al lugar del alumbramiento y yo fui en busca de mi cabaña.

Volví a subir a la montaña de la que había bajado y a cuya cumbre llegué muy cansado. Podéis imaginaros cuánta fue mi angustia cuando no la encontré en donde la había dejado. Estaba ya lamentando su pérdida cuando la divisé revoloteando muy a lo lejos. Corrí hasta perder el aliento con toda la fuerza de mis piernas y realmente era un pasatiempo agradable contemplar esta forma nueva de ir de caza. Cada vez que le ponía la mano encima se producía un ligero aumento de temperatura en la bola de vidrio que tiraba del aire con más fuerza y este aire de mayor violencia, al elevar la caja por encima de mí, me hacía saltar tras ella como el gato que quiere coger una liebre colgada en un gancho. Si mi camisa encima del capitel no se hubiera opuesto a la fuerza de los espejos, la caja habría emprendido el viaje por sí sola.

Pero ¿para qué refrescar la memoria de una aventura de la que no podría acordarme más que con el mismo dolor que sentí entonces? Bastará con saber que la máquina saltó, corrió y voló como yo boté, corré y salté hasta que la vi caer al pie de una alta montaña. Todavía me habría arrastrado más lejos si las sombras que ennegrecían el cielo en esta orgullosa elevación de la tierra antes que en la llanura no hubieran difundido la noche en un radio de media legua. Al encontrarse entre tinieblas, en cuanto los cristales de la caja sintieron el frescor, que ya no se engendraba vacío alguno, no entraba viento por el agujero y faltaba el impulso que la sostenía, se vino abajo y se hubiera roto en mil pedazos si la charca en que cayó no hubiera amortiguado el golpe. La saqué del agua, reparé lo que se había estropeado y, luego, tras abrazarla con todas mis fuerzas, la llevé a la cima de un collado próximo. Retiré la camisa de la vasija pero no pude ponérmela porque, al comenzar su trabajo los espejos, comprobé que la cabaña se estremecía a punto de volar. Apenas tuve tiempo de entrar rápidamente y me encerré como la primera vez.

La esfera de nuestro mundo no me parecía ya más que un astro más o menos del tamaño que juzgamos tiene la Luna. A medida que iba subiendo se empequeñecía hasta convertirse en una estrella, luego en una chispa y después en nada, y aquel punto luminoso se redujo tanto para igualarse al que terminaba el último rayo de mi vista, que ésta lo dejó confundirse con el color del cielo. Alguno se asombrará de que

el sueño no me asaltara durante un viaje tan prolongado. Pero como el sueño es producido por la dulce exhalación de los alimentos que se evaporan del estómago al cerebro o por la necesidad que siente la naturaleza de atrapar nuestra alma para reparar mediante el reposo los elementos espirituales que el trabajo haya consumido, no experimentaba necesidad de dormir dado que no comía y que el Sol me restituía más, mucho más calor radical del que disipaba. Entretanto continuaba mi ascensión, y a medida que me aproximaba a aquel mundo en llamas, sentía correr por mi sangre cierta alegría que la depuraba y pasaba luego al alma. De vez en cuando miraba hacia arriba para admirar la variedad de matices que refulgían en mi pequeña cúpula de cristal y todavía tengo memoria viva de que, cuando dirigí la mirada al bocal de la vasija, sentí como en un sobresalto que algo pesado se desprendía de todas las partes de mi cuerpo. Una bocanada de humo espeso y casi tangible sumergió la vasija en tinieblas y cuando quise incorporarme para contemplar esa negrura que me cegaba, no vi la vasija ni los espejos ni la vidriera ni la cubierta de mi cabaña. Bajé la mirada para averiguar qué era lo que convertía mi obra maestra en una ruina pero sólo encontré el cielo en torno mío en lugar de la cabaña con sus cuatro costados y su suelo. Y lo que más me asustó fue sentir como si la ola de aire se hubiera petrificado y no sé qué obstáculo invisible que retenía mis brazos cuando pretendía extenderlos. Se me ocurrió entonces que, a fuerza de ascender, sin duda había llegado al firmamento que ciertos filósofos y algunos astrónomos dicen que es sólido^[93].

Comencé a temer que me quedaría allí encajado, pero el horror que me produjo la extrañeza de este accidente aumentó más debido a los que le sucedieron, ya que mi vista, que vagaba de aquí para allá, al ir a caer sobre mi pecho en lugar de detenerse en la superficie de mi cuerpo, pasó a través de él. En un instante comprendí que estaba mirando por detrás sin intervalo alguno. Como si mi cuerpo no fuera más que un órgano de visión, sentí que mi carne, habiéndose despojado de su opacidad, transfería los objetos a mis ojos y éstos a los objetos a través de ella. Finalmente, después de haber tropezado mil veces sin verlos con la bóveda, el suelo y las paredes de mi caja deduje que, por una necesidad secreta de la luz en su misma fuente, mi cabaña y yo nos habíamos hecho transparentes. Y no es que no hubiera podido percibirla, aunque fuera diáfana, ya que también se ven bien el vidrio, el cristal y los diamantes, que lo son. Supongo que una región tan próxima al Sol depura más perfectamente los cuerpos de su opacidad mejorando las aperturas imperceptibles de la materia más de lo que lo hace en nuestro mundo en donde su fuerza, casi agotada por tan largo camino, apenas es capaz de penetrar con su destello las piedras preciosas. En todo caso, y gracias a la igualdad interna de las superficies de éstas, el sol les hace reflejar a través de sus cristales, como si fueran ojitos, el verde de las esmeraldas, el escarlata de los rubíes o el violeta de las amatistas, según que los diferentes poros de la piedra, ya sean más rectos, ya más torcidos, extingan o reaviven por la cantidad de sus reflejos esa luz debilitada. Hay una dificultad que puede plantearse el lector: cómo podía verme yo y no ver mi caja cuando yo me había

hecho tan diáfano como ella. A esto respondo que el sol actúa sin duda de forma distinta sobre los cuerpos vivos que sobre los inanimados, ya que ninguna parte de mi carne ni de mis huesos ni de mis entrañas había perdido su color natural a pesar de ser trasparente. Por el contrario, mis pulmones conservaban su suave delicadeza bajo un rojo encarnado, mi corazón, siempre bermejo, oscilaba suavemente entre la sístole y la diástole, mi hígado parecía arder en un púrpura de fuego y la circulación de la sangre^[94] seguía cociendo el aire que respiraba. Por último, me veía, me tocaba, me sentía el mismo y, sin embargo, no lo era.

Mientras consideraba esta metamorfosis, mi viaje iba tocando a su fin, aunque por entonces con mucha lentitud debido a la serenidad del éter que se rarificaba a medida que me aproximaba a la fuente de la luz. Dado que la materia en esta etapa está muy suelta a causa del enorme vacío de que está llena y que, en consecuencia, es muy perezosa debido a que éste no realiza acción alguna, al pasar por el agujero de mi caja, este aire no podía producir más que un vientecillo apenas capaz de sostenerla.

Nunca reparaba en el capricho malicioso de la Fortuna, que seguía oponiéndose al éxito de mi empresa con tanta obstinación que me asombra cómo no perdí la cabeza. Pero escuchad un milagro que los siglos venideros apenas podrán creer.

Me encontraba reducido a una situación de extremo infortunio: encerrado en una caja de luz que acababa de perder de vista y con mis ímpetus agotados por el esfuerzo para no caer y en un estado en el que todo lo que encierra la máquina entera del mundo, era impotente para socorrerme. En cualquier caso, al igual que, cuando expiramos, una fuerza interior nos impulsa a abrazar a aquellos que nos dieron el ser, elevé mis ojos al Sol, nuestro padre común. Este ardor de mi voluntad no solamente sostuvo mi cuerpo, sino que lo lanzó hacia aquello que deseaba abrazar. Mi cuerpo empujaba la caja y de este modo continué mi viaje. En cuanto me di cuenta, tensé con mayor atención que nunca todas las facultades de mi alma para juntarlas con la imaginación a aquello que me atraía. Pero la cabeza, cargada con la cabaña, contra cuyo capitel me izaban a pesar mío los esfuerzos de mi voluntad, me molestaba tanto que a la postre esta pesantez me obligó a buscar a tientas el sitio de la puerta invisible. Por fortuna la encontré, la abrí y me lancé fuera. Pero este temor natural de caer que tienen todos los animales cuando se ven en vilo me hizo extender el brazo para sujetarme. Mi guía era la naturaleza, que no sabe razonar, por lo cual la Fortuna, su enemiga, empujó maliciosamente mi mano sobre el capitel de cristal. ¡Ay! ¡Qué trueno llegó a mis oídos! El ruido del icosaedro que escuché romperse en trozos, tal desorden, tal desgracia, tal espanto están más allá de toda descripción. Los espejos ya no atraían el aire porque no se hacía el vacío. El aire ya no se volvía viento presuroso por rellenarlo. El viento cesó de impulsar mi caja hacia arriba. En dos palabras, luego de este destrozo, la vi caer mucho tiempo a través de los vastos campos del mundo. Reabsorbió las tinieblas opacas en la misma región en que las había exhalado. Tanto más cuanto que, al cesar en este lugar la fuerza enérgica de la luz, volvió a unirse ávidamente al oscuro espesor que le era esencial. Del mismo modo que se han visto

almas que, mucho tiempo después de la separación de sus cuerpos, vienen a buscarlos y vagan durante cien años en torno a las sepulturas para tratar de reunirse con ellos, creo que perdió así su transparencia, pues la he visto después en Polonia en el mismo estado en que se encontraba cuando entré en ella por primera vez. Además, he sabido que cayó bajo la línea equinoccial del Reino de Borneo. Un mercader portugués la había comprado al isleño que la encontró y, de mano en mano, llegó a poder de este ingeniero polaco que se sirve de ella para volar.

Suspendido así en el vacío de los cielos y atribulado por la muerte que vendría con mi caída, volví, como os he dicho, mi triste mirada al Sol. La mirada acarreó el pensamiento, mis ojos fijos en el globo señalaron una vía que mi voluntad siguió para elevar mi cuerpo.

Este impulso vigoroso de mi alma no será incomprendible para quien considere los efectos más simples de nuestra voluntad. Se sabe, por ejemplo, que cuando quiero saltar, mi voluntad, incitada por mi fantasía, habiendo animado todo el microcosmos, intenta trasponerlo hasta el lugar que se ha fijado. Si no llega siempre a conseguirlo se debe a que los principios de la naturaleza, que son universales, prevalecen sobre los particulares y como la facultad de querer es particular a las cosas sensibles mientras que la de caer en el centro está generalmente extendida entre toda la materia, es obligado que mi salto cese cuando la masa, habiendo vencido la insolencia de la voluntad que la ha sorprendido, se aproxima al punto al que tiende.

Callaré sobre lo que sucedió en el resto del viaje por miedo a que el relato dure tanto como él. El hecho es que al cabo de veintidós meses abordé felizmente las grandes llanuras de la luz.

Esta tierra parece hecha de copos de nieve refulgente porque es muy luminosa. No obstante, resulta bastante increíble que, desde que cayó mi caja, no consiguiera comprender si subía o si bajaba hacia el Sol. Sólo recuerdo que, cuando llegué caminaba con ligereza por encima. Sólo tocaba el suelo en un punto y a veces rodaba como una bola sin que me resultase más incómodo caminar con la cabeza que con los pies. Incluso cuando a veces estaba con las piernas hacia el cielo y los hombros sobre la tierra, me sentía tan natural en esa posición como si tuviera las piernas sobre la tierra y los hombros hacia el cielo. Fuera cual fuera la parte del cuerpo sobre la que me apoyase, sobre el vientre, la espalda, sobre un codo, una oreja, me encontraba de pie. Por ello supe que el Sol es un mundo que carece de centro y que, dado que estaba muy alejado de la esfera activa del nuestro y de todos los que había ido encontrando en mi camino, era imposible que pesara, ya que la pesantez no es más que la atracción que ejerce el centro hacia su esfera de actividad^[95].

El respeto con el que hollaba con mis pasos este campo luminoso aplacó durante un tiempo el deseo que experimentaba de continuar mi viaje. Me sentía avergonzado de caminar sobre la luz. Mi mismo cuerpo asombrado, queriendo apoyarse en los ojos, en esta tierra transparente en la que penetraban, no podía sostenerlos con lo que mi instinto, convertido en señor de mi pensamiento a pesar mío, lo arrastraba a lo más

profundo de una luz sin fondo. No obstante, poco a poco mi razón se impuso a mi instinto. Apoyé sobre el suelo mis plantas seguras y firmes y conté mis pasos con tanta dedicación que si los hombres hubieran podido divisarme desde su mundo, me habrían tomado por ese gran Dios que camina sobre las nubes. Después de haber caminado creo que unos quince días, llegué a un paraje del Sol menos resplandeciente del que venía. Me sentí conmovido de alegría y supuse que indudablemente tal alegría procedía de una secreta simpatía que mi ser guardaba aún por mi opacidad. Mi conocimiento del asunto, sin embargo, no me hizo desistir de mi empeño. Mi caso era como el de esos viejos dormidos que, aunque saben que el sueño les es perjudicial y que han ordenado a sus sirvientes que los despierten, se enfadan mucho cuando los despiertan. Así, a medida que mi cuerpo se oscurecía según alcanzaba las provincias más tenebrosas, volvía a contraer las debilidades que aporta esta enfermedad de la materia: sentí cansancio y el sueño me asaltó. Esas dulces languideces que nos acarician cuando se acerca la somnolencia insuflaban tanto placer a mis sentidos que, ganados éstos por la voluptuosidad, forzaron a mi alma a ceder ante el tirano que encadena a sus siervos. Porque el sueño, este antiguo tirano de la mitad de nuestros días que, no pudiendo soportar la luz ni mirarla sin desvanecerse a causa de su ancianidad, se había visto obligado a dejarme a la entrada de las regiones brillantes del Sol, había venido a esperarme en los confines de la región tenebrosa de que hablo en donde, habiéndome atrapado, me detuvo como prisionero y cerró mis ojos, sus enemigos declarados, bajo la negra bóveda de mis párpados. Y por miedo a que mis otros sentidos lo molestasen en el disfrute apacible de su presa, traicionándolo como me habían traicionado a mí, amarró a cada uno de ellos a su lecho. En dos palabras, todo esto quiere decir que me acosté sobre la arena muy adormecido. Se trataba de una llanura tan despejada que mi vista no alcanzaba a ver a lo lejos ni una mata. Sin embargo, al despertarme, me encontré bajo un árbol en comparación con el cual, los cedros más altos no parecían sino hierba. Su tronco era de oro macizo, sus ramas de plata y sus hojas de esmeraldas que en el verdor resplandeciente de su preciosa superficie representaban como si fueran espejos las imágenes de los frutos que pendían en derredor. Juzgad si el fruto debía nada a las hojas: el escarlata inflamado de un gran rubí formaba la mitad de cada uno y la otra mitad permitía dudar de si se trataba de un crisólito o de un trozo de ámbar dorado. Las flores abiertas eran rosas de grandes diamantes y los capullos gruesas perlas en forma de pera.

Un ruiseñor cuyo denso plumaje lo hacía extraordinariamente bello, encaramado en lo más alto parecía valerse de su melodía para que los ojos se vieran obligados a confesar a los oídos que no era indigno del trono en el que se encontraba sentado.

Quedé largo tiempo maravillado a la vista de este rico espectáculo y no me cansaba de contemplarlo. Pero cuando concentraba todo mi pensamiento en contemplar entre los otros frutos una granada extraordinariamente bella incrustada de un macizo de grandes rubíes, observé que se removía la coronita que le hace veces de

cabeza, que se alargaba hasta llegar a formar un cuello. De inmediato vi removerse por arriba algo blanco que, a fuerza de espesarse, crecer, de hacer avanzar y retroceder la materia en ciertas partes, acabó adquiriendo la forma de un pequeño busto de carne. Este pequeño busto terminaba en redondo a la altura de la cintura, lo que quiere decir que por abajo mantenía su forma de granada. No obstante, siguió extendiéndose poco a poco, su cola se convirtió en dos piernas y cada una de las piernas se dividió en cinco dedos. Una vez que se hubo humanizado, la granada se separó de su tallo y con una ligera cabriola cayó justamente a mis pies. Ciertamente, lo confieso, cuando vi caminar decididamente ante mí a esta granada racional, este pedacito de enano, no más grande que el pulgar pero lo bastante fuerte para crearse a sí mismo, sentí veneración.

—Animal humano (me dijo en esa lengua matriz sobre la que ya os he hablado en otro momento), tras haberte considerado largo tiempo desde lo alto de la rama de la que pendía, he creído leer en tu semblante que no eres originario de este mundo. Por este motivo he descendido, para que me ilustres sobre la verdad.

Una vez hube satisfecho su curiosidad acerca de todas las materias por las que me preguntó, le dije:

—Y vos, explicadme quién sois porque lo que acabo de ver es tan asombroso que desespero de llegar jamás a conocer la causa si no me la aclaráis. ¡Cómo! ¡Un árbol enorme todo de oro puro, cuyas hojas son esmeraldas, las flores diamantes, los capullos perlas y, además de todo esto, con frutos que se hacen hombres en un abrir y cerrar de ojos! Confieso que la comprensión de un milagro tal sobrepasa mis capacidades.

A raíz de esta exclamación y mientras esperaba su respuesta me dijo:

—Dado que soy el rey de todo el pueblo que compone este árbol, no os parecerá mal que le diga que me siga.

Cuando hubo hablado de este modo, me percaté de que se recogía sobre sí mismo y no sé si tensando los resortes interiores de su voluntad, provocó fuera de sí algún movimiento que hizo que se produjera lo que vais a oír: de inmediato todos los frutos, todas las flores, todas las hojas, todas las ramas, en fin, todo el árbol cayó en piezas tomando la forma de hombrecillos que miraban, se sentaban y caminaban y que, como si quisieran celebrar el día de su nacimiento en el momento mismo de su nacimiento, se pusieron a bailar a mi alrededor. Sólo el ruiseñor mantuvo su forma y no se metamorfoseó. Vino a posarse sobre el hombro de nuestro pequeño monarca, en donde cantó una melodía tan melancólica y amorosa que toda la asamblea, incluido el príncipe, enternecida por las dulces languideces de su voz desfallecida, derramó algunas lágrimas. La curiosidad de saber de dónde venía este pájaro se apoderó de mí, provocándome una necesidad de hablar que no pude contener:

—Señor —dije, dirigiéndome al rey—, si no temiera importunar a Vuestra Majestad os preguntaría por qué el ruiseñor es el único que ha permanecido en su ser en medio de tantas metamorfosis.

El pequeño príncipe me escuchó con una complacencia que mostraba bien su bondad natural y, sabedor de mi curiosidad, me replicó:

—El ruiseñor no ha cambiado de forma como nosotros porque no ha podido: es un verdadero pájaro, es decir, es lo que os parece. Pero vayamos a las regiones opacas y, de camino, os contaré quién soy con la historia del ruiseñor.

Apenas le había yo testimoniado la satisfacción que recibía de su oferta cuando saltó ágilmente sobre uno de mis hombros. Se puso de puntillas con sus pequeños pies para alcanzar mi oído con la boca y, a veces balanceándose en mis cabellos, a veces sufriendo una especie de estrapada, me dijo:

—A fe mía, excusad a una persona que ya está sin aliento. Al estar en un cuerpo pequeño, mis pulmones son estrechos y la voz tan fina que tengo que pasar mucha fatiga para hacerme oír. El ruiseñor tendrá que hablar él mismo de sí mismo, que cante tan bien como le parezca y por lo menos tendremos el placer de escuchar su historia en música.

Le repliqué que aún no estaba bastante acostumbrado al lenguaje de los pájaros; que en verdad cierto filósofo que había encontrado al subir al Sol me había dado algunos principios generales para entender el de los brutos, pero que no me bastaban para entender todas las palabras ni para entender todas las delicadezas que se encuentran en una aventura como la que debía de ser aquella.

—¡Ah, bien! Puesto que así lo quieres, tus orejas no se verán sólo privadas de las bellas canciones del ruiseñor sino de casi toda su aventura de la que sólo puedo contarte lo que ha llegado a mi conocimiento. En todo caso te contentarás con esta muestra. Aunque la supiera toda entera, la brevedad de nuestro viaje a su país, adonde lo conducimos, no me permitiría que llevara la narración más allá.

Habiendo hablado así, saltó de mi hombro a tierra, dio la mano a toda su gente menuda y se puso a bailar con un modo de moverse que no podría describir porque nunca había visto algo semejante. Pero escuchad, pueblos de la Tierra, lo que no os obligo a creer, ya que en vuestro mundo, en el que los milagros no son más que efectos naturales, éste se considera un milagro. En cuanto estos hombrecillos se pusieron a bailar, me pareció sentir su animación en mí y la mía en ellos. No podía mirar este baile sin sentirme arrastrado de mi lugar como por un vórtice que se removía en su misma oscilación y con la animación particular de cada cual, todas las partes de mi cuerpo; y sentía extenderse por mi rostro la misma alegría que un movimiento parecido había extendido por el suyo. A medida que la danza se hacía más viva, los bailarines se entremezclaban con un movimiento de pies mucho más rápido e imperceptible. Parecía como si la finalidad de la danza fuera representar un enorme gigante, puesto que a fuerza de juntarse y de redoblar la rapidez de sus movimientos se mezclaron tanto que no alcanzaba a discernir más que un gran coloso a plena luz y casi transparente. En todo caso, mis ojos los vieron entrar unos en otros. Por entonces comencé a no poder distinguir más la diversidad de movimientos de cada cual a causa de su volubilidad extrema y porque, al hacerse más intensa a

medida que se acercaba al centro, cada vórtice ocupaba tan poco espacio que escapaba a mi vista. No obstante, creo que las partes siguieron juntándose porque esta masa humana, antes desmesurada, se reabsorbió poco a poco hasta dar forma a un joven de estatura media cuyos miembros estaban proporcionados mediante una simetría que no tenía nada que envidiar a la perfección en su forma más pura. Era mucho más hermoso de lo que todos los pintores hayan podido imaginar en su fantasía y lo que encontré más maravilloso fue que la unión entre todas las partes que dieron forma a este microcosmos perfecto se hizo en un abrir y cerrar de ojos. Algunos de nuestros más ágiles bailarines se enlazaron a la altura y en la posición necesaria para formar una cabeza; otros más calurosos y menos sueltos formaron el corazón y otros mucho más pesado proporcionaron los huesos, la carne y la gordura.

Una vez enteramente acabado este hermoso joven en el ritmo de cuya rápida construcción apenas tuve tiempo de apreciar intervalo alguno, vi entrar por la boca al rey de todos los pueblos, que no formaban más que un caos, y creo que atraído al cuerpo por la respiración de ese mismo cuerpo. Todo aquel amasijo de hombrecillos no había dado antes señal de vida alguna pero, tan pronto como se tragó a su rey, sólo se sintió un único ser vivo. Éste permaneció algún tiempo considerándome y, como si se hubiera aprovisionado a fuerza de mirarme, se me acercó, me acarició y, dándome la mano, me dijo:

—Ahora es cuando, sin peligro para la delicadeza de mis pulmones, puedo darte cuenta de las cosas que suspirabas por conocer. Pero antes es sensato que te descubra los ocultos secretos de nuestro origen. Sabe, pues, que somos animales nativos del Sol en las regiones iluminadas. La más ordinaria y más útil de nuestras ocupaciones consiste en viajar por los vastos países de este gran mundo. Observamos atentamente las costumbres de los pueblos, el carácter de los países y la naturaleza de todas las cosas que merezcan nuestra atención, por medio de todo lo cual nos hacemos una ciencia cierta de lo que existe. No obstante, has de saber que mis vasallos viajaban bajo mi dirección y que a fin de disponer del tiempo necesario para observar las cosas con mayor detenimiento, no conservamos esta configuración especial de nuestro cuerpo que tus sentidos no pueden percibir y cuya sutileza nos hubiera hecho caminar demasiado deprisa, de forma que nos hicimos pájaros. Siguiendo mis órdenes, todos mis súbditos se convirtieron en águilas y en cuanto a mí, por temor a que se aburriesen, me metamorfoseé en ruiseñor a fin de dulcificar su trabajo con los encantos de la música. Yo seguía el rápido vuelo de mi pueblo, sin volar yo mismo porque me había posado sobre la cabeza de uno de mis vasallos, y así seguíamos nuestro camino, cuando un ruiseñor, habitante de una provincia del país opaco por el que atravesábamos entonces, asombrado de verme en poder de un águila (ya que quien nos veía sólo podía tomarnos por tales) se puso a lamentar mi desgracia. Hice que mis gentes se detuvieran y descendimos sobre las copas de algunos árboles en donde suspiraba este pájaro caritativo. Me produjo tanto placer la dulzura de sus tristes cantos que, a fin de gozar de ellos más tiempo y más a mis anchas, no quise

desengañarlo. Improvisé sobre la marcha una historia en la que le conté las desdichas imaginarias que me habían hecho caer en las garras de esta águila. Mezclé tantas aventuras tan sorprendentes en las que se despertaban hábilmente las pasiones y con el canto tan ajustado a la letra que el ruiseñor se sintió completamente trastornado.

Nos gorjeamos recíprocamente y uno tras otro la historia en música de nuestros mutuos amores. A través de mis melodías, yo cantaba que no solamente me consolaba, sino que incluso me alegraba de mis desastres porque me habían proporcionado la gloria de que se me llorara con canciones tan bellas. El pequeño inconsolable a su vez me respondía con las suyas que aceptaría con alegría toda la estima que le profesaba si supiera que así alcanzaría el honor de morir en mi lugar, pero como la Fortuna no había reservado tanta gloria a un desdichado como él, sólo aceptaría de esa estima lo preciso para que no tuviera que avergonzarme de nuestra amistad. Le respondí con todos los transportes, todas las ternuras y todas las zalemas de una pasión tan tierna que en dos o tres ocasiones lo vi presto a desfallecer de amor sobre su rama. En verdad mezclé tanta habilidad en la dulzura de mi voz y sorprendía su oído con tonos tan sabios y frases tan poco frecuentes en los de su especie que transportaba su bella alma a todas las pasiones en las que quería subyugarla. Empleamos veinticuatro horas en este ejercicio y creo que no nos habiéramos cansado jamás de hacernos el amor si nuestras gargantas no nos hubieran negado la voz. Fue el único obstáculo que nos impidió proseguir pues, al sentir que la tarea comenzaba a desgarrarme la garganta y que no podría continuar sin desmayarme, le hice señal de que se acercara. El peligro en que creía que me hallaba en medio de tantas águilas lo convenció de que lo llamaba en mi auxilio. Voló de inmediato en mi ayuda y, queriendo darme una hermosa prueba de que por un amigo estaba dispuesto a desafiar a la muerte hasta en su mismo trono, vino a posarse valientemente sobre el gran pico ganchudo del águila en la que yo estaba encaramado. Ciertamente, un valor tan denodado en un animal tan feble me impresionó porque, aunque fuera yo quien lo había llamado como él lo había visto, y aunque entre los animales de especie semejante ayudar al desdichado es una ley, no obstante, el instinto propio de su débil naturaleza debía haberle hecho reflexionar y, sin embargo, no reflexionó en absoluto, sino que emprendió vuelo con tal rapidez que no sé quién voló primero, si la señal o el ruiseñor. Feliz de ver bajo sus patas la cabeza de su tirano y encantado de pensar que iba a sacrificarse por amor a mí, casi entre mis alas giró dulcemente la mirada hacia mi lado y, tras decirme una especie de adiós con unos ojos con los que parecía pedirme permiso para morir, hundió tan rápidamente el pico en los ojos del águila que antes los vi reventados que atacados. Cuando mi pájaro se sintió ciego, se fabricó una vista nueva de inmediato. Amonesté dulcemente al ruiseñor por su acción precipitada y, juzgando que sería demasiado peligroso seguir ocultándole nuestro ser verdadero, me descubrí a él y le conté quiénes éramos. Pero el pobre animal, persuadido de que los bárbaros de los que era prisionero me obligaban a inventarme esta fábula, no otorgó fe alguna a lo que pudiera decirle. Cuando comprendí que

todas las razones por las que pretendía convencerlo se las llevaba el viento, di algunas órdenes por lo bajo a diez o doce mil súbditos míos y de inmediato el ruiñeñor vio fluir un río bajo sus patas y flotando sobre él, un barco. Tenía la envergadura necesaria para contener dos como yo. A la primera señal que les hice las águilas se fueron volando y yo me metí en el esquife desde donde grité al ruiñeñor que no podía decidirse a abandonarme tan pronto, que se embarcara conmigo. Una vez hubo entrado ordené al río fluir hacia la región hacia la que volaba mi pueblo. Pero al ser la fluidez de las ondas menor que la del aire y, por consiguiente, al ser su vuelo más rápido que nuestra navegación, íbamos con algo de retraso.

Durante todo el camino me esforcé en desengañar a mi pequeño huésped. Le demostré que no debía esperar fruto alguno de su pasión, ya que no pertenecíamos a la misma especie, que podría haberlo reconocido cuando el águila a la que había saltado los ojos se había forjado unos nuevos en su presencia y cuando doce mil de mis vasallos, siguiendo mis órdenes, se habían transformado en el río y en el barco sobre los que navegábamos. Mis esfuerzos no tuvieron éxito alguno. Me respondió, en cuanto al águila, que yo quería hacerle creer que se había fabricado ojos nuevos cuando no tenía necesidad de ellos al no estar ciega porque él no había atinado con el pico en sus órbitas. En cuanto al río y el barco que yo decía que habían sido engendrados por una metamorfosis de mi pueblo, en realidad estaban en el bosque desde la creación del mundo, sólo que nadie los había observado. Viéndolo tan ingenioso a la hora de engañarse, acordé con él que mis vasallos y yo nos metamorfosearíamos a su vista en lo que él quisiera a cambio de que, después, volviera a su patria. Una vez quiso que nos transformáramos en árbol, otra en flor, otra vez en fruto, otra en metal, en piedra. Finalmente, y para satisfacer de una vez por entero su deseo, cuando nos reunimos con mi corte en el lugar en que la había ordenado que me esperara, nos metamorfoseamos a los ojos del ruiñeñor en ese precioso árbol que encontraste en tu camino y cuya forma acabamos de abandonar.

Por lo demás, ahora que veo este pajarito dispuesto a regresar a su país, mis súbditos y yo vamos a recuperar nuestra forma y a seguir nuestro viaje. Pero antes es razonable que te revelemos quiénes somos. Somos animales nativos y originarios del Sol en la parte luminosa, porque hay una diferencia muy notable entre los pueblos que produce la región luminosa y los pueblos del país opaco. Somos aquellos a quienes llamáis espíritus en el mundo de la Tierra y vuestra presuntuosa estupidez nos ha dado este nombre porque, al no poder imaginar animales más perfectos que el hombre y viendo que ciertas criaturas hacen cosas por encima de las facultades humanas, habéis creído que esos animales son espíritus; pero os equivocáis de medio a medio pues somos animales como vosotros porque, aunque cuando nos place damos a nuestra materia, como acabas de verlo, la figura y la forma esencial de las cosas en las que queremos metamorfosearnos, de ahí no se sigue que seamos espíritus. Pero escucha y te descubriré cómo todas esas metamorfosis que te parecen otros tantos milagros no son nada más que puros efectos naturales. Debes saber que,

habiendo nacido habitantes de la parte clara de este gran mundo en el que el principio de la materia es estar en acción, tenemos la imaginación mucho más activa que la de los habitantes de las regiones opacas y la sustancia del cuerpo también mucho más lábil. Dado lo anterior, por supuesto resulta evidente que, al no encontrar ningún obstáculo en la materia de que estamos hechos, nuestra imaginación la organiza como quiere y, sometiendo a su poder nuestra masa, remueve todas sus partículas para obligarla a seguir el orden necesario para constituir en grande la cosa que se había formado en pequeño. De este modo, al haber imaginado cada uno de nosotros el lugar y la parte de ese precioso árbol en los que quería cambiarse y al haber incitado mediante este esfuerzo de la imaginación nuestra materia a los movimientos necesarios para producirlos, nos hemos metamorfoseado en ellos. Así, mi águila con los ojos reventados no tuvo más que imaginarse un águila clarividente para restablecer su vista, ya que todas nuestras transformaciones se producen por medio del movimiento. Por eso, cuando nos hemos transmutado en hombres a partir de las hojas, las flores y los frutos que éramos, nos has visto bailar durante algún tiempo, porque aún no nos habíamos repuesto de la sacudida que fue preciso dar a nuestra materia para hacernos hombres. A semejanza de las campanas que aun habiéndose detenido siguen resonando algún tiempo después y continúan dando el mismo sonido que producía el badajo al golpearlas, nos has visto bailar antes de componer ese hombre grande porque, para hacerlo, nos ha sido preciso darnos todos los movimientos generales y particulares necesarios para constituirlo a fin de que esta animación, estrechando poco a poco nuestros cuerpos y absorbiendo en uno solo a cada uno de nosotros por su movimiento crease en cada parte el movimiento específico que necesita. Vosotros los hombres no podéis hacer tales cosas debido a la pesantez de vuestro cuerpo y la frialdad de vuestra imaginación.

Prosiguió con su demostración y la sostuvo con ejemplos tan familiares y tangibles que finalmente me desengañé de una gran cantidad de opiniones mal demostradas con las que nuestros atontados doctores perjudican el entendimiento de los débiles. Comencé a entender entonces por qué, en efecto, la imaginación de estos pueblos solares que es más cálida a causa del clima, igual que sus cuerpos son más ligeros y los individuos más cambiantes por la misma razón (dado que en este mundo no hay, como en el nuestro, una actividad del centro que pueda desviar la materia del movimiento que le imprime esa imaginación), comencé a entender, digo, que esta imaginación podía producir sin milagro alguno todos los milagros que acababa de hacer. Mil ejemplos de casos casi iguales de los que dan fe los pueblos de nuestro globo acabaron de persuadirme: Cippus, rey de Italia quien, por haber asistido a una lid de toros y haber estado toda la noche con la imaginación ocupada con cuernos, al día siguiente amaneció con cuernos en la frente^[96]. Gallo Vibio^[97], quien forzó su alma y la incitó con tanta fuerza a comprender la esencia de la locura que se volvió loco a fuerza de dar a su materia por un esfuerzo de imaginación los mismos movimientos que esta materia necesita para constituir la locura. El rey Codro^[98],

enfermo de los pulmones, se curó de su mal clavando sus ojos y su pensamiento en el frescor de un semblante joven y consiguiendo que la alegría floreciente que le llegaba desde la adolescencia del muchacho tomara en su cuerpo el movimiento por el que éste se imaginaba la salud de un joven. Por último, muchas mujeres embarazadas han convertido en monstruos a sus hijos ya formados en la matriz porque su imaginación no era bastante fuerte para darles a ellas la forma de monstruos que habían imaginado, pero sí lo era para organizar la materia del feto, mucho más cálida y móvil que la suya en el orden necesario para la producción de esos monstruos. Incluso me convencí de que si cuando aquel famoso hipocondríaco de la Antigüedad se imaginaba ser un cántaro^[99], su materia demasiado compacta y pesada hubiera podido seguir la emoción de su fantasía, habría parecido a todo el mundo un cántaro verdadero como sólo se lo parecía a sí mismo.

Con otros tantos ejemplos satisfactorios quedé de tal modo convencido que ya no dudé de ninguna de las maravillas que el hombre-espíritu me había contado. Me preguntó si no deseaba nada más de él y le di las gracias de todo corazón. De inmediato tuvo la bondad de aconsejarme que, al ser habitante de la tierra, siguiera al ruiseñor a las regiones opacas del Sol, porque eran más conformes a los placeres que gustan a la naturaleza humana. No bien hubo terminado su discurso, cuando abrió mucho la boca y vi salir del fondo de su gárganta al rey de aquellos pequeños animales en forma de ruiseñor. El hombre grande cayó de inmediato al suelo y, al mismo tiempo, todos sus miembros troceados emprendieron el vuelo en forma de águilas. Aquel ruiseñor, creador de sí mismo, se posó sobre la cabeza de la más hermosa de ellas, desde donde entonó una melodía admirable con la que creo que me decía adiós. El verdadero ruiseñor también emprendió el vuelo, pero no de su lado, ni tampoco subió tan alto, de forma que no lo perdí de vista, pues caminábamos más o menos al paso ya que, dado que no tenía intención de llegar a un lugar antes que a otro, me alegré de acompañarlo. Sin contar con que, siendo las regiones opacas de los pájaros más acordes con mi temperamento, esperaba encontrar en ellas aventuras más apropiadas a mi humor.

Con esta esperanza viajé por lo menos tres semanas a plena satisfacción mía si no hubiera tenido otra cosa que el oído por satisfacer, pues el ruiseñor no permitía que careciera de música. Cuando se cansaba venía a posarse sobre mi hombro y cuando yo me detenía, me esperaba. Finalmente, llegué a una región del reino de este pequeño cantor que ya no se preocupó más por acompañarme, por lo que lo perdí de vista. Lo busqué, lo llamé pero, por último, me fatigué tanto de correr en vano tras él que resolví reposar. A tal efecto me tendí sobre una mata de blanda hierba que tapizaba el pie de un gran peñasco. Este peñasco estaba cubierto por varios árboles cuyo frescor verde y alegre hablaba de juventud pero, rendido por los encantos del lugar, comencé a dormir a su sombra.

Historia de los pájaros^[100]

Comenzaba a dormirme a la sombra cuando divisé en el aire un pájaro maravilloso que planeaba sobre mi cabeza. Se sostenía con un movimiento tan ligero e imperceptible que estuve un tiempo dudando si no sería otro pequeño universo oscilando sobre su propio centro. Sin embargo, fue descendiendo poco a poco y llegó finalmente tan cerca de mí que mis ojos, aliviados, se llenaron con su imagen. La cola parecía verde, el vientre azul esmaltado, las alas encarnadas y la cabeza de púrpura, al agitarse, hacía brillar una corona de oro cuyos rayos refulgían de sus ojos. Estuvo largo rato volando en la nube y yo, estaba tan pendiente de todo cuanto hiciera, que mi alma se había replegado y casi como reducido a la sola función de ver, sin alcanzar la de oír, por lo que no podía entender que el pájaro hablaba al cantar.

Regresado poco a poco de mi éxtasis, pude distinguir claramente las sílabas, las palabras y el discurso que articulaba.

He aquí en la medida en que los recuerdo los términos con que hiló el tejido de su canción:

—Sois extranjero —silbó muy agradablemente— y nacisteis en un mundo del que yo soy originario. Esa disposición secreta que nos hace conmovernos por nuestros compatriotas es el instinto que me induce a querer que conozcáis mi vida.

Veo vuestro ánimo perplejo tratando de comprender cómo sea posible que me haga entender de vos con un discurso continuado dado que, aunque los pájaros imiten vuestra palabra, no la comprenden. Pero cuando vosotros imitáis el ladrido de un perro o el canto de un ruiseñor, tampoco comprendéis lo que el perro y el ruiseñor hayan querido decir. Llegad así a la conclusión de que no por ello son menos racionales los ruiseñores ni los hombres.

No obstante, igual que entre vosotros hay personas ilustradas que entienden y hablan nuestra lengua, como Apolonio de Tiana, Anaximandro, Esopo^[101] y muchos otros cuyos nombres no cito porque no los conocéis, entre nosotros los hay que entienden y hablan vuestra lengua. Algunos, en verdad, no saben más que la de una nación. Pero al igual que hay pájaros que no hablan una palabra, algunos que gorjean y otros que hablan, también los hay más perfectos que saben valerse de toda clase de idiomas. En cuanto a mí, tengo el honor de pertenecer a ese pequeño grupo.

Por lo demás, sabréis que en cualquiera de los mundos la naturaleza ha impreso en los pájaros un deseo secreto de volar hasta aquí y es posible que sea esta emoción de nuestra voluntad la que haya hecho que nos crezcan alas; al igual que las mujeres embarazadas imprimen en sus hijos la forma de las cosas que desean; o también igual que esos que, deseosos de aprender a nadar, se los ha visto arrojar a la corriente de los ríos mientras dormían y sobreponerse con más destreza que un nadador experimentado a peligros a los que no hubieran hecho frente despiertos; o como ese

hijo del rey Creso a quien un vehemente deseo de hablar para salvaguardar a su padre le hizo aprender de golpe una lengua^[102]; o, finalmente, como aquel antiguo que, sorprendido por el enemigo y sin armas, sintió que le crecían sobre la frente los cuernos de un toro por el deseo que le inspiró un furor semejante al de ese animal.

Así, cuando los pájaros llegan al Sol, van a unirse a la república de su especie. Ya veo que estáis impaciente por saber quién soy. Soy aquel que entre vosotros se llama el ave Fénix. En cada mundo sólo hay un ave Fénix cada vez que lo habita durante cien años. Al cabo de un siglo, cuando ha puesto un gran huevo en cualquier montaña de Arabia en medio de los carbones de su hoguera en la que ha escogido como materia ramas de aloe, de canela y de incienso, emprende el vuelo y se dirige hacia el Sol como la patria a la que su corazón lleva largo tiempo aspirando. Antes ha hecho todos los preparativos para el viaje pero la pesantez del huevo, cuya cáscara es tan espesa que hace falta un siglo para incubarlo retardaba siempre la empresa.

Estoy seguro de que será difícil para vos entender esta producción milagrosa y por eso quiero explicárosla. El ave Fénix es hermafrodita, pero entre los hermafroditas hay además otro Fénix extraordinario que...

Estuvo medio cuarto de hora sin hablar y después añadió:

—Ya veo que sospecháis que es falso lo que acabo de deciros pero, si no digo la verdad, que jamás llegue a vuestro mundo sin que un águila me ataque.

Todavía estuvo un tiempo sobrevolando en el cielo y después se fue.

La admiración que me había causado su relato me inspiró la curiosidad de seguirlo y como hendía las ondas celestes con un vuelo poco precipitado, lo seguí fácilmente con los ojos y los pies.

Aproximadamente al cabo de cincuenta leguas me encontré en un país tan lleno de pájaros que su cantidad casi igualaba a la de las hojas de árbol que los cubría. Lo que más me sorprendió fue que aquellos pájaros, en lugar de sobresaltarse con mi presencia, revoloteaban en derredor mío. Uno me silbaba al oído. Otro hacía la rueda sobre mi cabeza. En resumen, después de haber observado sus cabriolas bastante tiempo, de repente sentí los brazos cargados con más de un millón de todo tipo de especies que pesaban tanto que no me permitían moverlos.

En este estado me tuvieron hasta que vi llegar cuatro grandes águilas, de las cuales dos me agarraron por las piernas y las otras dos por los brazos y me elevaron a mucha altura.

Entre la muchedumbre de aves observé una urraca que volaba y revoloteaba con mucha premura, ora hacia aquí, ora hacia allí, y la entendí que me decía que no me defendiese, ya que sus compañeras tenían orden de sacarme los ojos. Esta advertencia impidió toda resistencia que hubiera podido ofrecer, de forma que las águilas me llevaron a más de mil leguas de allí, a un gran bosque que era (según lo que me dijo mi urraca) la ciudad en la que su rey tenía la residencia.

Lo primero que hicieron fue arrojarme en prisión en el tronco hueco de un roble en cuyas ramas se encaramó gran número de las más robustas, que ejercieron las

funciones de una compañía de soldados bajo las armas.

A las veinticuatro horas aproximadamente llegaron otras de guardia para relevar a las anteriores. Mientras yo esperaba con gran melancolía lo que la Fortuna fuera servida de decidir sobre mis desgracias, mi caritativa urraca me explicó todo lo que pasaba.

Entre otras cosas recuerdo que me advirtió de que el populacho de los pájaros había protestado mucho por el hecho de que se me detuviera tanto tiempo sin devorarme; que ya se habían quejado de que adelgazaría de tal modo que no se encontraría en mí nada más que los huesos para roer.

Los rumores iban camino de convertirse en sedición. Como mi urraca se atreviera a sostener que hacer morir así, sin conocimiento de causa, un animal que en cierto modo les era cercano en el uso de la razón era un proceder de bárbaros, quisieron hacerla pedazos alegando que es ridículo creer que un animal desnudo al que la naturaleza, a la hora de crearlo, no se ha molestado en proporcionar las cosas necesarias para la conservación, fuera capaz de razonar como ellas.

—Y todavía —añadían— si se tratase de un animal que se acercara algo más a nuestra forma. Pero es justamente el menos parecido y el más espantoso; en fin, una bestia sin pelo, un ave desplumada, una quimera compuesta con todo tipo de caracteres y que inspira miedo a todas: el hombre, decimos, tan necio y tan vanidoso que está convencido de que se nos ha hecho para él; el hombre que, con su alma clarividente, no sabe distinguir el azúcar del arsénico, que se tragará la cicuta que su sano juicio le habrá hecho confundir con el perejil; el hombre, que sostiene que sólo se razona gracias a los sentidos y que, sin embargo, tiene los sentidos más débiles, los más lentos y los más falsos de todas las criaturas; el hombre, por último, al que la naturaleza ha creado como los monstruos por hacer de todo pero en el que, sin embargo, ha imbuido la ambición de mandar sobre todos los animales para exterminarlos.

Esto era lo que decían los más prudentes. En cuanto al pueblo, gritaba que era horrible creer que una bestia cuyo rostro no se parecía al suyo tuviera uso de razón. «¡Cómo!» murmuraban entre ellos, «no tiene pico ni plumas ni garras y ¿se supone que tiene un alma espiritual? ¡Dios, qué impertinencia!».

La compasión que sentían por mí los más generosos no impidió que se me instruyera un proceso criminal: se levantaron todos los atestados sobre la corteza de un ciprés y, al cabo de algunos días, me llevaron ante el Tribunal de los Pájaros. Los abogados, fiscales y jueces de la causa eran urracas, arrendajos y estorninos y sólo se había escogido a los que entendían mi lengua.

En lugar de interrogarme sentado sobre el banquillo me pusieron a horcajadas sobre un tocón de madera podrida y, tras chasquear el pico dos o tres veces y sacudir majestuosamente su plumaje, el que presidía la vista me preguntó de dónde era, de qué nación y de qué especie. Mi caritativa urraca habíame dado antes algunas instrucciones que me resultaron muy saludables, entre otras que me cuidase muy

mucho de confesar que era un hombre. Respondí, por tanto, que venía de ese pequeño mundo al que se llama Tierra, del que el ave Fénix y algunas otras que veía entre la concurrencia podrían haberle hablado; que el clima que me había visto nacer se situaba en la zona templada del Polo Norte, en un extremo de Europa que se conoce como Francia. En cuanto a lo que se refería a mi especie, que no era un hombre en absoluto, como se figuraban, sino mono; que los hombres me habían secuestrado en la cuna siendo muy niño y me habían criado con ellos; que la mala educación que me dieron había hecho que mi piel fuera delicada; que me habían hecho olvidar mi lengua natural e instruido en la suya; que, por complacer a esos animales feroces, me acostumbré a caminar sobre dos pies; y que, finalmente, dado que es más fácil descender que ascender en la escala de las especies, la opinión, la costumbre y la alimentación de aquellas bestias inmundas tenían tal poder sobre mí que mis padres, que son monos de alcurnia, apenas podrían reconocerme. Añadí, a título de prueba, que me hicieran examinar por expertos y que si se descubría que soy hombre, me sometería a la pena de aniquilación como si fuera un monstruo.

—Señores —exclamó una golondrina de la audiencia una vez hube terminado de hablar—, es culpable: no olvidéis que acaba de decir que el país que lo vio nacer es Francia. Pero, como sabéis, en Francia los simios no se reproducen. Juzgad después de esto si es lo que presume que es.

Respondí a mi acusadora que me habían arrebatado del seno de mis padres y transportado a Francia siendo tan niño que en buena ley podía llamar mi país natal a aquel del que tenía mis primeros recuerdos.

Aunque habilidosa, esta excusa no era suficiente. Pero la mayoría de los presentes, encantada de escuchar que no era hombre, no tenía inconveniente en creerlo, porque los que jamás habían visto uno no podían convencerse de que un hombre no fuera algo mucho más horrible de lo que yo les parecía. Y los más sensatos añadían que el hombre era algo tan abominable que resultaba útil se creyera que no era sino un ser imaginario.

Toda la concurrencia batió las alas de alegría y de inmediato se me puso en manos de los síndicos para que me examinaran con encargo de regresar al día siguiente y de que presentaran su informe a la apertura de la sesión. Se pusieron manos a la obra y me llevaron a un soto apartado. Mientras estuve allí no hicieron otra cosa que gesticular alrededor de mí haciendo cien clases de cabriolas y caminando en procesión con cáscaras de nuez sobre la cabeza. A veces hacían zapatetas con los pies, a veces cavaban hoyos pequeños para rellenarlos enseguida. Por mi parte, estaba asombrado de no ver allí a nadie.

El día y la noche transcurrieron ocupados en estas fruslerías hasta la mañana siguiente en que, habiendo sonado la hora prescrita, me llevaron directamente a comparecer ante mis jueces ante quienes mis síndicos, emplazados a decir la verdad, respondieron que en descargo de su conciencia se sentían obligados a advertir al tribunal que sin duda yo no era un mono, como me jactaba de ser.

—Pues —decían— ha sido inútil que saltáramos, camináramos, hiciéramos piruetas e inventáramos mil artimañas en presencia suya por las cuales queríamos inducirlo a hacer lo mismo, según las costumbres de los simios. Porque, aunque se haya criado entre hombres, como un mono es siempre un mono, sostenemos que no hubiera podido abstenerse de imitar nuestras monerías. Tal es, señores, nuestro informe.

Los jueces se juntaron para deliberar pero, al ver que el cielo se encapotaba y parecía cargado de nubes, se decidió levantar la sesión.

Ya imaginaba yo que la aparición del mal tiempo les había hecho aplazar la sesión cuando el fiscal vino a decirme por orden del tribunal que no se me juzgaría aquel día, que nunca se substanciaba un procedimiento criminal cuando el cielo no estaba sereno porque temían que la mala temperatura del aire alterase algo en la buena actitud de ánimo de los jueces y que la tristeza que invade el humor de los pájaros durante la lluvia afectara la causa o que, finalmente, el tribunal se vengase de su tristeza en el acusado. Por ello se aplazó mi juicio hasta que hiciera mejor tiempo. Me llevaron de nuevo a la prisión y recuerdo que durante el trayecto apenas me abandonó mi caritativa urraca pues volaba siempre a mi lado y creo que no me habría dejado si sus compañeros no se hubieran aproximado.

Finalmente, llegué al lugar de mi prisión en donde durante mi cautiverio sólo se me alimentó de pan de rey, que era como llamaban a una cincuentena de gusanos y otras tantas larvas que me traían para comer cada siete horas.

Creía, como todo el mundo, que volvería a comparecer al día siguiente, pero uno de mis guardianes me dijo al cabo de cinco o seis días que todo ese tiempo se había empleado en hacer justicia a una comunidad de jilgueros que la había instado en contra de uno de los suyos. Pregunté al guardián de qué delito se acusaba a aquel desdichado.

Del peor delito —replicó el guardián— con que puede mancillarse un pájaro. Se le acusa... pero ¡Dios mío! Sólo de pensar en ello se me erizan las plumas sobre la cabeza. Se le acusa de que, luego de seis años, aún no ha merecido tener amigo alguno. Por ello lo han condenado a ser rey, y rey de un pueblo diferente a su especie. Si sus súbditos fueran de su naturaleza, hubiera podido participar, al menos con los ojos y el deseo, de sus voluptuosidades; pero como los placeres de una especie no tienen relación alguna con los de otra, soportará todas las fatigas y beberá todas las hieles de la realeza sin poder gustar ninguna de sus dulzuras. Se le ha despachado esta mañana rodeado de muchos médicos para impedir que se envenene por el camino.

Aunque mi guardián era conversador por naturaleza, no se atrevió a seguir hablando solo conmigo por temor a que se sospechara que había entendimiento entre nosotros.

Hacia el fin de semana me llevaron de nuevo ante mis jueces.

Me encajaron en una horquilla de un árbol pequeño sin hojas. Los pájaros de

lengua toga, abogados, consejeros y presidentes se posaron por pisos, cada cual según su dignidad, en la copa de un gran cedro. En cuanto a los otros, que sólo asistían a la vista por curiosidad, se sentaron de cualquier forma, según se fueron llenando las plazas hasta que todos los asientos estuvieron ocupados, es decir, hasta que las ramas del cedro se cubrieron de patas.

La urraca que había observado siempre tan llena de compasión por mí vino a posarse sobre mi árbol en donde, fingiendo que se entretenía en picotear el musgo, me dijo:

—En verdad, no sabéis hasta dónde me afecta vuestra desgracia. No ignoro que un hombre es una plaga entre los seres vivos que habría que eliminar en todo Estado bien regido. Sin embargo, siempre que recuerdo que me arrebataron de la cuna para criarme entre ellos, que aprendí su lengua tan perfectamente que casi olvidé la mía, que comía de sus quesos tiernos tan excelentes que, cuando los recuerdo se me hacen agua los ojos y la boca, siento por vos una ternura que me impide pronunciarme sobre la justicia de la causa.

Acababa de hablar cuando nos interrumpió la llegada de un águila, que vino a posarse entre las ramas de un árbol bastante cercano al mío. Quise levantarme para prosternarme ante ella creyendo que fuera la reina, pero mi urraca me mantuvo con su pata sobre mi asiento.

—¿Pensabais pues —me dijo— que esta gran águila fuera nuestra soberana? Es una fantasía que tenéis los hombres que, a causa de que dejáis mandar a los más grandes, los más fuertes y los más crueles de vuestros compañeros habéis creído estúpidamente, juzgando todas las cosas por vuestro rasero, que el águila debería mandar sobre nosotros.

Pero nuestra política es muy otra, porque sólo escogemos por reyes a los más débiles, los más dulces y los más pacíficos y además los cambiamos cada seis meses. Los escogemos débiles para que hasta los más pequeños a quienes hayan causado algún mal puedan vengarse de ellos. Los escogemos dulces para que no odien ni se hagan odiar por nadie y queremos que sea de un humor pacífico para evitar la guerra, la causa de todas las injusticias.

Cada semana se convocan Cortes y todo el mundo puede quejarse del rey. Con que haya solamente tres pájaros insatisfechos con su gobierno se le depone y se procede a una nueva elección.

Durante la celebración de las cortes se sube a nuestro rey a la copa de un gran tejo, al borde de un estanque, con los pies y las alas atados. Todos los pájaros desfilan ante él uno tras otro y, si alguno de ellos lo sabe merecedor de la última pena, puede tirarlo al agua: pero es necesario que justifique de inmediato la razón para hacerlo, pues de otro modo se lo condena a la muerte triste.

No pude evitar interrumpirlo para preguntarle qué entendía por muerte triste y esto es lo que me replicó:

—Cuando se considera que el delito de un culpable es tan grave que la muerte es

poca cosa para expiarlo, se trata de escoger una que contenga el dolor de varias y se procede de este modo:

Aquellos de nosotros que tienen el canto más melancólico y más fúnebre son asignados a acompañar al culpable, al que se conduce sobre un funesto ciprés. Una vez allí, estos tristes músicos se agrupan a su alrededor y le colman el alma a través del oído con canciones tan lúgubres y trágicas que se consume a ojos vista y muere sofocado por la tristeza, por cuanto la amargura de su dolor desordena la economía de sus órganos y le oprime el corazón.

En todo caso, un espectáculo así es infrecuente porque, como nuestros reyes son muy dulces no obligan jamás a nadie a correr el peligro de una muerte tan cruel por el hecho de vengarse.

Actualmente, el rey es un palomo cuyo humor es tan pacífico que el otro día en que era necesario reconciliar dos gorriones fue casi imposible hacerle comprender lo que fuera la enemistad.

Mi urraca no pudo seguir con su discurso sin que algunos de los asistentes no lo observaran y, como sea que ya era sospechosa de algún entendimiento conmigo, los superiores de la asamblea hicieron que un águila de la guardia la agarrara por el cuello y la detuviera. En esto llegó el rey palomo. Todos se callaron y lo primero que rompió el silencio fue el alegato que el gran censor de las aves hizo contra la urraca. El rey, enteramente informado del escándalo que el ave había causado, le preguntó su nombre y cómo me conocía.

—Majestad —respondió ella muy asombrada—, me llamo Margot. Hay aquí muchos pájaros de calidad que responderán de mí. Un día en el mundo de la Tierra, del que soy nativa, pude saber gracias a Guillery, *el Resfriado*, aquí presente (quien, al oírme llorar en la jaula, vino a visitarme a la ventana en la que estaba colgada), que mi padre era Colacorta y mi madre Cascanueces. Sin él nunca lo hubiera sabido porque me habían secuestrado nada más nacer de debajo de las alas de mis padres en la cuna. Mi madre murió del disgusto poco tiempo después y mi padre, de edad demasiado avanzada para tener más hijos, desesperado de verse sin herederos, se fue a la guerra de los arrendajos, en la que encontró la muerte de un picotazo en el cerebro. Mis secuestradores fueron ciertos animales salvajes a los que llaman porquerizos, que me llevaron a venderme al castillo, en donde vi al hombre al que ahora procesáis. No se si sintió cierta buena voluntad hacia mí, pero se tomó la molestia de advertir a la servidumbre que me preparara el condumio. A veces tenía la bondad de traérmelo él mismo. Cuando estaba helada, me llevaba cerca del fuego. Tapaba la jaula u ordenaba al jardinero que me calentara en su camisa. Los criados no se atrevían a molestarme en su presencia y me acuerdo que un día me salvó de las fauces de un gato entre cuyas garras me había puesto el paje de mi señora. Pero no estará de más exponeros la causa de esta barbarie. Para complacer a Verdelet (que era el nombre del paje) un día repetía yo las tonterías que me había enseñado. Pero una vez en que yo repetía como de costumbre mis puyas de corrido, quiso la desgracia

que él entrase con un recado falso justamente cuando yo decía:

—Callaos, hijo de puta; habéis mentido.

El acusado aquí presente que conocía el natural mentiroso del bribón pensó que yo podría haber hablado una profecía y mandó averiguar si Verdelet venía de donde decía; Verdelet hubo de confesar su bellaquería, Verdelet fue azotado y Verdelet, como venganza, quiso que me comiera el morrongo. Con un movimiento de cabeza el rey mostró que aprobaba la piedad que la urraca había tenido de mi desgracia. No obstante, le prohibió que volviera a hablarme en secreto. Luego preguntó a mi acusador si tenía listo su alegato. Éste hizo señal con la pata de que iba a hablar y éstos son, creo, los mismos argumentos que presentó en contra de mí.

Alegato presentado ante el Tribunal de los Pájaros en sesión conjunta de ambas cámaras contra un animal al que se acusa de ser un hombre

—Señores la acusación contra este criminal es Guillermina la Carnosa, perdiz de origen, recientemente llegada de la Tierra con la garganta aún abierta por una bala de plomo que le han disparado los hombres, querellante en contra del género humano y por consiguiente respecto a un animal que sostengo que es un miembro de esa numerosa clase. No estaría de más que impidiéramos mediante la pena de muerte las violencias que podría realizar. Sin embargo, como la salvación o la muerte de todo cuanto vive es de importancia para la República de los vivos, me parece que mereceríamos ser hombres, es decir, despojados de la razón y de la inmortalidad que nosotros les llevamos de ventaja si nos pareciéramos a ellos en cualquiera de sus injusticias.

Examinemos, pues, señores las dificultades de este proceso con toda la medida de la que son capaces nuestros divinos espíritus.

El meollo del asunto consiste en averiguar si este animal es un hombre y, luego, en caso de que concluyamos que lo es, si merece la muerte por ello.

En cuanto a mí, me parece evidente que es hombre. Primero porque es tan desvergonzado que miente al sostener que no lo es. Segundo porque ríe como un loco. Tercero porque llora como un necio. Cuarto porque se suena la nariz como un villano. Quinto porque es implume como un sarnoso. Sexto porque lleva la cola delante. Séptimo porque tiene siempre una serie de piedritas cuadradas en la boca que no escupe ni traga. Octavo y último porque pone en lo alto todas las mañanas los ojos, la nariz y su ancho pico, abre las manos con la punta de los dedos hacia el cielo y las junta palma con palma, como si fueran una sola y le fastidiara tener las dos libres, se

rompe las piernas por la mitad de forma que cae de rodillas; luego, con unas palabras mágicas que murmura me he dado cuenta de que sus piernas rotas se recomponen y que vuelve a levantarse tan alegre como antes. Ahora bien, sabéis, señores que de todos los animales únicamente el hombre tiene el alma tan negra que es capaz de entregarse a la magia y, en consecuencia, éste de aquí es un hombre. Ahora es preciso considerar si, por ser hombre, merece la muerte.

Pienso, señores, que jamás se ha puesto en duda que todas las criaturas son obra de nuestra madre común para vivir en sociedad. Por tanto, si pruebo que el hombre no ha nacido más que para romperla, ¿acaso no probaré que, al ir contra el fin de su creación, merece que la naturaleza se arrepienta de su obra?

La primera ley y la más fundamental para la conservación de una República es la igualdad. Pero el hombre no es capaz de soportarla eternamente. Se apodera de nosotros para comernos, se convence a sí mismo de que no estamos hechos más que para él. Toma como prueba de su pretendida superioridad la barbarie con la que nos masaca y la escasa resistencia que encuentra a la hora de vencer nuestra debilidad y, sin embargo, se niega a reconocer como amos a las águilas, los cóndores y los buitres que dominan a los más robustos entre ellos.

Pero ¿por qué este tamaño y disposición de los miembros determinaría la diferencia entre especies cuando entre ellos mismos se encuentran enanos y gigantes?

Además, esta dominación de la que se vanaglorian es un derecho imaginario. Por el contrario, son tan proclives a la servidumbre que, de miedo de no tener a quien servir, se venden su libertad unos a otros. De tal modo los jóvenes son esclavos de los viejos, los pobres de los ricos, los campesinos de los hidalgos, los príncipes de los monarcas y los monarcas mismos de las leyes que han establecido. Pero con todo ello, estos pobres siervos tienen tanto miedo a no encontrar amos que, cual si creyeran que la libertad les viene de algún lugar insospechado, se forjan dioses en todas partes, en el agua, en el aire, en el fuego, bajo la tierra. Antes se los fabrican de madera que dejar de tenerlos. Y creo que acarician falsas esperanzas de inmortalidad, menos por el horror que les inspira la nada que por el temor a que no haya nadie que les dé órdenes después de la muerte. Tal es el lindo efecto de esta fantástica monarquía y de esta dominación tan natural del hombre sobre los animales y sobre nosotros mismos. Porque su insolencia ha llegado hasta este extremo. No obstante, a consecuencia de este principado ridículo se atribuye bonitamente el derecho de vida y muerte sobre nosotros, nos tiende emboscadas, nos encadena, nos encierra en prisiones, nos degüella, nos come, y de la capacidad para matar a quienes son libres hace un timbre de nobleza^[103]. Piensa que el Sol alumbra para iluminarlo cuando nos hace la guerra, que la naturaleza nos ha permitido tender nuestros caminos en el cielo solamente con la finalidad de que pueda extraer auspicios favorables o desfavorables de nuestro vuelo y que cuando Dios puso entrañas en nuestros cuerpos no tuvo otra intención que hacer un gran libro en el que el hombre pudiera aprender la ciencia de las cosas futuras.

Y bien, ¿no es este un orgullo completamente insoportable? Quién lo concibió, ¿merecería un castigo menor que el de ser hombre? Pero no son estas cuestiones por las que os pido que condenéis a éste: dado que la pobre bestia carece del uso de razón, como nosotros, lo disculpo sus errores en cuanto que son producto de falta de entendimiento. Pero pido justicia para aquellos otros que sólo son hijos de la voluntad. Por ejemplo, del hecho de que nos mate sin que lo hayamos atacado; de que nos coma pudiendo saciar su hambre con alimentos más convenientes; y del que considero el más cobarde de todos: de que pervierta la bondad natural de algunos de los nuestros, como los alcotanes, los halcones y los buitres para instruirlos en la matanza de los suyos, en degollar a sus semejantes en entregarnos en sus manos.

Solamente esta consideración es tan abrumadora que pido al tribunal para él la pena de la muerte triste.

Toda la sala se estremeció de horror ante tan gran suplicio, razón por la cual, para ejercer de moderador, el rey hizo una señal a mi abogado para que contestara.

Era un estornino, gran jurisconsulto, quien, tras golpear tres veces con la pata sobre la rama que lo sostenía, se dirigió de este modo a la asamblea:

—Es cierto, señores, que, movido por la piedad, acepté hacerme cargo de la defensa de esta desgraciada bestia. Pero al ir a pronunciar mi alegato me asaltó un remordimiento y me habló algo como una voz secreta que me prohibió realizar una acción tan detestable. De tal forma, señores, os declaro, así como a todo el tribunal, que, para cuidar de la salvación de mi alma, no quiero coadyuvar en modo alguno a la conservación de un monstruo como el hombre.

Todo el populacho chasqueó con los picos en señal de regocijo y para felicitarse por la sinceridad de un pájaro de bien.

Mi urraca se ofreció a defenderme en su lugar, pero se la obligó a callar debido a que, habiéndose criado entre los hombres y estando quizá infectada de su moral, era de temer que aportase a la causa un ánimo parcial. Porque el Tribunal de los Pájaros no tolera en modo alguno escuchar a un abogado que se interese más por una parte que por la otra a menos que pueda justificar que esta inclinación concuerda con el mejor derecho de la parte.

Cuando mis jueces vieron que nadie acudía en mi defensa, extendieron y sacudieron las alas y volaron de inmediato a la deliberación.

La mayoría, según supe después, insistió mucho en que se me impusiera la pena de muerte triste, pero cuando se vio que el rey se inclinaba a la dulzura, cada cual revisó su opinión. De este modo, mis jueces se moderaron y en lugar de la muerte triste, de la que me hicieron gracia, encontraron que, para compensar con mi castigo algunos de mis crímenes, era mejor aniquilarme mediante un suplicio que sirviera para desengañarme de esa pretendida superioridad del hombre sobre los pájaros, esto es, que se me abandonara a la cólera de los más débiles entre ellos. Es decir, que me condenaron a ser devorado por las moscas.

Al mismo tiempo, se levantó la sesión y oí murmurar que no se habían extendido

más en especificar las circunstancias de mi tragedia a causa del accidente acaecido a un pájaro de los presentes, que se había desmayado cuando quería hablar al rey. Se cree que el desmayo fue debido al horror que experimentó al contemplar demasiado fijamente a un hombre. Por ello se dio orden de sacarme de allí.

Antes se pronunció mi sentencia y, apenas hubo acabado de leérmela el quebrantahuesos que actuaba de secretario del tribunal, cuando vi que el cielo en torno mío estaba completamente negro de moscas, abejorros, abejas, avispa, mosquitos y pulgas que zumbaban de impaciencia.

Estaba esperando a que mis águilas me levantasen como era habitual pero en su lugar vi un enorme avestruz negro que me puso vergonzosamente a horcajadas sobre su lomo, ya que esta postura es la más ignominiosa que se pueda aplicar a un criminal y jamás se condena a ella a pájaro alguno por grave que sea el delito cometido.

Los alguaciles que me condujeron al suplicio eran una cincuentena de cóndores y otros tantos buitres por delante y detrás de ellos volaba lentamente una procesión de cuervos que graznaban algo lúgubre y me pareció oír que unas lechuzas contestaban a lo lejos.

Desde el lugar en que me fue pronunciada la sentencia dos aves del Paraíso a las que se había encargado que me asistieran en la hora de la muerte vinieron a posarse sobre mis hombros.

Si bien tenía alma muy atribulada a causa del horror del paso que me esperaba, recuerdo casi todos los razonamientos con los que dichas aves intentaban consolarme.

—La muerte —me dijeron (poniendo el pico en mi oído)— no es sin duda una desgracia mayor, puesto que la naturaleza, nuestra buena madre, somete a ella a todos sus hijos y tampoco debe de ser cosa de gran consecuencia, ya que llega en todo momento y por poca cosa; porque si la vida fuera tan excelente, no estaría en nuestro poder no darla. Y si la muerte acarreará consigo las consecuencias de la importancia que te imaginas, no estaría en nuestro poder darla. Es mucho más probable lo contrario, esto es, que si el animal comienza la vida mediante un juego, la termine del mismo modo. Te hablo de este modo debido a que, pues tu alma no es inmortal como la nuestra, puedes suponer que cuando tú mueres, todo muere contigo. No te aflijas pues por hacer antes lo que algunos de tus compañeros harán más tarde. Su condición es más deplorable que la tuya porque si la muerte es un mal, no lo es más que para quienes van a morir y ellos, a diferencia de ti que no te queda más de una hora todavía, pasaran cincuenta o sesenta años en situación de poder morir. Y además reconócame que el que no ha nacido no es desgraciado. Por tanto, vas a ser como quien no ha nacido. Un instante después de la vida serás lo que eras un instante antes de nacer^[104]. Y una vez transcurrido aquel instante llevarás muerto tanto tiempo como quien murió hace mil siglos. En todo caso, supuesto que la vida sea un bien, la misma casualidad que hace que seas ahora en la infinidad del tiempo, ¿no podrá hacer que vuelvas a ser otra vez? La materia que a fuerza de mezclarse alcanza por fin esa cantidad, esa disposición y ese orden necesarios para la construcción de tu ser ¿acaso

no puede volver a mezclarse a fin de llegar a la disposición necesaria para hacer que sientas ser de nuevo? Sí, me dirás, pero no recordaré haber sido. ¡Ah, querido hermano! ¿Qué te importa con tal de que sientas que eres? Y además, ¿no podrá ser que para consolarte de la pérdida de la vida te imagines las mismas razones que yo te expongo ahora?

Son consideraciones de peso suficiente para hacerte pasar este amargo trance con paciencia. Todavía me quedan otras más poderosas que sin duda te invitarán a desear pasarlo. Es necesario, querido hermano mío, que te convenzas de que, como tú y los otros brutos sois seres materiales y como la muerte, en lugar de aniquilar la materia, lo único que hace es trastornar su economía, debes dar por cierto que, al cesar de ser lo que eras, comenzarás a ser alguna otra cosa. Aunque no seas más que una mota de tierra o un guijarro, siempre serás algo menos malvado que el hombre^[105]. Pero tengo un secreto que revelarte que no quisiera que ninguno de mis compañeros me hubiera oído. Dado que vas a ser comido por nuestros pájaros pequeños, pasarás a su sustancia. Sí, te cabrá el honor de contribuir, aunque sea ciegamente, a la actividad intelectual de nuestras moscas y de participar en la gloria de hacerlas razonar, ya que no podrás razonar tú mismo.

En este momento de la exhortación llegamos al lugar destinado para mi suplicio.

Había cuatro árboles muy próximos entre sí y casi a la misma distancia unos de los otros y sobre cada uno de ellos se había posado una gran garza aproximadamente a la misma altura. Me bajaron del avestruz negro y una gran cantidad de cormoranes me subió a donde me esperaban las cuatro garzas. Estos pájaros, uno frente a otro, cada uno de ellos bien apoyado en su árbol respectivo, enroscaron sus pescuezos de prodigiosa longitud, como si fueran cuerdas, unos en torno a mis brazos y otros a las piernas, y me apretaron tanto que, aunque cada uno de mis miembros sólo estaba sujeto por un cuello, no podía moverlo en modo alguno.

Tenían que permanecer largo tiempo en esta posición porque oí que se encargaba a los cormoranes que me habían elevado que fueran a pescar para las garzas y les metieran la comida en el pico.

Seguíamos esperando las moscas debido a que no volaban a nuestra velocidad, pero al poco ya se las oía.

Lo primero que hicieron fue repartirse mi cuerpo y este reparto se hizo con tanta maldad que los ojos se asignaron a las abejas, a fin de que me los reventaran mientras se los comían; la orejas a los abejorros para aturdirlos y devorarlos al mismo tiempo; los hombros a las pulgas para que los llenaran de mordeduras y me los destruyeran y así todo el resto. Apenas terminé de oírles dar sus órdenes cuando las vi acercarse de inmediato. Parecía como si todos los átomos de que está compuesto el aire se hubieran convertido en moscas, puesto que sólo alcanzaba a divisar dos o tres débiles rayos de luz que parecían esconderse para llegar hasta mí, tal era la densidad de estos batallones y tan cerca estaban de mi carne.

Más cuando cada uno de ellos estaba eligiendo con delectación el lugar en el que

debía morder, los vi retroceder de pronto y entre la confusión de una serie infinita de estallidos que llegaban hasta las nubes, escuché repetir varias veces la palabra ¡Gracia, gracia, gracia!

Inmediatamente se me aproximaron dos tórtolas. A su llegada desaparecieron todos los funestos preparativos de mi muerte. Sentí que mis garzas aflojaban los lazos de sus largos pescuezos con los que me ataban. Mi cuerpo, extendido en aspa, cayó desde la copa de los cuatro árboles a los pies de sus raíces.

No esperaba otra cosa de mi caída sino estrellarme en el suelo sobre alguna roca, pero en contra de mi temor me asombró encontrarme sentado sobre un avestruz blanco que, en cuanto me sintió sobre su lomo, se puso a galopar.

Me llevaron por un camino distinto al que me había traído, pues recuerdo que atravesé un gran bosque de mirtos y otro de terebintos terminando en otro gran bosque de olivos en donde me esperaba el rey palomo con toda su corte.

En cuanto me vio, hizo señal de que se me ayudara a descender. De inmediato dos águilas de la guardia me tendieron las patas y me llevaron hasta su príncipe.

Por respeto quise abrazar y besar los pequeños espolones de Su Majestad, pero él se apartó.

—Quiero preguntaros —dijo antes— si conocéis este pájaro.

Con estas palabras me mostró un loro que se puso a hacer la rueda y a batir las alas como si se diera cuenta de que estaba examinándolo.

—Me parece —exclamé— que lo he visto en alguna parte, pero estoy tan confuso por el miedo y la alegría que no sé en dónde con exactitud.

Por su lado, el loro vino a abrazarme el rostro con las dos alas y me dijo:

—¡Cómo! ¿Ya no conocéis a César, el loro de vuestra prima respecto al cual habéis sostenido tantas veces que los pájaros razonan? Soy yo quien durante vuestro proceso he querido declarar en audiencia las obligaciones que tengo con vos. Pero el dolor de veros en tan gran peligro me hizo desmayarme.

Sus palabras acabaron de abrirme los ojos. Habiéndolo reconocido lo abracé y lo besé y él me abrazó y me besó.

—Así, pues —dije—, ¿eres tú, mi pobre César, a quien abrí la jaula para devolverte la libertad que la tiránica costumbre de nuestro mundo te había quitado?

El rey interrumpió nuestras caricias y me habló de esta forma:

—Hombre, entre nosotros una buena acción no se pierde jamás y por ello aunque, como hombre, mereces morir sólo por haber nacido, el Senado te perdona la vida. Con esta consideración la cámara reconoce las luces con las que la naturaleza ha iluminado tu instinto cuando te hizo presentir en nosotros la razón que no eras capaz de conocer. Ve pues en paz y vive feliz.

Dio algunas órdenes en voz muy baja y mi avestruz blanco, conducido por las dos tórtolas, me sacó de la reunión.

Luego de haber galopado cosa de medio día me dejó cerca de un bosque en el que me adentré una vez que el avestruz se alejó. Allí comencé a degustar el placer de la

libertad y el de comer la miel que corría a lo largo de la corteza de los árboles.

Creo que no hubiera dejado jamás de pasear porque la agradable variedad del lugar me hacía descubrir cada vez algo más hermoso si mi cuerpo hubiera podido resistir la fatiga, pero como me encontraba agotado de cansancio, me dejé caer sobre la hierba.

Tumbado así a la sombra de aquellos árboles, me sentía invitado al sueño por el dulce frescor y el silencio de la soledad cuando un ruido impreciso de voces confusas que me parecía oír revoloteando en derredor mío me despertó con un sobresalto.

El terreno parecía muy llano y no había en él matorral alguno que pudiera obstaculizar la vista, razón por la cual la mía se extendía muy lejos entre los árboles del bosque. Sin embargo, el murmullo que alcanzaba mis oídos sólo podía venir de algún sitio muy próximo, de forma que reforzando mi atención, escuché con toda claridad una serie de palabras griegas y entre las muchas personas que conversaban, distinguí una que se expresaba así:

—Señor médico, uno de mis aliados, el olmo tricéfalo, acaba de enviarme un pinzón para comunicarme que padece una fiebre hética y un fuerte mal de musgo que lo cubre de la cabeza a los pies. Os suplico por la amistad que nos une, que le prescribáis algo.

Estuve algún tiempo sin escuchar nada, pero al cabo de un instante me pareció oír que alguien replicaba así:

—Aunque el olmo tricéfalo no fuera vuestro aliado y aunque en lugar de vos, que sois mi amigo, el que me hiciera este ruego fuera el más extraño de nuestra especie, mi profesión me obliga a socorrer a todo el mundo. Haréis decir pues al olmo tricéfalo que para curar su enfermedad necesita absorber el máximo de humedad y el mínimo de sequedad que pueda; que a estos efectos debe orientar los pelos absorbentes de sus raíces hacia el lado más húmedo de su lecho, no ocuparse más que de cosas alegres y hacer que todos los días le interpreten música algunos ruseñores de gran calidad. Después, que os haga saber cómo le sienta ese régimen de vida y más tarde, según evolucione su enfermedad, cuando hayamos analizado sus humores, alguna de mis cigüeñas amigas le dará una lavativa de mi parte que lo pondrá en plena convalecencia.

Pronunciadas estas palabras no volví a escuchar el menor ruido, sino que un cuarto de hora más tarde, una voz que creía no haber escuchado hasta entonces llegó a mis oídos y así es como habló.

—Hola, ahorquillado, ¿dormís?

Oí que otra voz respondía así:

—No, corteza-fresca, ¿por qué?

—Es que —siguió la primera voz que había roto el silencio— tengo la misma sensación que nos invade de costumbre cuando se acercan esos animales que se llaman hombre y quisiera preguntaros si vos también la sentís.

Pasó algún tiempo antes de que la otra voz respondiera, como si hubiera querido

aplicar a esta indagación sus sentidos más secretos. Luego exclamó:

—¡Dios mío, tenéis razón! Y os juro que tengo los sentidos tan llenos de los efluvios de un hombre que seré el más equivocado del mundo si no hay uno muy cerca de aquí.

Entonces se sumaron varias voces que decían que sin duda sentían que había un hombre.

Ya podía yo mirar en todas direcciones que no descubrí en absoluto de dónde podían provenir aquellas palabras. Por último, tras haberme repuesto algo del horror en que me había sumido este acontecimiento, respondí a la voz de la que me parecía que era la que se había preguntado si había un hombre que sí, que había uno:

—Pero os suplico —continué de inmediato—, quienquiera que seáis los que me habláis, me digáis en dónde estáis.

Un momento después escuché estas palabras:

—Estamos en tu presencia, tus ojos nos miran pero tú no nos ves. Contempla los robles en los que sentimos que tienes fija la mirada, somos nosotros los que te hablamos y si te asombras de que hablemos una lengua utilizada en el mundo del que vienes, sabe que nuestros primeros padres son originarios de él. Vivían en el Epiro, en el bosque de Dodona, en donde su bondad natural los llevó a dar oráculos a los afligidos que los consultaban^[106]. A este efecto, para que se les entendiera, habían aprendido la lengua griega, la más universal que había entonces. Y como nosotros descendemos de ellos de padres a hijos, el don de la profecía ha llegado a nosotros. Sabrás igualmente que una gran águila a la que nuestros padres en Dodona daban refugio, al no poder ir de caza porque se había roto una mano, comía las bellotas que sus ramajes le proporcionaban. Un día, harta de vivir en un mundo en el que sufría tanto, emprendió el vuelo hacia el Sol e hizo su viaje tan felizmente que finalmente llegó al mundo luminoso en el que estamos nosotros. Pero, a su llegada, el calor del clima la hizo vomitar: expulsó gran cantidad de bellotas que aún no había digerido. Las bellotas germinaron y crecieron robles que fueron nuestros antepasados.

Así es como cambiamos de asentamiento. Sin embargo, aunque me oigáis hablar una lengua humana, eso no quiere decir que los demás árboles se expresen de la misma forma. Solamente nosotros, los robles salidos del bosque de Dodona hablamos como vosotros. En cuanto a las otras especies, su forma de expresarse es como sigue. ¿No habéis observado ese viento dulce y sutil que nunca deja de soplar en las lindes de los bosques? Es el hálito de sus palabras y ese suave murmullo o ese rumor delicado con los que rompen el silencio sagrado de su soledad es su lenguaje propiamente hablando. Pero aunque el rumor de los bosques parece siempre el mismo es en realidad tan distinto que cada especie de árbol guarda la suya particular, de forma que el abedul no habla como el arce ni el haya como el cerezo. Si la estúpida gente de vuestro mundo me hubiera oído hablar como lo hago, creería que se trata de un diablo encerrado en mi corteza, puesto que, lejos de creer que podamos razonar, ni siquiera se imagina que tengamos un alma sensible, aunque vea todos los días cómo

al primer hachazo con el que el leñador ataca un árbol, la hoja entra en la pulpa cuatro veces más que en el segundo golpe. Debiera conjeturar que seguramente el primer golpe lo ha sorprendido y lo ha cogido por sorpresa pero, una vez que el dolor lo ha puesto en guardia, se recoge en sí mismo, reúne sus fuerzas para combatir y en cierto modo se petrifica para resistir a la dureza de las armas de su enemigo. Pero no es mi intención hacer comprender la luz a los ciegos. Para mí un individuo vale por toda la especie y toda la especie no es más que un individuo cuando éste no está infectado por los errores de la especie. Por ello prestad atención ya que, al hablaros, creo hablar a toda la especie humana.

Habéis de saber pues en primer lugar que casi todos los conciertos con los que los pájaros hacen música se componen en loor de los árboles. Pero también en recompensa por el cuidado que ponen en celebrar nuestros buenos actos nosotros nos tomamos el de ocultar sus amores. Porque no imaginaréis que cuando tenéis tantas dificultades para descubrir sus nidos ello se deba solamente a la prudencia con la que los han ocultado. Es el árbol quien ha plegado sus ramas por sí mismo en torno al nido para proteger a la familia de su huésped de las crueldades del hombre. Y por si hay alguna duda, considerad los nidos de aquellos que han nacido para destruir a los otros pájaros, sus conciudadanos, como los gavilanes, los baharíes, los milanos, los halcones, etc., o los que no hablan más que para sembrar cizaña, como los arrendajos y las urracas, o los que se divierten inspirándonos miedo, como los búhos y los auillos. Observaréis que el nido de éstos está abandonado a la vista de todo el mundo porque el árbol ha apartado sus ramas para entregarlo como presa^[107].

Pero no es preciso pormenorizar tanto las cosas para probar que los árboles ejercen todas vuestras funciones, las del cuerpo y las del alma. ¿Hay alguno entre vosotros que no haya observado que, en primavera, cuando el sol ha reavivado nuestra corteza con una savia fecunda, alargamos nuestras ramas y las extendemos cargadas de frutos sobre el seno de la tierra de la que estamos enamorados? La tierra, por su parte, se entreabre y se calienta con el mismo ardor y como si cada una de nuestras ramas fuera un... la tierra se acerca para unirse con ella y nuestras ramas, transportadas de placer, descargan en su seno la simiente que ella arde en deseos de concebir. Luego tarda nueve meses en formar el embrión antes de darlo a luz. Pero el árbol, su marido, que teme que el frío del invierno perjudique su embarazo, se despoja de su ropaje verde para cubrirla, contentándose por su parte para esconder algo de su desnudez con un abrigo viejo de hojas muertas.

—¡Ah, bien! Vosotros los hombres miráis estas cosas durante una eternidad pero no las veis nunca. Ante vuestros ojos han sucedido cosas mucho más convincentes que ni han conmovido a los obstinados.

Tenía atención fija en los discursos con que esta voz arbórea hablaba conmigo y esperaba la continuación cuando, de golpe, se detuvo con un sonido parecido al de una persona que no puede continuar porque le falta el aliento.

Cuando vi que se obstinaba en guardar silencio, la conjuré por todo aquello que

suponía que más pudiera conmoverta que se dignase instruir a una persona que no había corrido los riesgos de un viaje tan largo más que para ilustrarse. En ese instante escuché también dos o tres voces que, por amor a mí, le dirigían los mismos ruegos y distinguí una que le dijo como si estuviera enfadada:

—Bueno, ya que os lamentáis tanto por vuestros pulmones, reposad mientras yo le cuento la historia de los árboles amantes.

—¡Ah, quien quiera que seáis! —exclamé, arrodillándome—, el más sabio de los robles de Dodona, que os dignáis tomaros la molestia de instruirme, sabed que no impartiréis lección a un ingrato, pues me comprometo a divulgar las maravillas de las que me otorgáis el honor de ser testigo si alguna vez vuelvo a mi país natal.

Acababa de hacer esta promesa cuando escuche la misma voz continuar de esta forma:

—Observad, hombrecillo, a doce o quince pasos a vuestra derecha; veréis dos árboles gemelos de altura media que confunden sus ramas y raíces y tratan de mil formas de no ser más que uno.

Volví los ojos hacia esas plantas de amor y observé que las hojas de los dos, ligeramente agitadas por una emoción casi voluntaria, suscitaban al estremecerse un murmullo muy delicado apenas audible y con el cual se hubiera dicho que trataban de interrogarse y responderse.

Una vez transcurrido el tiempo necesario para observar aquel vegetal doble, mi buen amigo el roble retomó el hilo de su discurso:

No es posible que hayáis vivido tanto sin que haya llegado a vuestro conocimiento la famosa amistad de Pílates y Orestes^[108].

Os describiría todas las alegrías de una dulce pasión y os contaría todos los milagros con los que estos amantes asombraron su siglo si no temiera que tanta luz ofuscara los ojos de vuestra razón. Por ello me limitaré a pintar estos dos jóvenes soles en su ocaso.

Os bastará con saber que un día el bravo Orestes, luchando en la batalla, buscaba a su querido Pílates para degustar el placer de vencer o morir en su presencia, cuando lo divisó en medio de cien brazos de hierro que se alzaban sobre su cabeza. ¡Ay! Y ¿qué hizo? Desesperado se lanzó a través de un bosque de picas, gritaba, aullaba, echaba espuma por la boca. Pero ¡expreso tan pobremente el horror de los movimientos de este ser inconsolable! Se arrancaba los cabellos, se comía las manos, desgarraba sus heridas. Con todo debo decir al comienzo de esta descripción que el medio de expresar su dolor murió con él. Cuando creía que podía abrirse un camino con su espada para ir a socorrer a Pílates, se le opuso una montaña de hombres. No obstante, se abalanzó sobre ellos y después de haber avanzado largo trecho sobre los trofeos sangrantes de su victoria, fue acercándose poco a poco a Pílates. Pero Pílates le pareció tan próximo a la muerte que no osaba detener a sus enemigos por temor de sobrevivir al ser que era su razón de ser. Hubiérase dicho que con la mirada de sus ojos ya plenos de las sombras de la muerte trataba de envenenar a los matadores de su

amigo. Por último, Pílates cayó sin vida y el enamorado Orestes, que sentía también la suya en el borde de los labios, la retuvo hasta que, habiendo buscado con su mirada perdida y encontrado entre los muertos a Pílates, pareció que, al juntar las bocas hubiera querido verter su alma en el cuerpo del amigo.

El más joven de estos héroes expiró de dolor sobre el cadáver de su amigo y sabed que de la podredumbre de sus cuerpos que sin duda habían fecundado la tierra se vio germinar entre los huesos ya blancos de sus esqueletos dos tiernos arbolitos cuyos troncos y ramas, juntándose en desorden parecían no apresurarse a crecer más que para entrelazarse más^[109]. Se supo así que habían cambiado de ser sin olvidar lo que habían sido, puesto que sus capullos perfumados se inclinaban el uno sobre el otro y se daban calor mutuamente con su aliento como para hacerse florecer más deprisa. ¿Y qué, diré de la amorosa equidad que mantenía su unidad? Jamás se ofrecía a sus cepas el jugo en el que reside el alimento que no lo compartiesen con ceremonia. Nunca estaba uno mal alimentado sin que el otro padeciera de inanición. Los dos succionaban por dentro el pecho de su nodriza como vosotros lo succionáis por fuera. Finalmente, estos amantes dichosos produjeron manzanas, pero manzanas portentosas que hicieron más milagros aun que sus padres. Apenas se habían comido las manzanas de uno cuando se caía perdidamente enamorado de cualquiera que hubiera comido el fruto del otro. Y este accidente sucedía casi todos los días porque todos los retoños de Pílates rodeaban o se encontraban rodeados por los de Orestes y sus frutos, casi gemelos, no podían decidirse a alejarse.

No obstante, la naturaleza había diferenciado la energía de aquella doble esencia con tanta precaución que cuando un hombre había comido el fruto de uno de los árboles y otro hombre el del otro árbol, ello engendraba una amistad recíproca. Y cuando eso mismo sucedía con dos personas de sexo distinto, se engendraba el amor, pero un amor vigoroso que conservaba siempre el carácter de su origen, por cuanto aunque este fruto proporcionase su efecto a la potencia, dulcificando su virtud en una mujer, conservaba sin embargo siempre algo de viril.

Es preciso subrayar que aquel de los dos que más cantidad hubiera comido sería el más amado. No había cuidado de que este fruto no fuera dulcísimo y muy hermoso, ya que nada hay tan hermoso ni tan dulce como la amistad. Fueron pues estas dos cualidades de la belleza y la bondad las que lo pusieron de moda. ¡Ah, cuántas veces multiplicó el ejemplo de Pílates y Orestes gracias a su milagrosa virtud! Desde aquel momento se vieron Hércules y Teseos, Aquiles y Patroclos, Nisos y Euríalos^[110], en resumen, una cantidad incalculable de los que por amistad han consagrado su memoria en el templo de la eternidad. Se llevaron brotes de los árboles al Peloponeso y con ellos se adornó el campo de prácticas en el que los tebanos ejercitaban a sus jóvenes. Estos árboles gemelos se plantaban en línea y en el tiempo de la sazón, cuando los frutos colgaban de las ramas los jóvenes que iban diariamente al campo, tentados por su hermosura, no se abstenían de comer de ellos. Como solía suceder, su valor sentía el efecto de inmediato. Se los vio entregarse recíprocamente las almas sin

orden alguno y a cada uno de ellos convertirse los unos en la mitad de los otros, vivir menos en ellos mismos que en sus amigos y al más cobarde capaz de realizar los actos más temerarios por su amante.

Esta enfermedad celestial caldeó su sangre con tan noble ardor que, por consejo de los más sabios, se organizó esta tropa de amantes en una misma compañía militar para ir a la guerra. Posteriormente se la denominó la *unidad sagrada* a causa de los actos heroicos que realizó. Sus hazañas sobrepasaron en mucho lo que Tebas se había prometido, porque cada uno de aquellos valientes realizaba esfuerzos tan increíbles en el combate para proteger a su amante o merecer su amor como jamás se había visto en la Antigüedad. Mientras sobrevivió esta compañía amorosa, los tebanos, que antes pasaban por ser los peores soldados entre los griegos, vencieron y superaron siempre desde los lacedemonios mismos hasta los pueblos más belicosos de la Tierra.

Pero entre la cantidad infinita de acciones dignas de elogio de que estas manzanas fueron causa, también produjeron otras vergonzosas, aunque no intencionadamente.

Mirra, joven de alcurnia, comió de estos frutos con Cíniras, su padre^[111]. Por desgracia, uno de los frutos era de Pílates y el otro de Orestes. El amor enturbió de inmediato la naturaleza y la confundió de tal modo que Cíniras juraba «soy mi yerno» y Mirra «soy mi madrastra». En fin, creo que para mostraros este crimen bastará con añadir que, al cabo de nueve meses, el padre se convirtió en el abuelo de lo que engendró y la hija dio a luz a sus hermanos.

Es más, el azar no se dio por contento con este crimen sino que quiso que un toro entrara en los jardines del rey Minos y por desgracia encontrara al pie del árbol de Orestes algunas manzanas que comió. Digo por desgracia porque la reina Pasifae comía todos los días de este fruto. Helos aquí ciegamente enamorados el uno de la otra. No explicaré sin embargo la inmensidad de su placer y bastará con decir que Pasifae se hundió en un crimen del que aún no había ejemplos^[112].

Precisamente en aquel tiempo el famoso escultor Pígalión esculpía una estatua de Venus en mármol^[113]. La reina, a la que placían los buenos artífices, le regaló dos de estas manzanas de la que el artista comió la más hermosa. Como quiera que, casualmente, estuviera falto de agua, que como sabéis es necesaria para trabajar el mármol, humedeció la estatua. En ese momento, impregnado por el jugo de la otra, el mármol se ablandó poco a poco. La enérgica virtud de esta manzana, orientando su trabajo según el proyecto del artista, siguió por dentro de la talla los rasgos que había encontrado en la superficie. De este modo se dilató, se calentó y se coloreó de acuerdo con la naturaleza de las partes que había encontrado en su camino. Finalmente, el mármol cobró vida y, tocado por la pasión de la manzana, abrazó a Pígalión con todas las fuerzas de su corazón y Pígalión, arrebatado de amor, la recibió por esposa.

En esta misma provincia, la joven Ifis había comido de este fruto junto con la bella Yante, su compañera, en todas las circunstancias precisas para originar una amistad recíproca. Al acto de comer siguió el efecto acostumbrado pero, al haberla

encontrado tan sabrosa, Ifis comió tantas que su amistad, que crecía con la cantidad de manzanas de las que no se saciaba, usurpó todas las funciones del amor y, a fuerza de aumentar poco a poco, este amor fue haciéndose más viril y más vigoroso^[114]. Al estar toda ella repleta de este fruto, su cuerpo, que ardía por formar los movimientos que respondieran a los entusiasmos de su voluntad, trastornó la materia en sí mismo con tanta intensidad que construyó órganos mucho más fuertes, capaces de seguir su pensamiento y de satisfacer plenamente su amor en toda su masculina extensión. Es decir, que Ifis se convirtió en lo que es necesario ser para desposar a una mujer.

Si me quedara algún nombre para calificar la aventura que sigue la llamaría milagro.

Un joven muy hermoso que se llamaba Narciso había ganado gracias a su amor el de una joven muy bella a la que los poetas han cantado bajo el nombre de Eco. Pero, como sabéis que las mujeres, más que los de nuestro sexo, no se consideran nunca suficientemente amadas, habiendo oído alabar la virtud de las manzanas de Orestes, se afanó tanto que recogió varias de diversos lugares. Pero como temía que las de un árbol fuesen menos activas que las del otro, pues el amor es siempre temeroso, quiso que gustase de los dos. Apenas las hubo comido el joven cuando la imagen de Eco se borró de su memoria; todo su amor se dirigió hacia el que había ingerido el fruto; fue el amante y el amado porque la sustancia de la manzana de Pílates abrazó dentro de él la de la manzana de Orestes. Este fruto gemelo, extendido por toda su sangre, indujo a todas las partes de su cuerpo a acariciarse. Su corazón, en donde entraba la doble virtud, proyectaba sus llamas dentro de él. Animados por la pasión, todos sus miembros quisieron penetrarse mutuamente. Hasta su imagen, que ardía entre el frescor de los manantiales, atraía su cuerpo para unirse con él. Es decir, el pobre Narciso se enamoró perdidamente de sí mismo.

No os aburriré contándoos su deplorable catástrofe, pues los siglos antiguos han hablado suficientemente de ella^[115]. Me quedan dos aventuras cuya narración consumirá mejor el tiempo que reste.

Sabréis que la bella Salmacis frecuentaba al pastor Hermafrodita^[116], aunque sin más intimidad que la que la vecindad de sus casas podía tolerar, cuando la Fortuna, que se complace en trastornar las vidas más tranquilas, permitió que en una competición de juegos en la que el premio de la belleza y el de la velocidad eran dos de estas manzanas, Hermafrodita consiguiera la de la velocidad y Salmacis la de la belleza. Aunque venían juntas, habían sido recogidas de ramas distintas porque sus frutos amorosos se mezclaban con tanta astucia, que una de Pílates se juntaba siempre con otra de Orestes y tal era el motivo de que, al parecer gemelas, normalmente se recogía una pareja. La bella Salmacis comió la suya y el gentil Hermafrodita guardó la suya en su cesta. Salmacis, encendida de los entusiasmos de su manzana y de la manzana del pastor, que comenzaba a calentarse en la cesta, se sintió atraída hacia él por el flujo y reflujo simpático de su manzana con la otra.

Los padres del pastor, que notaron los amores de la ninfa, trataron de alimentarlo

y acrecentarlo debido a que consideraban esta alianza como algo beneficioso. Por ello, habiendo oído alabar las manzanas gemelas como un fruto cuyo jugo inclinaba los ánimos al amor, lo destilaron y encontraron medio de hacer beber a su hijo y a su amante de la quintaesencia perfeccionada. Su energía, que habían sublimado al máximo límite que podía alcanzar, encendió en el corazón de estos enamorados un deseo tan vehemente de unirse que, a la primera vista, Hermafrodita se absorbió en Salmacis y Salmacis se fundió entre los brazos de Hermafrodita. Pasaron el uno en la otra y, de dos personas de sexo diferente, compusieron un doble no sé qué que no era hombre ni mujer. Cuando Hermafrodita quería gozar de Salmacis, resultaba ser la ninfa y cuando Salmacis quería que Hermafrodita la abrazara, sentía que era el pastor. Sin embargo, este doble no sé qué mantenía su unidad; engendraba y concebía sin ser hombre ni mujer. Finalmente, la naturaleza creó con él una maravilla que desde entonces nadie ha podido imitar.

Pues bien, ¿acaso no son asombrosas estas historias? Lo son. Ver a una hija acostarse con su padre, a una joven princesa satisfacer los amores de un toro, a un hombre aspirar a gozar una piedra, a otro casarse consigo mismo, a una muchacha celebrar como tal un casamiento que consuma como muchacho, otro dejar de ser hombre sin empezar a ser mujer, a otro hacerse mellizo fuera del seno materno y gemelo de una persona con la que no tiene relación alguna, todo eso es algo muy lejano al curso ordinario de la naturaleza. Y, sin embargo, lo que voy a contaros aún os sorprenderá más.

Entre la suntuosa diversidad de toda clase de frutos que llegaron de las regiones más lejanas para el festín de las bodas de Cambises, venía una yema de un árbol de Orestes que él ordeno se injertara en un plátano y, entre las otras exquisiteces del postre, le sirvieron manzanas de ese árbol.

La golosina del manjar lo incitó a comer mucho de él y, al haberse convertido la sustancia de aquel fruto en una simiente perfecta, luego de sus tres cocciones, se formó en el vientre de la reina el embrión de su hijo Artajerjes^[117], ya que todas las particularidades de su vida han hecho conjeturar a los médicos que podía haber sido concebido de este modo.

Cuando el joven corazón del príncipe llegó a la edad de atraer las iras de Amor, pudo observarse que no suspiraba por sus semejantes sino que sólo amaba los árboles, los vergeles, los bosques pero, sobre todos aquellos a los que parecía más sensible, el hermoso plátano en el que su padre Cambises había hecho injertar aquella yema de Orestes era el que le consumía de amor.

Su temperamento seguía con tanta atención el crecimiento del plátano que él mismo parecía crecer con sus ramas. Iba a abrazarlo todos los días. En el sueño no soñaba más que con él. Y organizaba todos sus asuntos bajo la sombra de su verde manto. Pudo observarse que el plátano, agujoneado por un ardor recíproco, estaba encantado con sus caricias, porque en todo momento podía verse cómo sus hojas temblaban y se sobresaltaban de alegría sin razón aparente, así como sus ramas se

curvaban en redondo sobre su cabeza como para hacerle una corona y descender tan próximas a su rostro que resultaba fácil observar que era más para besarle que por su natural inclinación a pender hacia abajo. Al mismo tiempo, se observaba que organizaba y presionaba sus hojas la una contra la otra a causa de los celos por miedo a que, al penetrar a través de ellas, los rayos del sol lo besaran como lo hacía él. A su vez, el rey no conocía límites en su amor. Hizo que instalaran su cama al pie del plátano y el plátano, que no sabía cómo corresponder a tanto afecto, le daba lo que los árboles tienen en mayor aprecio, esto es, su miel y su rocío, que destilaba todas las mañanas sobre él.

Sus caricias recíprocas hubieran durado mucho más si la muerte, enemiga de las cosas bellas, no les hubiera puesto fin: Artajerjes expiró de amor entre los brazos de su querido plátano y todos los persas, afligidos por la pérdida de tan buen príncipe quisieron rendirle tributo después de su muerte y que se incinerara su cuerpo con las ramas de este árbol, sin que se empleara ninguna otra leña para la hoguera.

Cuando comenzó a arder la pira, se vio que la llama del árbol se enroscaba en la de la grasa del cuerpo y que las dos cabelleras ardientes, que se entrelazaban una con la otra formaron una pirámide que ascendió hasta perderse de vista.

Este fuego puro y sutil ascendió a los cielos y cuando hubo llegado al Sol, en donde termina toda materia ígnea, como bien sabéis, formó la semilla del manzano de Orestes que tenéis a vuestra mano derecha.

Con todo, la casta de este fruto se ha perdido en vuestro mundo y así es como llegó a suceder tal desgracia:

Los padres y las madres que, como es conocido, sólo se orientan por el interés en el gobierno de sus familias, irritados de que en cuanto sus hijos gustaban estos frutos prodigaban en su amigo todo lo que poseían, quemaron tantas plantas de éstas como pudieron encontrar. Así se perdió la especie y ésa es la razón por la que ya no se encuentra ningún amigo verdadero.

Sin embargo, a medida que el fuego consumía estos árboles, las lluvias que les cayeron encima calcinaron la ceniza, de modo que ese jugo se petrificó del mismo modo que el humor del helecho quemado se metamorfosea en vidrio. De manera que de las cenizas de estos árboles gemelos se formaron en todas las regiones de la Tierra dos piedras metálicas que se llaman hoy hierro e imán que, a causa de la simpatía de los frutos de Píldes y Orestes, de los que han conservado la virtud, siguen aspirando a abrazarse todos los días. Y observad que si el trozo de imán es mayor, atrae al hierro y si es la pieza de hierro la más grande, es ella la que atrae el imán, como sucedía antaño con el efecto milagroso de las manzanas de Píldes y Orestes, pues el que hubiera comido más de unas de ellas era más amado por el que hubiera comido de la otra.

Así, el hierro se nutre del imán y el imán se nutre del hierro tan visiblemente que éste se oxida y aquel pierde su fuerza a menos que los pongan el uno junto al otro para que restauren lo que pierden de su sustancia.

¿No habéis observado nunca un trozo de imán apoyado sobre limaduras de hierro? Veis cómo el imán se cubre en un instante de estos átomos metálicos y el ardor amoroso con el que se unen es tan súbito e impaciente que, después de haberse abrazado por todas partes, dijérase que no hay un grano de imán que no quiera besar un grano de hierro y ni un grano de hierro que no desee unirse con un grano de imán, porque el hierro y el imán separados proyectan continuamente desde sus masas los corpúsculos más móviles en busca de lo que aman; pero cuando lo han encontrado, como ya no les queda nada que desear, cada uno pone fin a sus viajes y el imán ocupa su descanso en poseer el hierro, igual que el hierro concentra todo su ser en gozar del imán. Así pues, es de la savia de estos dos árboles de la que ha brotado el humor del que han nacido los dos metales. Antes de esto eran desconocidos y si queréis saber de qué forma se fabricaban las armas para la guerra, veréis que Sansón se armó de una mandíbula de asno contra los filisteos; Júpiter, rey de Creta, de fuegos artificiales con los que imitaba el rayo para someter a sus enemigos; Hércules, finalmente, se valía de una maza para vencer a los tiranos y dominar a los monstruos. Pero estos dos metales tienen además una relación mucho más específica con nuestros dos árboles: sabréis que aunque esta pareja de enamorados sin vida se inclinan hacia el polo, no lo hacen sino en compañía el uno del otro, y voy a descubrirlos la razón de ello una vez que os haya contado algo sobre los polos.

Los polos son las bocas del cielo a través de las cuales éste recupera la luz, el calor y las influencias que ha diseminado por la tierra, porque si todos los tesoros del Sol no volvieran a su fuente, haría mucho tiempo que se hubiera extinguido (ya que todo su fulgor no es otra cosa que un polvo de átomos inflamados que se desprenden de su globo) y habría dejado de alumbrar, o bien que esta abundancia de corpúsculos ígneos que se amontonan sobre la tierra sin volver a salir la hubieran consumido. En consecuencia, como os he dicho, es necesario que haya tragaluces en el cielo por donde se exhalan las repleciones de la tierra y de otras partes por donde el cielo pueda reponer las pérdidas con el fin de que la circulación eterna de estos corpúsculos vitales penetre sucesivamente en todos los globos de este enorme universo. En consecuencia, los tragaluces del cielo son los polos por donde se alimenta de las almas de todo aquello que muere en los mundos que contiene y todos los astros son las bocas y los poros por donde se exhalan nuevamente los espíritus. Pero para demostraros que ésta no es una idea tan nueva, cuando vuestros poetas antiguos, a los que la Filosofía había descubierto los más ocultos secretos de la naturaleza, hablaban de un héroe del que querían decir que el alma había ido a vivir con los dioses, se expresaban así: «Ha subido al polo; está sentado en el polo; ha atravesado el polo», porque sabían que los polos son las únicas entradas por donde el cielo recibe todo lo que ha salido de él. Si la autoridad de estos grandes hombres no os satisface por entero, quizá lo haga la experiencia de vuestros modernos, que han viajado hacia el norte. Observaron que, a medida que se acercaban a la Osa durante los seis meses de noche en que se ha creído que en esa región todo era negro, una

gran luz que no podía provenir más que del polo iluminaba el horizonte, porque a medida que se aproximaban y, por tanto, se alejaban del Sol, dicha luz se hacía más intensa. Por tanto, es verosímil que ésta proceda de los rayos de luz y de un gran montón de almas que, como sabéis, no están hechas más que de átomos luminosos que regresan al cielo por sus puertas de costumbre.

Después de lo anterior no es difícil comprender por qué el hierro frotado con el imán o el imán frotado con el hierro se vuelven hacia el polo puesto que, siendo un extracto del cuerpo de Píldes y de Orestes, y conservando siempre las inclinaciones de los dos árboles, al igual que los dos árboles la de los dos amantes, deben aspirar a reunirse con su alma y por ello es por lo que se orientan hacia el polo, por donde imaginan que ha subido, con la reserva, no obstante, de que el hierro no se orienta hacia el polo si no se le frota con el imán ni el imán si no se le frota con el hierro, debido a que el hierro no quiere dejar al mundo privado de su amigo el imán ni el imán privado de su amigo el hierro y no pueden decidirse a emprender el viaje uno sin el otro.

Creo que la voz iba a proseguir su discurso pero sobrevino el ruido de una gran alarma que lo impidió: todo el bosque resonaba con estas dos frases: «¡Cuidado con la plaga! ¡Corre la voz!»

Insté al árbol que tanto me había hablado a explicarme de dónde procedía tanto tumulto.

Amigo mío —me dijo—, todavía no estamos bien informados al respecto en esta parte del bosque acerca de las características de este mal. Solamente os diré en breves palabras que esta plaga que nos amenaza es lo que los hombres llaman incendio. Bien podemos llamarla así, ya que entre nosotros no hay enfermedad más contagiosa. El remedio al que vamos a acudir será retener nuestros alientos y soplar luego todos juntos hacia el lugar de donde vienen las llamas con el fin de rechazar este mal aire. Creo que la que nos ha traído esta fiebre ardiente es una bestia de fuego que hace días ronda alrededor de nuestros bosques porque, dado que nunca van sin fuego y no pueden prescindir de él, será ésta sin duda, la que lo habrá prendido a alguno de nuestros árboles.

Hemos mandado llamar al animal Témpano para que venga en nuestro auxilio, pero aún no ha llegado. Pero, adiós, no tengo tiempo de conversar con vos, ya que hay que pensar en la salud pública; en cuanto a vos, emprended la huida pues, de otro modo, corréis el riesgo de veros atrapado en nuestra desgracia.

Seguí su consejo sin apresurarme mucho sin embargo, pues conozco mis piernas. Pero como sabía tan poco de la geografía del país, al cabo de dieciocho horas de marcha me encontraba detrás del bosque del pensaba estar huyendo y, para mayor angustia, cien espantosos chasquidos de trueno me aturdieron el cerebro, mientras que el funesto y lívido fulgor de mil relámpagos venía a cegar mis pupilas.

Los truenos redoblaban por momentos con tanto furor que se diría que los fundamentos del mundo estaban hundiéndose y, a pesar de todo, el cielo jamás había

aparecido más sereno. Dado que no encontraba explicación racional al hecho, el deseo de conocer la causa de un acontecimiento tan extraordinario me incitó a caminar hacia el lugar de donde parecía provenir el ruido.

Anduve cosa de unos cuatrocientos estadios^[118] al final de los cuales divisé en mitad de un campo muy extenso algo parecido a dos bolas que zumbaban girando la una en torno a la otra durante largo tiempo, aproximándose y distanciándose. Observé que cuando se producía el choque, era cuando se oían los truenos. Pero a medida que avanzaba reconocía que lo que de lejos me habían parecido dos bolas eran dos animales. Uno de ellos, aunque redondo por abajo, formaba un triángulo en la mitad y su cabeza, muy elevada, con su cabellera roja apuntando hacia arriba, se agudizaba en forma de pirámide. Su cuerpo estaba agujereado como una criba y a través de sus orificios abiertos que le servían de poros se veían brotar llamitas que parecían cubrirlo con un plumaje de fuego.

Al acercarme encontré un anciano muy venerable que contemplaba este aparatoso combate con tanta curiosidad como yo. Me hizo señal de que me acercara, lo obedecí y nos sentamos uno junto a otro.

Yo tenía intención de preguntarle por el motivo que lo había llevado a este lugar, pero se me adelantó con estas palabras:

—Muy bien, sabréis el motivo que me ha traído a este lugar.

Y con esto me contó por extenso todas las particularidades de su viaje. Podéis imaginaros si me quedé atónito. No obstante, para aumentar mi consternación, cuando ardía en deseos de preguntarle qué demonio le revelaba mis pensamientos, exclamó:

—No, no; no es un demonio el que me revela vuestros pensamientos...

Este nuevo golpe de adivinación me hizo considerarlo con más atención que antes, con lo que observé que remedaba mi ademán, mis gestos, mi semblante, acoplaba todos sus miembros y componía todas las partes de su rostro según los míos. En fin, mi sombra en tres dimensiones no se me hubiera parecido más.

—Veo —continuó— que os esforzáis por saber por qué os imito y voy a explicároslo. Sabed, pues, que a fin de conocer vuestro fuero interno he dispuesto todas las partes de mi cuerpo en un orden parecido al vuestro puesto que, estando en todas partes en vuestra situación, hago nacer en mí por esta disposición de la materia el mismo pensamiento que esta dicha disposición produce en vos.

Admitiréis que este efecto es posible si en otros momentos habéis observado que los gemelos que son iguales normalmente tienen el ánimo, las pasiones y la voluntad iguales. Hasta se han encontrado en París dos mellizos que siempre han tenido las mismas enfermedades y la misma salud; que se han casado a la misma hora y el mismo día sin hacerlo a propósito; que se han escrito recíprocamente cartas cuyo sentido, texto y composición eran los mismos; y que, por último, han compuesto el mismo tipo de versos sobre el mismo tema, con las mismas agudezas, los mismos giros y el mismo orden. ¿Acaso no veis que sería imposible que si la composición de

los órganos de sus cuerpos es similar en todas las circunstancias, no actuaran de forma similar, ya que dos instrumentos iguales tocados del mismo modo tienen que dar una armonía igual? ¿Y que, de este modo, configurando completamente mi cuerpo como el vuestro y convirtiéndome, por decirlo así, en vuestro gemelo sería imposible que un mismo movimiento de la materia no nos causara a ambos el mismo movimiento de ánimo?

Después de esto se puso a imitarme de nuevo y prosiguió de este modo:

—Ahora os esforzáis por saber la causa del combate de estos dos monstruos y voy a explicárosla. Sabed, pues, que al no haber podido los árboles del bosque a nuestra espalda rechazar con sus soplidos los violentos ataques de la bestia del fuego, han recurrido al animal témpano.

—Hasta ahora —le dije— sólo he oído hablar de esos animales a un roble de este lugar, pero muy de pasada porque únicamente pensaba en protegerse, por lo cual os suplico que me hagáis saber más.

He aquí lo que me dijo.

—Los bosques de este globo en el que nos encontramos estarían muy ralos a causa de la gran cantidad de bestias del fuego que los arrasan, de no ser por los animales témpanos que todos los días vienen a curar los árboles enfermos a ruegos de sus amigos los bosques. Digo curar porque apenas soplan con sus bocas heladas sobre los tizones de esta plaga los extinguen.

En el mundo de la Tierra, del que procedemos vos y yo, la bestia de fuego se llama salamandra y el animal témpano es conocido como rémora. Ahora bien, sabéis que las rémoras habitan en el extremo del polo, en lo más profundo del mar glacial, y que es el frío evaporado de esos peces a través de sus escamas el que hace que se hiele el agua del mar en esas partes, aunque esté salada.

La mayoría de los navegantes que han viajado en descubrimiento de Groenlandia han observado que en cierta estación desaparecen los hielos que otras veces les impidieron la navegación y que este mar estaba libre en el tiempo del invierno más intenso y no dejan de atribuir la causa de ello a algún tipo de calor secreto que los haya fundido. Pero es mucho más probable que las rémoras, que sólo se alimentan de hielo, los hubieran absorbido. Así debéis saber que algunos meses después de haberse saciado, esta espantosa digestión les enfría de tal modo el estómago que sólo el aliento que exhalan vuelve a helar de golpe todo el mar del polo. Cuando las rémoras salen a tierra (pues viven por igual en el uno y el otro elemento), sólo se alimentan de cicuta, acónito, opio y mandrágora.

Las gentes de nuestro mundo se preguntan de dónde proceden esos aires friolentos que acarrear las heladas, pero si nuestros compatriotas supieran como nosotros que las rémoras habitan aquellas regiones también sabrían como nosotros que proceden de los soplidos con los que tratan de rechazar el calor del sol que se les aproxima.

Esta agua estigia^[119] con la cual se envenenó al gran Alejandro^[120] y cuya

frialdad petrifica las entrañas nació de los orines de uno de estos animales. Por último, la rémora contiene todos los principios de la frigidez de forma tan eminente que, cuando pasa por debajo de un navío, éste queda atrapado por el frío y tan aterido que no puede moverse de su sitio. Por este motivo la mitad de los que han zarpado hacia el norte en búsqueda del polo no ha regresado, porque es un milagro que las rémoras, tan abundantes en este mar, no detengan sus navíos. Esto en cuanto a los animales témpanos.

Y en cuanto a las bestias de fuego, residen en la tierra, bajo montañas de alquitrán ardiendo, como el Etna, el Vesuvio o el Cabo Rojo^[121]. Esos granos que veis en la garganta de ese, que proceden de la inflamación del hígado son...

Nos detuvimos aquí, sin hablar para asistir atentamente al tremendo duelo.

La salamandra atacaba con mucho ardor, pero la rémora resistía sin ceder. Cada golpe que se daban producía un trueno, como sucede en los mundos de esta región en donde el choque de una nube caliente con otra fría produce el mismo ruido.

De los ojos de la salamandra brotaba en cada colérica mirada que lanzaba contra su enemigo una luz roja que parecía encender el aire al volar. Sudaba aceite hirviendo y orinaba aguafuerte.

La rémora, por su parte, gruesa, pesada y maciza, mostraba un cuerpo cubierto de escamas de carámbanos. Sus enormes ojos parecían dos platos de cristal y sus miradas lanzaban una luz tan glacial que sentía estremecerse el invierno en cada miembro de mi cuerpo en el que se posaba. Si trataba de protegerme con la mano, ésta se entumecía. El mismo aire que la rodeaba, alcanzado por su rigor, se espesaba convirtiéndose en nieve y la tierra se endurecía a su paso. Yo podía seguir las huellas de la bestia por la cantidad de sabañones que me salían cuando pisaba sobre ellas.

Al inicio del combate y a causa del vigoroso impulso de su ardor, la salamandra había hecho sudar a la rémora pero, a la larga, al enfriarse ese sudor, cubrió toda la llanura de una escarcha tan resbaladiza que la salamandra no podía alcanzar la rémora sin caer. El filósofo y yo nos dimos cuenta de que, a fuerza de caer y levantarse tantas veces, la salamandra se había debilitado, puesto que esos estallidos de trueno antes tan espantosos que producían los choques con su enemigo ya no eran más que el ruido sordo de esos ecos lejanos que señalan el fin de una tormenta. Y tal ruido sordo, amortiguado poco a poco, degeneró en un estremecimiento semejante al que hace el hierro al rojo sumergido en el agua fría.

Cuando la rémora comprendió que el combate estaba en las últimas por el debilitamiento de unos choques que apenas la conmovían, se irguió sobre un vértice de su cuerpo y se dejó caer con todo su peso sobre el estómago de la salamandra con el resultado de que el corazón, en el que la pobre salamandra había concentrado el resto de su ardor, estalló con un ruido tan horrisono que no sé con qué podría compararlo en la naturaleza.

Así murió la bestia de fuego bajo la resistencia perezosa del animal témpano.

Luego de que la rémora se retiró nos acercamos al campo de batalla y, frotándose

las manos con la tierra sobre la que la salamandra había caminado como una especie de protección contra las quemaduras, el anciano agarró el cadáver de la salamandra.

—Con el cuerpo de este animal —me dijo— ya no tengo que encender fuego en mi cocina puesto que, en cuanto lo cuelgue del llar, cocerá y asará todo lo que ponga en el fogón. En cuanto a los ojos, los guardo cuidadosamente. Si estuvieran libres de las sombras de la muerte los tomaríais por pequeños soles. Los antiguos de nuestro mundo sabían aprovecharlos bien. Son lo que llamaban «lámparas ardientes» y sólo se colgaban en las sepulturas suntuosas de los personajes ilustres. Nuestros modernos han encontrado algunos buscando en estos sepulcros famosos pero, en su curiosidad ignorante, los han reventado creyendo que detrás de sus membranas rotas encontrarían el fuego que veían relumbrar en ellas.

El anciano seguía caminando y yo iba tras él, atento a las maravillas que me contaba. Así, a propósito del combate no olvidaré la conversación que mantuvimos referente al animal témpano.

—No creo —me dijo— que hayáis visto rémoras nunca porque estos peces apenas suben a la superficie del agua y además casi nunca abandonan el océano septentrional. Pero sin duda habréis visto ciertos animales que, en cierto modo, puede decirse que son de su especie. Ya os dicho que, yendo hacia el norte, este mar está lleno de rémoras que, como los otros peces, desovan sobre el limo. Habéis de saber que esta simiente, extraída de toda su masa, contiene toda la frialdad de modo tan concentrado que si un navío pasa por encima, se lleva uno o varios gusanos de estos huevos que se convierten en pájaros, cuya sangre fría hace que se los clasifique entre los peces a pesar de que tienen alas. Por eso el sumo pontífice, que conoce su origen, no prohíbe comerlos en cuaresma. Son los que llamáis negretas.

Yo seguía caminando sin otro objetivo que seguirle, pero tan encantado de haber encontrado un hombre, que no osaba apartar los ojos de él, tal era mi temor a perderlo.

—Joven mortal —me dijo— (pues ya veo que aún no habéis pagado el tributo que debemos a la naturaleza como he hecho yo), tan pronto os he visto he observado en vuestro semblante ese no sé qué que suscita el deseo de conocer a la gente. Si no me equivoco respecto a las circunstancias de vuestra conformación corporal, habéis de ser francés y nativo de París. Esa ciudad es el lugar en que terminaron mis desgracias después de haberlas paseado por toda Europa^[122].

Me llamo Campanella y soy calabrés de nación. Desde que llegué al Sol he empleado el tiempo en visitar los países de este gran globo para descubrir sus maravillas. Está dividido en reinos, repúblicas, estados y principados, como la Tierra. De este modo, los cuadrúpedos, los volátiles, las plantas, las piedras, cada uno tiene el suyo. Y aunque algunos de ellos no permiten la entrada a los animales de una especie distinta, especialmente a los hombres, que los pájaros sobre todo odian a muerte, puedo viajar por doquiera sin correr riesgos debido a que el alma del filósofo está tejida de partes mucho más delicadas que los instrumentos de que habrían de

servirse para atormentarla. Estaba yo tan feliz en la provincia de los árboles cuando comenzaron los desórdenes de la salamandra. Esos retumbantes truenos que tenéis que haber oído igual que yo me condujeron a su campo de batalla, al que llegasteis vos un momento después. Por lo demás, regresaba a la provincia de los filósofos...

—¡Cómo! —le dijo yo—. Así pues, ¿también hay filósofos en el Sol?

—Desde luego que los hay —replicó el buen hombre—. Ciertamente, y son los principales habitantes del Sol y precisamente los mismos de cuya fama se hacen lenguas en vuestro mundo. Pronto podréis conversar con ellos siempre que tengáis el coraje de seguirme, puesto que espero llegar a su ciudad antes de tres días. No creo que alcancéis a entender de qué modo han llegado hasta aquí estos grandes genios.

—Desde luego que no —exclamé—. ¿O es que tantas otras personas pueden haber estado cegadas para no ver el camino? ¿O es que después de la muerte comparecemos ante un examinador de espíritus que nos otorga o nos niega el derecho de ciudadanía en el Sol, según nuestra capacidad?

—No es nada de eso —respondió el anciano—. Las almas vienen a reunirse a esta masa de luz por un principio de similitud, ya que este mundo no está hecho de otra cosa que de los espíritus de todo lo que muere en los orbes de alrededor, como Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter o Saturno.

De este modo, cuando una planta, una bestia o un hombre expiran, sus almas suben sin extinguirse en su esfera, igual que veis volar la llama de una candela formando un aguja a pesar del sebo que tira de ella hacia abajo. Así todas estas almas unidas en la esencia de la luz y purgadas de la grosera materia que las sujetaba ejercen funciones mucho más nobles que las de crecer, sentir y razonar, puesto que se emplean en formar la sangre y los espíritus vitales del Sol, ese animal grande y perfecto. De este modo, no tenéis que dudar de que el Sol evidencie un espíritu más perfecto que el vuestro, ya que merced al calor de un millón de estas almas depuradas de las que la suya es un elixir, conoce el secreto de la vida, insufla en la materia de vuestros mundos la potencia para engendrar, hace que los cuerpos sean capaces de sentirse como seres y, por último, se hace ver y hace que todas las cosas se vean.

Ahora sólo me queda por explicar por qué las almas de los filósofos no se unen esencialmente a la masa del Sol como las de los otros hombres.

Hay tres órdenes de espíritus en todos los planetas, es decir, en los pequeños mundos que se mueven en torno a éste.

Los más groseros sólo sirven para conservar la salud del Sol. Los sutiles pueden pasar por sus rayos. Pero los de los filósofos, que no han contraído nada impuro en su exilio, llegan íntegros a la esfera de la luz para convertirse en sus habitantes. Sin embargo, a diferencia de los otros, no se convierten en parte integrante de su masa porque la materia que los compone en el momento de su generación se mezcla tan exactamente que nada puede disgregarla, en todo semejante a la que forma el oro, los diamantes y los astros en los que todas las partes están entrelazadas con tantos vínculos que el disolvente más fuerte no podría aflojarlos.

Así pues, en relación con las otras almas, éstas de los filósofos son como el oro, el diamante o los astros en relación con los demás cuerpos; tanto que el Epicuro del Sol es el mismo Epicuro que vivía en la Tierra.

El goce que me producía escuchar a este gran hombre me hacía más corto el camino y con frecuencia planteaba a propósito cuestiones eruditas o curiosas sobre las cuales solicitaba conocer su pensamiento con el fin de instruirme. Y ciertamente jamás he visto bondad tan grande como la suya puesto que, aunque a causa de la agilidad de su sustancia, hubiera podido llegar solo en muy pocas jornadas al reino de los filósofos, prefería aburrirse mucho tiempo en mi compañía que abandonarme en estos solitarios parajes.

Sin embargo, tenía prisa porque recuerdo que, habiendo tenido la precaución de preguntarle por qué se volvía antes de haber conocido todas las regiones de este gran mundo, me respondió que la impaciencia de ver a uno de sus amigos, que acababa de llegar le obligaba a interrumpir su viaje. Por lo que dijo después, reconocía que ese amigo era ese famoso filósofo de nuestro tiempos, el señor des Cartes, y que sólo se apresuraba para reunirse con él^[123].

Con todo, cuando le pregunté en cuánto estimaba su *Física*^[124] me respondió que no había que leerla con el mismo respeto con el que se escuchan los oráculos.

—No se trata —añadió— de que la ciencia de las cosas naturales no tenga necesidad de ocupar nuestro juicio con axiomas que no prueba, como las otras ciencias, sino de que los principios de la suya son tan simples y naturales que, cuando se los da por supuestos, no hay ningún otro que se ajuste tan bien a las apariencias.

Llegado a este punto no pude abstenerme de preguntarle:

—Pero —le dije— me parece que este filósofo ha impugnado siempre la existencia del vacío. Y, sin embargo, aunque fuese epicúreo y a fin de atribuirse la gloria de dotar de un principio a los principios de Epicuro, es decir, a los átomos, ha establecido como comienzo de las cosas un caos de la materia completamente sólido que Dios dividió en una cantidad innumerable de cuadraditos, a cada uno de los cuales imprimió movimientos opuestos. Así, según él, esos cubos, al frotarse unos contra otros, se han desmenuzado en todo tipo de formas. Pero ¿cómo puede concebir que estas piezas cuadradas hayan comenzado a girar por separado sin admitir que se haya hecho el vacío entre sus ángulos? ¿Acaso no se encuentra éste necesariamente en los espacios que esos ángulos están obligados a abandonar para moverse? Y, además, esos cuadrados, que no ocupan más que una extensión concreta antes de girar, ¿pueden moverse en círculo sin que hayan ocupado antes otro tanto? La geometría nos enseña que eso es imposible. En consecuencia, la mitad de ese espacio ha tenido que estar vacío, puesto que todavía no había suficientes átomos para llenarlo.

Mi filósofo me respondió que el señor des Cartes nos daría razón de ello él mismo y que, habiendo nacido tan cortés como filósofo, sin duda estaría encantado de encontrar en este mundo un hombre mortal para aclararle respecto a las cien dudas

que la sorpresa de la muerte le había obligado a dejar en la tierra que acababa de abandonar; que no creía que tuviera gran dificultad en responder a ellas según sus principios que yo no había estudiado, sino en la medida en que la debilidad de mi espíritu me lo permitía.

—Porque —decía— las obras de este gran hombre son tan profundas y sutiles que, para entenderlas, hace falta la atención que exige el alma de un verdadero y consumado filósofo. Esto es lo que hace que no haya un solo filósofo en el Sol que no sienta veneración por él y que nadie desee reñirle el primer rango si su modestia no le hace rechazarlo.

Para olvidarnos del cansancio que podría provocaros la larga distancia del recorrido discurriremos según sus principios, que sin duda son tan claros y parecen dar tan satisfactoria respuesta a todo mediante la luz admirable de este gran genio que se diría que ha contribuido a la bella y magnífica estructura del universo.

Recordaréis que dice que nuestro entendimiento es finito y como sea que la materia es divisible hasta el infinito, no hay duda de que es una de las cosas que no puede comprender ni imaginar y que dar cuenta de ello está por encima de sus posibilidades. Pero, añade, aunque esto no esté al alcance de los sentidos, no dejamos de concebir que eso es así por el conocimiento que tenemos de la materia. Y no debemos, dice, dudar a la hora de determinar nuestro juicio por las cosas que concebimos. En efecto, ¿podemos imaginar la forma en que el alma actúa sobre el cuerpo? Sin embargo, no cabe negar esta verdad ni ponerla en duda, mientras que es un absurdo mucho mayor atribuir al vacío esta cualidad de ceder al cuerpo y este espacio que son las características de una extensión que sólo puede atribuirse a la sustancia, ya que si no se confundiría la idea de la nada con la del ser y que se atribuirían cualidades a lo que no puede producir nada y no puede ser autor de nada. Pero —añadió— pobre mortal, veo que estas especulaciones te fatigan porque, como dice este hombre excelente, «nunca te has tomado el trabajo de depurar tu espíritu de la masa del cuerpo y por eso lo has hecho tan perezoso que no quiere realizar función alguna sin la ayuda de los sentidos».

Iba a responderle cuando me tiró del brazo para mostrarme un pequeño valle de maravillosa belleza.

—¿Veis —me dijo— ese hundimiento del terreno al que vamos a descender? Se diría que la cima de las colinas que lo limitan se halla coronada de árboles a propósito para invitar al caminante a reposar al frescor de su sombra.

Al pie de uno de esos montículos está la fuente del lago del sueño. Está formado por el caudal de cinco bocas. Por lo demás, si no se mezclara con los tres ríos y no entorpeciera sus aguas por su densidad, ningún animal de nuestro mundo dormiría.

No puedo expresar la impaciencia que me empujaba a preguntarle por esos tres ríos de los que aún no había oído hablar; pero me conformé cuando me dijo que lo vería todo.

En poco tiempo llegamos a la vaguada y casi al mismo tiempo al prado que

bordea el gran lago.

—En verdad —me dijo Campanella—, sois muy afortunado de ver todas las maravillas de este mundo antes de morir. Es una suerte para los habitantes de vuestro globo contar con un hombre que pueda enseñarles las maravillas del Sol ya que, si no fuera por vos, correrían el riesgo de vivir en una ignorancia grosera y de gozar de cien placeres sin saber de dónde vienen, pues no cabe imaginar todos los regalos que hace el Sol a vuestros pequeños mundos. Sólo este pequeño valle derrama una infinidad de bienes por todo el universo sin los cuales no podríais vivir, ni siquiera ver la luz. Me parece que basta con que hayáis visto esta región para que confeséis que el Sol es vuestro padre y que es el autor de todas las cosas. Estos cinco arroyos que vienen a desembocar aquí sólo han fluido quince o dieciséis horas y, sin embargo, parecen tan fatigados al llegar que apenas pueden moverse y dan prueba de su cansancio de muy diferente forma. El de la vista se estrecha a medida que se acerca al estanque del sueño. El del oído se confunde, se extravía y se pierde en el fango. El del olfato produce un murmullo semejante al del hombre que ronca. El del gusto, que se ha hecho desabrido en su curso, se torna insípido. Y el del tacto, antaño tan poderoso que albergaba a sus compañeros, queda reducido a ocultar su morada. Por su lado, la ninfa de la Paz, que tiene la suya en medio del lago, recibe a sus huéspedes con los brazos abiertos, los acuesta en su lecho y los mima con tanta delicadeza que, para dormirlos, los acuna ella misma. Algún tiempo después de que los cinco ríos hayan confundido sus aguas con las de este vasto círculo, éste vuelve a separarse en el otro extremo de golpe en cinco arroyos que vuelven a tomar al salir los mismos nombres que tenían al entrar. Los más deseosos de partir y que tiran de sus compañeros para ponerse en camino son el oído y el tacto. Los otros tres esperan a que éstos los despierten y el gusto, en especial, siempre se queda atrás.

La negra cavidad de una gruta cubre el lago del sueño. Gran cantidad de tortugas pasean con paso lento por la orilla. Mil adormideras comunican al agua, al mirarse en ella, la virtud del sueño. Hasta se ven marmotas que han recorrido cincuenta leguas para venir a beber. El susurro de las ondas es tan encantador que parece como si se rozara con los guijarros con dulzura y tratara de componer una música adormeciente.

El sabio Campanella previó sin duda que yo sentiría estos efectos y me aconsejó que redoblara el paso. Yo le hubiera obedecido pero los encantos de esta agua habían envuelto mi razón de tal modo que apenas me quedó la suficiente para escuchar sus últimas palabras.

—Dormid, pues, dormid; os lo permito. Además, los sueños que aquí se tienen son tan perfectos que algún día os satisfará recordar el que tengáis. Entre tanto me entretendré visitando las curiosidades del lugar y luego vendré a recogeros.

Estaba en mitad del sueño más interesante y mejor concebido del mundo cuando vino a despertarme mi filósofo. Os lo contaré cuando no interrumpa el hilo del relato, ya que es muy importante que lo conozcáis a fin de que sepáis con qué libertad actúa el espíritu de los habitantes del Sol cuando el sueño cautiva los sentidos. Por mi parte,

pienso que en este lago se evapora un aire que tiene la propiedad de liberar por entero el espíritu de las ataduras de los sentidos, puesto que no se presenta nada al pensamiento que no parezca ser para perfeccionar e instruir. Por este motivo, tengo el mayor respeto del mundo por esos filósofos a los que se llama *soñadores* y de los que se burlan los ignorantes.

Abrí los ojos sobresaltado y me pareció oírle decir:

—Mortal, ya basta de dormir. Levantaos si queréis ver una curiosidad que jamás se imaginaría en vuestro mundo. Hace más o menos una hora que os he dejado para no alterar vuestro reposo y me he paseado a lo largo de las cinco fuentes que salen del estanque del sueño. Podéis imaginaros con cuánta atención las he considerado todas. Llevan los nombres de los cinco sentidos y fluyen muy cercanas las unas a las otras. La de la vista semeja un tubo bifurcado lleno de diamantes en polvo y de espejuelos que absorben y devuelven las imágenes de todo lo que hay y circunda el reino de los linceos. El del oído es también doble, discurre de un modo sinuoso como un dédalo y en lo más cavernoso de las cavidades de su curso se oye un eco de todo ruido que suena en su derredor; mucho me equivoqué si no son zorros los que he visto acudir a él a curarse los oídos. La del olfato, como las anteriores, parece dividirse en dos canalillos escondidos bajo una sola bóveda y extrae de todo lo que encuentra no sé qué cosa invisible con la que compone mil clases de olores que hacen en ella las veces del agua; en los bordes de esta fuente se encuentran perros que afinan su olfato. La del gusto fluye a borbotones de los que se producen normalmente tres o cuatro al día; con todo, se abre una gran válvula de coral y, por debajo de ella, muchas otras más pequeñas que son de marfil; su esencia recuerda la saliva. En cuanto a la quinta, la del tacto, es tan extensa y profunda que rodea a todas sus hermanas hasta la puesta del sol en su lecho y su humor espeso se desparrama a lo ancho sobre verdes céspedes de plantas sensibles.

Así pues, sabréis cómo paralizado por la veneración estaba yo admirando los meandros misteriosos de todas estas fontanas cuando, a fuerza de caminar, me encuentro en su desembocadura en donde vierten sus aguas en los tres ríos. Más seguidme y comprenderéis mucho mejor todas estas cosas viéndolas.

Una promesa tan atractiva acabó de despertarme. Le tendí el brazo y caminamos por el mismo sendero que él había seguido a lo largo de los riberos que comprimen los cinco arroyos, cada uno en su canal.

Al cabo de un estadio aproximadamente algo resplandeciente como la superficie de un lago llegó a nuestros ojos. Apenas lo divisó el sabio Campanella me dijo:

—Por fin, hijo mío, llegamos a puerto. Veo con claridad los tres ríos.

Ante esta noticia me sentí arrebatado por tal ardor que pensé que me había convertido en águila. Volaba en lugar de caminar y corría todo alrededor con una curiosidad tan ávida que en menos de una hora mi guía y yo observamos lo que vais a escuchar.

Tres grandes ríos riegan las campiñas brillantes de este mundo iluminado: el

primero y más grande se llama la memoria; el segundo, más estrecho y profundo, la imaginación y el tercero y más corto que los otros, el juicio.

En las riberas de la memoria se escucha noche y día un molesto gorjeo de arrendajos, loros, urracas, estorninos, pardillos, pinzones y todas las especies que balbucean lo que han aprendido. Por la noche no dicen nada porque están ocupados en abreviar el vapor espeso que exhalan estos lugares acuáticos, pero su estómago cacoquimio lo digiere tan mal que por la mañana, cuando creen que lo han convertido en parte de su sustancia, se lo ve caer de su pico tan puro como lo estaba en la ribera. El agua de este río parece pegajosa y fluye muy ruidosamente. Los ecos que se forman en sus cuevas repiten la palabra más de mil veces. Engendran ciertos monstruos cuyo semblante semeja el de la mujer. También se ven otros con la cabeza cornuda o cuadrada poco más o menos como la de nuestros pedantes. Éstos no hacen más que gritar y no dicen nada que no hayan oído decir unos a otros.

El río de la imaginación discurre con mayor suavidad. Su caudal, ligero y brillante, refulge por todas partes. Al contemplar esta agua de un torrente de centellas húmedas parecería que, al revolverse, no guardan orden cierto alguno. Después de haberla considerado con más atención, observé que el líquido que fluía en su fondo era oro puro potable y su espuma, aceite de talco. Los peces que alimenta son rémoras, sirenas y salamandras. En lugar de la grava del fondo, se encuentran esas piedras de las que habla Plinio y con las cuales uno se hace pesado cuando las toca por el reverso y ligero cuando se tocan por el anverso^[125]. También observé otras con las que Giges^[126] se había hecho un anillo y que hacen invisible. Pero ante todo, sobre sus arenas brilla abundancia de piedras filosofales. En las orillas había abundancia de árboles frutales, especialmente los que encontró Mahoma en el Paraíso. Las ramas estaban cargadas de aves Fénix y también observé arbolillos de aquel frutal en el que Discordia recogió la manzana que arrojó a los pies de las tres diosas^[127] y en los que se habían injertado yemas del jardín de las Hespérides^[128]. Cada uno de estos dos largos ríos se divide en una infinidad de brazos que se entrelazan y observé que cuando una corriente grande de la memoria se aproximaba a una más pequeña de la imaginación, la secaba de inmediato pero, al contrario, si el arroyo de la imaginación era mayor, secaba el de la memoria. Y así, como quiera que estos tres ríos discurren siempre juntos, uno al costado del otro, ya sea en su lecho principal o en sus ramificaciones, allí donde la memoria es fuerte, la imaginación disminuye y ésta aumenta a medida que la otra se empequeñece.

Allí cerca fluye con una increíble lentitud el río del juicio. Su lecho es profundo, su caudal parece frío y cuando se desborda, seca en lugar de mojar. En el limo de su fondo crecen plantas de eléboro^[129], cuya raíz, que se extiende en largos filamentos, limpia el agua de su boca. Alimenta serpientes y sobre la hierba jugosa que tapiza sus riberas reposa un millón de elefantes. Igual que sus hermanos, se ramifica en una infinidad de arroyuelos. Crece al fluir. Y, aunque avanza siempre, va y viene eternamente sobre sí mismo.

El Sol entero se riega con el caudal de estos tres ríos. Sirven para empapar los átomos ardientes de los que mueren en este gran mundo. Pero merece la pena tratar este asunto con mayor detenimiento.

La vida de los animales del Sol es muy prolongada y sólo acaba por muerte natural, que no llega sino al cabo de siete a ocho mil años, cuando el orden de la materia se confunde debido a los excesos continuos del espíritu a que los inclina su temperamento de fuego. Porque tan pronto como un cuerpo de la naturaleza siente que haría falta más tiempo para reparar las ruinas de su ser que para componer uno nuevo, aspira a disolverse. Y así se los ve no pudriéndose de día en día, sino cayendo las partículas del animal semejantes a ascuas.

La muerte no suele llegar más que de esta manera. Habiendo expirado el ser o, mejor dicho, habiéndose extinguido, los corpúsculos ígneos que componían su sustancia entran en la materia grosera de este mundo iluminado hasta que el azar los hace abreviar del caudal de los tres ríos. Al hacerse móviles entonces gracias a su fluidez y a fin de ejercer rápidamente las facultades de las que esta agua acaba de imprimirles un conocimiento oscuro, se juntan en largos filamentos y mediante un flujo de puntos luminosos, se agudizan en rayos y se expanden en las esferas de alrededor, en donde tan pronto han sido admitidos organizan por su cuenta la materia tanto como pueden en la forma adecuada para ejercer las funciones, cuyo instinto han contraído en el agua de los tres ríos, las cinco fontanas y el estanque. Por este motivo se dejan absorber por las plantas, para vegetar. Las plantas se dejan pacer por los animales con el fin de sentir. Y los animales se dejan comer por los hombres para que, al pasar a su sustancia, vengan a reparar esas tres facultades de la memoria, la imaginación y el juicio de las que las riberas del Sol les habían hecho presentir la potencia.

De este modo, según que los átomos se hayan empapado más o menos en el caudal de estos tres ríos, aportan a los animales más o menos memoria, imaginación y juicio. Y según que hayan absorbido más o menos caudal de las cinco fontanas y de la laguna, elaboran sentidos más o menos perfectos y producen almas más o menos adormecidas.

Esto viene a ser lo que observamos en relación con la naturaleza de los tres ríos. Por todas partes aparecen pequeños afluentes diseminados aquí y allá. Los brazos principales van derechos a desembocar a la provincia de los filósofos. De esta forma regresamos al camino mayor sin alejarnos de la corriente salvo lo necesario para subir a la calzada. Siempre tuvimos a la vista los tres grandes ríos que discurrían a nuestro costado, y en cuanto a las cinco fuentes, las mirábamos de arriba abajo serpenteando en la pradera. Este camino es muy agradable, aunque solitario. Se respira en ella un aire libre y sutil que alimenta el alma y la hace dominar las pasiones.

Al cabo de cinco o seis jornadas de camino y mientras entreteníamos los ojos considerando la diversidad y riqueza de aspecto de los paisajes, llegó a nuestros oídos una voz lánguida como de un enfermo que gimiese. Nos aproximamos al lugar del

que juzgamos que podía venir y en la ribera del río Imaginación encontramos a un anciano tumbado de espaldas que lanzaba grandes gritos. Los ojos se me inundaron de lágrimas de compasión y la piedad que me inspiraba el mal de aquel desdichado me hizo preguntar la causa.

—Este hombre —me respondió Campanella volviéndose hacia mí— es un filósofo reducido a la agonía, ya que morimos más de una vez. Dado que no somos más que partes del universo, cambiamos de forma para ir a tomar vida en otro lugar, lo cual no es una desgracia, puesto que se trata de un camino para perfeccionar el ser de uno y para llegar a una cantidad infinita de conocimientos. Su enfermedad es la que ha hecho morir a casi todos los grandes hombres.

Su discurso me hizo considerar al enfermo más atentamente y, desde la primera ojeada, vi que tenía la cabeza inflada como un tonel y abierta por varias partes.

—Hale, vámonos —me dijo Campanella tirándome por el brazo—. Toda la ayuda que quisiéramos prestar a este moribundo sería inútil y no haría más que intranquilizarlo. Pasemos de largo porque su mal es incurable. La hinchazón de su cabeza proviene de haber ejercido el espíritu en demasía. Porque, aunque las especies de que ha llenado los tres órganos o los tres ventrículos de su cerebro sean imágenes minúsculas, son corporales y capaces en consecuencia de rellenar un espacio amplio cuando son muy numerosas. Sabed que este filósofo ha acrecido de tal modo su cerebro a base de amontonar imagen sobre imagen que, al no poder contenerlas todas, ha estallado. Esta forma de morir es la de los grandes genios y se llama reventar de espíritu.

Caminábamos hablando sin cesar y, según iban presentándose las cosas, nos daban motivo de conversación. No obstante, me hubiera gustado salir de las regiones opacas del Sol para entrar en las luminosas, pues el lector sabrá que no todas las regiones son diáfanas, ya que las hay oscuras, como las de nuestro mundo, y que sin la luz de un sol, que se divisa desde ellas, estarían cubiertas de tinieblas. Así, a medida que se entra en las regiones opacas, uno va haciéndose opaco insensiblemente, y lo mismo cuando uno se acerca a las transparentes, cuando se siente uno despojado de esta negra oscuridad por la radiación vigorosa del lugar.

A propósito de este deseo que me consumía recuerdo que pregunté a Campanella si la provincia de los filósofos era brillante o tenebrosa.

—Es más tenebrosa que brillante —me respondió—, porque como seguimos simpatizando mucho con la Tierra, nuestro lugar natal, que es opaco por naturaleza, no hemos podido acomodarnos en las regiones más esclarecidas de este globo. En todo caso y por una insistencia vigorosa de la voluntad, podemos hacernos diáfanos cuando lo deseamos. Incluso en su mayor parte, los filósofos no hablan con la lengua sino que cuando quieren comunicar su pensamiento, se purgan mediante los impulsos de su fantasía de un vapor sombrío bajo el cual tienen a cubierto habitualmente sus concepciones. Y tan pronto como han hecho descender de nuevo a su sitio esta oscuridad del bazo que los ennegrece, dado que su cuerpo se hace entonces diáfano,

es posible ver a través de su cerebro aquello de lo que se acuerdan, lo que imaginan y lo que juzgan, así como lo que desean y lo que deciden en su hígado y en su corazón porque, aunque esos diminutos retratos sean más imperceptibles que cualquier cosa que podamos figurarnos, tenemos en este mundo la mirada lo bastante aguda como para distinguir con facilidad hasta las menores ideas.

Así, cuando alguno de nosotros quiere revelar a su amigo el afecto que siente por él, se ve su corazón lanzar rayos hasta en su memoria sobre la imagen de aquel a quien ama. Y cuando, al contrario, quiere testimoniar su aversión, se ve su corazón lanzar contra la de aquel a quien odia borbotones de chispas ardientes así como retirarse cuanto puede hacia atrás. De igual modo, cuando habla para sí mismo, se ven claramente las especies, esto es, los caracteres de cada cosa que medita y que, al imprimirse o levantarse, vienen a presentar a los ojos de quien observa no un discurso articulado, sino una historia en recuadros de todos sus pensamientos.

Mi guía iba a proseguir pero le disuadió de lo contrario un accidente hasta entonces inaudito y fue que, de golpe, vimos que la tierra se ennegrecía bajo nuestros pies y el cielo, encendido de rayos, se extendía sobre nuestras cabezas como si entre nosotros y el Sol se hubiera desplegado una techumbre de cuatro leguas.

Me es arduo explicaros lo que nos imaginamos en aquella situación. Nos asaltaron todos los terrores hasta el del fin del mundo y ninguno de ellos nos pareció fuera de lugar, puesto que ver la noche en el Sol o el aire oscurecido por las nubes es un milagro que no sucede nunca. Sin embargo, esto no fue todo: de inmediato llegó a nuestros oídos un ruido agrio y chillón parecido al de una garrucha que girara con rapidez y, al mismo tiempo, vimos caer una caja a nuestros pies. Apenas en el suelo se abrió y dejó salir a un hombre y una mujer. Llevaban un ancla que sujetaron al pie de una roca y enseguida vimos que venían hacia nosotros. La mujer conducía al hombre y tiraba de él amenazándolo. Cuando estuvo muy cerca dijo con una voz algo emocionada:

—Señores, ¿no es ésta la provincia de los filósofos?

Respondí que no pero que esperábamos llegar a ella en veinticuatro horas y que el anciano que sufría mi compañía era uno de los principales magistrados de aquella monarquía.

—Puesto que sois filósofo —respondió la mujer dirigiendo la palabra a Campanella— es preciso que, sin más, os revele mi corazón. Para deciros en pocas palabras la causa que aquí me trae, sabed que vengo a quejarme de un asesinato cometido en la persona del menor de mis hijos. Este bárbaro que traigo aquí lo ha matado dos veces a pesar de ser su padre.

El discurso nos dejó desconcertados, razón por la que quise saber qué entendía ella por un niño muerto dos veces.

—Sabed —respondió la mujer— que en nuestro país, entre otras normas sobre el amor hay una ley que regula la cantidad de veces que un marido está obligado a yacer con su esposa. Para eso todas las noches cada médico visita todas las casas de su

barrio y, tras haber examinado al marido y a la mujer, los tasa por cada noche y según sea de fuerte o débil su salud a yacer una cantidad de veces. Así, en nuestro caso fue de siete. Sin embargo, irritado por unas palabras un poco ásperas que le había dirigido al acostarnos, no me tocó mientras estuvimos en el lecho. Pero Dios, que venga la causa de los afligidos, permitió que en sueños este miserable, gozando con el recuerdo de las caricias que me negaba injustamente, dejara perder un hombre. Os he dicho que su padre lo ha matado dos veces porque, al impedirle ser, ha hecho que no sea en absoluto y ése es su primer asesinato. Y también ha hecho que no haya sido y he ahí el segundo. Porque un asesino ordinario sabe bien que aquel a quien priva de la luz ya no es, pero no puede conseguir que no haya sido. Nuestros magistrados hubieran hecho recta justicia, pero el muy tramposo ha puesto como excusa que hubiera cumplido sus deberes conyugales de no ser porque temía que, si yacía conmigo en el estado de cólera en que lo había puesto, hubiera engendrado un hombre furioso.

La sala, desconcertada ante esta justificación, nos ha ordenado venir a presentarnos ante los filósofos para defender nuestras causas. Tan pronto recibimos la orden de partir, nos metimos en una caja suspendida al pescuezo de este gran pájaro que veis y del cual bajamos a tierra o flotamos en el aire por medio de una polea. Hay personas en nuestra provincia que se dedican expresamente a domesticarlos cuando son jóvenes y a enseñarles los trabajos que nos son útiles. Lo que los inclina a hacerse disciplinados a pesar de su naturaleza feroz es que satisfacemos su hambre, casi inagotable, dejándolos comer todos los cadáveres de las bestias que mueren. Por lo demás, cuando queremos dormir (pues a causa de los excesos amorosos demasiado continuos que nos debilitan tenemos necesidad de descanso), soltamos en el campo a intervalos veinte o treinta de estos pájaros atados cada uno de ellos a una cuerda y que, levantando el vuelo con sus grandes alas, despliegan en el cielo un noche más extensa que el horizonte.

Estaba muy atento a su discurso así como a considerar el gran tamaño de aquel pájaro gigante pero, en cuanto Campanella lo miró exclamó:

—¡Ah, es verdad! Es uno de esos monstruos de plumas llamados cóndores que se ven en la isla de la Mandrágora en nuestro mundo y en toda la zona tórrida, y cuya envergadura cubre una fanega de tierra. Pero como estos animales se hacen más y más desmesurados según va calentándose el sol que los ha visto nacer, es así que en el mundo del Sol adquieren un tamaño espantoso.

En todo caso —añadió volviéndose hacia la mujer—, es imprescindible que acabéis vuestro viaje, ya que es a Sócrates, a quien se ha adjudicado la inspección de costumbres, a quien corresponde juzgaros. No obstante, os ruego nos informéis de qué región sois porque, como no hace más que tres o cuatro años que he llegado este mundo, aún no conozco su geografía.

—Somos —respondió ella— del Reino de los Enamorados. Este gran Estado limita por un lado con la República de la Paz y, con el otro, con la de los Justos.

En el país del que procedo, los jóvenes ingresan en el noviciado del amor a los dieciséis años. Es un palacio muy suntuoso que ocupa casi una cuarta parte de la ciudad. En cuanto a las jóvenes, ingresan a los trece años. Tanto unos como otras pasan allí un año de formación durante el cual los muchachos no se ocupan más que de merecer el afecto de las chicas y las chicas de hacerse dignas de la amistad de los muchachos. Pasados los doce meses, la Facultad de Medicina en pleno acude a visitar este Seminario de los Amantes. Los médicos examinan uno a uno a los seminaristas hasta en las partes más íntimas; los hacen acostarse a su vista y luego, si el varón se muestra vigoroso y bien conformado durante la prueba, se le dan por esposas diez, veinte, treinta o cuarenta muchachas de las que le querían, siempre que se amen mutuamente. El esposo, sin embargo, no puede yacer con más de dos a la vez y no le está permitido hacerlo con ninguna que esté embarazada. Las que resultan estériles sólo se emplean como servidumbre y los hombres impotentes se hacen esclavos que pueden juntarse carnalmente con las mujeres estériles. Por lo demás, cuando una familia tiene más hijos de los que puede alimentar, la República los mantiene; pero es una desgracia que apenas sucede porque, en cuanto una mujer da a luz en la ciudad, el Ahorro proporciona una cantidad anual para la educación del niño, según su calidad, que los tesoreros del Estado se encargan de llevar en persona a la casa del padre. Pero si queréis saber más del asunto, entrad en nuestro cesto en el que cabemos los cuatro. Puesto que llevamos el mismo camino, charlando se nos hará el viaje más corto.

Campanella juzgó que debíamos aceptar la oferta y yo me alegré mucho igualmente para evitar el cansancio. Pero cuando acudí a ayudarlos a levar el ancla, me asombró ver que en lugar del cable grueso que suponía debía sostenerla sólo pendía de un hilo de seda tan fino como un cabello. Pregunté a Campanella cómo era posible que una masa tan pesada como era el ancla no rompiera con su peso una cosa tan frágil y el buen hombre me contestó que la cuerda no se rompía porque habiéndose hilado de modo igual en toda su longitud, no había motivo por el que debiera romperse por un sitio antes que por el otro. Nos acomodamos todos en la barquilla y enseguida nos izamos hasta lo más alto del gáznate del pájaro, en donde parecíamos un cascabel que pendiera de su cuello. Cuando llegamos arriba, junto a la polea fijamos el cable allí donde la caja estaba suspendida en una de las plumas más ligeras del plumón del ave que, sin embargo, tenía el grosor del pulgar. Cuando la mujer dio al pájaro la señal de emprender el vuelo, sentimos que hendíamos el cielo con una rauda violencia. El cóndor moderaba o aceleraba el vuelo, lo alzaba o lo bajaba a voluntad de su ama, cuya voz le servía de brida. No habíamos volado doscientas leguas cuando vimos en la tierra, a nuestra mano izquierda, una noche similar a la que producía debajo de sí nuestro parasol viviente. Preguntamos a la extranjera qué pensaba ella que podía ser.

—Es otro culpable que va a que lo juzguen en la provincia a la que nos dirigimos. Sin duda su pájaro es más fuerte que el nuestro, o bien nos hemos entretenido mucho,

porque salió después del nuestro.

Le pregunté de qué crimen se acusaba a aquel desgraciado.

—No es simplemente un acusado —nos respondió—. Ya está condenado a muerte porque se le ha declarado culpable de no temer la muerte.

—¡Cómo! —le dijo Campanella—. Las leyes de vuestro país ¿ordenan temer la muerte?

—Sí —replicó la mujer—, se lo ordenan a todos, excepto a los que integran el Colegio de los Sabios, porque nuestros magistrados han comprobado por experiencias funestas que quien no tiene miedo a perder la vida es capaz de quitársela a todo el mundo.

Después de algunos otros discursos que vinieron con éste, Campanella quiso informarse con más detalle de las costumbres del país de la mujer. Así le preguntó cuáles eran las leyes y costumbres del Reino de los Enamorados. Pero ella se disculpó de responder porque, no habiendo nacido en él, no lo conocía más que a medias y temía hablar de más o de menos.

—Es cierto que vengo de esa provincia —continuó la mujer—, pero tanto yo como mis antecesores somos originarios del Reino de la Verdad. Mi madre me dio a luz en él y no tuvo más hijos. Me educó en aquel país hasta que cumplí trece años, en que el rey, por consejo de los médicos, le ordenó que me llevara al Reino de los Enamorados, de donde vengo para que, educándome en el Palacio del Amor con un régimen más alegre y suave que el de nuestro país, fuera más fecunda que ella. Mi madre me llevó y me hizo entrar en la Casa del Placer.

Me fue muy trabajoso en principio hacerme a sus costumbres. Empezaron por parecerme muy rudas puesto que, como sabéis, las opiniones que hemos mamado con la leche nos parecen siempre las más razonables y yo sólo acababa de llegar del Reino de la Verdad, mi país natal.

Y no es que yo no supiese que esta nación de los enamorados vivía de modo más dulce e indulgente que la nuestra. Porque, aunque todos hablaban de que mi vista hería profundamente, de que mis miradas hacían morir y que de mis ojos brotaba una llama que consumía los corazones, sin embargo, la bondad de todo el mundo, principalmente de los jóvenes, era tan grande que me acariciaban, me abrazaban y yacían conmigo en lugar de vengarse del daño que les había causado. Monté en cólera contra mí misma debido a los trastornos que provocaba, lo que hizo que, movida por la compasión, les revelara un día la resolución de huir que había tomado.

—Pero ¡oh desgracia!, ¿cómo salvaros? —exclamaron todos echándoseme al cuello y besándome las manos—. Vuestra casa está completamente rodeada de agua y el riesgo es tan grande que sin un milagro indudablemente nos ahogáramos.

—¡Cómo! —interrumpí yo—, ¿acaso la región de los amantes está sometida a inundaciones?

—Así debe suponerse —me replicó—, porque uno de mis enamorados (un hombre que no me hubiera engañado puesto que me amaba) me escribió que, al saber

de mi marcha, su pena le hizo derramar un océano de llantos. Vi a otro que me aseguró que hacía tres días que sus ojos habían derramado una fuente de lágrimas. Y cuando, por amor a ellos, maldecía yo la hora fatal en que me habían visto, uno de los que decían ser mis esclavos envió a decirme que la noche anterior sus ojos desbordados habían causado un diluvio. Pretendía desaparecer de ese mundo a fin de no ser causa de tantos males si el correo no hubiera añadido de inmediato que su amo le había encargado informarme de que no había nada que temer, porque el horno de su pecho había secado aquel diluvio. En fin, podéis conjeturar que el Reino de los Enamorados debe de ser bastante acuoso, pues entre ellos se entiende sólo llorar a medias cuando de sus párpados únicamente brotan arroyos, fontanas y torrentes.

No conseguía imaginarme en qué ingenio conseguiría ponerme a salvo de las aguas que iban a ahogarme, pero uno de mis amantes, al que llamaban el Celoso, me aconsejó que me arrancara el corazón y que me embarcara en él; que, por lo demás, no debía temer que no aguantara, puesto que contaba con tantos otros, o que se fuera a pique, dado que era muy ligero y que todo cuanto debía temer era un incendio, por cuanto el material del navío era muy sensible al fuego; que me fuese por el mar de sus lágrimas, que la estela de su amor me serviría de vela y que el viento favorable de sus suspiros me llevaría a buen puerto a pesar de la tempestad provocada por sus rivales.

Pasé un tiempo cavilando cómo podría poner en ejecución esta empresa. La timidez natural de mi sexo me impedía iniciarla. Pero finalmente, la idea de que, si la cosa no fuera posible, un hombre no sería tan loco de aconsejarla y todavía menos un enamorado a su amada, me infundió valor.

Empuñé un cuchillo y me abrí el pecho. Hurgaba ya en la herida con las manos y con mirada intrépida buscaba el corazón para arrancarlo, cuando vino un joven que me amaba. Me quitó el cuchillo a mi pesar y después me preguntó el motivo de mi acción que llamó desesperada. Le di cuenta, pero me sorprendió mucho saber que un cuarto de hora después había entregado el Celoso a la justicia. No obstante, como si temieran ceder demasiado por el ejemplo o la novedad del caso, los magistrados remitieron esta causa al tribunal del Reino de los Justos. Allí lo condenaron al destierro perpetuo y a terminar sus días en calidad de esclavo en las tierras de la República de la Verdad, con prohibición a todos sus descendientes hasta la cuarta generación de volver a poner el pie en la provincia de los amantes. Igualmente se le prohibió utilizar jamás hipérbole alguna bajo pena de muerte.

Desde aquel momento sentí mucho afecto por el joven que me había salvado y, bien fuera por sus buenos oficios o a causa de la pasión con la que me había servido, una vez que nuestro noviciado llegó a término, no lo rechacé cuando me pidió que fuera una de sus mujeres.

Desde entonces hemos vivido bien juntos y seguiríamos haciéndolo de no ser porque, como os he dicho, ha matado dos veces uno de mis hijos, de lo cual voy a implorar venganza al Reino de los Filósofos.

Campanella y yo estábamos muy asombrados del silencio de aquel hombre. Por ello traté de consolarlo, por entender que una taciturnidad tan profunda sería hija de un dolor muy hondo. Pero su mujer me lo impidió.

—No es el exceso de tristeza —dijo— el que le cierra la boca, sino nuestras leyes, que prohíben que los criminales citados por la justicia hablen si no es a los jueces.

Durante esta conversación el pájaro siguió avanzando sin parar cuando, lleno de asombro, escuché que Campanella exclamaba con la alegría y la exaltación pintadas en el semblante:

—Sed muy bienvenido, el más querido de mis amigos. Vamos, señores — continuó el buen hombre—, a ver al señor des Cartes. Bajemos que ya llega. No está más que a tres leguas de aquí.

En cuanto a mí, me sorprendió este ímpetu, pues no podía comprender cómo había podido él conocer la llegada de una persona de la que no teníamos noticia.

—Seguramente —le dije— lo habéis visto en sueños.

—Si llamáis sueño —dijo— al hecho de que vuestra alma puede ver con la misma certidumbre como vuestros ojos cuando hay luz, lo admito.

—Pero —exclamé— ¿no es una ensoñación creer que el señor des Cartes, a quien no habéis visto desde vuestra marcha del mundo de la Tierra, esté a tres leguas de aquí porque lo habéis imaginado?

Estaba pronunciando la última sílaba cuando vimos llegar a des Cartes. De inmediato Campanella corrió a abrazarlo. Estuvieron los dos hablando bastante tiempo, pero no pude fijarme en las cortesías que se decían porque ardía en deseos de conocer el secreto de Campanella sobre la adivinación. Este filósofo, que me leyó la pasión en el rostro, dio cuenta a su amigo y le rogó que no se incomodara si me satisfacía. El señor des Cartes respondió con una sonrisa y mi sabio preceptor discurrió de esta manera:

—Todos los cuerpos exhalan especies, esto es, imágenes corporales que revolotean en el aire. Así, a pesar de su agitación, estas imágenes conservan siempre la forma, el color y todas las demás proporciones del objeto del que hablan. Pero como son muy sutiles y finas, atraviesan nuestros órganos sin causar en ellos sensación alguna: alcanzan el alma en donde se imprimen a causa de la delicadeza de su sustancia y le hacen ver así cosas muy alejadas que los sentidos no pueden detectar. Y esto sucede aquí de ordinario porque el espíritu no está encerrado en un cuerpo formado por materia grosera como en tu mundo. Ya os diremos cómo sucede esto cuando tengamos ocasión de satisfacer por entero el anhelo mutuo que tenemos de conversar, puesto que con seguridad merecéis que se tenga con vos esta última consideración^[130].



HERCULE-SAVINIEN DE CYRANO DE BERGERAC, conocido como Cyrano de Bergerac (París, 6 de marzo de 1619 - Sannois, 28 de julio de 1655), fue un poeta, dramaturgo y pensador francés, coetáneo de Boileau y de Molière. Como intelectual, fue considerado libertino, por su actitud irrespetuosa hacia las instituciones religiosas y seculares. También se le tiene por uno de los precursores de la ciencia ficción. En la actualidad, es especialmente conocido por la obra de teatro *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand.

Notas

[1] La idea de la pluralidad de los mundos era muy común en la filosofía presocrática y clásica griega en general. Pitágoras postulaba la existencia de mundos infinitos, así como Epicuro y Demócrito en función de la teoría atomística. El cristianismo sostiene la unicidad del mundo como consecuencia de la creación y esa visión empieza a romperse de nuevo con Copérnico y Kepler, discípulo de Tycho Brahe. Quien primero postuló la existencia de vida civilizada en otros planetas fue Giordano Bruno. <<

[2] Girolamo Cardano (1501-1576), matemático, médico, filósofo y astrólogo italiano, autor, entre otros hallazgos, del «soporte» o «suspensión de Cardano», que servía para demostrar la rotación de la Tierra, sobre el que se basó después el giróscopo. También hizo aportaciones importantes al álgebra, singularmente la solución de las ecuaciones de tercer grado, que lleva su nombre, dejando asimismo una obra pionera en teoría de probabilidades en un escrito sobre juegos de azar, en los que era maestro. Probablemente fue el médico más famoso de su tiempo. Pasó algún tiempo encarcelado por la Inquisición y llegó a ser luego astrólogo del papa. Su filosofía hilozoísta, que considera animada toda la materia y concibe el universo como una gran organismo, tuvo gran influencia en Cyrano. La obra en cuestión, *De la Subtilité & subtiles inventions, ensemble les causes occultes, et raisons d'icelles*, un compendio de los saberes de la época muy conocido por los eruditos libertinos del siglo XVII, que lo habían estudiado detenidamente. <<

[3] La comparación no es menor. El titán Prometeo roba el fuego de los dioses para entregárselo a los hombres, se enfrenta al cielo en beneficio de la humanidad, igual que los copernicanos se habían enfrentado al papa. <<

[4] Referencia al libro de Josué en el que Dios ordena que el Sol y la Luna se detengan para la conquista de la ciudad de Gabaón y el valle de Ajalón (Jos 10, 12-13). <<

[5] Nombre que se dio a las enormes posesiones francesas en Norteamérica entre 1534 y 1714, que iban desde Terranova hasta el golfo de México y, entre otros territorios, comprendían el Canadá. <<

[6] Charles Jacques Huault de Montmagny (1599-1654) fue el primer gobernador de la Nueva Francia entre 1636 y 1648. <<

[7] Tycho Brahe (1546-1601) intentó conciliar el geocentrismo ptolemaico con el heliocentrismo copernicano presumiendo que, al no detectarse las paralajes de las estrellas, la Tierra no se movía siendo así que no se detectaban por la falta de instrumental adecuado para medirlas. <<

[8] No he conseguido encontrar referencia fidedigna de esta expresión de «sal vegetativa». Madeleine Alcover (1977, p. 16) también dice no haberla hallado. Quizá se trate de un concepto hermético y obviamente se refiere a un principio generativo.

<<

[9] Conceptos ptolemaicos y anteriores, como el de epiciclos (propuesto por Apolonio de Perga) para explicar el problema de la retrogradación de los planetas sin renunciar a la hipótesis geocéntrica. Con el advenimiento del heliocentrismo copernicano los epiciclos cayeron en desuso. <<

[10] Según el *Dictionnaire Universel contenant generalement tous les mots François... etc.*, de Antoine Fouretière, publicado en La Haya, en 1728, tomo III, la «región media» es la que se encuentra por encima de la «región baja», desde el suelo hasta las cumbres de las más altas montañas, que es donde se producen las tormentas, las heladas, los relámpagos y por debajo de la «región alta», una clasificación que venía de Aristóteles. Corresponde a la hoy comprendida entre la troposfera y la termosfera, esto es, la estratosfera y la mesosfera. <<

[11] Pierre Gassendi (1592-1655). Filósofo, astrónomo y matemático, el clérigo Gassendi, el filósofo que más influyó sobre Cyrano, era una de las cabezas visibles del pensamiento libertino francés, una mezcla compleja hecha de cierto escepticismo, método científico, antiaristotelismo y epicureísmo. Hombre influyente en su tiempo, mantuvo una prolongada disputa con Descartes en la que, sin embargo, las posiciones no estaban tan encontradas como ellos creían. Las obras a que se refiere el gobernador pueden ser la *Epistula XX de apparente magnitudine Solis* (1641) e *Institutio astronomica* que, si se admite que *El otro mundo* fue escrita hacia 1648, acababa de publicarse (1647). <<

[12] Nicolás Copérnico (1473-1543), astrónomo polaco que, con la demostración de la hipótesis geocéntrica, dio el mayor impulso a la ciencia moderna, hasta el punto de que el «cambio de paradigma» que supuso, el llamado «giro copernicano», es sinónimo de revolución científica ya desde los tiempos de Kant. <<

[13] Claudio Ptolomeo (90-168 d. C.), matemático y astrónomo romano nacido en Egipto, autor de tres importantes obras, el *Almagesto*, la *Geografía* y el *Cuatripartito*, en la primera de las cuales parte de la hipótesis geocéntrica que ha quedado asociada a su nombre. <<

[14] El Sol es 1 300 000 veces mayor que la Tierra. <<

[15] En el *De coelo* Aristóteles dice que los pitagóricos sitúan el fuego, como más importante que la tierra, en el centro de la esfera, al que llaman el «puesto de guardia de Zeus». Cit. en Kira y Raven, 1977, p. 258. <<

[16] Esto no está nada claro. San Agustín habla de «la otra parte de la Tierra» (*contraria parte terrae*), lo que parece indicar una idea de que la Tierra sea plana. Pero no está reñido con su esfericidad. En todo caso lo que el obispo de Hipona niega vehementemente es la existencia de habitantes en las antípodas (Agustín de Hipona, 1988, V, p. 49). <<

[17] Siempre que Cyrano tiene que dar cantidades concretas de días, meses, pesos, objetos, etc., es de una ambigüedad extraña y deliberada. Es prácticamente imposible que un viajero no sepa si lleva uno o dos días viajando. Es como si el autor quisiera relativizar su narración. No he visto que ningún comentarista haya reparado en esta constante de la prosa cyranesca. <<

[18] Una premonición de la fuerza de la gravedad que reitera en *Los estados e imperios del Sol*. <<

[19] Casi toda esta descripción reproduce una de sus cartas, la número XI, *De una casa de campo*. <<

[20] Enoch y Elías son los dos patriarcas que, según el Antiguo Testamento, no murieron puesto que Dios se los llevó con él, razón por la cual algunos autores sostienen que siguen vivos. Elías, como se sabe, fue arrebatado en un carro de fuego (2 Re 2, 11) y ha de regresar en el fin de los tiempos (Mar 9, 11). Hay varios Enoch en el Antiguo Testamento pero solo a uno, al padre de Matusalén, que llegó a vivir 365 años, se lo llevó Dios consigo (Gen 5, 24). San Juan Evangelista debe de estar aquí en reconocimiento de la visión del Paraíso que se abre al final del *Apocalipsis*.

<<

[21] Escalera que vio Jacob en sueños tras huir de su hermano Esaú, que comunicaba la tierra con el cielo y por la que subían y bajaban los ángeles (Gen 28, 11-19). <<

[22] La toesa era una antigua medida de longitud francesa, equivalente a 1946 metros. Esto quiere decir que Enoch tomó la decisión de prescindir de las vasijas a unos ocho kilómetros de altitud sobre la Luna. <<

[23] El codo equivalía aproximadamente a 0,45 metros por lo que la sonda tocó fondo a unos siete metros y medio de profundidad. <<

[24] 2 Re 2, 2. <<

[25] El pie, medida tradicional de longitud, venía a tener algo más de 0,30 metros. Dos pies cuadrados serían, por tanto, una pieza de unos 18 centímetros cuadrados. <<

[26] Es una versión aproximada. Cyrano habla de *cotton de Nostre-Dame*, que Alcover sostiene se refería a las *freluches*, esto es, especie de botones con pinta de copos (Alcover, 1977, p. 57). <<

[27] Aproximadamente cinco metros y medio. Unos gigantes. <<

[28] Sócrates define a su *daimon* en términos negativos: «Es una voz que me acompaña desde la infancia y se hace sentir para desaconsejarme algunas acciones, pero jamás para impulsarme a emprender otras» (Platón [1997], 31, d, 3 y también 40, a, 5). También se da cuenta de él en la *Apología de Sócrates* de Jenofonte, en donde tiene un carácter positivo. <<

[29] Epaminondas (Beocia, 415 a. C.-Mantineia, 362 a. C.) general y gobernante griego que consiguió la supremacía militar de Tebas en la Grecia central gracias a su genio militar, tras derrotar a Esparta en la batalla de Leuctra (371 a. C.) y estuvo a punto de consolidar un gran poder frente a Atenas en alianza con los persas cuando sucumbió en otra batalla contra Esparta, la de Mantineia. A partir de su muerte decayó el poder de Tebas, destruido finalmente por Filipo de Macedonia y su hijo Alejandro. <<

[30] Catón el Joven (Roma, 95 a. C.-Utica, 46 a. C.), biznieto de Catón el Viejo, patricio romano, senador que ocupó varios cargos electos y emprendió algunas expediciones militares. Seguidor del estoicismo, defendió los valores republicanos y se opuso siempre a las pretensiones dictatoriales, primero de Catilina (en colaboración con Cicerón) y luego de César durante la guerra civil, tras la ruptura del primer triunvirato (César, Pompeyo y Creso). <<

[31] Marco Junio Bruto (85-42 a. C.) era sobrino de Catón el Joven y participó en el asesinato de César en pro de la República. <<

[32] Espectros malignos de los muertos en la antigua religión romana que se aparecían a sus familiares y descendientes aterrorizándolos. Era necesario propiciarlos mediante una los rituales llamados «*lemuria*». <<

[33] Se trata de diablesas que devoran niños en la mitología clásica. También podían aparecer como hermosas jóvenes que seducían a los muchachos con el fin de devorarlos. <<

[34] Al poco tiempo de divorciarse de Claudio Tiberio Nerón, Livia Drusila (57 a. C.-29 d. C.) dio a luz a Druso (39 a. C.-9 a. C.), posteriormente llamado «Mayor» y «Germánico», por lo que corrió el rumor de que éste era hijo de Octaviano, luego Augusto, con quien Livia se casó. Druso fue un general victorioso que participó en la conquista de Germania, en donde falleció a los veintinueve años de resultas de una caída del caballo. <<

[35] Aunque al final de su vida Cardano se retractó, siempre sostuvo que había escrito sus obras por inspiración de un demonio particular. <<

[36] Heinrich Cornelius Agrippa von Nettesheim (Colonia, 1486-Grenoble, 1535), secretario de la corte del emperador Carlos V, médico, teólogo, mago, ocultista. En su obra *De Oculis Philosophia* impulsó los estudios de magia y propagó las primeras leyendas sobre el doctor Fausto. <<

[37] Johannes Trithemius (Trittenheim, 1462-Würzburg, 1516), monje beneditino alemán de mucho prestigio en su época, versado en magia, artes secretas, ocultismo y cabalística. Su obra más importante, *Steganographia*, publicada en 1606, es aparentemente un tratado en tres volúmenes sobre angeología pero, en realidad, lo es de criptología, ya que todo el texto aparece encriptado. <<

[38] Parece que hubo un doctor Fausto que murió hacia 1540 y del que apenas se sabe nada, salvo que solía decir que el diablo era su compadre. Dejó tras de sí la leyenda del hombre que, movido por afán de conocimiento y poder, vende su alma al diablo a cambio de aquéllos. Se dice que estaba versado en necromancia, alquimia, magia y otros saberes diabólicos. La leyenda quedó fijada en el primer *Faustbuch*, publicado en 1587 por autor anónimo, y de ahí ha conocido la recepción artística que se sabe.

<<

[39] Este La Brosse puede referirse, cuando menos, a dos personajes: un cierto Joachin Girault, llamado el Jorobado de La Brosse, que fue ahorcado en un sonado proceso de brujería junto con otros acusados entre 1582 y 1583, o bien a Guy de la Brosse (Rouen, 1586-París, 1641), médico de Luis XIII que obtuvo permiso del monarca para crear un jardín de especímenes vegetales en París del que surgió luego el Museo de Historia Natural. Guy de la Brosse pertenecía al círculo libertino de Gassendi y tenía una fuerte influencia de Paracelso. <<

[40] No está claro de quién se habla aquí. Según la edición de *El otro mundo*, de Willy de Spens, se trata de un César que vivió en tiempos de Luis XIII y se jactaba de hablar con un demonio particular al que llamaba Sófocles. Pero no he podido encontrar rastro de él. Según el bibliófilo Jacob, en su clásica edición de las obras de Cyrano, se trata de César Nostradamus (1503-1566), médico, quiromante, astrólogo, profeta, mago, etc. Pero Nostradamus se llamaba Michel y César fue su hijo, pintor.

<<

[41] La Hermandad de la Rosacruz es una asociación secreta cuyos orígenes documentales se remontan a comienzos del siglo XVII y que pretende haber sido fundada por Christian Rosenkreuz, nacido en 1378 y muerto en 1404, si bien hay serias dudas sobre su existencia histórica. Los rosacruces pretenden ser depositarios de una sabiduría secreta en la que se mezclan doctrinas cristianas con doctrinas orientales que Rosenkreuz, se dice, adquirió en sus viajes a Egipto, Damasco, Arabia, etc. <<

[42] Tommaso Campanella (Stilo, Calabria 1568-París, 1639), monje dominico, célebre filósofo renacentista que formuló teorías heterodoxas en defensa de Galileo y del espíritu científico entre otras cosas. Pasó veintisiete años en las cárceles de la Inquisición por decisión de los españoles, a pesar de que había escrito un ensayo, *De monarchia hispanica discursus* (1601) en el que justificaba la preeminencia mundial de España bajo la dirección del papado. Fue un autor prolífico que tocó muchos temas. Escribió igualmente una utopía, *La ciudad del Sol*, en la que dibuja un estado comunista teocrático, que influyó en Cyrano, quien dice habérselo encontrado en la segunda parte de su viaje, *Los estados e imperios del Sol* y, de hecho, le sirve de guía como Virgilio a Dante. <<

[43] *De sensu rerum et magia* (1620), obra en la que defiende el conocimiento a través de los sentidos y el estudio empírico de la naturaleza porque ésta es la estatua, la imagen viva de Dios. <<

[44] Pierre La Mothe Le Vayer, preceptor del delfín, Luis XIV, era gassendista, y su hijo, de igual nombre, amigo de Cyrano. <<

[45] Tristan L’Hermitte (La Marche, 1601-París, 1655), pseudónimo de François L’Hermitte, uno de los pocos amigos con los que Cyrano no rompió, fue un excelente poeta y dramaturgo sólo segundo a Corneille. Su vida de espadachín, aventurero y jugador, que cuenta él mismo en su obra *Le page desgracié* (1643), lo mantuvo siempre en la pobreza, a pesar de haber estado al servicio de grandes señores, como el duque de Guisa. <<

[46] Equivalente al «elixir de la vida» en la alquimia. <<

[47] Principio el de supremacía de la razón típico de los filósofos libertinos, singularmente Gassendi, en su lucha contra la escolástica que, frente a él, enarbolaba el principio de autoridad; la de Aristóteles singularmente. <<

[48] Principio esencial del materialismo atomista de Leucipo, desarrollado luego por su discípulo Demócrito y recogido por Epicuro, el filósofo que inspira todo el círculo de Gassendi. <<

[49] Siendo la legua aproximadamente 5,5 kilómetros, el demonio de Sócrates dice haber hecho unos 1600 kilómetros en 18 horas. <<

[50] *Les alouettes vont tomber toutes cuites*, es decir, si hacer esfuerzo alguno, equivalente al español de «atar los perros con longanizas». <<

[51] Sorel, 1979, p. 196. <<

[52] Hombre de su tiempo, escritor barroco, muy influido por la literatura española, Cyrano tiene en alta estima el recurso a las «agudezas» y finuras de ingenio. Tanta que le dedica una de sus obras juveniles, aunque no de las más logradas, *L'art de la Pointe*, en donde se delata la influencia del jesuita español Baltasar Gracián (1957).

<<

[53] Se trata de Domingo Gonzales, el héroe del libro *The Man in the Moone*, publicado por el obispo Francis Godwin en 1638 y traducido al francés en 1643. <<

[54] La doctrina de la existencia del vacío, postulada por los materialistas atomistas y expuesta por Lucrecio (1975). <<

[55] Se trata del supuesto transmitido en el viejo proverbio chino «El aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo», esto es, el llamado «efecto mariposa», admitido en la teoría del caos. <<

[56] Aceptación del principio de la generación espontánea. <<

[57] Otro principio materialista-atomista bellamente transmitido a través de la obra de Lucrecio: la eternidad del universo. <<

[58] Los ejemplos no sostienen el punto de vista de Cyrano. Hércules y Aquiles son personajes imaginarios; Alejandro murió, sí, a los treinta y tres años; pero Julio César y Epaminondas lo hicieron a los cincuenta y seis. <<

[59] Es muy probable que Cyrano hable a partir de la experiencia propia: se crió sin madre, ya que la suya falleció siendo él un niño pequeño, y sus relaciones con su padre nunca fueron buenas. <<

[60] Gayo Casio Longino, cuñado de Marco Junio Bruto, participó en el asesinato de César. Más tarde, en el enfrentamiento entre Bruto y Casio por un lado y los dos triunviros restantes, Marco Antonio y Octavio, en la batalla de Filipos, por el otro, habiendo sido derrotado, Casio ordenó a su liberto Píndaro que lo matara. <<

[61] Las parcas, de la mitología romana, equivalentes a las moiras de la griega, eran las personificaciones del destino y se las representaba como hilanderas, encargadas de hilar, medir y cortar el hilo de la vida humana del huso que corresponde a cada cual. <<

[62] Este razonamiento se repetirá en *Los estados e imperios del Sol*, en el episodio de una esposa despechada que acusa a su marido de doble parricidio por negarse a fecundarla. <<

[63] Lais de Corinto, cortesana de quien cuenta la leyenda que despreciaba el dinero, llegando a rechazar los 10 000 dracmas que le ofreció en cierta ocasión Demóstenes, pero se acostaba con Diógenes, pobre como un perro, por nada. <<

[64] La infinitud de los mundos era doctrina señera de la escuela atomística, fielmente seguida por Cyrano al extremo de que es ella la que explica esta su obra principal. <<

[65] Unos 550 kilómetros. <<

[66] Recuérdese que Cyrano había sufrido ambas experiencias directamente: un disparo de mosquete que le atravesó el cuerpo en el sitio de Mouzon y un sablazo en el cuello en el de Arras. <<

[67] Probablemente se refiere a *La Grande Oeuvre des Philosophes*, publicada en 1608 por el cordelero piamontés Phillipe Rouillac y considerado un texto esotérico básico. <<

[68] Pistola era el nombre que se daba en Italia, Francia, Alemania a la moneda española de oro de dos escudos y que en España y su imperio se conocía como doblón. El escudo era una moneda de oro equivalente a 350 maravedíes, que fue la unidad monetaria española (como moneda física y unidad de cuenta) hasta mediados del siglo XIX, cuando ya imperaba el real, que era la moneda física, equivalente a 34 maravedíes. <<

[69] Debe recordarse que Cyrano era el tercero de cuatro hijos y que hubo de contemplar cómo su padre daba un trato preferencial al primogénito (que profesó órdenes) y a la segundagénita (que también ingresó en un convento), hasta el punto de que la fortuna paterna quedó seriamente comprometida. <<

[70] Frío, calor, humedad y sequedad. <<

[71] Se trata de un claro precedente de la apuesta pascaliana, si bien Pascal la expone de otra forma. <<

[72] Mucho antes de que lo popularizara Perrault, *Piel de asno* era ya un cuento clásico, sinónimo de cuentos populares. <<

[73] Santo francés cuya principal acción consistió en librar a la hija del emperador Teodosio de la posesión demoniaca, razón por la cual se lo invoca para conseguir la curación de los locos y es el patrón de los bufones, cuyo oficio tiene mucha relación con la locura. <<

[74] Igual que en la Luna la opinión pública se había dividido entre quienes creían que Cyrano era un simio y quienes pensaban que era un hombre. <<

[75] El Parlamento de Tolosa era el más antiguo de Francia después del de París, creado en 1443 por Carlos VII tras la guerra de los Cien Años. El Parlement procedía del antiguo Consejo Real o *Curia regis* y tenía funciones legislativas y judiciales. <<

[76] El diablo. <<

[77] Véase nota 36 de *Los estados e imperios de la Luna*. <<

[78] La musa de la música. <<

[79] Manifiesto anagrama de su nombre (Cyrano D[e Bergerac]), que el autor utiliza aquí pero no en el viaje anterior a la Luna. <<

[80] Primeras palabras del Evangelio según san Juan. <<

[81] Corrupción de *Satanas diabolus*. <<

[82] La *Física* cartesiana se contiene en una de sus primeras obras, *Le Monde*, de 1633, que el filósofo no llegó a publicar por el temor que le produjo el procesamiento de Galileo. *Le Monde* se incorporaría luego a los *Principia Philosophiae*, de 1644. <<

[83] Véase nota 58 de *Los estados e imperios de la Luna*. <<

[84] Job 2, 8-9. <<

[85] Unidad de medida equivalente a doce docenas. <<

[86] No eran infrecuentes los conflictos de competencia entre los representantes del rey (el gran preboste o corregidor real) y los representantes del municipio. <<

[87] Faetón, hijo del Sol, se encaprichó con la idea de conducir un día entero el carro de su padre a través del firmamento. Su padre trató de disuadirlo, pero no pudo, y el hijo perdió pronto el control de los poderosos caballos de forma que causó todo tipo de destrozos en la tierra a lo largo de un curso que no podía parar, hasta que Zeus lo hizo por él, quien se precipitó a tierra y murió ahogado en el río Po. <<

[88] Este error es una de las pruebas que más frecuentemente se citan cuando se trata de poner en duda la autoría de estos *Estados e imperios del Sol* ya que, obviamente, en *Los estados e imperios de la Luna*, Cyrano sí da entender correctamente que la Tierra gira de occidente a oriente por cuanto, habiendo ascendido en Francia, desciende luego en el Canadá. (Véase nota 6 de *Los estados e imperios de la Luna*). Pienso que puede tratarse de un simple error del autor o, incluso, del copista. <<

[89] Plutarco (1971, II, p. 171). <<

[90] En realidad esta rebelión no se narra en el Antiguo Testamento sino en el Talmud. El nombre de Lucifer aparece dos veces en aquél (Is. 14, 12 y Job 11, 17) y una en el Nuevo Testamento (2 Pe 1, 19). Bajo otros nombres, como Satán, Satanás, demonio, etc., aparece más veces en ambos textos. Pero la historia de la rebelión de Lucifer (o Luzbel) a la cabeza de un tercio de los ángeles es del Talmud y otros comentarios hebreos a la Biblia. <<

[91] No está claro de dónde haya sacado Cyrano esta idea. Ya desde antes de Pitágoras se sabía que los números perfectos eran el 6, el 28, el 496, el 8128, esto es, aquellos números que eran resultado de la suma de sus divisores excepto ellos mismos. De acuerdo con esta denominación, el 9 es un número *deficiente*. Cierta tradición hermética quiere ver en el nueve una propiedad única que le da un significado simbólico: si se suma dígito a dígito cada uno de los múltiplos de nueve hasta dejarlos reducidos a uno solo, éste será nueve. ($9 \times 2 = 18$; $9 \times 3 = 27$; ... $9 \times 9 = 81$; $9 \times 83 = 747 = 7 + 4 + 7 = 18 = 1 + 8 = 9$). <<

[92] Hay quien quiere ver aquí una anticipación de la teoría darwiniana. <<

[93] Todos los pueblos antiguos, excluidos los caldeos e incluidos los hebreos y, por supuesto, los griegos, pensaban que el cielo era rígido (Voltaire, 1961, p. 138). <<

[94] El descubrimiento de la circulación de la sangre era todavía muy reciente. William Harvey había publicado su libro *Sobre el movimiento del corazón y la sangre* en 1628 y el asunto seguía siendo controvertido... y peligroso. <<

[95] Clara premonición de la teoría de la fuerza de la gravedad que se halla también en *Los estados e imperios de la Luna*, aunque erróneamente se la niegue aquí al Sol. <<

[96] Montaigne refiere este mismo caso con similar intención de negar los milagros y atribuir estos hechos a la fuerza de la imaginación. (Montaigne, 1962, I, p. 101). <<

[97] Montaigne, 1962, I, p. 100. El editor de la obra de Montaigne, Maurice Rat, traza esta anécdota en nota a pie de página a Séneca Retor. <<

[98] Codro, cuya existencia histórica no está fuera de toda duda, fue el último rey de Atenas que, según la leyenda, se sacrificó para salvar su patria de los dorios. Luego de Codro se instituyó el arcontado. <<

[99] Se trata de Aelio Arístides (117-181), retórico griego que vivió en el Imperio romano y a quien una serie de enfermedades en su juventud llevó a vivir en el Aslepeium de Pérgamo. <<

[100] Esta parte tiene clara influencia tanto de la comedia de Aristófanes, *Los pájaros*, como de la historia de la isla de los Pájaros que se narra en el *Cinquième livre* de Rabelais. <<

[101] Que Apolonio de Tiana, pitagórico, hombre de muchos saberes, célebre en su tiempo, viajero incansable que llegó hasta la India, conociera ese supuesto lenguaje de los animales lo cuenta Filóstrato en su *Vida de Apolonio de Tiana*, en donde precisa que fueron los árabes los que le enseñaron el lenguaje de los pájaros (Filóstrato, 1989, p. 57). Que lo haga Anaximandro deriva del hecho de que este presocrático postulara una especie de teoría de la evolución por adelantado, según la cual el hombre procede de otros animales de otras especies (Egers y Juliá 1978, I, p. 128). En cuanto a Esopo, cuya existencia histórica está puesta en duda, la deducción proviene, obviamente, de las fábulas en las que se escucha hablar a los más variados animales. <<

[102] A los efectos de salvarlo de morir quemado vivo por orden de Ciro (Herodoto, 1981, I, p. 85). <<

[103] En referencia a los privilegios de caza de que gozaba el estamento nobiliario. <<

[104] Sejano contesta a Agripina, que trata de asustarlo con la proximidad de su propia muerte en *La muerte de Agripina*: «Una hora después de la muerte, nuestra alma desvanecida será lo que era una hora antes de la vida» (acto II, línea 150). <<

[105] Apunta aquí una teoría de la metempsicosis de tradición pitagórica. <<

[106] Bosque del Epiro en el que se alzaba un templo a Zeus que albergaba uno de los más famosos oráculos de la antigua Grecia, que ya aparece mencionado en la *Iliada* y la *Odisea*. El oráculo estaba situado en un roble sagrado, aunque cuando lo visitó Herodoto ya estaba al cuidado de sacerdotisas. <<

[107] En realidad muchos de estos tipos de aves defienden sus nidos de otra forma. Así, los gavilanes los construyen a la vista, pero a considerable altura (de 6 y 7 metros); los milanos, también muy altos y adornados con materiales de todo tipo para disuadir depredadores; los halcones (incluidos los baharíes) en lo alto de construcciones y zonas inaccesibles de rocas; los arrendajos los hacen colgantes de las ramas, como si fueran calcetines; las urracas también muy altos y provistos de techos; los búhos (incluidos los autillos) usan campanarios y agujeros en las paredes.

<<

[108] La relación de Orestes, hijo de Agamemnon y Pílates, hijo de Estrofo, rey de Fócida, es un canto al valor de la amistad en la Grecia clásica, que incluye el amor entre jóvenes varones, al estilo asimismo de la de Aquiles y Prato clo. Orestes y Pílates se criaron juntos en Fócida, adonde Egisto y Clitemnestra, los asesinos de Agamenón, lo enviaron para alejarlo de la corte de Micenas. El llamado «Grupo de San Ildefonso» (escultura del año 10 a. C., aproximadamente), que se conserva hoy en el Museo del Prado y se supone que representa a los dos jóvenes en una ofrenda (aunque hay quien dice que se trata de Cástor y Pólux), se descubrió en Roma en 1623. Es posible que tal descubrimiento fuera todavía noticia en Europa cuando se escribía *El otro mundo* y que, impresionado por él, Cyrano urdiera la historia que sigue. <<

[109] Esta idea de Cyrano reproduce en realidad el mito de Filemón y Baucis, relatado por Ovidio en *Las metamorfosis*, ambos convertidos en árboles a su muerte, que se produjo al unísono porque así se lo pidieron a Júpiter, él en roble y ella en tilo, que se inclinaban el uno hacia el otro. <<

[110] Las relaciones entre Hércules y Teseo se dieron a lo largo de la vida de ambos en distintos momentos. Teseo admiraba al hijo de Zeus y quiso ser como él; coincidieron en varios hechos memorables, como el descenso de Hércules al Hades en busca de Teseo, la expedición de los argonautas o la victoria sobre las amazonas, pero no hay entre ambos una verdadera relación de amistad comparable a la de Orestes y Pílates. Sí se da en cambio entre Aquiles y Patroclo, como cuenta Homero en detalle, así como entre Niso y Euríalo, cuya historia narra Virgilio en *La Eneida* y la corona con la descripción de una sangrienta batalla cuando los dos amigos tratan de cruzar las líneas de los rútilos, que asedian Troya, y caen juntos en una escena que Cyrano ha traspuesto obviamente a la historia de Orestes y Pílates. <<

[111] Este de Mirra y Cíniras así como el resto de mitos que ilustran la fábula de los «árboles amantes» proceden seguramente de *Las metamorfosis* de Ovidio, texto muy popular en la época, aunque algunos especialmente famosos, podían venir de otras fuentes, como el de Eco y Narciso, que se encuentra en una obra de Calderón de la Barca de igual título, también ampliamente conocido en la época. Cyrano ignora deliberadamente el hilo conductor de todos ellos, esto es, las metamorfosis, para insistir en los efectos mágicos de las manzanas. <<

[112] De cuyo acto nacería el Minotauro, al que Minos, esposo de Pasifae, encerró en el laberinto que fabricó Dédalo, hasta que Teseo acabó con él. <<

[113] Las versiones más conocidas del mito señalan que la estatua era de una mujer perfecta, a la que Pigmalión llamaba Galatea, siendo la intervención de Venus/Afrodita la que la convierte en mujer de carne y hueso. En el libro x de *Las metamorfosis*, la estatua no es de Venus, pero tampoco recibe nombre alguno. <<

[114] La edición de Prévot en la que se basa esta traducción, habla de Ifis en masculino, lo que probablemente es un lapsus, quizá del propio Cyrano. Ifis es nombre de mujer y hombre. Su madre se lo puso para engañar al padre, quien le había dicho que, pues eran pobres, no podían permitirse tener una hija, que si eso sucedía, la matara y sólo lo conservara si fuera niño. La esposa recurre al ardid del nombre epiceno y consigue conservar a su hija ocultándole su sexo al padre. Cuando éste la compromete con Yante, la hija de unos vecinos, es la diosa Isis la que provoca la metamorfosis de Ifis en varón. <<

[115] Narciso, como se sabe, murió ahogado tratando de abrazar su imagen en la superficie del agua. <<

[116] Hijo de Hermes y Afrodita, producto de un incesto. <<

[117] Ignoro de dónde haya sacado Cyrano esta leyenda, que parece inventada por él, muy en línea con lo que ha contado anteriormente de los árboles. En el aspecto histórico, ninguno de los dos Cambises tuvo un hijo Artajerjes y ninguno de los cinco Artajerjes un padre Cambises. <<

[118] Esta medición es completamente fantástica. No tiene mayor importancia, cuenta habida de que todo en el libro lo es; pero 400 estadios (siendo 1 estadio equivalente a 125 pasos geométricos y cada paso geométrico a 1,393 metros), significaría haber recorrido una longitud de cerca de 70 kilómetros. <<

[119] O fría como la de la laguna Estigia. <<

[120] Una teoría sostiene que, en efecto, Alejandro pudo ser envenenado con agua del río Mavroneri, que los griegos identificaban con el Stix del Hades que, según Hesiodo, recorría el Peloponeso y en el cual se encontraba una sustancia muy tóxica llamada hoy calicheamicina. Lo curioso es que esta teoría es muy reciente y desconocida en tiempos de Cyrano. <<

[121] No está clara esta referencia. Los dos Cap Rouge que hay en el mundo, el de Quebec en el Canadá y el de Puerto Príncipe en Haití, no tienen volcán alguno. El bibliófilo P. L. Jacob apunta, como improbables hipótesis, que podría tratarse del Cabo de Hornos o, incluso, de un lado de la isla de Tenerife. <<

[122] Después de varias persecuciones y detenciones, Tommaso Campanella fue recluido por el Vaticano y las autoridades españolas durante veintisiete años en el castillo de Nápoles. Finalmente, Urbano VIII le concedió la libertad total en 1634 y él se exilió en París, en donde murió cinco años después. <<

[123] Descartes murió el 11 de febrero de 1650 en Estocolmo, lo que parece indicar que el texto debió de escribirse poco después, ya que el filósofo aún no había llegado al Sol. <<

[124] Véase nota 11 de *Los estados e imperios del Sol*. El desacuerdo mayor de Cyrano con Descartes, que se mantiene en la segunda parte de la obra, aunque se diga que en ella el autor acepta el cartesianismo, es en lo referente al vacío que Descartes niega y Cyrano afirma en la tradición epicúrea. <<

[125] Plinio el Viejo, *Historia natural*, libro 37. <<

[126] La leyenda de Giges, pastor al servicio del rey de Lidia, se cuenta en el libro II de *La República* de Platón para ejemplificar la teoría de que los hombres sólo son justos por obligación. La diferencia es que en Platón, Giges no se hace el anillo; lo sustrae. (Platón, 1958, p. 359, d.) <<

[127] Eris, la diosa de la discordia, no arrojó la manzana a los pies de las tres diosas, sino en medio del banquete con que los dioses celebraban los esponsales de Tetis y Peleo, los padres de Aquiles. El conflicto se produce porque las tres diosas, Hera, Afrodita y Palas, sostienen cada una por su lado que la manzana le pertenece por ser la más hermosa. <<

[128] Las Hespérides que, según Hesíodo, eran tres (Esteno, Euríale y Medusa; Hesiodo, 1978, p. 275) y según otros relatos, siete, estaban encargadas de cuidar de las manzanas de oro que Gea regaló a Hera con motivo de su casamiento con Zeus. Vivían entre los hiperbóreos. Estrabón sitúa su jardín en el extremo occidental del mundo de entonces, enfrente Tartessos (Estrabón, 1969, II, p. 57), al sur de España, lo que alimenta la leyenda de que estaba en las islas Canarias. <<

[129] Planta en muchos casos venenosa que se usaba para muy diversas finalidades en alquimia; la más extendida como elixir para alargar la vida. <<

[130] El texto se interrumpe aquí. Es opinión general que la obra de Cyrano quedó sin acabar. <<